MENTIRAS QUE DAN MAGIA

JAVIER GARRIDO

Círculo Rojo
EDITORIAL

Mentiras que dan magia

Javier Garrido Rosario

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2020

ISBN: 978-84-1374-853-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Javier Garrido Rosario
© Corrección ortotipográfica: Rocío Ballesteros Peralta
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com
© Imagen de contraportada: Marisol Gaya Ribadulla

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Para Elisabeth, por enseñarme lo que es el amor.
Para Sarah, por mostrarme lo que significa la magia.
Y para Alan, por hacerme creer en la infinidad de la imaginación.
Gracias por regalarme el mejor equipaje de un escritor.

PRÓLOGO

«¡Robert está golpeando a la chica en el suelo! ¡La va a matar! ¡Corred! ¡Paradlo!». Esas fueron las palabras de quienes la vigilaban. Cuando nos avisaron de lo que sucedía por los *walkies-talkies,* mi compañero y yo estábamos dormitando en nuestro escondite, dos plantas más abajo.

Salimos corriendo, con esa presión en las sienes chillándote que llegas tarde. Mi compañero ya empuñaba fuertemente la pistola, con la seguridad que le daba el haberlo hecho desde antes de que yo naciera. Mi caso era diferente. Hacía menos de un año que había entrado a formar parte de ese grupo, los grises, como nos llamaba esa chica a la que debíamos salvar de aquel que la estaba golpeando, esa chica que tanto odiábamos. Mi pistola, entre mis temblorosas manos, parecía de esas de juguete que vendían en la feria. Nos quedaba por subir una planta y, al menos a mí, ya me faltaba el aire. No sabría decir si por el exceso de ejercicio en esos pocos segundos o por la falta de valor ante lo que intuía que iba a suceder. Mientras corríamos por el pasillo de ese hotel perdido en la montaña, no hacía más que pensar que aquellos de quienes la protegíamos, esos a los que llamábamos los otros, nos habían alcanzado.

Cuando llegamos al umbral de la habitación, mi compañero gritó apuntando con el arma a lo desconocido. Yo hice lo mismo que él no porque supiese que eso era lo que tendría que hacer, sino como aquel niño inocente que copia a su idolatrado hermano mayor. Al entrar en la habitación, la imagen era grotesca. La chica presentaba el labio roto y una herida sangrando levemente por la mejilla. Con sus brazos, se estaba sujetando su propio cuerpo, como si tuviese mucho frío. Empecé a buscar sangre que brotase de sus antebrazos como consecuencia de alguna herida mortal que se estuviese tapando. No encontré rastro del líquido rojo. En ese momento di gracias por no haber llegado demasiado tarde.

Giré la cabeza, buscando a Robert, y la imagen que vi me recordó que yo también tenía una pistola entre mis manos y que seguramente tendría que utilizarla. El miedo que irradiaba ese chico en sus ojos y que imprimía en el arma que tenía asida con fuerza en sus manos dejaba entender cuáles eran sus intenciones. Estaba apuntando a la chica a menos de dos palmos de su pecho, a esa distancia era imposible fallar, a esa distancia sería inhumano pensar en disparar. El concepto a quemarropa se sentía excesivo en esa atroz escena.

Mi compañero le gritó que parase. Yo no dije nada, el miedo me

acunaba entre sus fuertes brazos, ahogándome en mi propia cobardía. De repente, un fogonazo iluminó la habitación. El estruendo de la pesada pistola que Robert tenía en sus manos empequeñeció el horror que sentía.

En ese mismo momento, le disparamos, como si esa acción pudiese retroceder lo que le hizo a esa pobre chica, a tan solo dos palmos de su pecho, solo a dos palmos. No podía creerlo. Primero disparó mi compañero, por supuesto. La experiencia le indicó lo que tenía que hacer. Yo disparé después, pero porque la salva de mi compañero me recordó que eso era lo que se esperaba de mí, no porque quisiese hacerlo. Su disparo hizo lo correcto, lo que nos enseñaron. Le seccionó la rodilla para poder inmovilizarlo. Mi disparo no tuvo tanta suerte, iba dirigido al mismo sitio, su rodilla, pero el segundo que dudé en disparar fue tiempo suficiente para que ese chico, Robert, bajase el cuerpo y yo le atravesase el cuello, matándolo al instante. No me hizo falta buscarle un pulso que sabía que había dejado de recorrer su cuerpo.

Ese fue mi primer muerto. Esa fue la primera vida que quité. Y, lo peor de todo, si es que hay algo peor que eso, fue descubrir que Robert, aquel asesino que maté, al final, era inocente.

PARTE I

Capítulo 1

En un geriátrico empezó todo

En un geriátrico empezó todo. Residencia Luna Nueva. Quizá no sea el lugar más apropiado para empezar una historia, un lugar donde acaban las vidas de aquellos que viven, sobreviven o malviven en sus dependencias. Su nombre considero que no fue nada acertado. Luna Nueva. Cualquier residencia tendría que estar alejada de un apellido como *Nueva*.

En sus pasillos y habitaciones, con ese olor a ceniza impregnado, se agotan los últimos momentos de personajes tan pintorescos y maravillosos años atrás, que bien podrían ser los personajes de esta historia. Pero en la habitación 33 es donde se encontraba Erlinda, hilo inicial en el que empezó todo lo que quiero contaros. No es la persona que ocupará la mayor parte de esta historia, ni la pieza más importante de este puzle, pero, como cualquier rompecabezas, cada fragmento, por pequeño e ínfimo que sea, es parte del todo.

Erlinda era odiada en la residencia por su lengua afilada e hiriente. Era amada por su inteligencia y sabiduría. Era detestada por su intolerancia ante el más mínimo error o descuido. Era adorada por su creatividad y gusto por el buen hacer. Era irritante en su tono condescendiente y prepotente, una cualidad que ya de por sí te da la vejez en sus últimos momentos. Era un personaje que, allá a donde fuera, no era tratada con indiferencia. De carácter complejo más que

complicado, poseía un aura de respeto y poder que la rodeaba alrededor de su eterna silla de ruedas. Sus verdes ojos, ahora acuosos por una ceguera tardía, habían visto belleza que podría llenar diez vidas de sus contemporáneos. Devoradora de miles de libros, que fueron semilla de una inteligencia y sabiduría abrumadora, le dotaron de la capacidad de herir con varias palabras y un par de verbos al más poderoso de sus enemigos. Sus manos, huesudas y enhebradas en venas, temblaban acompañadas del tintineo metálico de anillos y pulseras, una cantidad indecente de joyas que las cuidadoras hacía años ya dejaron de pedirle que las dejara en el cajón de su mesita. Esas manos que muchos años atrás acariciaban con un pincel un lienzo y lo transformaban en una ventana con color y alma, una cualidad que descubrió en sus años mozos y le permitió vivir de su don el resto de su vida. Un éxito que hasta le permitió en sus últimos días costearse una limpia habitación y tres sencillas comidas en la residencia Luna Nueva, logrando mantener la poca autonomía que le quedaba fuera de la casa de su única hija.

De la habitación 33, solo se escapaba silencio y tranquilidad, cualidades que solo se veían amenazadas cuando alguna cuidadora o enfermera se atrevía a aconsejar, más que recriminar, a la recta Erlinda, y esta lanzaba alguna frase corta, directa, hiriente y tan cierta que lograba sacar de sus casillas a quien hubiese tenido la osadía de molestarla en su anciana calma. Pero ese silencio tan triste que acompaña siempre a la vejez se suavizaba cada lunes, cada martes y cada miércoles. Esos tres días todo cambiaba para la estricta Erlinda. Era cuando su nieto le regalaba el milagro de las palabras, esos símbolos que su ceguera le robó de por vida y por la que hubiese acortado su ya de por sí corta existencia por volver a leer solo un libro más.

Dan, porque Daniel no le gustaba que le llamasen, y menos Dani, que le sonaba ridículo, entraba en la habitación 33 y le daba dos besos a su querida abuela. Nunca le preguntaba cómo estaba, porque sabía que muy bien no le iba a contestar. Nunca se interesaba por lo que había hecho ese día, porque la respuesta «nada» no aportaba más que soledad. Nunca le preguntaba qué hacía, porque una anciana ciega y en silla de ruedas de un limitado abanico de actividades podía disfrutar. Solo le saludaba con esos cortos besos que tanto bien les hacían a los dos, se quedaba quieto sin mirarla a los ojos y esperaba el mantra que Erlinda le regalaba a él y solo a él. «Hola, mi niño». Esas tres palabras que de especial nada parecen tener eran el tesoro más preciado de Dan y Erlinda. Era ese saludo que la anciana solo le brindaba a su querido nieto. Quien los escuchase nunca llegaría ni tan siquiera a vislumbrar el cariño y respeto que contenían esas palabras.

Después de su peculiar y obligada presentación, Dan cogía el libro

que estuviesen leyendo de la pequeña biblioteca, se sentaba y daba comienzo uno de los únicos momentos que Erlinda podía decirse que disfrutaba, aparte de oler una buena pintura, pero eso ya os lo explicaré más adelante.

El origen de esa peculiar rutina venía de cuando todavía ella vivía en casa de su hija —Mara—, con su yerno —Osorio— y sus dos nietos. Dan contaba todavía doce años cuando una tartamudez nerviosa llevaba martirizándole ya cuatro años. Esa limitante dolencia le obligó a visitar al logopeda más famoso de la ciudad. Sismundo Roque se llamaba. Un nombre muy poco acertado para ser logopeda.

Cuando su madre saludaba al doctor, Dan tenía que esforzarse cuando se dirigía a él, diciendo un tenso «hola, *Ssssisssmundo»,* con las mejillas sonrojadas y los ojos achinados mientras las eses le raspaban el paladar, lengua y labios hasta formar un siseo del que hasta su familia se sentía avergonzada.

Ante tal presentación, Sismundo les contestaba con un «hola, *señogito»*, porque, además de tener un nombre poco apropiado para ser logopeda, aquejaba de un ligero frenillo.

El doctor gangoso, porque así lo llamaba Dan, le exploraba, le miraba, le abría la boca y se quedaba observando dientes, muelas y lengua como quien se queda esperando la inspiración divina y, sin más que hacer, a los cinco minutos comenzaba la sesión. «Hoy lee estas líneas en voz alta», le decía cada día. Y así transcurría la sesión; Dan leyendo en voz alta con la cara roja y una expresión de tirachinas en su boca, y su madre mirándole con tez ceñuda y labios tensos de desaprobación por el molesto tartamudeo.

Así empezó su pasión por la lectura, forzada al principio, pero que con la práctica y la costumbre se transformó en una gran afición. Y la persona receptora de esas largas sesiones entre libros no fue otra que Erlinda, quien, debido a su ceguera incipiente, no podía disfrutar de la magia de los libros. Esa hora de lectura obligatoria por las tardes, con Dan como orador y Erlinda como público, se repetía de forma diaria, de lunes a domingo. Y esa hora se iba alargando a una hora y media, luego a dos. Los libros se transformaban en manuales de texto escolares en épocas de exámenes y así le ayudaba a estudiar. Decenas, centenares de libros pasaron por los ojos de Dan y se decantaron en los oídos de Erlinda, uniéndolos más y más todavía. Eso y la pintura, pero ese tema ya os lo explicaré.

Volviendo a la habitación 33, a ese tiempo contenido que solo una residencia puede transmitir, se escuchaba a Dan como recitaba sobre Atticus Finch, el encantador y ético protagonista de la novela que leía. Esa voz temblorosa, intermitente y tartamuda que tenía con doce años fue pasando poco a poco a una voz dulce, cálida y pausada ahora, con sus veinticinco. Esas interminables sesiones de lectura forzada que el

logopeda Sismundo le recetó lograron el objetivo que hasta el doctor gangoso no se esperaba.

Pero ese día fue distinto. Para ser más exactos, esas últimas semanas habían sido distintas, aunque Dan no fuese consciente de ese cambio. Todo aquello que comenzó a pasar esos días sucedía en la 35, una habitación que llevaba desierta el último mes porque su inquilina fue despedida de la única forma que una residencia puede deshacerse de sus ocupantes. Tras el muro que separaba las dos habitaciones, se encontraba alguien escuchando. Esa silueta se movía esquiva por la habitación, deslizando su sombra causada por un único punto de tenue luz situada en la mesita de noche, disfrutando furtivamente de una lectura a la que no había sido invitada.

Capítulo 2

Una lectura a la que no estaba invitada

Gwen, esa joven chica que había llegado unas semanas antes a esa residencia, permaneció serena en la habitación 35, escuchando cómo ese desconocido chico de voz cálida acababa la lectura y salía de la habitación donde le leía a su abuela.

Continuó sentada, con esa melancolía en la que el paso del tiempo ya no tiene importancia, recreándose en sus recuerdos. En ese momento, le vino a la cabeza cómo comenzó en la residencia, cómo fueron esos primeros momentos y, sobre todo, cómo vivió el primer día que conoció o, mejor dicho, sufrió a la famosa bruja de la residencia. A Erlinda de la 33.

Llegó a la residencia un jueves de septiembre por la noche acompañada por aquellos que llamaba los grises y se dirigió a la habitación que le tenían preparada desde hacía varias semanas en la cuarta y última planta de la residencia Luna Nueva, donde se situaban las habitaciones para el personal y el archivo, una zona con muy poca actividad y que siempre estaba oscura y desierta.

Gwen entró en la habitación que iba a ser su casa en los próximos días, semanas o meses, ya que no estaba segura del tiempo que allí estaría. Sus jóvenes ojos, de un azul turquesa que años atrás fueron risueños y confiados, ahora se mostraban tristes y cansados. Con la vitalidad que en teoría daban sus veinticuatro años, su belleza tendría

que eclipsar, pero su pesadumbre todo esto ocultaba. En una cara grácil y de rasgos suaves, se vislumbraban unos finos labios que de sonreír serían mágicos, pero la magia de la alegría hacía tiempo que no la visitaban. Una abundante melena morena recogida en una descuidada coleta era el adorno perfecto para una piel clara y suave, con el sensual tono que da el bronceado que hace mucho tiempo que no ve la luz. Una figura, que en otro tiempo parecía dulce y delicada, se mostraba ahora abatida y rota, pero, gracias a la magia de la juventud, evocaba más un sentimiento de protección que una visión de lástima. Toda su figura, en un vistazo rápido y descuidado, mostraba la sombra de una perfecta chica por la que todos los cuellos masculinos se girarían al pasar para adorarla, pero que, al mirar en pocos segundos, veías que esa vitalidad no existía. Y la mirada, sobre todo su mirada, mostraba que la felicidad era una visita de la que hacía tiempo no disfrutaba y tan solo la soledad quedaba como única compañía.

Los siguientes días los pasó en su nueva habitación, la tercera estancia en lo que iba de año. Estaba formada por un pequeño comedor, adornada por una mínima mesa cuadrada, de una textura que de madera tenía bien poco, un estrecho sillón biplaza, un escritorio bajo una ventana que da al aparcamiento y un pequeño mostrador con fogones, horno microondas y nevera, que parecía más una cocina de juguete. La otra dependencia estaba ocupada por una cama de una medida extraña, que ni era individual ni mucho menos de matrimonio. Una cama de persona y media se podría llamar. Y junto a este dormitorio se encontraba la puerta de un pequeño baño que, en proporción con la estancia, era la zona más amplia de las tres.

Dos días después de su llegada comenzó la jornada laboral de su nuevo trabajo. Bien temprano llegó Maite, la encargada de la residencia, mujer bien entrada en años que se mostraba como el adorno perfecto de un convento. Manos enlazadas bajo su vientre; vestido largo, de tono monocromo oscuro y de porte serio y elegante; la piel del rostro permanecía estirada por la tirantez del moño, donde no sabías donde acababa la piel y empezaba el cabello. Una imagen seria y austera, pero que desentonaba ante una cálida sonrisa y unos grandes ojos que podían llegar a decirse que eran alegres.

Se saludaron y se volvieron a presentar, ya que el pasado jueves, el día de su llegada, solo se habían visto el tiempo que da un apretón de manos temblorosas. La acompañó a su despacho y le explicó en qué consistiría su actividad en los próximos días, semanas o meses, ya que la encargada tampoco sabía la fecha de caducidad de Gwen en la residencia.

Ese día fue un ir y venir de presentaciones del resto del personal de la residencia. Un abanico variopinto de profesionales de la salud

donde había cabida para cualquier tipo de personas. Allí estaba Jenny, una chica aún más joven que Gwen, con una gran pasión por la enfermería, que le venía originada por la larga enfermedad de su madre, hecho que le marcó su afán por cuidar a los demás. Luego estaba su compañera, de un nombre tan extraño que Gwen olvidó en el mismo momento en que se la presentaron, quien era la antítesis de una profesional de la salud. Fumadora empedernida, donde la nicotina se le veía en uñas, piel y lengua cuarteada, una imagen que evocaba a ceniza, pero que compensaba con la viveza de su voz. También estaba la cuadrilla de las veteranas. Cuatro cuidadoras con más años que la misma residencia, que eran tan perfectas, o eso se creían, que todo lo que hacían estaba más que bien y todo lo que erraban estaba aún mejor.

Gwen se sentía como arrastrada por un raíl, con una sensación de descontrol que ya le resultaba tan familiar… Visitando instalaciones y escuchando explicaciones de cosas que no le importaban lo más mínimo.

Cuando por fin acabaron las presentaciones y le explicaron en qué consistiría su cometido ese tiempo indeterminado en la residencia, una triste y cansada versión de Gwen se dedicó a cumplir con esa excitante misión: la limpieza de cada una de las habitaciones de la tercera planta.

De ese confuso día solo recordaba la extraña visita que sucedió tras la puerta 33. Dicen que, cuando intentas recordar algo, tu memoria tiende a mantener lo primero y lo último que haces. En este caso, Gwen no tenía ni idea de cuál fue la primera habitación que visitó ni tampoco al anciano o anciana con la que acabó la jornada. Solo podía recordar la aguda voz de Erlinda cuando, faltándole al respeto, la llamó mentirosa. Así de agradable fue la visita en la habitación 33.

Capítulo 3

Solo pudo recordar a Erlinda

Lo primero que Gwen recordó fue haberse presentado a la anciana con un tímido «buenos días, hoy es mi primer día». Al mirarla vio que tenía la vista como perdida, con unos ojos de un verde tan claro que fueron lo que le robó su atención. El silencio fue su respuesta.

Nada más empezó a limpiar la habitación con la torpeza de la inexperiencia, Erlinda, como un resorte afilado y quirúrgico, le respondió que eso era mentira.

—Hoy no es su primer día, señorita, aunque no sabría si llamarla señorita o señora, porque con el nombre nadie se presenta. Nombre y apellido, por favor, que es importante para los demás demostrar de qué cuna vienes, y es también de educación a uno mismo sentirse orgullosa de sus orígenes.

En la mente de Gwen solo aparecía la palabra *huir*. Quería desaparecer, pero ese abatimiento que la acompañaba desde hacía tiempo le impidió llevarlo a cabo. Así fue como le pidió perdón, aunque no supo por qué.

El contraataque de Erlinda no se hizo esperar y le replicó que no tendría que haberle pedido perdón, ya que, cuando lo que ha hecho no hiere a la persona con la que habla, no se pide perdón, se piden disculpas. Y con un «no tengo por qué perdonarla por nada» acabó su frase.

La sorpresa de Gwen iba en igual aumento que su agotamiento. Empezó a tocarse nerviosa las muñequeras blancas que siempre llevaba puestas y, sin tan siquiera darse cuenta, se giró y le murmuró un sumiso «disculpe».

Mientras Gwen continuaba con la limpieza de la habitación, Erlinda la intuía con sus ojos sin vida, aunque sería más acertado decir que la sentía con el resto de sentidos que aún le servían. Escuchaba el lento movimiento de la triste joven. Sentía esa melancolía que tan solo el silencio puede transmitir. En sus pies sentía cómo la nueva cuidadora se arrastraba más que andar, remarcando aún más la desesperanza que irradiaba. «¿Qué le sucede a esta chica?», se preguntaba Erlinda. Le extrañó que, ante sus estudiados ataques, cuyo objetivo no era otro que alejar lo más posible a cualquier persona que osase acercarse a ella, la joven continuase allí, en la habitación, sin haberla contraatacado. Y ante ese lento discurrir de la anciana se oyó como la puerta de la habitación se cerraba, junto con un decadente «buenas tardes» de despedida de la joven.

Ese fue el inicio. No resultó de la mejor manera posible, pero una cosa era cierta, fue una de las más extrañas presentaciones que Erlinda había vivido en esa residencia, y esa sensación extraña le acompañó gran parte del día. Y sin tan siquiera darse cuenta esa tímida y melancólica joven había comenzado a entrar en su vida para cambiarlo todo.

Capítulo 4

Esa tímida y melancólica joven cambió su vida

Gwen ya llevaba varias semanas en esa residencia y el único momento en el que se sentía dueña del tiempo que malgastaba por sus pasillos era escuchando leer al nieto de Erlinda. Algo que solo sucedía tres días a la semana.

Siempre actuaba de la misma manera, a hurtadillas, y como una comadreja en su madriguera se dirigía al ala este, a la tercera planta y entraba de la forma más silenciosa que le permitían unos zuecos de plástico en la habitación 35. La habitación contigua a la de la anciana.

Un pensamiento siempre la amenazaba al abrir la puerta, que no estuviese ocupada por un nuevo inquilino, y siempre se alegraba de encontrarla vacía. Abría la ventana y se apoyaba en la misma silla de siempre, dejando caer su espalda, hombros y cabeza en la fría pared.

La habitación la dejaba a oscuras, no encendía la luz. Quería disfrutar de esa sensación de intimidad que la oscuridad proporcionaba. Sabía que no tendría que estar ahí, pero era lo único que le hacía sentir que los días no son un mismo, triste y eterno día. Estos pequeños momentos le hacían sentir que había algo que estaba bajo su control. Lo único que hacía por su propia decisión, y no arrastrada por los acontecimientos que la llevan persiguiendo los últimos tres años.

En silencio, escuchaba la puerta de la habitación contigua y, tras

una mínima presentación de Erlinda y su nieto, escuchaba un libro abrirse. Una silla se deslizaba bajo el movimiento ágil de un cuerpo joven y como un suave río inverso, donde empieza con un caudal lento y pausado hasta llegar a un rápido y vibrante susurro, empezaba la lectura que cada lunes, martes y miércoles le regalaba a esa extraña anciana.

Gwen en ese momento cerraba los ojos y respiraba hondo, tranquila. El cálido rumor de la suave voz del joven inundaba la habitación y traspasaba la pared hasta llegar a acariciarla. Su tristeza no desaparecía, pero quedaba apartada en un delicado suspenso. Ella sentía cómo el sonido suave de unos dedos acariciando las páginas la acariciaban a ella también. Los cambios de entonación del misterioso orador los notaba como brisa en su piel. Un hormigueo de algo parecido a emoción le acariciaba brazos y espalda. Y en algunos instantes, con la voz de Dan de fondo, se sentía bien, se sentía como en casa. Y disfrutaba de algo parecido a aquello que le fue robado años atrás: paz.

Esa rutina de trabajo en la residencia y escuchas clandestinas junto a la habitación de Erlinda cambió drásticamente un martes de noviembre, cuando llevaba poco más de un mes en la residencia. Ese día Erlinda hizo el último ataque y Gwen lo encajó tan bien que resultó ser el último que se produjese. El motivo fue porque Erlinda descubrió el secreto de Gwen. Una mentira que, al desvelarse, cambió sus vidas y las de todos los que las rodeaban para siempre.

Capítulo 5

Erlinda descubrió el secreto de Gwen

Cuando Erlinda le recriminó a Gwen que era de muy mala educación escuchar tras las paredes, la joven supo a qué se refería.

Los ojos de Gwen, de ese azul turquesa, se abrieron tanto que el blanco de alrededor del iris les restó azul y les sumó turquesa. La anciana lo sabía, y no se imaginó cómo podría haberlo descubierto. Para ganar tiempo y elaborar una excusa convincente, le preguntó a la anciana a qué se refería. La respuesta de Erlinda no llegó. Su respuesta fue la pausa que daba pie a la explicación de Gwen. Así de sutil manejaba la situación Erlinda, que hasta cuando no hacía nada tenía el control de todo.

Entonces Gwen no pudo hacer otra cosa que disculparse con voz vencida e izando bandera blanca, sabiendo que había sido descubierta. Al ver que Erlinda no contraatacaba, sintió como si el juicio hubiese acabado y, a falta del veredicto final, Gwen se sentía declarada inocente. Una sentencia que la anciana corroboró al decirle que ella no podía prohibirle a nadie qué escuchaba o hacía en la habitación de al lado. Esa frase la abrazó Gwen como ese salvoconducto que le daba permiso para continuar con esa traviesa actividad.

En esa pausa en que finalizó esa especie de juicio, el pensamiento de Gwen se alejó del qué y se centró en el cómo. Se preguntó cómo lo había descubierto, y se lo preguntó a Erlinda con un tono más

relajado, como si ya estuviesen en los pasillos del juzgado, en vez de detrás de la tribuna.

Erlinda le contestó de la manera que siempre explicaba todo lo que hacía, con el tono de «deja que te explique, porque tú no sabes».

—Estoy ciega, no sorda. Oigo a la perfección, y silenciosa no eres. Lo que no sé es cómo la mitad de la residencia no ha ido a ver qué pasa en esa habitación cuando estás en ella. Como espía no te hubieses ganado la vida.

Cuando Gwen le preguntó que cómo sabía que era ella, lo hizo sin pensar, arrepintiéndose casi en el mismo instante en el que lo preguntó, porque una conversación con Erlinda era como jugar a la rayuela en un campo de minas, nunca sabías en qué momento todo iba a estallar por los aires.

—Te conozco —inició Erlinda su exposición— y, a falta de saber cómo tienes el pelo o de qué color llevas la ropa, sé cuáles son tus sonidos. Sé quién eres incluso antes de que llegues, ya que cuando vienes por los pasillos escucho tu caminar, un caminar inconfundible porque mezcla juventud y hastío a partes iguales, una mezcla poco común. Cuando llegas a mi puerta, antes de entrar, escucho tu pausa. Sí, la escucho. Escucho como te quedas quieta, mirando la puerta, supongo, y pensando, quizá, qué nueva grosería saldría de mi boca esta vez. Pero, aun así, entras. Aun así, sigues entrando día a día, mañana y tarde. Y eso no es lo normal. No te podrías llegar a imaginar la de veces que escucho a cualquier otra de tus detestables compañeras hacer ese mismo ritual, pero, dándose por vencida y tras esa pausa, girarse y marcharse, largándose de aquí, igual que se va mi respeto por esas desagradecidas. Escucho tu forma de girar el pomo de la puerta. Es curioso, pero abres la puerta a dos manos, una en el tirador y otra en la madera, como queriendo abrir y cerrar al mismo tiempo. Y por último escucho esa respiración profunda antes de tu educado «buenos días» o «buenas tardes», y tengo que decirte que mucho me ha costado acostumbrarme a ese extraño acento y esa temblorosa voz. Así de bien te conozco.

Gwen no salía de su asombro, de pie como estaba, escuchando tan extraña y fantástica confesión de Erlinda. Extraña por lo increíble que le resultaba todo lo que le estaba contando y fantástica porque era la primera vez que Erlinda le contaba algo de ella misma, de cómo ve el mundo. «Aunque es algo cruel utilizar aquí el verbo *ver*», pensó Gwen.

—Entras en mi habitación —continuó Erlinda—, te quedas en medio, porque en esta triste habitación, con lo pequeña que es, puedo saber dónde está cada persona que entra por su olor. Y es curioso, pero no hueles a perfume. Estoy harta de que todo el mundo que viene me ataque con su olor. Sí, me ataque con sus hedores pastelosos de vainilla, coco, fresa... ¿Quién hará perfumes tan horribles? Son tan

horribles que antes de olerlos ya los estoy saboreando. Y lo peor es que esos olores son como esas visitas no deseadas que vienen, pero por mucho que pasen las horas no se van. Porque no acompañan a quien los trae, no. Una vez que se marchan y cierran la puerta, esos olores no se van. Se quedan aquí conmigo, en silla, muebles y cortina, haciéndome una compañía que ni quiero ni soporto. Luego, te quedas quieta en la habitación mirando, te tocas siempre los brazos, manías raras que tienes, supongo, subes o bajas la persiana. Sí, lo haces sin que yo te diga nada. Y cuando vas a la ventana eres de las pocas personas que lo hace con el cuidado suficiente para no tocar nada, y lo sé no porque te vea, porque sabes que no puedo, sino porque no escucho como vas destrozando las cosas a tu paso, no como las otras, que cuando entran en mi habitación se piensan que están en su casa y pueden hacer y deshacer a su antojo. Así que no me preguntes cómo sabía que eras tú. Como ves, te conozco incluso mejor de lo que tú te llegas a conocer.

La soberbia de Erlinda no tenía límites. Como su prepotencia. Pequeños pecados que por ser anciana se podía permitir.

Ante lo asombroso del monólogo de Erlinda, Gwen no pudo más que comentarle que le resultaba increíble. A lo que Erlinda le contestó que sí, lo sabía. Le confesó que hasta su nieto se asombraba a veces.

—De «arte vil» me llama siempre cuando hablamos del tema —le explicó Erlinda—. No sé a qué se refiere, cosas de jóvenes supongo. Pero no se lo cuentes a nadie; es mucho mejor que la gente piense que soy una vieja inútil y estúpida. Es más cómodo. Así la gente viene con las defensas bajas y yo puedo...

Pero las últimas palabras Erlinda no las finalizó. Las dejó suspendidas en el aire para que se completasen con la fuerza de la suposición.

Y al finalizar ese momento, cuando Gwen fue descubierta, sucedió el último milagro del día, el más importante, el que afianzó la relación entre Gwen y Erlinda. Y no se firmó con tinta, sino con palabras, porque los contratos, como antaño, siendo de palabra, ya eran firmes e irrompibles.

En ese momento, justo cuando Gwen apoyó la mano en el anticuado pomo de la puerta para salir, Erlinda dijo la frase que lo cambió todo:

—Cierra la puerta, mi niña.

Capítulo 6

Cierra la puerta, mi niña

Esa frase de Erlinda la acompañó gran parte del día. «Cierra la puerta, mi niña», le dijo al despedirse. Esa frase con este tono, era el mismo que hubiese utilizado su propia abuela para desearle las buenas noches, o eso pensó Gwen si hubiese conocido a su abuela.

Con ese pensamiento todavía fresco en su mente, le vino a la cabeza otro anciano que conoció poco antes de los sucesos que la obligaron a huir y esconderse de los otros. Maximiliano se llamaba y, aunque nunca supo su edad, las grandes cejas blancas que coronaban sus cansados ojos llenos de pliegues y arrugas le tendrían que situar muy cerca de los setenta años.

Lo que más le llamó la atención de Max, porque así era como se dirigía a él, era lo elegante que iba vestido, con americana y pantalón negro de *tweed,* y la fuerza que imprimía en su caminar junto con la gran pistola que se intuía dentro de la chaqueta. Lo conoció en el primer escondite donde los grises la llevaron, a los pocos días de los horribles sucesos que Gwen sufrió en su propia casa. Recordaba que todavía estaba en estado de *shock* cuando la dejaron sola, junto a Max, en ese apartado refugio, que tenía más de zulo que de casa.

Le costaba mucho acordarse de lo que sucedió las pocas semanas que compartió todas las horas del día con Max. El sonido del fuego era lo que inundaba su mente. Se extrañaba al pensar que el sonido fuese

lo único que recordase, borrando los recuerdos del calor del fuego, el brillo de las llamas y el olor a carne quemada.

Gwen, en esa confusión en que mezclaba a esos dos ancianos, Erlinda y Max, supo por qué se acordó ese mismo día del anciano con la gran pistola en el pecho. Empezó a sentirse a salvo de nuevo con Erlinda, como lo hizo al lado del anciano. Aunque fue uuna seguridad muy distinta. Gwen sentía esa protección cada vez que Erlinda le decía «mi niña». Con Max, sentía esa protección gracias a esa pistola que lo acompañaba, pensando que siempre la mantendría a salvo. Aunque en esto último se equivocó, cuando a las pocas semanas los otros los descubrieron y fueron el inicio de esa persecución que inició tres años atrás y que tenía la sensación de que ella estaba a solo dos pasos de distancia por delante y que a un mínimo desliz la alcanzarían y la matarían. Así de frágil sentía su destino.

Y lo último que recordó de Max, antes de acabar ese día, fue cuando le explicó en pocas frases cómo iba a ser su vida a partir de ese momento, como si fuese el oráculo que decidiría un destino para el que ella no estaba preparada.

Le dijo que no confiara en nadie, que a partir de ahora ella estaba sola, que los únicos que podrían protegerla de los otros eran ellos. Los otros. Ese día Gwen escuchó por primera vez ese nombre tan ambiguo pero que, al mismo tiempo, los definía tan bien. Los otros eran los que querían matarla, pero Max le dijo, le obligó, le suplicó que nunca dijese sus nombres. «Refiérete a ellos como los otros, porque nunca sabrás quiénes son en realidad ni si están a tu alrededor observándote», le aleccionó el anciano. Le explicó que viviese como si no existiesen, pero teniéndolos en todo momento presentes en su mente. «Extraña dualidad», pensó Gwen. Y, por último, lo más importante que le contó ese anciano era que los grises, aunque fuesen los únicos que podrían mantenerla con vida, tampoco podría fiarse de ellos. Max era uno de ellos, de los grises, pero ni siquiera él se fiaba del resto del equipo. Y por eso le alertó a Gwen que ella tampoco se fiase de ellos. «Te salvarán, pero también son los que podrían acabar contigo», le confesó con pesar en sus palabras.

Los grises. Max fue el primero que se etiquetó con ese extraño nombre, los grises. Y desde ese día de esa manera fue como Gwen se refirió a ellos. Max fue el primero de los grises en quien confió y desde ese día, que los descubrieron y ella tuvo que huir sola, dejando atrás a Max, no hubo ningún otro en el que volviese a confiar.

Y ese pequeño episodio en el que el recuerdo de Max vino a su mente finalizó con la última frase que le dijo antes de desaparecer, junto con el extraño regalo que le hizo.

—Todo esto acabará —le dijo Max con la voz entrecortada por la tensión de haber huido corriendo campo a través, sintiendo que

todavía los seguían—, pero, hasta que llegue ese día, tú eres la víctima y al mismo tiempo eres el verdugo. Tú decides qué parte de ti dará el siguiente paso.

Y en esa vieja oficina donde huyeron, de un viejo cajón metálico, sacó una enorme pistola y se la entregó a Gwen diciéndole que la escondiese, deseándole no tener que utilizarla nunca.

Capítulo 7

Tú eres la víctima y el verdugo

«Atticus Finch no hacía nada que pudiera despertar la admiración de nadie: no cazaba, no jugaba al póker, no pescaba, no bebía, no fumaba… Se sentaba y leía».

Después de esa frase que leyó Dan a su abuela, se escuchó el suave crujir de un libro al cerrarse. Un breve momento de despedida, el roce de unos pantalones al flexionarse para posar dos besos en las mejillas de la anciana y el siseo de una mochila apoyada en la silla, susurrando el cuero mientras se la cruzaba por la espalda, preparándose para salir de la habitación.

Y el cerrar de la puerta, seguido de los vigorosos pasos alejándose del lugar, finalizó ese momento tan especial para Gwen. «Ahora sí se acabó», se decía. Acabó la semana buena y corta, la que iba del lunes al miércoles. En las que apoyaba la espalda en la fría pared para escuchar la voz de Dan.

Todavía le sorprendía por qué buscaba esos momentos. No lo acababa de entender. ¿Por qué se escondía los tres primeros días de la semana en esa habitación contigua a escuchar? ¿Por qué al acabar el miércoles, viendo lo lejos que quedaba el próximo lunes, deseaba que la semana acabase pronto? ¿Por qué, cuando veía a algún nuevo anciano, deseaba con toda su alma que no ocupase la habitación 35, una habitación que comenzó a apreciar más que la suya propia? ¿Por

qué por las noches rememoraba algún fragmento de la lectura del día anterior, esforzando su memoria por recordar las palabras exactas, hasta quedarse dormida?

No lo sabía. No sabía por qué esos absurdos momentos eran tan importantes para ella, o quizá sí lo sabía por ser demasiado obvios. Ese tono de voz cálido y calmado de Dan los días que venía a la residencia eran como pequeñas estrellas que hacían de faro para guiarla ante la niebla que desde hacía tres años inundaba su vida. Hacían de metrónomo, delimitando y dando forma al tedioso tiempo que parecía no moverse a su alrededor.

Dan la estaba acompañando. Cuando le escuchaba se sentía acompañada y, cuando él no estaba, sentía el deseo de sentir su voz el próximo día. Ya se sabe que las adicciones más potentes son aquellas que se dan en pequeñas dosis. Por todo eso, y seguro que algo más, sentía que no estaba sola. Aunque no se hubiesen visto todavía. Y Gwen, por un ínfimo momento, se sintió igual de ciega que Erlinda al descubrir que se comportaba como si estuviese enamorada de alguien que no había visto todavía.

Capítulo 8

Ciega como Erlinda

Pasaron varias semanas y ese misterioso chico de voz cálida dejó a su abuela huérfana de sus visitas. Fueron su hija y su yerno quienes iban a visitarla días sueltos de la semana. Gwen se imaginó mil y un motivos por los que empezó a ausentarse. Ninguna opción le convencía ni le gustaba. Incluso llegó a pensar en aquella posibilidad que tanto temía y que sentía que sería el destino de cualquiera que osara acercarse a ella. Y no era otra que la muerte más horrible, como ya había sucedido en otras ocasiones. Pero no dejó que ese funesto destino conquistase su cordura y la llevase de nuevo a la locura. No había motivos para pensar en eso, no todavía.

Cuando volvió a saber de él, había pasado casi un mes de la última vez que lo escuchó en esas tardes de lectura que le regalaba a su abuela. Y fue de repente y en el momento menos esperado, como siempre aparecen las sorpresas. Gwen estaba en el comedor dándole de comer a Felisa. Era una anciana que todos evitaban por la cantidad de insultos que podía llegar a escupir en tan poco tiempo, pero ese día era diferente, estaba más calmada y no le había lanzado parte del puré al suelo ni le había deleitado con el repertorio de injurias con los que solía saludar, hablar y despedirse. Gwen escuchó unos pasos enérgicos que le sonaron familiares. Era tal el silencio en la residencia que el menor ruido fuera de lo común quedaba al descubierto de una forma

clara y reconocible.

«Buenos días», escuchó en una suave voz. Esa voz. Aquella voz que, aunque hacía semanas no escuchaba, había conseguido atraparla en su mente y la disfrutaba en su imaginación, haciéndole compañía en las largas noches y cortos momentos de tranquilidad del día. Era su voz. Era él.

Salió del comedor con la cuchara en la mano, goteando denso puré en el frío suelo. Y lo vio alejándose del pasillo, junto con un movimiento afirmativo de cabeza como saludo a las personas con quienes se encontraba. Cuánto deseó Gwen ser alguna de aquellas personas que de una forma tan trivial estaban haciendo aquello que ella tanto ansiaba: verlo de frente, saludarlo, contactar con sus ojos y así poder espantar la bruma ante aquel rostro que era tan solo un boceto en su imaginación. Pero Gwen no se movió y lo vio cómo se alejaba por el pasillo con algo bajo el brazo. Una carpeta, supuso. De repente, un mar de insultos salió de la garganta de doña Felisa, a quien había dejado con la mitad del puré en su boca, un cuarto del mismo en el plato y el resto esparciéndose por el suelo ante cada golpe exigente de la anciana.

Gwen volvió junto a la anciana, ante la rabia de no seguir a quien tanto tiempo perseguía en sus sueños. A cada cucharada bien generosa que daba a la anciana, la mitad del puré salía despedido con cada nuevo insulto, estampando en la blanca bata de la joven grumos de puré color pastel. Acabar, lo que fue acabar de darle de comer, eso no sucedió. Resultó que quedó más comida en suelo, paredes y bata que en el estómago de la anciana. Pero a Gwen le fue suficiente. Recogió la bandeja, limpió lo que pudo con un único y rápido movimiento en la mesa con la servilleta de papel y salió en busca de la habitación 33.

Llegó a su destino jadeando, acalorada, decorada con salpicaduras de puré y nerviosa, muy nerviosa. Y la puerta cerrada. Se quedó mirando las dos puertas gemelas, la 33 y su hermana mayor de dos años, la 35. Una significaba conocerlo. Otra significaba escucharlo. No se atrevió a lo nuevo. Se conformó con lo de siempre. No tenía fuerzas ni estrategia como para llevar a término su deseo de conocerlo. Se conformó con aquello que inició todo, con su voz.

Una vez dentro de la habitación de al lado, comenzó a escuchar qué se decían, con la intención de averiguar el motivo por el que hacía tanto tiempo no visitaba a su abuela. La respuesta fue bien sencilla, llevaba tanto tiempo sin venir por la residencia porque estaba en plena época de exámenes en la universidad. Así de sencillo. Así de inocente.

Otra de las cosas que descubrió de él fue su afición por la pintura. Lo averiguó porque le explicó a su abuela que lo que llevaba bajo el brazo era un cuadro que había pintado. «¿Esos otros cuadros que

forman parte del curioso mobiliario de la anciana también son de él?», pensó la joven. Siempre había interpretado que eran de la anciana, aunque nunca se lo preguntó. La conversación que escuchó esa tarde le resultó increíblemente íntima y tierna, al mismo tiempo que desconcertante.

Entrañable, porque estuvieron nieto y abuela hablando sobre el cuadro. Él describiendo el óleo y Erlinda centrándose en lo que le gustaba y aquello que no le convencía.

—En esta parte, en el cielo, has utilizado colores muy oscuros —le decía Erlinda—. La fotografía era del atardecer. Tendrías que haber utilizado alguno más cálido. El sol, al esconderse en las montañas, es más rojizo. Bien los árboles. ¿Cuánto tiempo le dedicaste a este seto? No tengas prisas, siempre te lo digo, los detalles, aunque no se vean, han de tener su tiempo, aunque no veas la diferencia, el cuadro sí nota el esfuerzo. El próximo cuadro que pintes, más detalle, más tiempo. No corras. ¿Esto es el lago? Bien, bien. Quizá lleva demasiado blanco, pero bien. ¿Has añadido algo de verde esmeralda? Me parece que sí. No, no. Prueba la próxima vez con el cadmio, verde cadmio. Para el mar, verde esmeralda, para los lagos, cadmio. Es mejor. Siempre te lo digo.

Esos comentarios de Erlinda sorprendieron a Gwen, quien se repetía una y otra vez la misma pregunta. Erlinda, ciega como estaba, ¿cómo podía estar hablando de un cuadro? ¿Cómo podía criticar colores, detalles y trazos en un lienzo? No entendía nada.

Siguió la lección de arte, y la anciana continuaba con sus comentarios. Pero esas palabras, esas frases de Erlinda, que en una primera lectura podrían parecer duras o exigentes, las decía con tanta calidez que cada reproche se sentía más como una caricia a su nieto, y no como un desplante ante su capacidad de pintor. Su nieto le iba explicando aquello que Erlinda le preguntaba. Le iba detallando qué técnica utilizó, qué dificultad encontró en algún detalle del cuadro, qué pincel escogió para un trazo y qué pruebas hizo hasta llegar a la versión final que imprimió en el cuadro. Y entre frases del pintor y parecer de la crítica en arte, profundas inspiraciones de la anciana hacían de nexo entra ellas. Como si quisiese absorber la habitación ante un inminente ahogo. «Extraña respiración», pensó Gwen desde la otra habitación. Se propuso hablar con el médico para que le echase un vistazo, ya que no se escuchaba bien esa honda exhalación.

Bien pasada media hora, el recién descubierto pintor, al menos para Gwen, le pidió a su abuela el próximo proyecto, el origen del próximo lienzo. Y la respuesta de la anciana fue la evasiva de un «ya te lo entregaré» y cambió de tema diciéndole que el próximo día se lo tendría preparado. Esa frase, inocente como sonaba, escondía el deseo o trampa para cazar a su nieto y forzarlo a venir otro día. Ella con esa

intención parecía decírselo. Él por supuesto que captó la sutileza de su demanda y le contestó que en unos días vendría a por la imagen para el siguiente cuadro, con un tono jovial y cómplice.

Y, como todo lo bueno, llegó el momento final. La despedida fueron unas cuantas frases, sobre todo de disculpas de ese devoto nieto al estar tantos días sin venir a ver a su abuela, aunque ella, con su exceso de amor propio, ni un solo comentario le hizo de la soledad sufrida cuando las visitas de su nieto no la acompañaban. Dos frases sobre unos exámenes que dentro de poco tendría. Un par de comentarios sobre la familia y el trabajo de los fines de semana. Una recriminación por el tiempo que no venía Abel, el hermano de Dan, a visitarla. Y al final dos besos de despedida y una puerta que se cerró. Unos pasos que se alejaron. Y para Gwen una tristeza que lo volvió todo a ensuciar de ceniza.

Ese día descubrió dos cosas de ese chico. Supo que tenía como afición la pintura. Un arte que realizaba con increíble maestría, como comprobó esa misma tarde al ver el cuadro cuando volvió a la habitación de Erlinda con el pretexto de limpiar lo que ya había limpiado esa mañana. Ese lienzo estaba apoyado en una esquina de la habitación, junto con otros que estaban dispuestos de la misma manera, arrinconados entre el armario y la cómoda. Gwen los había visto otras veces y pensó que serían cuadros de la anciana o un recuerdo de familia. En ese momento supo que eran de su nieto.

El otro detalle que averiguó esa misma tarde fue desvelado casi sin querer y resultó que fue lo que inició el deseo y anhelo que ya empezaba a fraguarse en el alma de Gwen por ese chico. Aquello que descubrió fue su nombre y lo supo en el mismo instante que supo que todos los cuadros que guardaba la anciana eran de su nieto. Todos tenían esa marca inconfundible que a un cuadro le da su origen de cuna. Esa marca que, como herida, cicatriza de una forma burda y disonante en el margen inferior del paisaje que quiere mostrar. Una señal que enseña al futuro observador el pasado de quien lo dibujó. Un trazo que, aunque estuviese en la esquina del cuadro, se apoderó de todo el lienzo, habitación, mente y corazón de Gwen. Porque esa marca mostraba tres letras que le susurraron quién era. Dan. Su nombre era Dan.

Capítulo 9

Su nombre era Dan

Gwen, inmóvil delante de los cuadros, escuchó como Erlinda le exigía que hiciese algo por ella, porque Erlinda hasta los favores los ordena, no los pide.

—Tráeme una fotografía bonita de un paisaje para dársela a mi nieto y que la pinte. Siempre me pide cosas para pintar, pero yo ya estoy cansada de tan siquiera pensar qué decirle, así que anda, mi niña, tráeme una bonita foto de un paisaje para mi nieto.

Gwen, ya antes que Erlinda le pidiese esa fotografía, sabía cuál darle. Cuando estaba contemplando maravillada los cuadros que su nieto le había pintado, en su imaginación vio esa fotografía que guardaba con tanto temor en su habitación. Esa imagen que tanto pasado tenía para la joven y tanto sufrimiento se percibía en sus bordes arrugados por el fuego que Gwen recordaba y lastraba anclado en su recuerdo.

Fue así como Gwen salió de la habitación, con el pretexto de la imagen perfecta que le podría entregar a la anciana. Subió hasta su pequeño dormitorio y buscó la maleta rosa que siempre la acompañaba. En esa maleta aguardaban los únicos recuerdos de un pasado que quería borrar, pero un testarudo atisbo de melancolía la obligaba a arrastrar con ella allá donde fuera. Aunque ese término quizá no fuese del todo exacto, ya que la maleta no era más grande

que una pequeña mochila escolar, pero, si el sufrimiento se midiese en kilos, esa maleta provocaría surcos en el suelo al intentar moverla, porque el sufrimiento no se lleva, se arrastra.

La pequeña maleta era rosa, o en un pasado lejano lo fue. Ahora ese color suave estaba ennegrecido por un humo que vino de un incendio que sucedió tres años atrás, mostrando un color más rojizo y apagado. Un dibujo de la cabeza de un alegre unicornio decoraba la maleta, aunque lo fantástico de ese dibujo no fuera el unicornio, sino la sonrisa que se dibujaba en él. El blanco brillante que un día tuvo ahora se mostraba con un blanco roto, y no por lo apagado del color, sino por el sufrimiento que en ella se veía. Era extraño ver una maleta infantil que reflejase tanto dolor.

Era el único equipaje de su pasado que llevaba en cada nueva casa donde se escondía. Una maleta que no contenía nada de utilidad, solo pequeños fragmentos de su otra vida. Gwen la abrió en busca de esa fotografía, pero antes tendría que bucear en su pasado. Una vez abierta, apartando a un lado la extraña sonrisa del unicornio como si de un libro se tratase, una pequeña manta color crema, con un agujero provocado por un incendio en un lateral, ocultaba todo lo que allí dentro se guardaba. Acarició la manta mientras la apartaba, no quería recrearse en el dolor de su contacto. Debajo estaba lo único que la acompañaba: un pintalabios gastado y un monedero que guardaba aquella imagen que buscaba. Y, por mucho que lo intentó y por mucho que se mentalizó antes de abrir la maleta, no consiguió que su mente no viajase a ese día, tres años atrás, donde el fuego fue el final de su vida anterior y el inicio de esto que ahora tenía y no sabía cómo llamar.

Capítulo 10

El sufrimiento no se lleva, se arrastra

Una versión más joven de Gwen apareció en su mente, tres años atrás, en una habitación de una casa que ahora ya no existía. Esa habitación era una muestra perfecta de todos los excesos que con el dinero se pueden comprar, pero donde el cariño y el buen gusto no estaban invitados. Armarios roperos con vestidos caros, muebles repletos de zapatos, muchos de ellos todavía sin estrenar. Una arrugada cama no por el placer de dormir, sino por la falta de orden. Varios espejos adornaban las paredes para intentar atrapar el abundante ego que esa joven mostraba, adornada por joyas, maquillaje y superfluos adornos que, con moderación, podrían resultar interesantes, pero que el exceso los mostraba abrumadores y cargantes. Una continua y estridente música se escuchaba de alguno de los aparatos que estaban enterrados entre ropa, complementos y vanidad. La ventana dejaba entrar la escasa luz del atardecer, apagada por unas cortinas de fuertes y vivos colores. En uno de los enormes espejos que vestía las paredes, se mostraba la imagen de esa joven que ya no existía, como si ese espejo le robase todo lo que ella fue, todo su ego, todo su egoísmo, toda su pomposidad y toda su prepotencia. Incluso se podría afirmar que hasta le robó su nombre, porque en esa época Gwen no era el nombre por el que respondía.

Esa imagen mostraba la misma hermosa cara, pero con la tez más

morena y adornada con otros colores que la piel humana no puede imitar y que tan solo podían ser causa de cantidades indecentes de colorete y maquillaje. Sus ojos, sus enormes ojos azul turquesa, seguían ahí, pero rodeados por un aura negra de maquillaje que, más que resaltar tan hermosa mirada, la dotaba de una extrañeza hipnótica. Una lisa y negra melena vestía ese rostro como una cortina recién sacada de una bañera, dibujando en su pelo unas líneas perfectamente verticales hacia un generoso pecho que se insinuaba en el nada insinuado escote.

Esa noche comenzó con la extraña normalidad de siempre: escuchando la irritante voz de su hermana pequeña, a quien odiaba hasta lo más hondo de su egoísta corazón, y las voces de sus padres, que se filtraban por las paredes. Unos gritos que no cambiaban de intensidad, ya se estuviesen matando a insultos en el pasillo o a besos en la cama. Unas voces que siempre acababan con el portazo de una puerta que los llevaba a una nueva fiesta y que empezaban seguidos de otro portazo que los traía de la anterior. Tal vida de excesos no auguraba nada bueno, aunque la opulencia del sucio dinero era la mejor anestesia para no darse cuenta.

Ya era bien entrada la madrugada. Su hermana hacía horas que dejó de chillarle a sus muñecas. Gwen ya estaba acostada en su cama, vestida, como siempre, ya que los pijamas se le antojaban sucios y pueriles. Un portazo inició los gritos y chillidos de esa noche. Sus borrachos padres volvían de alguna fiesta. En su cama, escuchando el grave sonido de esas voces pastosas por el alcohol, intentó recordar cuándo fue la última vez que los vio sobrios. Los recordaba en un ciclo eterno de borracheras y resacas que no dejaba entrever quiénes eran en realidad, aunque poco interés tenía en descubrirlo. Ese odio adolescente por sus progenitores, que hacía unos años debería haber abandonado ya, con sus veintiún años, todavía continuaba bien anclado en ella, y no hacían méritos para cambiarlo.

Un desbordamiento de rabia surgió de su garganta, uniéndose al odio hecho palabra de sus padres, formando un trío de gritos e insultos. Al no dejarla dormir, salió de su habitación y bajó por unas escaleras que mostraban dos barras de madera rotas por una de las tantas discusiones que en esa casa se representaban y salió al jardín a refugiarse en la caseta exterior, no sin antes dejar constancia de su rabia en cada marco de cada puerta que golpeaba al cerrarla. Esa caseta, una fuerte estructura de madera que hacía unos años le hacía función de refugio en los juegos de su infancia, pasó a ser el escondite de los sufrimientos adolescentes. Y entre esas paredes de madera, alejada de la casa, se durmió con el distante sonido de los gritos de su madre, seguidos del sordo chasquido de una mano al golpearla.

El sonido que la despertó a medianoche fue un sonido mucho más

fuerte. Mucho más letal. En un principio se le antojó el sonido de la tos de un perro. Un perro grande. Pero, al alejarse del mundo onírico donde todo es posible, recordó con extrañeza que no tenían mascota. Con los ojos abiertos, entendió qué era ese sonido, porque ya no prestaba atención a lo que sus oídos le decían. Centró toda su atención en los fogonazos que se escapaban de las ventanas. Un alumbramiento rápido e intenso seguido de ese ladrido, pero la garganta no era de un perro feroz, sino que era de metal, con culata de madera y aliento de cartuchos del calibre veinte. Y en ese momento, escondida entre viejos juguetes, vio aquellos colores que venían de los fogonazos de unos disparos. Unos disparos que tenían como destino las vidas que quitaban. Así permaneció oculta, viendo cómo desaparecía su anterior vida.

Cuando cesaron los fuegos artificiales de esa aterradora feria, el silencio que se instaló en la caseta no hacía más que presagiar una nueva desgracia, esta vez en forma de incendio. Un incendio que fue arrasando, habitación por habitación, la casa muerta que ya nadie habitaba. Nadie con vida, al menos. Y esa imagen fue grabada a fuego, absurda ironía, en la mente y el alma de aquella joven. En ese momento, cuando todo cambió, bajó los brazos y rozó un pequeño objeto en el bolsillo de su pantalón. Al descubrir que era un pintalabios, lo único que se atrevió a pensar fue una transcendental frase que tan bien describía su vida anterior, su vida pasada.

Con ese pintalabios gastado en sus manos, con su casa en llamas, sus padres muertos y una hermana pequeña que no crecería más, solo se le ocurrió pensar una cosa mientras miraba el pintalabios: «Este color no me queda bien».

Capítulo 11

Tal vida de excesos no auguraba nada bueno

Ese mismo pintalabios era el que ahora tenía en sus manos, sin las uñas pintadas y largas como antes. Unos dedos que habían perdido su frágil languidez para mostrar una fuerza que no creía poseer. Y unos ojos que volvían de esa noche de fuego, mostrando esa madurez que solo da el sufrimiento. Cada regreso de ese horrible pasado le hacía supurar una herida que sabía que nunca curaría, pero que, por la fuerza de la costumbre, supuso que algún día podría aprender a soportar.

Dejó el pintalabios a un lado y cogió la cartera infantil donde estaba la foto que buscaba. No se atrevió a continuar tocando el interior de la maleta, y mucho menos a abrir el doble fondo donde se encontraba aquello que temía, pero al mismo tiempo le daba tranquilidad. La última vez que vio la amenazante pistola sucedió aquello que la hizo huir. Fue así como cerró la maleta tan rápido como un cirujano nervioso en su primera intervención a corazón abierto, cauterizando con torpeza venas y arterias en forma de cremallera, y se dirigió a la habitación de Erlinda con ese trofeo en sus manos, en forma de fotografía arrugada y parcialmente quemada.

Cuando le dio la fotografía con un exceso de solemnidad que hasta Erlinda percibió, le preguntó qué imagen mostraba. La joven le contestó que era una casa donde solía veranear de pequeña. El mundo

de Gwen estaba tan lleno de mentiras que las tejía igual de rápido que una araña lanza sus redes, unas hebras de engaños que mantenían su cordura, igual que la telaraña mantenía a su dueña. Pero Gwen poco tenía de araña y mucho de insecto, porque esas mentiras en varias ocasiones la atraparon más como una condenada mosca que como una ágil araña.

Capítulo 12

El mundo de Gwen lleno mentiras

En el trascurso de ese diciembre, Dan tampoco visitó a Erlinda. Solo vino un día en el que el azar no tuvo consideración con Gwen, porque no unió sus hebras para que coincidiesen. Ese día Erlinda le entregó la fotografía a su nieto para que la pintase. Gwen sintió cómo el calor de una rabieta infantil subía por ese cuerpo escondido tras la bata blanca de cuidadora. Él había venido. Él había estado aquí, en la residencia, y ella no lo había visto.

Gwen empezaba a resignarse a no conocer a Dan, como si estuviesen en dos mundos paralelos. Pero una inocente frase que escuchó una tarde a Erlinda le sirvió como excusa para llegar a conocerlo. En esa frase se dijo un día o, mejor dicho, una noche, una cena. El 24 de diciembre. En ese momento, Dan estaría en la residencia cenando con su abuela, o así al menos se lo dijo.

La anciana le contó que cada año su familia se repartía los días de mayor festividad para pasarlos con ella, ya que todos trabajaban en el negocio familiar, en un restaurante propiedad del padre de Dan. Así averiguó que él trabajaba de camarero, junto con su hermano y su madre. Y, de todos los festivos, el día 24 era el que Dan pasaría en la residencia.

Con ese plan en mente, nada podía fallar. Gwen sabía el día y sabía el lugar. Nada podía impedir que conociese a aquel chico. Quizá ese

exceso de confianza no fuese buen consejero, pero su ambición era tan escasa que no necesitaba mayor planificación que llegar a conocerlo. Y, sin un plan mejor que aparecer en la habitación de Erlinda, con su plato de comida en la mano y con la excusa de felicitarle las Navidades, construyó ese elaboradísimo guion que parecía que no presentaba ningún atisbo de fisura. Esa noche conocería a Dan.

Capítulo 13

Esa noche conocería a Dan

«Pagué… pagué con sangre». Con esta idea despertó Gwen de repente la mañana del 24 de diciembre. Una idea que traspasó la frontera del sueño como veneno deportado por aquella pesadilla. La misma que se repetía en diferentes versiones, donde Robert, aquel chico que ella amó meses atrás, murió por su culpa y, en ese sueño, esa culpabilidad la sentía lacerante al saber que Dan moriría de la misma manera si ella le permitía que entrase en su vida.

Por fortuna, ese sueño lo olvidó nada más despertar, porque la memoria, como la mayor censora de todas, ya había cortado metraje del sueño para evitar que Gwen se derrumbase cada mañana al recordarlos. Solo quedaba eso, sensaciones, emociones y sombras que dieran fe de las horribles pesadillas que sufría. Del horrible destino que sentía que volvería a suceder.

Mientras se acercaba la noche, Gwen consiguió trazar algo parecido a un plan. Iría a la cocina a por su plato de comida y, con él en la mano, iría a la habitación de Erlinda a felicitarle las fiestas y así verlo. «Sencillo plan», pensó.

Cuando la noche hizo presencia y el ambiente festivo fue inundando poco a poco los pasillos de la residencia, Gwen supo que el momento había llegado. Hacía un par de horas que en el aparcamiento se habían encendido esas farolas de luces amarillas que proyectaban

más sombras que claridad en los pocos coches que aún quedaban aparcados frente al geriátrico. Un coche verde apareció, aunque negro se veía en ese escenario. Gwen iba observando la escena tras su ventana, en la cuarta planta de ese edificio que presidía el lugar. Alguien bajó, era él. Al verlo Gwen también bajó, dirección a la cocina, recordando ese escueto plan que había diseñado en su cabeza. Cogió una de las bandejas de comida para el personal y se dirigió a la habitación 33.

El rumor de ese chico saludando a su abuela ya salía de la habitación. Ya había llegado. Estaba allí, a tan solo una puerta de distancia. Se le antojó una gran separación, ya que tendría que llamar a la puerta, esperar la dura voz de Erlinda para que la dejase entrar, abrir y verlo por fin. Muchas emociones en tan pocas acciones.

Se sorprendió llamando a la puerta sin tan siquiera haberlo pensado. No se sintió preparada cuando Erlinda ya estaba preguntando quién llamaba. Abrió y sencillamente entró.

Capítulo 14

Ella entró

Erlinda estaba en el mismo sitio de siempre. Parecía que era parte misma de la habitación, como parte del decorado. Y la estaba mirando o, mejor dicho, buscando con la mirada ciega. Su expresión era seria. Gwen sintió que no era bienvenida.

Él estaba sentado en la silla, frente a su abuela. Preparando algo parecido a una cena en la pequeña y única mesa multiuso de la estancia. También la estaba mirando, con unos ojos verdes, como los de su abuela, pero sin esa acuosidad que da la ceguera y con esa viveza que da la juventud. Tan solo acertó a explicarles que pasaba por allí con su cena y quería desearles una feliz Nochebuena.

El agradecimiento de Erlinda y de su nieto fue la respuesta que obtuvo. La única respuesta. Gwen se mantuvo allí de pie, quieta, con la bandeja en la mano. En ese momento, al bajar la mirada, vio que la comida estaba cruda, sin cocinar. No se dio cuenta de que había cogido una de las bandejas todavía sin preparar. Se recriminó por su torpeza. Volvió a levantar la mirada y allí seguían, abuela y nieto, mirándola, en silencio.

Gwen se despidió repitiendo la misma felicitación con la que entró, pero con el tono descendente que dan las despedidas. Aunque más que descendente, lo sintió decadente. Cerró la puerta y se alejó en dirección a la cocina. Su cara se mostraba enfadada. Su mente se

sentía furiosa. Y una frase se repetía a sí misma con el objetivo de apartar el sentimiento de rechazo: «Menos mal que no se parece en nada a Robert. Si no, tendría un problema».

Y con ese pensamiento incrustado en su mente se dirigió a la cocina a ahogar su desilusión y frustración en esa bandeja fría de comida. Deseando que el decepcionante 24 de diciembre desapareciese con el amanecer de un nuevo día.

Capítulo 15

No se parecía a Robert

Amaneció un nuevo día y Gwen despertó con la ilusión de haber vivido una de las mejores noches que recordaba en años.

Cuando la noche anterior se dirigió a la cocina con la decepción esculpida en su rostro, nunca hubiese imaginado que acabaría cenando con Dan, hablando y disfrutando de su compañía hasta largas horas de la madrugada.

Fue así como empezó a rememorar lo que sucedió la noche anterior. Recordaba que ella estaba jugando con el tenedor de plástico y el plato de comida cuando escuchó a alguien que la sacó de esas profundidades donde su mente nadaba. «Que aproveche», dijo esa voz tan familiar.

Gwen, al escucharlo, se giró y lo vio de pie. Ella sentada y él de pie. En su mente se le antojó una escena sencilla, pero perfecta. Y ella lo volvió a ver, pero de otra manera. Esa vez lo miró, lo observó y lo contempló. Disfrutó ese momento de conocerlo. Y lo redescubrió como quiso haber hecho en la habitación de Erlinda. Se extrañó, porque era como si no lo hubiese visto nunca.

Y, tras una breve presentación, Dan le preguntó si le gustaba el *sushi.* La respuesta afirmativa de Gwen dio pie a que Dan dejase la bolsa con comida en la mesa y se sentase junto a ella. Se miraron y, ahora sí, empezaron a conocerse.

Capítulo 16

Empezaron a conocerse

Gwen rememoró la imagen de Dan en su mente, recordando sus ojos verdes. Mostraba una mirada tímida, risueña, que armonizaba con el resto de su cara, en una pose cabizbaja por la timidez, forzando que sus ojos mirasen hacia arriba, dotando de ternura esa pose. Una medio sonrisa gentil, de labios generosos se mostraba como un ligero detalle en el rostro. Un cabello corto y oscuro, excesivamente negro resaltaba aún más la mirada de esos ojos claros en su rostro. Gwen pensó que quizá esa mezcla de fuerza en el cabello y suavidad en los ojos fuese lo que le robó la atención la primera vez que lo miró en la habitación de Erlinda. La ligera sombra de una barba afeitada por la mañana le dotaba de una dureza que contrastaba con la timidez y fragilidad que emanaba de su pose. Ese rostro era el contrapunto de un encorvado cuerpo, con hombros anchos pero caídos, que más que fragilidad mostraban cordialidad.

A Gwen no le pareció atractivo. No se parecía a aquellos chicos musculosos y estereotipados de gimnasio con los que frecuentaba en su otra vida, tres años atrás. Pensaba que no se sentía atraída. Se sentía cómoda. Dan la hacía sentir tranquila. Y recordó que era mejor de esa manera. Sabía que quien se acercase a ella acabaría con la muerte como destino. No estaba dispuesta a arrastrar más víctimas a sus espaldas.

Una vez que se regocijó con la imagen de Dan, después de tanto tiempo deseando poner cara a esa voz con la que tanto soñaba, Gwen empezó a recordar momentos puntuales de esa increíble cena que disfrutaron juntos.

Recordó cuando Dan le explicó por qué le llevaba *sushi* a su abuela, ya que le pareció un menú extraño y poco convencional para una anciana. Y esa historia la fue contando con el compás al coger piezas de *makis* y *nigiris* con sus manos ante la extraña mirada de Gwen al no usar ni palillos ni tenedor.

Dan le explicó que era una de las comidas predilectas de su abuela y que la descubrió en uno de sus viajes a Japón, cuando era joven. Erlinda resultó que era una pintora de un cierto éxito cuando era joven, por la década de los sesenta. En su primer viaje a Japón para presentar sus cuadros en alguna exposición, su abuela fue a parar a una ciudad cercana a Hiroshima. Bajo el hotel donde se hospedaba, había un pequeño restaurante donde preparaban esa extraña comida de arroz y pescado crudo que ella nunca había visto antes y a la que se aficionó durante los meses que estuvo en el país. Se quedó tan maravillada de la cultura, la gente y la gastronomía que volvió unas cuantas veces más.

Gwen escuchaba la historia mientras iba pinchando tímidamente los *makis* con el tenedor, con cuidado de no desmontarlos, a falta de palillos. «Prueba a comerlos con la mano», le aconsejó Dan, diciendo que su abuela les enseñó que en Japón se comían así. De esa manera, continuaron comiendo las pequeñas piezas de arroz con las manos, y esa complicidad se reflejaba en la mínima sonrisa que concluía el sencillo pero íntimo acto de saborear esas minúsculas bolas de arroz, yemas de dedos incluidas.

Capítulo 17

Erlinda y su viaje a Japón

Esa corta versión de la historia que Erlinda explicaba a sus nietos no era más que el envoltorio de una vivencia mucho más profunda. Nadie sabía que el origen de ese primer viaje a Japón fuese para conocer de cerca las ciudades devastadas de Hiroshima y Nagasaki. Unas ciudades que le despertaron una extraña fascinación a Erlinda y que las llamaba el Guernica japonés. Esa obsesión nació en una exposición en Milán donde vio por primera vez el *Guernica,* de Picasso. Ese contraste de sentimientos que tuvo al contemplar semejante obra definió su forma de sentir el arte, como ella decía, y marcó el curso de sus intereses artísticos en los años posteriores. Entre ellos, ese viaje que tanto le obsesionó hacer al País del Sol Naciente y que al final cumplió con más penurias que comodidades. Nunca les contó las dificultades y el hambre que pasó en ese periplo. Solo les decía que fue por trabajo. Erlinda siempre tenía la extraña costumbre de suavizar hasta el extremo todas sus historias, quedándose en una versión descafeinada y aséptica del relato, cercenando esos detalles íntimos que solo le incumbían a ella.

Cuando aún no tenía los treinta años, planificó ese deseado viaje a Japón, arruinándose prácticamente en esa loca aventura. Lo mejor que pudo encontrar fue algo parecido a un hostal en proceso de derrumbamiento por termitas y humedades en Kure, a unos veinte

kilómetros de Hiroshima. Bajo esa ruina donde pasaba las noches, estaba ese famoso restaurante donde descubrió el extraño manjar de arroz y pescado crudo. Aunque no era un restaurante, sino que era un sucio *izakaya* o bar típico japonés, donde una dueña anciana servía sake y acompañaba esos pequeños y minúsculos vasos con esas raciones de *sushi.*

Erlinda no tenía dinero, por lo que se las ingenió para hacer un pequeño trueque a la anciana del local. En unas tablas de madera pintó los diferentes platos de esa extraña comida que servían y le propuso dárselas a cambio de algo que comer. Fue muchísimo más complicado hacerse entender con la pobre anciana que el pintar todos aquellos cuadros de *sushi,* vasos de sake y cuencos de *ramen.* La dueña aceptó y, sin proponérselo, Erlinda se convirtió en la primera ilustradora de platos de *sushi* de la historia. Se pasó muchas tardes escuchando a la anciana hablar de su vivencia tras el suceso de Hiroshima, aunque no entendía nada de lo que le decía. Escuchaba sentimientos y emociones, no palabras. Su corazón se estremecía ante cada matiz de su voz, cada llanto contenido, cada silencio ahogado. Esos momentos, escuchando a la anciana, siempre iban acompañados de un vaso de sake y esas porciones de arroz con atún, convirtiéndose en una de las mejores y más intensas experiencias de su vida.

Y fueron aún mucho más profundas por el joven nipón que trabajaba en el *izakaya* preparando esas deliciosas raciones. Las miradas de admiración y timidez que le lanzaba desde ese rincón que hacía de cocina traspasaron la frontera del idioma y unieron las almas de esos dos jóvenes, por muy diferentes que en un inicio pareciesen ser. Esa relación se quedó solo en eso, miradas e imaginación, porque en el tiempo que estuvo con ellos no se dirigieron ni una sola palabra ni un solo roce ni una sola caricia, solo gestos de saludo, agradecimiento y despedida. Pero Erlinda lo vivió con la fuerza de una pasión prohibida, irracional. De ese viaje, Erlinda se trajo tres cosas. Tres regalos que le cambiaron la vida: su afición por el *sushi;* su obsesión por las emociones, y no por las palabras, aspecto que siempre reflejaba en sus cuadros, y, por último, la mirada de amor de un extraño joven con quien no intercambió ninguna palabra, pero que con sus ojos se lo dijeron todo. En los siguientes viajes que Erlinda hizo hacia Japón, además de buscar nuevas fuentes de inspiración, como contaba a sus familiares, siempre tenía la secreta misión de reencontrarse con ese chico, aunque nunca jamás volvió a verlo. Claro que todos esos detalles se quedaban en el recuerdo de Erlinda. Nadie de su familia conocía esas íntimas vivencias. Y con ella se irían el día que muriese.

Capítulo 18

Sus secretos se irían con su muerte

A Gwen, pensando en esa imposible versión de Erlinda joven, paseando por las calles de Japón, no le costó imaginársela con un pincel en la mano, pintando lo que sus ojos atrapaban, no sin sentir una ligera punzada en el alma al saber que ya no podría hacerlo nunca por su ceguera. Y, recordando ese momento de la cena de anoche, donde la pintura cogió protagonismo, fue cuando Gwen confirmó su sospecha, que la mayoría de los cuadros eran de Dan, y no de la propia Erlinda. Ante lo extraño que resultaba ver tantos cuadros en la habitación, Dan le explicó que una de sus aficiones, desde que era pequeño, fue la pintura.

—Una afición influida por mi abuela —le reveló—. El recuerdo de mi abuela, antes de empezar a perder la vista, era verla siempre rodeada de lienzos y pinceles, siempre pintando. Y, si a un niño le das pinturas, pinceles y papel, ¿qué hará? Pues pintar, pintar y pintar. Al principio yo pintaba porque me gustaba a mí, pero luego continué pintando porque le gustaba a mi abuela, porque le complacía lucir de su nieto pintor, como ella decía.

Cuando Gwen le preguntó con esa curiosidad infantil, que por qué él continuaba pintando, la respuesta de Dan resultó ser de lo más extraña. Dan le contestó que para regalárselos a su abuela. Gwen no podía comprender qué sentido tenía el regalar unos cuadros a quien

no podía ver, se le antojó absurdo, incluso cruel. Y así se lo hizo saber a Dan. Y su respuesta la dejó más desconcertada.

—Si te lo digo, no me tomes por loco, ¿de acuerdo? —le contestó Dan.

Así fue como Dan le confesó que su abuela podía ver las pinturas con el olfato, oliéndolas. Gwen le lanzó una mirada divertida y extrañada desde el otro extremo de la estrecha mesa.

—Mi abuela no puede ver los cuadros, pero reconoce sus olores. No me preguntes cómo lo hace, pero es así.

Y Dan continuó esa extraña confesión ante su entregada espectadora, contándole por qué venía a la residencia a traerle el cuadro recién acabado. Siempre pintaba aquellas imágenes o fotografías que acordaba con su abuela y, al acabarlos, los envolvía y se los llevaba a su abuela antes de que se perdiera el olor a pintura fresca. En cuanto desenvolvía el cuadro recién pintado frente a su abuela, en sus ojos volvía un brillo oculto por las tormentas del tiempo y regresaba con el ansia de quien recupera algo perdido para siempre. Ese momento de reencuentro entre Erlinda y su pasión, la pintura, valía todo el esfuerzo que a Dan le pudiese suponer el pintar un cuadro. Aunque, por mucho que dijese que pintaba para contentar a su abuela, en el fondo sabía que había heredado esa pasión, en el fondo disfrutaba pintando, ya que sentía que podía dotar de vida un lienzo en blanco. Podía crear algo de la nada, y esa sensación era increíble. Y, además, no lo hacía mal, nada mal. El arte de la pintura guiaba sus manos, como le decía su abuela.

El ritual ante la llegada de un nuevo cuadro siempre era el mismo. Dan desenvolvía el cuadro. Erlinda se reclinaba en su silla de ruedas, una mano en el reposabrazos, otra mano acariciando el borde del cuadro. Siempre rozando con la yema de los dedos la parte trasera del cuadro, no fuese a arruinarlo con su temblorosa torpeza. Levantaba la cabeza y aspiraba dulcemente el cuadro en una larga inspiración que no parecía tener fin. Tantos días, meses y años había pasado entre pinturas que notaba la fragancia de cada color, la esencia de cada tono, el aroma de cada combinación. En su mente los colores inundaban su mundo gris. En sus ojos inservibles volvía la magia de la luz. En su corazón sentía la vida de los colores. El dulce y refrescante azul. El picante rojo. El denso marrón. El limpio blanco. Cada color tenía su olor. Cada olor su personalidad. Cada personalidad sus emociones. Y todos juntos eran como un ser vivo para Erlinda. Como quien se encuentra ante el nacimiento de alguien, algo nuevo, algo único.

Gwen, ante esa revelación, recordó que empezó a girarse esas blancas muñequeras que siempre llevaba, sin darse cuenta, como hacía siempre que se ponía nerviosa. Recordó lo que pensó al oír la

extraña respiración de Erlinda mientras Dan le estuvo enseñando el cuadro. Una forzada inspiración que resultó ser su forma de ver los cuadros mediante los olores. Y entre divertida y culpable recordó los siguientes días cuando obligó al doctor a que le hiciese una exhaustiva revisión a la anciana, ya que notaba que respiraba muy mal. Recordó que Erlinda casi lo aniquila con la mirada la tercera o cuarta vez que el paciente doctor auscultó a la impaciente Erlinda, forzado por las demandas de Gwen. Y, cada vez que el médico le decía que todo estaba lo bien que se puede esperar en una anciana de casi noventa años, Gwen insistía negando el diagnóstico. La punzada de culpabilidad que sintió Gwen se suavizaba ante lo absurdo y cómico de la situación.

Y en ese momento de la cena, cuando salió a escena esa especie de superpoderes de Erlinda, fue cuando apareció ese instante que cambió el curso de la velada. Hasta ese momento, Dan fue quien iba dirigiendo de una manera algo torpe y humilde el peso de la conversación, mientras Gwen no hacía más que afirmar o negar, más con la cabeza que con palabras, conteniendo todo lo que sentía y sabía que no tendría que expresar. Como si estar cenando con Dan fuese la peor maldad que pudiese hacer, ya que podría desembocar en ese final de muerte y sangre que siempre intentaba evitar. Pero en ese momento todo cambió y un absurdo comentario de Dan desató una sonora carcajada sostenida de Gwen, soltando al mismo tiempo lastre de miedo y ansiedad.

Ese momento sucedió cuando Dan le reveló el mote que le puso a su abuela. Dan hizo una pausa, una sonrisa traviesa se dibujó en su cara, acompañada de unos ojos aún más traviesos y le reveló cómo la llamaba: Daredevil.

Gwen escuchó el mote. Conocía al ciego superhéroe del cómic. Y en una décima de segundo cayó en la cuenta. En ese momento se desveló el enigma. En ese instante escuchó ese clic mágico cuando te viene a la mente ese nombre que llevas horas o días intentando recordar y que se niega a aparecer. Y en su boca no se dibujó una sonrisa, que es a lo máximo que llegaba en temas de alegría, sino que se le escapó esa carcajada. No se limitó a sonreír, lo que hizo fue algo que ya no recordaba. Reír.

Dan la miró extrañado, divertido, pensando qué chiste había hecho para producir semejante efecto en esa chica. No encontró la causa, pero le encantó la consecuencia. Gwen, al ver cómo la miraba, sintió que tenía que explicarse. Así le contó que Erlinda en varias ocasiones, cuando hablaban de cómo podía escuchar o intuir al resto de personas, siempre acababa la frase de la misma manera: «Por eso mi nieto me llama *de arte vil*», le decía Erlinda, pronunciando esa palabra extranjera como solo las abuelas pueden hacerlo, uniendo vocales y

separando consonantes fonéticamente, dando como resultado algo diferente a lo que quieren decir. Gwen, ante tal extraña palabra, interpretó *de arte vil*, quizá influenciada por el hecho de ver tantos cuadros, o porque vil le parecía un adjetivo bastante propicio para Erlinda. Sea como fuere, Gwen tuvo rondando en su cabeza durante semanas ese extraño apodo y preguntándose por qué su nieto la llamada con ese adjetivo tan extraño. No le encontraba el sentido y, en ese momento, descubrió el misterio. Daredevil. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Y eso le sonó la cosa más graciosa que había escuchado en mucho tiempo.

La risa cómplice que intercambiaron fue acercando aún más a aquellos dos desconocidos. Una risa que conforme fue bajando de intensidad dio paso al silencio amable que deja tras de sí el rumor de la carcajada.

La forma de romper esa pausa fue mediante algunas preguntas algo más personales de Dan, pero donde cada una de ellas era respondida con una educada evasiva de Gwen ante ese breve intento de conocerla. Excusas que al decirlas iban ensombreciendo su rostro. Ante esas preguntas algo más íntimas, Gwen buscó entre todas las mentiras que le habían acompañado durante los últimos años, pero al final optó por no esconderse tras ninguna de ellas. No le parecía cortés. Así que decidió forzar una triste sonrisa, desviar la mirada y contestar con vacías excusas. Dan, al darse cuenta de esas evasivas, decidió dejar de lado ese intento de conocerla. Por el motivo que fuese, pensó que ese camino no llevaría a ninguna parte. Y ante esa situación no se le ocurrió otra cosa que decir, una palabra, una expresión, un pensamiento en voz alta… «¡Agua!».

Gwen, quizá molesta por lo que interpretó como un pequeño interrogatorio o quizá triste por no poder compartir con Dan nada de su pasado, se mostró confundida y extrañada. Le miró y le preguntó a qué se refería.

—¡Agua!, como en hundir la flota —fue la respuesta de Dan—. Una tontería, no me hagas caso. Es una idea que me ha venido. Como cuando de pequeño jugabas a hundir la flota, ¿lo conoces? Cuando no hacías más que decir eso de A5, B9, C3, y te frustrabas cuando te dabas cuenta de que no acertabas ni una. Pues eso, una tontería, al preguntarte y no querer contestarme nada, me ha hecho sentir lo mismo. Vamos, que no he acertado una.

Así fue como, para desviar el prohibido tema de su pasado, Dan decidió preguntar por las obviedades que no pueden dañar heridas oscuras, entre ellas la de sus aficiones. Ella no supo qué responder. No recordaba la última vez que hizo algo por pasar el tiempo, cuando para ella ver el tiempo pasar era una actividad teñida de temor, miedo y remordimientos. No supo qué contestar. Así que fue retrocediendo

en el tiempo a una época en que tuvo una vida superficial y normal, y buscó algo con lo que responder y continuar la velada.

—A veces me da por escribir cuentos infantiles —dijo Gwen casi sin pensar.

Recordó una versión escolar de sí misma, hablando con sus amigas, donde cada semana decidían cuál era la profesión que sí o sí querrían ejercer de mayores. Una de tantas era esa, escribir libros infantiles. Pudo escoger la de la semana anterior, peluquera; o quizá la próxima, pasear perros. No supo bien por qué, pero eligió escritora, ella, que hacía años que no leía un libro. Quizá fue por saber lo importante que eran los libros para Dan, así que, si iba a mentir, que fuera algo con lo que contentarle.

—¿En serio? Entonces eres del tipo de personas que hace cosas. Somos del mismo tipo —dijo de pronto Dan. Ante la expresión de divertida confusión que puso Gwen, este continuó su explicación—: Como siempre dice mi hermano, en el mundo hay dos tipos de personas: los que disfrutan haciendo cosas y los que disfrutan consumiéndolas.

Dan utilizaba esa extraña forma de atraer la atención que tanto usaba su hermano Abel. Decía algo que parecía que estaba fuera de contexto y, cuando le miraban con cara extrañada, confundida, era cuando explicaba el porqué de esa ocurrencia. Una cualidad que a mucha gente le sacaba de quicio, pero que Gwen comenzó a disfrutar esa noche.

—Lo digo por nuestras aficiones —continuó explicando—. En tu caso y el mío, en nuestros *hobbies*. Nos gusta hacer cosas de la nada. Tú, escribir. Yo, dibujar. Somos de ese tipo de personas. Luego están las que disfrutan leyendo o viendo un cuadro. Son del otro tipo de personas, las consumidoras, como diría mi hermano.

Y esa verdad oculta en tan absurda dicotomía le pareció a Gwen la más sorprendente de las revelaciones.

Así fue como Dan le dijo que su hermano Abel siempre comentaba lo mismo cuando afirmaba que siempre había dos tipos de persona en el mundo. Su sonrisa, mientras hablaba de su hermano, se difuminó hasta desaparecer. Sus ojos bajaron hasta apagarse y sus hombros se desinflaron.

Al aparecer ese nuevo actor en la cena, el hermano de Dan, Gwen le preguntó por él. También le preguntó si él vendría a cenar con su abuela en Nochevieja o en alguna otra celebración navideña. Lo dijo para intentar averiguar si habría algún otro día que Dan volviese a aparecer por la residencia y así poder robárselo a Erlinda como esa noche y quedárselo para ella una cena más. Pero ante esas preguntas le tocó a Dan mostrar las evasivas. Resultaba que ambos tenían más que ocultar que mostrar.

—Mi hermano trabaja muchísimo y no tiene tiempo de venir a la residencia —fue el cierre del tema que Dan le explicó.

Y Gwen, quien era experta en delimitar temas de conversación por los que no quería que nadie deambulase, intuyó que ese era un tema en el que ella no estaba invitada a pasear. Y concluyó de la mejor manera que se le ocurrió, con una sola palabra al decirle «agua».

La sonrisa que abrazó esa palabra, rodeada de la melancolía de los temas vetados que no podían decirse, fue un sentimiento compartido por los dos que hizo lo impensable. Aquello que sentían como censurado en sus vidas resultó ser lo que los unió aún más entre ellos, y esa unión la sintieron en la amarga sonrisa que los dos se regalaron, comprendiendo que sabían cómo se sentía el otro. Y se aceptaron como tan solo se aceptan los desahuciados por el mismo drama.

Esa palabra, *agua,* pasó a ser en ese instante la clave secreta que tan solo Gwen y Dan conocían, una señal de aquello prohibido que no podía ser compartido. Ironías de la vida, compartían algo que les marcaba lo que no podían compartir.

Y así acabó la Nochebuena, la noche que se conocieron. Cuando inició todo lo que a partir de ese momento ya resultó inevitable que sucediese. Fue el punto de partida que les cambió la vida, no solo a ellos dos, sino a todos los que los rodeaban.

Aunque algo más sucedió esa Nochebuena antes que Gwen decidiese acabar el día entre sábanas y sudores por las pesadillas que cada noche sufría.

Cuando subió a su habitación, se miró al espejo extrañada. Hacía tiempo que no recordaba la última vez que contempló su rostro. Con esa idea comenzó a buscarse en el espejo, descubriendo que no reconocía esa cara que la miraba. Le pasó como cuando te quedas observando tu reflejo en el espejo, analizando cada parte del rostro, tus ojos, la curvatura de tus labios, los detalles de tus imperfecciones, y, de tanto mirarte, empiezas a verte extraño, como un desconocido.

Descubrió que tenía los pómulos muy marcados, ensombreciendo su cara. Vio varios granos e imperfecciones salpicando una piel que recordaba suave y lisa. Unas ligeras arrugas decadentes se dibujaban en la comisura de los labios. «El sufrimiento deja su propia firma en el rostro de quien lo padece», pensó. Se miró el cuello y ya no estaba terso como antes. Se abrió el escote del pijama para ver el atroz dibujo que su clavícula dibujaba en la percha de sus hombros. Quizá había perdido diez o quince quilos desde que empezó todo tres años atrás. Pensó, mientras se volvía a mirar frente al espejo, que, si pudiese embotellar el sufrimiento y venderlo, se haría de oro como tratamiento adelgazante.

Y delante del espejo, frente a una Gwen consumida por los acontecimientos de esos últimos años, se prometió no condenar a Dan.

Se prometió que lo alejaría de ella. Se prometió una y otra vez no acercarlo a su vida. Con lágrimas en los ojos. Con las uñas dibujando pequeños mordiscos en la palma de su mano. «No, esta vez no —dijo a media voz, como si su rostro reflejado necesitase escucharlo—. No sucederá lo que pasó la última vez. Dan no tiene culpa de nada. No lo permitiré. No acabaré con su vida como sucedió con Robert».

Y con esa frase, con esa promesa, intentó dormir esa noche sintiendo en lo más profundo de su egoísta corazón que quizá no podría llegar a cumplirla.

Capítulo 19

Si preguntas quien soy, respondo agua

Llegó el día de Nochevieja y no había vuelto a ver a Dan. Gwen, en su habitación, sopesó las consecuencias de la decisión que había tomado. Ir a ver a Dan al restaurante donde trabajaba. No supo cuándo su deseo de apartarse de Dan se transformó en un ansia por volver a verlo. Quizá no quiso recordarlo.

Decidió volver a verlo dirigiéndose al restaurante donde trabajaba. Ansiaba tanto volver a sentir lo que sucedió en Nochebuena que necesitaba estar con él en la cena de fin de año. Sabía la dirección del restaurante, ya que todas las bolsas de comida que Dan y sus padres le llevaban a Erlinda eran de su negocio. Así que, con esa meta en mente, ahora a Gwen solo le quedaba el valor de escaparse unas horas de la residencia, exponiéndose a que los grises la descubrieran y apresaran de vuelta a la residencia. Eso en el mejor de los casos. Lo peor podría ser que los otros fuesen quienes la capturasen y entonces no quería ni imaginar qué le podría suceder. Arriesgaba mucho con esa osada travesura. Muchísimo. Con ese temor en la punta de los dedos, recordó esa versión de Gwen de hacía unos años, osada e irreflexiva, que hacía una locura detrás de otra.

Y fue con ese recuerdo de la Gwen audaz, cuando el coraje que da la estupidez le dio la fortaleza para decidir escaparse para ir a verlo. «No tiene por qué pasar nada malo», pensó.

Llegó el momento de poner en marcha su plan. Gwen abrió el armario buscando qué ponerse para salir a cenar. Lo tenía todo planificado, excepto el vestido, como una despistada cenicienta. No había caído en la cuenta de que casi no disponía de ropa. Su fondo de armario lo formaban los cinco pijamas del trabajo, todos tristemente blancos e iguales, y varias piezas de ropa que trajo consigo cuando vino a la residencia.

Tras ponerse el pantalón y la blusa menos horribles que de los que disponía en su armario, se maquilló con lo poco que tenía en el baño y salió camino al restaurante donde Dan la esperaba, aunque él no lo supiese.

Sabía que los grises acabarían descubriendo que no estaba en su habitación ni en la residencia, y empezarían a buscarla antes que llegase al restaurante. El objetivo de Gwen no era escapar sin ser descubierta. Su meta era llegar antes que la atraparan. Por ello caminó lo más rápido que pudo hasta llegar al restaurante, coronado por unas luces verdes de neón que dibujaban el nombre de Cumano.

El negocio se encontraba en medio de un parque, en una zona residencial que hacía algunos años seguro había sido la parte más elegante de la ciudad, pero que ahora parecía desolada y decaída, con atisbos de la elegancia que en algún momento tuvo. Las farolas mostraban una luz amarillenta, muy diferente a la luz blanca y limpia de las nuevas zonas peatonales de la ciudad. Las amplias aceras reflejaban las señales del tiempo en grietas y socavones producidos por las raíces de enormes árboles que crecían alrededor. Cuando llegó al restaurante, parecía un oasis resistiendo el avance de la decadencia. Brillantes, pero al mismo tiempo cálidas luces lo rodeaban, dibujando la forma de media luna. Una media luna creciente, con grandes cristaleras que rodeaban la parte frontal, dando la sensación de que crecía, engullendo a los comensales que dentro iniciaban la cena más importante del año, quizá por ser la última que disfrutaban.

Cuando llegó se alegró de haberlo logrado. Y, por más que iba girando la mirada atrás, buscando a aquellos que la estaban buscando, no vio nada sospechoso. De ninguno de los dos bandos. Se sentía exultante ante el éxito cosechado, aunque aún recordaba el enorme vuelco al corazón que sufrió al ver salir frente a ella, de un estrecho agujero, dos figuras con ropas oscuras. Claro que el agujero resultó ser un oscuro portal, y las ropas, unos elegantes vestidos de fiesta de una pareja que se dirigía a una de tantas celebraciones de la ciudad.

Una vez en el restaurante, abrió la puerta. El frío silencio de la calle fue invadido por un frenético sonido de gente hablando, platos chocando, vasos brindando, sillas arrastrándose, música sonando, niños llorando, bocas masticando y cuchillos cortando. Ese sonido se vertió como un líquido que se derramaba por la fisura de la puerta

mientras se abría poco a poco. Gwen sintió que, si la abría más, una ola de miles de sonidos entremezclados la tumbaría en el suelo con la fuerza de una gran ola de mar. Aunque no hizo falta, alguien la abrió por ella.

Un atractivo camarero se interpuso entre el silencio de la calle y el bullicio del restaurante como un dique que bloqueaba el rumor que se oía. O quizá no, quizá evitaba que nada ni nadie entrase dentro de ese cálido y pequeño universo culinario. Así lo sintió Gwen al ver la cara seria del camarero. Antes que le dijese nada, Gwen ya le puso nombre. Era Abel.

Capítulo 20

Gwen ya le puso nombre: era Abel

Una simple pregunta y un sencillo «no» como respuesta fueron suficientes para que Gwen no entrase, para que no estuviese con Dan esa Nochevieja. Abel, al preguntarle si tenía reserva y Gwen contestarle que no, se disculpó alegando que no tenían mesas libres, cerrando la puerta frente a una petrificada Gwen.

Se sintió como una leprosa, repudiada. Fue bordeando la media luna que dibujaba el restaurante cristalera tras cristalera buscando un resquicio entre cortinas que le permitiese ver el interior del prohibido local. Ella, que desde joven había alardeado de ser la dama del lugar, se encontraba esa noche siendo el vagabundo que busca las migajas tras el restaurante. En un resquicio entre cortinas, vio a Dan, tras la barra del bar, moviéndose de forma tan segura y confiada como si de una coreografía se tratase.

Esa versión de Dan que vio tras la barra, como el más diestro de los malabaristas, con cuatro o cinco platos entre ambas manos, le pareció diferente. Aquella fragilidad que tanto le cautivó durante la pasada Nochebuena contrastaba con ese dinamismo y seguridad que suponía verlo trabajar. Siempre sonriendo de cara a los demás y siempre concentrado y sereno cuando de espaldas se alejaba. Vio que mostraba unos brazos fuertes en unas mangas de camisa arremangadas hasta la mitad del antebrazo. Se perdió ante un torso que se mostraba con una

fortaleza que no percibió la noche que se conocieron. Contempló sus pasos rápidos y seguros perdiéndose en dirección a la cocina. Y eso fue lo último que vio antes de sentir una extraña presencia detrás de ella.

Dos figuras oscuras, grises, flanquearon a Gwen, una a cada lado, detrás de ella, mirándola con el rostro bajo dada la gran altura que tenían. La habían encontrado. La cogieron suave pero firme, cada uno por un brazo. Esa ausencia de animal agresividad le dio la pista para saber que eran el mal menor. Eran los grises. No eran los otros. Lo que significaba volver de nuevo a esa celda dentro de la residencia. No sabría qué nuevo castigo le supondría la desobediencia de esa noche. No le importaba demasiado. Había conseguido el objetivo de llegar antes que ellos al restaurante, aunque no había servido de nada. No había valido de nada. O quizá no, conoció al famoso Abel, aunque la primera impresión no fue muy positiva. Le había robado la Nochevieja.

La reprimenda de los grises fue la esperada. No aportó nada nuevo a otras veces. El viaje de vuelta a la residencia fue tenso pero tranquilo. Ninguno de ellos se excedió en sus funciones. La custodiaron en su habitación y le exigieron que no volviera a escaparse. «Absurda opción», pensó Gwen; para qué se iba a escapar si era más peligroso estar fuera que dentro de la celda.

Capítulo 21

Es más peligroso estar fuera que dentro de la celda

Ya había pasado la medianoche. Ese año tampoco había tomado las doce uvas. No le importaba. Tendría que tomarse varios cientos de uvas para que su suerte cambiase en el nuevo año, con solo una docena no bastaría.

Los grises, que mientras la traían se habían mostrado distantes pero corteses, se ensañaron con ella nada más dejarla en la habitación. Quizá fue porque en esa noche no estaban con su familia, si es que la tenían. Quizá alguno de ellos fuese el que acabaría con ella, ya que a alguno de ellos no lo conocía. No lo sabía, pero esa noche fue más desagradable que de costumbre. No le importó, hacía tiempo que había dejado de prestar demasiada atención a su propia vida.

Como siempre que los grises salían de la habitación, ella también tenía que huir. No soportaba el sucio olor que se quedaba impregnado en la reducida estancia, mezcla de sudor, colonia, tabaco y el cuero de los cintos de las armas. Era ese olor a cuero el que más resaltaba y también el que menos soportaba.

Se dirigió al único sitio que le pareció buena opción para ver pasar las horas, la pequeña sala donde una semana antes celebró su peculiar Nochebuena. Sentada en la fría silla, apoyó ambos brazos en la estrecha mesa y con una mano se sujetó la cabeza por la frente. Daba la sensación de que, cuando quitase la mano, la cabeza caería rodando

cercenada por una guillotina. Así gotearon las horas hasta que alguien apareció.

No oyó como la puerta tras ella se abría. Tampoco sintió los pasos que se acercaron tras su espalda. Pero sí escuchó la frase que la sacó de su letargo.

—Me alegro de haberme equivocado —dijo la voz—. Estaba convencido de que no te encontraría.

Dan fue quien dijo esa frase y sacó a Gwen de las ciénagas de sus sentimientos. Había ido a la residencia, una vez que finalizó el trabajo en el restaurante, con la esperanza de encontrarla y poder retomar aquella cena de Nochebuena que tanto disfrutaron. Y, sintiéndose ambos afortunados por haberse encontrado, se sentaron juntos en la estrecha mesa de metal, se miraron cómplices y mudos de palabras porque sentían que tenían tantos secretos que ocultarse el uno al otro que dejaron que sus ojos se hablasen entre ellos. Era la madrugada del primer día del año. Fue el inicio de los sesenta y cuatro días que pasaron juntos.

Capítulo 22

El inicio de los sesenta y cuatro días juntos

Poco a poco se fue estableciendo en ellos una rutina creciente, en la que Dan, después de visitar a Erlinda, buscaba a Gwen para forzar la coincidencia de encontrarla. Gwen, por su parte, se dejaba descubrir con la facilidad que el gallo descubre el sol al amanecer.

En una de esas tardes de enero, con el frío presente en las gotas que surfeaban por las ventanas, Gwen le invitó a subir a su habitación para que Dan pudiese estudiar tranquilo, ya que él le explicó que estaba en época de exámenes. La excusa que se inventó cuando le preguntó por qué vivía en la residencia, fue decirle que ella era una estudiante que estaba haciendo un programa de prácticas en la residencia y, como vivía muy lejos, aceptó esa vacante que ofreció la residencia, incluida estancia. Esa mentira llevaba tanto tiempo rondando la mente de Gwen que cuando la dijo iba acompañada de la seguridad de decir la mayor de las verdades.

Subieron a la cuarta planta, en un pasillo mal iluminado, con varias puertas cerradas a ambos lados. Parecía un hotel sin estrellas en temporada baja. Gwen sacó la llave del ancho bolsillo del uniforme y abrió la segunda puerta de la derecha. A Dan le extrañó ver una pequeña cámara de seguridad escondida tras la columna que estaba enfrente de la puerta que Gwen estaba abriendo. «Espero que puedas estudiar tranquilo aquí», le dijo mientras se apartaba a un lado para

que él cruzara la puerta. Cuando Dan entró, en el momento que dedujo que era la habitación de Gwen, pensó que no sería una buena idea. No se equivocó.

Su intuición empezó a avisarle del peligro subyacente a todo lo que sucedía alrededor de Gwen. Siguió avanzando y se sintió como una insignificante mosca que entra en la más bella de las plantas carnívoras. Por lo poco que conocía de esa misteriosa chica, sabía que ocultaba demasiado como para que fuese algo bueno. Pero todas esas alarmas las apartaba siempre al llenar sus ojos con la belleza de Gwen. No recordó que lo primero que hace la planta carnívora es aprisionarte con dulce néctar para evitar que huyas.

En esa habitación pasaron juntos muchos momentos, en los que se estableció una regla no escrita en la que Gwen evitaba cualquier contacto físico con Dan, no fuese a cruzar aquella línea que se había prometido no traspasar. Y por supuesto Dan, para evitar contrariarla, siempre la acababa acatando.

Capítulo 23

En esa habitación

A medida que Gwen sentía que Dan iba entrando en su vida, los remordimientos del pasado lo iban haciendo con la misma intensidad. A cada mirada de deseo que Dan le regalaba, una sombra de la mirada lasciva de Robert aparecía en su recuerdo, como la sombra del fantasma que sabes que no existe cuando gires la vista, pero que sientes que nunca dejará de atormentarte.

Una tarde de los últimos días de enero, cuando Dan se marchó después de haber pasado la tarde escuchando música y Gwen recordó que se comportó con él de una forma más distante de lo normal, supo que esa noche no podría conciliar el sueño. El recuerdo de lo que sucedió con Robert, hacía poco más de un año, le atenazó las entrañas de una forma despiadada. No podía consentir que a Dan le sucediese lo mismo que a ese otro chico. Se prometió no condenarlo a él también.

Con ese sentimiento o, mejor dicho, presentimiento, por intuir lo que podría suceder, se acostó muy temprano esa noche y rememoró cómo comenzó todo con Robert.

Capítulo 24

Mi nombre era Rose

Fue el año anterior en otra ciudad regada por un océano distinto, coronada por unas montañas distintas, e incluso las gentes vestían sus palabras con un acento distinto. Todo era tan diferente que incluso yo respondía a otro nombre. En esa época, en ese pasado, mi nombre era Rose.

Mi escondite era un pequeño hotel de la montaña. Los grises me habían recluido en ese paraje solitario que solo revivía en los meses de verano, donde los turistas rurales repoblaban el lugar con la temporalidad que dan unas vacaciones. En ese momento, bien entrado el otoño y cuando ya se veía la sombra del invierno, no había más que dos o tres habitaciones ocupadas que cumplían el papel de vecinos temporales.

La consigna de los grises era bien clara: no moverme del complejo hotelero bajo ningún concepto. Si quería salir, tendría que informarles y siempre escoltada por alguno de esos indeseables. Una sencilla norma que en esa época, cuando mi impulsividad no la reprimía tanto y mi rebeldía era más acuciante que un torpe bisturí, me esforzaba en quebrantar un mínimo de dos a tres veces por semana.

Robert era un chico musculoso, de tez morena y sombra de barba eterna, de aquellos que transmiten una sensualidad hercúlea no porque sean muy guapos, sino por sentirse tan deseables que al final

acaban haciéndoselo creer a los demás. Entró en mi vida abrazado por el azar más absoluto. Solo hizo falta que cruzásemos nuestras miradas diferentes días de la semana a la misma hora del día. Lo suficiente para que un saludo de él diese lugar a un hola mío, que a su vez le provocase una sonrisa y acabásemos con nuestros labios unidos. No fueron necesarios flechazos ni mariposas, solo dos personas queriendo estar juntas. Solo eso.

Mis insistencias de negativa por vernos un día más no hacían más que acrecentar el deseo que él tenía por desobedecerme al día siguiente, apareciendo en mi puerta, al principio con cualquier nimio regalo entre sus manos y, pasadas las semanas, solo con el regalo de su cuerpo para poder disfrutarnos en la cama. Unos momentos que, a cada día que pasaba, eran menos sensuales y más carnales. Y, para empeorar más la situación, esas visitas que Robert me hacía muchas veces acababan fugándonos por la noche y acabando en algún bar, portal o granero que nos diese cobijo suficiente para esconder lo que en ese momento sentía como el amor más puro y pasional que había conocido jamás. Aunque, en cada evasión que hacíamos de mi prisión, menos cuidado teníamos en permanecer ocultos. Era tal la seguridad que sentía junto a él que me veía intocable. Incluso podría decir que el temor que en el pasado tenía de ser descubierta por los otros no la sentía como amenaza, ya que, si nos descubriesen, sentía que Robert, como mi fiel príncipe azul, me defendería de mis enemigos. Una vez pasado el tiempo, me doy cuenta de mi absurda gallardía, incluso de la errónea percepción que tenía de mi príncipe azul, que ni era de la realeza ni mucho menos del color del cielo.

Varios días fueron los que los grises amenazaron a Robert con dejar de lado ese comportamiento tan peligroso, exigiéndonos que dejásemos de vernos. Como si estuviésemos representando un drama shakespeariano, donde yo, como una adolescente Julieta, me revelaba contra esas figuras paternas que recaían en los grises, todo ello para acabar en brazos de mi querido y amado Romeo. Ya en esa época tendría que haber recordado cómo acababa la historia, quizá todo hubiese sido diferente.

Así fue como esas amenazas de los grises Robert las desatendía con la superioridad de un insensato. Y yo, con una mentalidad más infantil e inmadura, no hacía más que ensalzar las pocas virtudes que él podría tener ante tan burdo desafío, dándole un estatus de héroe que no se merecía.

En esos días no podía dar crédito a lo enamorado que creía que estaba Robert de mí, tanto como para que él hiciese todo lo que hacía, enfrentándose a los grises de esa manera. Qué equivocada estaba. Estoy segura de que cualquier malnacido hubiese hecho lo mismo que hizo él si la recompensa fuese tener a alguien como yo para follarla

cuando le viniese en gana. Era tal la obcecación que sentía por él que confundí el amor con el sexo, las caricias con embestidas, los besos de amor con besos de lengua y las románticas palabras con preliminares del sexo. Y no me di cuenta de eso. En ese momento estaba enamorada de él, así que todo lo veía tras ese confuso y estúpido filtro rosa. Aunque de todo esto me doy cuenta ahora, casi un año después.

Nuestras desobediencias acabaron siendo tan descaradas que sucedió aquello que los grises tanto querían evitar, que los otros nos encontrasen. Y así fue. No sé cómo pasó ni cuándo. Pero acabó sucediendo. Quizá fue una noche que salimos a bailar a una fiesta de un pueblo cercano y nos vieron. O quizá fue ese día que fuimos a comer una hamburguesa en aquel concurrido lugar. O fue paseando por la carretera, cuando íbamos a cualquier sitio a follar, o quizá veníamos de haber follado, y cualquiera de los cientos de coches que pasaban por nuestro lado fue aquel que nos vio. Desconozco cómo fue, aunque fue lo de menos. Lo que sí importó fue que nos vieron juntos, porque el primer golpe mortal de los otros recayó sobre Robert. Para ser más exacto, sobre su familia.

Capítulo 25

El primer golpe mortal fue para Robert

Con esa imagen y con esa angustia de no querer rememorar una vez más lo que le iba a suceder a Robert y a su familia, su mente consiguió desconectar de la realidad y se dejó llevar por las aguas del sueño, aplazando para otro momento la penitencia de saberse culpable de todo lo que sucedió.

Un nuevo día apareció y las puntuales visitas de Dan, después de visitar a su abuela, conseguían apaciguar la ansiedad de sentir que lo arrastraba al más funesto de los destinos. Uno de aquellos días en que la relación de ambos se estrechó aún más fue cuando compartieron uno de esos grandes secretos, aunque el dueño de ese enigma fue en esa ocasión Dan.

Todo empezó una tarde cuando subió a la habitación de Gwen con un pequeño paquete envuelto. Cuando ella lo abrió vio que era el libro de *Frankenstein* y un cuaderno en blanco con un unicornio dibujado en la portada, como aquella maleta que Dan había visto en varias ocasiones en una esquina de la habitación, con ese extraño animal mitológico dibujado en el lateral. Dan le explicó que el libro de *Frankenstein* era porque, al igual que ella días atrás le regaló su mejor canción, él le estaba regalando el que consideraba uno de sus mejores libros. Lo del cuaderno en blanco no era más que para que pudiese ocupar esas horas vacías con su afición, la escritura, como le había

confesado en la cena de Nochebuena.

«¿Por qué me haces esos regalos?», le preguntó Gwen de forma directa, a modo de vía de escape, como un cambio de vía forzado para evitar que el tren de sus pasiones descarrilase y evitase así lanzarse a sus brazos y besarlo como quien salta en paracaídas.

Para explicarse, Dan le dijo una de esas frases que parecían salidas de boca de su hermano en vez de la suya. Le comentó que, según su hermano, hay dos tipos de personas con respecto a los regalos. Le dijo que estaban los que les gusta recibir los regalos y, luego los que les gusta darlos. «Yo, como ves, soy de los que les gusta regalar», acabó diciendo. Como si esa anacrónica excusa pudiese suplir el verdadero motivo, que no era otro que lo que Dan sentía por Gwen. Un sentimiento cada vez más cercano al amor.

Cuando le preguntó a Gwen qué clase de persona creía que era, ella no le contestó. Hacía tanto tiempo que ni regalaba ni recibía ningún regalo que no supo qué decir. Además, no le caía bien ese hermano suyo del que tanto hablaba y tan orgulloso parecía estar. Lo recordó cuando lo vio en el restaurante, seco, arisco, bloqueándole el paso en la cena de Nochevieja. Ni siquiera se había dignado ni una sola vez a ir a visitar a su abuela todo ese tiempo. No. No le caía bien. Por ese motivo no le contestó y, con cara de desprecio dijo algo que, en ese mismo momento, supo que no tendría que haberlo dicho. Gwen tenía ese pequeño defecto, no filtraba suficientemente rápido los duros comentarios que tenían como fin último el herir a los demás.

Cuando con tono irónico Gwen le dijo que su hermano parecía una gran persona, pero que cuando ella lo vio no se lo pareció, la extraña cara de Dan le confirmó que esa frase no fue muy acertada.

La pregunta de Dan pidiéndole que le aclarase cuándo vio a su hermano fue el inicio de un pulso de mentiras en el que nadie resultó ganador. Así fue como Gwen optó por enmudecer, ya que no quería contarle que fue en Nochevieja al restaurante donde trabajaba y vio a su hermano bloqueándole el paso en la puerta.

El silencio que se creó fue roto por lo único que podía parar esa incómoda situación: la verdad. Así fue como Dan desveló el secreto, confesó su mentira.

«Mi hermano murió hace seis meses». Fue lo único que pudo decir. Le dolió pronunciar esa frase, como si al decirla en voz alta se hiciese realidad, aunque fuese una realidad ya consumada antes de ser revelada.

Capítulo 26

Dan desveló el secreto

Dan no creía en la suerte. Pensaba que creer en esa especie de Dios, de ente supremo que es el azar, le quitaba el placer de disfrutar de sus logros. Es verdad que esa suerte también le libraría de la culpa de sus pecados, pero para él eran tan importantes los logros como las derrotas. «Todo vale —decía—. Todo cuenta».

Es por eso que nunca decía que había tenido buena suerte o mala suerte en algo. Nunca, excepto con su hermano. En la suerte de haber tenido un hermano como Abel. Él era su mayor recompensa, aunque también fue parte de su derrota. Pero, como dice Dan, todo vale, todo cuenta.

Abel fue ese increíble hijo que todos los padres querrían tener. Sus padres no eran ni los más listos, ni los más inteligentes, ni los más santos, ni los más agraciados. En su mediocridad residía su mayor virtud, todo lo hacían bien, sin destacar, y nada hacían mal. Pero había una excepción: ser los padres de Abel. Ese fue su mayor logro. O al menos esa era la carta de presentación que mostraban cuando hablaban de su amado primogénito.

Fueron padres jóvenes y fue su único hijo hasta que Dan apareció en sus vidas cuando Abel tenía doce años. Dan siempre pensó que tardaron tanto porque Abel era tan maravilloso que estaban seguros de que el próximo hijo que tuviesen no sería ni la mitad de bueno. Eso

dotaba de la etiqueta de hijo no deseado a Dan. Nunca se afirmó en voz alta, pero él así lo sentía.

Todas las virtudes que pudo conseguir en su infancia venían con la misma coletilla detrás, como esos carteles de publicidad de los aviones de la playa que decían: «Como su hermano Abel». «Mira qué bien lee, como su hermano Abel»; «Es increíble lo educado que es en la mesa, como su hermano Abel de pequeño»; «Ha sacado unas notas excelentes, como su hermano Abel». Todas esas comparaciones, aunque puedan parecer mezquinas, eran todo lo contrario, eran el mejor piropo que podía recibir Dan. El hecho de parecerse a su increíble hermano era lo más cercano a la perfección a la que podría aspirar. Hasta no llegar al inicio de la adolescencia no empezaron a resultarle molestas esas continuas comparaciones.

Dan era feliz pensando que hacía muchas cosas bien, aunque todas las hiciese igual de bien que Abel. Todas las cosas excepto una: el arte de la pintura era un don que Abel no compartía. Aunque en esos casos se saltaban unas cuantas generaciones y decían que Dan pintaba muy bien, como su abuela.

Cuando todas las virtudes son compartidas con otros, y los defectos son propios de ti, supongo que se tienen dos vías: o te conviertes en la sombra de tus dioses o eres dueño de tus demonios. Dan vivió y sufrió las dos opciones.

Cuando la adolescencia hizo aparición como lo hace, sin llamar y sin ser invitada, cogió todo lo que había en su vida y le dio la vuelta, afirmándole que será mejor. Ese momento en el que cualquiera de nosotros tiene que averiguar quién es, para Dan, no fue sencillo. Sería más correcto decir que las dificultades de Dan se centraron en que no tenía sitio donde situarse. Cualquier signo de identidad ya estaba descubierto y ocupado por su hermano, por lo que no encontraba nada digno con lo que etiquetarse. Incluso tanteó comportamientos y pensamientos extraños, pero que eran tan alejados de su forma de ser que los fue desechando según iba descubriendo cómo eran de nocivos.

Fue en ese periodo cuando Dan entró en la fase más oscura de su vida. En qué consistió y lo que sucedió en ese periodo no se lo contó a Gwen. Se lo guardó para él. Utilizó el comodín del «agua» en cuanto comenzó a tocar ese tema, y Gwen, decepcionada pero conforme con esa decisión, no tuvo más que acatar los deseos de Dan de omitir esa parte de la historia. Fue un periodo tan negro y oscuro como para dejar los últimos años de la escuela debido a los excesos y a la gran cantidad de dinero que consiguió con esos turbios negocios. Esa letalidad también la sufrió su familia, quienes tuvieron el temor de poder llegar a perderlo para siempre. En esa época, Dan cayó en una fuerte ludopatía en la que consiguió hacer grandes sumas de dinero, pero que iba gastando a la misma velocidad que los ganaba. No supo

bien por qué se le daba tan bien jugar al póker, no se percató de que, aparte de las habilidades pictóricas, compartía con su abuela una especie de sexto sentido que le permitía percibir hasta el más mínimo detalle en los contrincantes contra los que jugaba. Esa época la pasó en tugurios en los que nunca tendría que haber entrado y trató con gente que nunca tendría que haber conocido. Al final, el peso de la cordura, junto con la ayuda de su hermano Abel, fue suficiente para que Dan abandonase ese episodio que le robó la adolescencia desde los quince hasta los dieciocho años.

Y, según la creencia de Dan, esa capacidad que tenía Abel de cuidar de su dulce hermano la llevó hasta las últimas consecuencias. O al menos así lo llegó a pensar Dan cuando a su hermano le diagnosticaron un agresivo cáncer. En el fondo de su corazón, sentía como si Abel hubiese decidido enfermar para despertar a Dan de su ira adolescente y traerlo de vuelta al abrigo de su familia. Con ese giro que el destino los azotó, Abel acabó sucumbiendo a la enfermedad, consumiéndolo en un rápido proceso de degeneración de vida, o generación de muerte, según el lado del prisma por donde lo mires.

Cuando su familia se enteró del duro golpe, no fueron conscientes de lo que sucedería en sus vidas. La pena lo ocupaba todo. Y así, conforme Abel fue perdiendo ese papel omnipresente de su familia, se fue quedando vacante esa posición. Ni su padre ni su madre optaron por ese puesto. La vacante se quedó desierta los primeros meses. Dan fue ocupando poco a poco ese desierto que dejaba tras de sí la enfermedad de Abel. Las horas que Abel no podía trabajar en el restaurante, en el negocio familiar, las fue supliendo Dan con bastante buen hacer para haber estado tanto tiempo sin ayudar en la familia. Los consejos que Abel ya no podía dar por los estragos de la medicación fue Dan quien los continuó recetando. Poco a poco Dan fue siendo una versión diferente de Abel, ni mejor ni peor, pero sí capaz de hacerse cargo de esa familia huérfana de líder.

Esa transición de un Abel apagándose y un Dan ascendiendo también la vivió desde su propio infierno, ya que tuvo que dejar esa oscura versión de sí mismo. El abandono de esa complicada etapa de su vida de ludopatía no la vivió traumáticamente, no se sintió obligado a abandonarla. Al contrario, se sintió liberado al poder volver a su familia y ocupar lo que después averiguó que era el lugar donde quería estar.

Así concluyeron los últimos meses. Las horas que Dan no estaba trabajando o estudiando las pasaba con su hermano en el salón de su casa viendo películas sin parar, ya que era aquello con lo que más disfrutaban, mostrando la conmovedora estampa de dos cinéfilos empedernidos disfrutando de su vicio declarado. Siendo pequeños, siempre había sido la afición que los había unido, viendo cualquier

tipo de películas de manera impulsiva, como quien se atraca de pastel sin poder parar, con los ojos desorbitados por el azúcar y la sonrisa bobalicona por el dulce en el paladar.

Fue así como en esa época volvieron a compartir la magia del cine, una afición que hacía años no disfrutaban y que, como decía su hermano, suerte tenía de poder volver a deleitarse con el placer del cine, olvidándose adrede de que la causa fuese una enfermedad que dentro de poco le quitaría ese privilegio. Un pago demasiado alto para ese pequeño capricho cinéfilo.

Para acabar, Abel murió un viernes por la tarde. Hasta en el momento de la muerte, que en teoría escapa de cualquier control terrenal, Abel tuvo la elegancia de elegir el mejor momento de la semana para todos. Falleció un viernes, el sábado le velaron una gran cantidad de amigos, vecinos y curiosos que tuvieron la suerte de haberlo conocido en vida y haber disfrutado de su energía, de su humor y de su sabiduría. Entre ellos, se encontraba la última pareja de Abel, Sonia, completamente destrozada. El domingo fue el entierro, y el lunes vuelta al trabajo. Murió sin molestar mucho, como siempre había vivido.

Pero en esos días faltó una de las personas más importantes de la familia. La abuela Erlinda. Mara, la madre de Abel e hija de Erlinda, tuvo la desafortunada idea de ocultarle la enfermedad de Abel a su recta madre, una idea que no fue compartida por el resto de la familia, quien en silencio le recriminaba que la abuela no supiese nada. De la misma manera, Abel, en su deseo de no molestar, no quiso revelarle la situación. En ese anhelo de protegerla, o quizá ante el miedo de la reacción que pudiese tener ante tan horrible noticia, no se le informó en ningún momento de la situación de Abel.

Cuando murió y esa noticia tampoco se le dijo a Erlinda, la bola de mentiras era ya tan grande que ningún miembro de la familia tuvo suficiente coraje como para contar la situación real y aceptaron en silencio la dura realidad, que Abel nunca iría a visitar a su abuela una última vez.

Mara se excusaba diciendo que, si la abuela se enterase de que Abel había muerto y, lo peor de todo, no le habían dicho nada, del disgusto seguro que se moriría. Aunque eso no era lo que temía Mara. Su miedo real era la reacción de Erlinda ante lo atroz de haberle ocultado toda la enfermedad y haberle privado de un último adiós de su nieto. Y Erlinda, como ya he comentado en varias ocasiones, podría llegar a ser horriblemente severa.

Y así concluyó la historia, quizá contada con otras palabras, omitiendo algunos apartados y dilatándose en algunos otros. Gwen escuchó con atención la revelación que Dan le había hecho esa tarde en esa pequeña habitación de la residencia. Se dio cuenta de algo que

su propio egoísmo le ocultaba, que el sufrimiento y las desgracias no eran un nicho exclusivo de ella. Y, siendo sincera consigo misma, vio esperanzas al verse reflejada en ese extraño chico que, sintiendo esa profunda tristeza ante la historia que le acababa de contar, seguía mostrando una alegría y una visión tan esperanzadora de la vida.

Una vez acabada la historia, Gwen se disculpó sobre lo que dijo de Abel, junto con sus condolencias con seis meses de retraso. Le confirmó que no se preocupase por ese secreto. No le diría nada a Erlinda. En guardar secretos, no había nadie con más experiencia.

Capítulo 27

En guardar secretos, no había nadie con más experiencia

El momento en que Dan supo que el misterio que emanaba de Gwen no era fascinante, sino peligroso, fue cinco días que pasó las veinticuatro horas con ella en su habitación.

Todo comenzó cuando Gwen desapareció de repente y Dan estuvo sin saber nada de ella varios días que fue a visitar a Erlinda. Al quinto día sin tener noticias de ella, decidió que tenía que averiguar dónde estaba. Así fue como subió a la cuarta planta y, enfrente de su habitación, esperó varios segundos antes de llamar a la puerta. Inspiración. Expiración. Toc, toc. No hubo respuesta. Llamó una vez más. No dijo nada mientras llamaba, solo se escuchó el eco sordo de sus nudillos chocando con la robusta puerta. Se sorprendió al darse cuenta de que la puerta destacaba entre las del resto del pasillo, era como si la hubiesen puesto nueva, en comparación con las viejas puertas que coronaban el resto de habitaciones, como si no perteneciese a ese lugar. Extraños pensamientos nublaron su mente mientras esperaba ansioso una respuesta del otro lado de la puerta, que se negaba a consolarlo.

Una débil voz se escuchó desde el interior.

—Vete, Dan —fue lo único que oyó.

Sonaba como un sollozo. Le extrañó que supiese quién era, ya que él no había dicho nada todavía. En la puerta no había mirilla que lo

hubiese delatado. Con los nervios no recordó la cámara de seguridad que estaba detrás de él, aquella que vio la primera vez que entró en esa habitación.

Dan le preguntó si estaba bien y en ese momento se oyó un golpe desde dentro de la habitación. No reconoció qué fue. «Algo pequeño y pesado», pensó. Quizá una lámpara, un teléfono. Empezó a ponerse cada vez más nervioso y, conforme su corazón bombeaba más fuerte, comenzó a hablar de la manera más calmada que pudo interpretar.

—Hola, Gwen —volvió a decir—. ¿Se te ha caído algo? Seguro que te he despertado de una buena siesta, qué oportuno que soy.

La calma de su voz contrastaba con el temblor de sus manos intentando abrir la puerta. En ese momento se oyó un golpe más fuerte. El golpe de un cuerpo desplomándose en el suelo.

El sonido de un quejido fue acompañado por el grito de Gwen pidiendo a Dan que se marchase.

—¡Vete, Dan, por favor! —gritaba.

Los nervios de Dan se transformaron en terror, pánico. En esa habitación algo no iba bien. Nada iba bien. Empezó a tirar con fuerza del pomo de la puerta, como si ese estúpido movimiento pudiese abrirla, como en un absurdo pulso chino.

Con los ojos abiertos y la garganta seca por el temor, adoptó el tono de voz más suave y calmado que los nervios le permitieron adoptar y buscó en su cabeza algún absurdo comentario para poder forzar que ella siguiese hablando.

—¿Sabes? —empezó diciendo tras esa estúpida puerta que se negaba a abrirse—. Te veo un poco torpe tirando cosas y tropezando en la habitación. Mi hermano siempre dice que hay dos tipos de torpes en el mundo, los de Tetris y los de Pinball, y parece que ya sé de qué tipo eres.

Hizo una pausa para ver si ella contestaba. No hubo respuesta. El silencio que se filtraba dentro de la habitación le estaba estallando los tímpanos por el vacío que sentía.

—Los que son de Tetris —continuó relatando, forzando una voz distendida— son los torpes que, por mucho que se les caigan las cosas o por mucho que se tropiecen, tienen el arte de aterrizar bien, como si no se hubiesen tropezado, rectificando su torpeza con algún movimiento rápido y elegante. Luego están los de Pinball, que son los que con su torpeza no hacen más que ir rebotando por muebles y paredes, chocando con todo, tirando objetos y trastos a su paso, como un huracán. Seguro que tú eres como yo, de Pinball.

Cuando acabó la frase, se escuchó como se deslizaba el pestillo de la puerta. Dan se apartó como si el pomo abrasase. Las manos templando. Los ojos desencajados. La respiración agitada y la garganta seca. La puerta se abrió lentamente y algo parecido a Gwen se mostró

en esa fina línea vertical que dibujaba la puerta al abrirse, ensanchándose poco a poco.

Lo primero que le azotó a Dan desde el interior de la habitación fue un fuerte hedor agrio a cerrado. Le recordó al olor de esos ganchitos de queso anaranjados. En la penumbra de la habitación, solo se veía la mitad de la cara de Gwen y la mano agarrando la puerta, aunque sería más acertado decir que la aferraba con los dedos tensos, temblando, aunque no supo si por la presión que ejercía o por la debilidad que mostraba. Al mirar a Gwen a los ojos, los vio vidriosos, ensangrentados por miles de venas que coronaban su mirada, y, bajo ellos, como una sombra al atardecer, unas enormes ojeras que de tan oscuras parecían pintadas en la piel. El extraño brillo que vio en su rostro parecía una capa de barniz aplicada por un psicópata, dando la sensación de ver una versión de Gwen del museo de cera más atroz del mundo. A medida que sus ojos fueron acostumbrándose a la penumbra, pudo ver que su piel estaba llena de marcas, salpicada de surcos. En ese momento entendió qué era lo estaba pasando, qué era lo que sucedía. Se sintió más tranquilo al ver que no ocurría nada malo, aunque eso fue antes del diagnóstico del médico. Al final resultó que sí era tan malo, casi mortal.

Capítulo 28

Al final resultó casi mortal

Cuando el médico y la enfermera llegaron a la habitación, a Dan le pareció un absurdo cliché de una pésima película. Al médico lo conocía de la residencia, pero a la enfermera no la había visto nunca, y le extrañó, ya que conocía a todo el personal de la residencia.

Gwen estaba en la cama dormitando, inquieta por la tremenda fiebre que tenía. Parecía un texto lleno de tachaduras de corrector blanco al verla repleta de pequeñas toallas blancas repartidas por frente, cuello y brazos. Ese fue el tratamiento que Dan se atrevió a aplicar ante tanta fiebre.

Después de la exploración del médico, el diagnóstico fue una varicela, pero que se había complicado por la desnutrición y deshidratación de varios días. Dan no entendió cómo pudo llegar a esa situación tan crítica, aunque él no era conocedor de que Gwen ya había cometido tres intentos anteriores de una especie de suicidio pasivo, en los que dejaba de comer cuando le atenazaba alguno de esos episodios depresivos que sufría.

Estaba muy débil y tenían que llevársela al hospital para ingresarla. En cuanto el médico comentó la palabra *ingreso hospitalario,* la enfermera, que durante todo ese tiempo no hizo otra cosa que estar quieta mirando cómo trabajaba el médico, abrió la boca por primera vez diciendo que no era necesario que la paciente fuese al hospital,

alegando que en la residencia tendría las atenciones necesarias para su recuperación. La mirada de la enfermera al médico fue tan directa, tan dura que él no pudo hacer otra cosa que asentir. Ese cambio de tornas en el liderazgo del diagnóstico no se le escapó a Dan, quien estaba en una esquina de la habitación contemplando extrañado el comportamiento de la dominante enfermera hacia el sumiso doctor.

Incluso en más de una ocasión a Dan le pareció que la enfermera lo observaba a él con una expresión intensa que no supo interpretar. Y lo más inquietante de esa batalla de miradas fue que, cada vez que sus ojos se encontraban, esa extraña enfermera desviaba el rostro evitándolo, como si él fuese el protagonista de la escena en vez de un mero secundario.

Cuando la enfermera dijo que ya se encargaba ella de la recuperación de la paciente, Gwen abrió los ojos y, entre el delirio de la fiebre y el terror de su rostro, dijo algo que a Dan le heló la sangre.

—¡No me dejes sola con ellos! —intentó gritar Gwen con una voz apagada por la debilidad, como si no saliese de la garganta, sino del mismísimo estómago.

Así fue como le suplicó a Dan que no la dejase sola con ellos. Dan avanzó un paso adelante, apareciendo de repente en la función como si hubiese estado disimulando su presencia con el resto de muebles de la habitación. Se sintió como Frodo, dando unos temblorosos pasos ante esa extraña comunidad sanitaria formada por doctor y enfermera, y se ofreciese voluntario para esa misión suicida, como portador de un anillo que no existía, sin saber qué hacer ni cómo llevarla a cabo.

Dan le preguntó a la enfermera cuáles tenían que ser los cuidados a tener en cuenta. En el momento que hizo la pregunta y ella dibujó esa cara de póker, compendió por fin que esa extraña mujer poco sabía sobre el cuidado de enfermos. El doctor tomó el mando ante el silencio de la enfermera y le explicó todo lo que tenía que hacer los próximos días, remarcando que se pusiese en contacto con ellos si el estado de la paciente se desviaba lo más mínimo de lo que le comentó, estando muy atento a si subía la fiebre o si se presentaba alguno de los múltiples síntomas que pudiesen complicar su estado.

Dan tomó nota de todo e hizo varias preguntas muy acertadas sobre cómo actuar ante posibles situaciones impredecibles, cosa que reafirmó al doctor que ese chico sí sabía lo que era cuidar a un enfermo. Los meses que pasó al lado de su hermano enfermo le dieron la experiencia suficiente como para saber qué hacer.

De todo lo que apuntó Dan, tanto en papel como mentalmente, hubo una cosa que le quedó bien clara. En ninguna circunstancia llamaría a esa extraña enfermera. No se fiaba de ella y acertó en esa suposición.

Capítulo 29

No se fiaba de ella y acertó en su suposición

Esos cinco días que Dan estuvo cuidando de Gwen fueron el momento más íntimo que vivieron en esa habitación. Los acertados cuidados de Dan ayudaron a la pronta recuperación de Gwen.

Para combatir esa exagerada desnutrición que Gwen llevaba reflejada en unos huesos que parecían querer traspasar su piel, Dan tuvo la acertada idea de regalarle un pequeño libro. A Gwen no le sorprendió ese obsequio, sabía que él lo podía arreglar todo con un libro, aunque este estuviese repleto de recetas de cocina, en vez de historias y aventuras. El libro tenía como título *Cocina para una cocina chica*. A Dan, nada más ver el título, se le ocurrió que era un libro perfecto para la mínima cocina de la habitación.

Cuando Gwen lo abrió, se entretuvo en hojearlo, como si fuese un libro de alquimia, ella que jamás había cocinado nada que no fuese calentar en el microondas. Agradeció que tuviese más ilustraciones y ayudas que texto. Comenzó a mirar recetas, saltándose todos los platos que tuviesen huevos como ingrediente. Odiaba los huevos, no soportaba ni tocarlos. Ella también tenía sus extrañas manías. Se posó en su mano una receta que parecía sencilla. Arroz salvaje con pollo y setas. Le gustó la etiqueta de «salvaje» en la descripción. Fue lo que más le llamó la atención, junto con el hecho de que ponía dificultad «muy fácil» en la descripción. Ese fue el primer plato que cocinó, y no

le quedó mal del todo. Le faltó sal y el pollo se le quedó demasiado pasado, pero sintió que fue una cena agradable. Y esa cena, la primera que ella preparó una vez que estuvo recuperada, fue la primera de tantas que disfrutaron en compañía, siempre acompañados por ese libro de cocina que ojeaban y comentaban juntos, acercando sus cabezas para leer la mínima letra de sus páginas, sabiéndose tan cerca el uno al lado del otro que en más de una ocasión se equivocaron de ingredientes y cantidades.

Cuando Gwen se recuperó del todo, la marcha de Dan, después de cinco días junto a ella, finalizó con un nuevo regalo. Ella, ante la insistencia de verse tan halagada con esos presentes, le volvió a recordar que tenía razón cuando decía que él era de esos a los que le gustaba regalar, como lo definió su hermano Abel en esa historia que le contó.

Ese último regalo fue una taza que tenía dibujada con letras sinuosas y dulces uno de esos mensajes motivadores: «Despierta con una sonrisa», parecía susurrar la taza. Le explicó que era una taza mágica para empezar bien por las mañanas.

Gwen agradeció ese simple regalo, aunque no fue hasta el tercer día que realmente descubrió a qué se refería.

Capítulo 30

El tercer día lo descubrió

Gwen tardó tres días en descubrir el secreto.

El té que se preparó ese tercer día lo hizo en la taza que Dan le regaló el día que se marchó. Al abrir la taza, descubrió que estaba llena de pequeñas tiras de papel enrolladas en minúsculos pergaminos, sujetos con un pequeño trozo de cinta adhesiva. Su sorpresa fue mayúscula por lo inesperado del descubrimiento. Se sintió como quien descubre el más secreto de los tesoros, aunque no hubo ni búsqueda ni intención en el hallazgo, pero la sensación de logro fue gratificante, al mismo tiempo que de una ternura sin igual. Sintió que Dan, aun sin estar con ella, seguía cuidándola. Y esa sensación la hizo sentirse protegida, más protegida que con cualquier sistema de vigilancia y monitorización que sabía que los grises habían ocultado en la habitación.

En la pequeña tapa de la taza, al darle la vuelta, vio un pequeño mensaje pegado en ella. Lo abrió con una tierna sonrisa dibujada en los labios y lo leyó. Lo hizo a media voz, como si fuese a él a quien se lo leyese. Como si fuese un conjuro mágico que al formularlo pudiese suceder el mayor de los milagros.

Un día me preguntaste cómo lo hacía para ser (o parecer) feliz. Creo que al final no te contesté a esa pregunta, así que en esta taza te escribo treinta y siete pequeños motivos para poder ser feliz. Espero que alguno de

ellos te ayude a conseguirlo.

Que el pasado sea tu mejor maestro. Por muy severo que haya sido, siempre te enseñará algo.

Al leer la nota y ver la pequeña taza llena hasta el borde de más minúsculos mensajes, le invadió un aura de tranquilidad y serenidad. Fue jugando con el trozo de papel en sus manos, releyendo unas cuantas veces más la frase.

Leer esa frase le impactó mucho. Muchísimo. Era una frase dedicada a ella. Dan sabía que su pasado no podía ser agradable. Y el hecho de presentarle su pasado como algo positivo, algo de lo que aprender, lo sintió como un consejo que iba dirigido a ella y solo a ella. Lo abrazó como un íntimo secreto que Dan le contase al oído para que solo ella lo escuchase.

Con la taza entre sus manos, llena de los consejos de Dan, rememoró esos dos meses que llevaban compartiendo. Vio encima del escritorio el libro de cocina que le regaló. Encima del único estante de la habitación, estaba una edición del libro de *Frankenstein* y, encima de la mesa, ese cuaderno en blanco con ese dulce unicornio saludando desde la portada.

Viendo esos inocentes objetos que Dan le fue regalando, sintió que le había entregado el mejor maletín de supervivencia que jamás podría haber imaginado. Tenía un libro para no morir de aburrimiento, una libreta para afianzar esa afición a la escritura que ni ella sabía que tenía, pero que descubrió que le fascinaba. Ese otro libro de cocina para que no muriese de hambre y, por último, esa taza con los treinta y siete mensajes para que no muriera de tristeza.

Gwen no pensó si todo eso fue casual o si Dan lo había planeado todo para salvarle la vida. «Qué absurda pregunta —se dijo—. Claro que fue consciente y voluntaria». Vio un atisbo de esa perspicaz Erlinda en el comportamiento de Dan y supo con certeza que él lo había planificado todo para protegerla. Como descubrió tiempo después, ese chico parecía ir siempre un paso por delante. No dejaba nada al azar.

En ese momento intuyó que Dan escondía algo más detrás de esa imagen tímida e inocente. Y esa sensación, en lo que dura un parpadeo de intuición, le puso en alerta por algo que podría traer terribles consecuencias.

Capítulo 31

Algo que podría traer terribles consecuencias

«No hay mayor atracción que la del sufrimiento compartido». Gwen supo que escuchó esa frase en algún momento de su vida, aunque no recordó en boca de quién ni en qué contexto. Gwen ya estaba recuperada y las visitas de Dan eran cada vez más continuas. Los dos sentían que necesitaban verse, aunque ninguno daba un paso más adelante que el de estar juntos en esa habitación de la residencia.

Pero Gwen, al ver cómo sentía que Dan la ansiaba con su mirada y la seducía con sus silencios, supo que empezaban a jugar con esa línea de no retorno en que ella acabaría sucumbiendo a su pasión por él.

Ese temor se vio cumplido la tarde en que Dan intentó acercarse más a Gwen de lo que sabía que le estaba permitido. Ella se apartó para frenar lo que sabía que podría suceder y le dijo que no siguiese. El recuerdo que le arañó sus entrañas al ver a Robert muerto en el suelo de su habitación le golpeó con la fuerza de la culpabilidad. Gwen se volvió a repetir que no dejaría que sucediese una vez más.

Gwen vio la confusión en los verdes ojos de Dan, junto con la decepción de sentir que no podía avanzar más hacia ella. En ese momento supo que tendría que explicarle algo, lo que fuese. Tendría que tejer una mentira suficiente como para tenerlo alejado de ella.

Así fue como, sentados en la mesa, tomando, como siempre hacían, él un café y ella una taza de té, Gwen empezó a hablar mientras iba

dando forma a esa mentira que todavía no existía.

—Gracias…, y lo siento —fue lo que se atrevió a decir Gwen.

Esas palabras fueron el inicio de la primera conversación auténtica y sincera que tuvieron desde que se conocieron. Decidió que tendría que decirle la verdad. Al menos, aquel trozo de verdad que lo mantuviese alejado de los peligros que la rodeaban.

—Creo no haberte agradecido lo suficiente todo lo que has hecho por mí. Quizá porque no te he pedido nada no he sido consciente de todo lo que me has ayudado. Disculpa, no estoy acostumbrada a … —Hizo una pausa buscando un adjetivo que parecía no existir—. Tengo que decirte que me marcharé. No sé cuándo, pero dentro de poco tiempo. No sé si algunos días o semanas. A meses no creo que llegue. Pero de lo que estoy segura es de que marcharé y no puedo llevarme nada del tiempo en el que he estado aquí. No es nada personal, solo que… no puedo. Tengo otra vida que me espera y, para decirlo de alguna manera, no es compatible con esta de aquí, la de la residencia. Ese es el motivo por el que no vale la pena hacerte perder el tiempo conmigo. Yo me marcharé y no volverás a verme, ni yo a ti.

Dan permaneció quieto, confundido. Mientras escuchaba qué decía, no hacía más que mirar sus gestos y expresiones intentando deducir qué era verdad y qué era mentira. Le sorprendió intuir la sinceridad que emanaba de ese discurso. La creyó, no tuvo motivos para no hacerlo.

—¿Por qué has hecho todo esto? —fue la pregunta que Gwen le hizo.

Una pregunta que llevaba atenazándola desde que se conocieron, ya que no comprendía cómo ese chico había hecho tanto por ella, cuando ella no le había correspondido con nada.

—¿Por qué lo has hecho? Te has portado conmigo como hacía mucho tiempo nadie se había preocupado por mí. No me merezco nada de lo que has sacrificado por mí. Soy una pérdida de tiempo…

La pausa de Gwen fue la señal para el turno de Dan. «Una pausa con aroma a café», pensó él.

—No sé qué busco en ti —comenzó diciendo Dan—. Quizá no busque nada en particular. Quizá sea a ti a quien busco, así de sencillo. Quizá no te parezca una buena respuesta, pero creo que es la más cierta de las posibles. No voy a decirte que todo lo que hago no tiene ningún motivo. Todos tenemos un motivo para las cosas que hacemos. Y por eso no seré tan hipócrita como para mentirte y decir que, para mí, no eres importante. Si eres sincera conmigo, te debo como mínimo la misma franqueza. Y seguro que no te revelo ningún misterio si te confieso que eres la imagen que me llevo conmigo cuando salgo de la residencia. Y también eres la primera persona que busco cuando vuelvo al día siguiente. Sería absurdo hacerte creer que

no me he imaginado cómo sería conocerte un poco más y, sinceramente, esa idea me parece la mejor inversión que podría hacer de mi tiempo. Pero no te preocupes si mi arrebato de sinceridad te cohíbe. Sé qué hemos pasado tanto tiempo juntos porque aquí, en la residencia, la competencia no es muy grande. Comparándome con el resto de ancianos, no salgo muy mal parado. Supongo que la ausencia de competencia me hace ganador.

Ese guiño con tiznes de humor con el que acabó la frase fue suficiente como para rebajar la tensión de una declaración que en absoluto se esperaba Gwen. De todo lo que Dan comentó, lo que más le impresionó no fue nada que dijo, sino el hilo de voz quebrada que se le escapaba cuando le desveló el interés por ella, cuando declaró lo que sentía.

Un nuevo sorbo de té le dio el tiempo necesario a Gwen para construir la mentira que tendría que contestarle.

—Ahora mismo no me interesa conocer a nadie. —Así comenzó esa pequeña frase que tenía como objetivo poner algo de tierra de por medio entre los dos solo como medida de seguridad—. No me interesa conocer a nadie ahora y, como he dicho, no es nada personal, pero no quiero complicarme la vida ni complicársela a nadie más. Espero que lo entiendas. Eres un chico increíble, pero, como te comento, me marcharé en poco tiempo. Pero no me malinterpretes, los mejores momentos que estoy pasando en la residencia son los que pasamos juntos, en serio. Bueno, dicho así, no parece gran cosa, decir que, en una residencia cuidando ancianos, cuando estoy contigo es el mejor momento no es un buen halago que digamos, pero eso no quita que no sea cierto.

La espontánea sonrisa que se regalaron dio paso a la complicidad necesaria para seguir contándose confidencias, sin llegar a dañar lo suficiente como para que la herida del rechazo de Gwen le sangrase de forma alarmante a un Dan avergonzado por su declaración.

—Hablando en serio —continuó diciendo Gwen mientras le miraba a los ojos—, quizá no te parezca gran cosa, pero todo lo que has hecho por mí, desde que nos conocimos en Nochebuena, ha significado mucho para mí. Mucho más de lo que te imaginas, seguro. Me has enseñado a disfrutar de los libros. Me has descubierto el placer de escribir historias. Me has devuelto la pasión por la música. Me has mostrado lo placentero que puede ser preparar un plato de comida con la ayuda de ese libro que me regalaste. Me has enseñado motivos para poder ser algo más feliz, con esas notas que escondiste en esa taza, ahora mi taza favorita. No voy a mentirte si te digo que cuando estás conmigo siento que esos momentos merece la pena vivirlos y, al contrario, cuando no estás conmigo todo es más… más… gris. No sé cómo describirlo, pero has logrado que volviese en mí algo que hacía

muchísimo tiempo no sentía. Pero el hecho de que me guste estar contigo, que me sienta tan a gusto no significa que podamos avanzar más en esta amistad que tenemos. Y por eso soy consciente de que no tengo derecho a hacerte perder más tiempo. Yo solo puedo ofrecerte lo que ves, pasar unos días juntos charlando, hablando de cualquier tontería, escuchando música, cocinando algún plato, pero solo eso. A fin de cuentas, sé que para ti sería perder el tiempo, ya que cuando me marche todo acabará, así que, si dejas de venir a verme, lo entenderé. No puedo permitir que pierdas más el tiempo conmigo.

Dan negó con la cabeza. Gwen no supo si esa negativa significaría que él se marcharía o que continuaría con ella, olvidándose de intentar conseguir algo más de una relación que sabía que no podía avanzar más. La respuesta llegó en forma de una pregunta que Dan le lanzó con la seguridad de quien apuesta todos sus ahorros teniendo el farol más absurdo del mundo.

—Si todo fuese diferente y tú no tuvieses que marcharte, ¿existiría alguna posibilidad de estar juntos?

Gwen no supo qué contestar, no quería decirle la verdad revelando que, si todo fuese diferente, lo que más querría en el mundo sería estar con él, abrazarlo, besarlo y perder todo su tiempo junto a él. En ese pequeño lapso de tiempo, en esa pequeña ensoñación en que vio como posible ese sueño, consideró la opción de dinamitar ese estúpido armazón que le impedía decirle todo lo que sentía y dejarse llevar por el deseo de estar con él, anulando por completo una razón que, por más razón que tuviese, le impedía ver cumplido su deseo. Pero, recordando todo lo que había hecho por ella, supo que, si ella le abría su corazón, si supiese lo que ella sentía por él, sucedería lo que jamás tendría que suceder. Ahora sabía que, si acababan juntos, cuando ella desapareciese, él la buscaría sin descanso, sin desfallecer, hasta encontrarla y eso era lo peor que podría suceder. Eso supondría que la acabarían descubriendo y la matarían, o, peor aún, que relacionarían a Dan con ella y serían él y su familia quienes acabarían asesinados. En ese momento decidió, o, mejor dicho, volvió a recordarse, que lo último que tendría que hacer era que él supiese lo que ella sentía por él. Por el bien de él y todos los que los rodeaban. En ese momento recordó una vez más lo que sucedió en el pasado con Robert, y las consecuencias de haberla conocido tuvieron que pagarlas con sangre sus padres y su hermana, no solo él.

Por ese motivo decidió que, ante la pregunta de Dan, ni le diría la verdad ni le mentiría. Optó por la más críptica y, en cierto sentido, más cierta de las respuestas.

—Tendrías que saber que no tiene sentido hacer una pregunta cuando sabes que no te va a gustar ninguna de las respuestas.

Y Dan, tras escuchar esa frase, fue consciente de lo cierta que era.

Ninguna de las respuestas serviría para nada, en ninguna acabarían juntos.

Capítulo 32

Ninguna de las respuestas servía para nada, en ninguna acababan juntos

Los sesenta y cuatro días juntos llegaron a su fin.

Hasta ese día, los instantes que vivieron fueron como pequeñas hojas que formaban un árbol que daba cobijo a sus vidas, donde cada una de ellas, suelta, era insignificante, pero que todas juntas formaban el más frondoso de los árboles. Una de esas hojas podía ser una mirada de Gwen viendo cómo Dan hacía un suave y firme movimiento con la servilleta alrededor del plato para que quedase perfecto para ser servido. Otra de esas hojas era aquella imagen perfecta donde Gwen tenía la vista absorbida por un libro en sus manos. «No hay nada más sensual que esos ojos abrazando un libro», pensaba en esos momentos Dan. Aquella otra hoja estaba en ese dulce sonido de las teclas del pequeño ordenador pulsadas con suavidad por Dan mientras estudiaba, donde Gwen podía vislumbrar un inicio de melodía o un esbozo de una canción, o al menos eso pensaba mientras, con los ojos cerrados, dejaba que su piel se erizase por la emoción de ese suave sonido y la acunase hasta que un suave escalofrío le recorría espalda y piernas.

Pero al final, el número sesenta y cuatro tuvo necesidad de dejar paso a su compañero, el sesenta y cinco, y en ese momento todo se rompió, ese día todo cambió. Y todo empezó con una llamada. Esa

llamada fue de Alba.

Capítulo 33

La llamada de Alba

EXTRAÑADO. En mayúsculas. Así se sintió Dan. Extrañado por la llamada de Alba, su exnovia, con quien no había hablado desde hacía nueve o quizá diez meses, cuando lo dejaron. Se sorprendió por haber descolgado el teléfono sin pensar, como si la opción de no responder no estuviese en el repertorio. Y fue extraño porque todas las veces que ella le llamó para arreglar aquello que rompieron él no contestaba, dejaba que sonase hasta que la paciencia del teléfono tirase la toalla.

A través del teléfono, Alba empezó a decir, con tal nerviosismo que se saltaba la mitad de palabras, aquello que hizo que Dan se levantase y se marchase sin despedirse, agravado por el miedo que Alba había grabado en cada palabra que salía de su garganta oprimida por el terror.

—¡Dan, ven, por favor! —empezó diciendo Alba—. Ven ahora mismo, por favor. No sabía a quién llamar. Tenía que huir y escapar, y no sabía dónde. Dan, por favor, ven. No sabía dónde ir, dónde esconderme y he venido al muro, nuestro sitio. No sabía dónde esconderme. Me han estado siguiendo dos tipos y... y... —un sollozo se apoderó del momento— y casi me cogen. Querían cogerme, Dan. Me dio tiempo a cerrar la puerta del coche desde dentro y se pusieron a golpear el manillar, la puerta, intentando abrirla para cogerme. Eran dos tipos y querían cogerme, Dan. Arranqué el coche y no sabía dónde

ir, dónde esconderme. No quería ir a casa, solo quería esconderme. Siento haberte llamado, pero eres el único que conoce este sitio. Es nuestro sitio —y tras una pausa larga matizó su afirmación—, era nuestro sitio.

Y, vencida por el miedo, Alba rompió a llorar, un llanto desconsolado que consiguió sofocar lo suficiente para responderle cuando Dan le confirmó que iría.

Dan se disculpó con Gwen, recogió su mochila y su chaqueta, y cerró la puerta tras de sí, sin más explicaciones que un «tengo que marcharme». En el coche, de camino a ese lugar secreto que tan solo ellos dos conocían, que llamaban el muro, Dan fue rememorando la última vez que fue a ver a Alba cuando todavía salían juntos.

También era de noche, como lo era en ese mismo momento. Aunque algo era diferente, recordaba que un mar de lluvia lo ocupaba todo, golpeando con furia la luna frontal del coche y el rítmico vaivén de los limpiaparabrisas intentaba apartar el agua sin conseguirlo. Recordó ese detalle porque fue el motivo de ir a verla. Era sábado por la noche y, ante semejante temporal, no había comensales en el restaurante que necesitasen de un camarero que les sirviese. Y así lo recordó, al igual que las palabras de su padre diciéndole que se marchase, que para el poco trabajo que había no hacía falta que se quedase. Salió en dirección a la casa de Alba sin decírselo, imaginándose la increíble sorpresa que iba a darle. El resto no sería necesario contarlo por lo obvio que resulta ante tal premisa. Dan llamando a su puerta, ella abriéndola sorprendida, pero no de alegría al verlo allí, sino de culpabilidad por estar ya acompañada. Sí, suena muy previsible, lo sé. Pero así fue cómo sucedió. Los mayores dramas suceden con los sucesos menos originales.

Cuando Dan fue consciente de la situación, escuchando como alguien cogía los cubiertos de una cena para dos donde él no estaba invitado, lo único que se le ocurrió hacer fue pedir disculpas por presentarse sin avisar. Y así, sin más, se giró y se marchó. Los silencios que se quedaron fueron la representación perfecta de ese vacío que se acababa de crear entre ellos dos. Todo había cambiado. Nada volvería a ser igual. Dan se había marchado llevándose el final de una relación de cuatro años, y Alba se quedó con la culpabilidad de todo lo sucedido.

Así finalizó esa relación, como si de una intervención quirúrgica se tratase, en la que arrancaron demasiado órganos vitales del noviazgo de Alba y Dan como para declararla clínicamente muerta.

Y desde ese día no volvió a hablar con Alba.

Cuando salió de su casa, lo único que se le ocurrió fue volver junto a su moribundo hermano para ver una película, como hacía a cada momento del día y de la noche, encamado y con la reducida

movilidad que da una enfermedad de elevado grado de destrucción. Su hermano, compulsivo cinéfilo como ninguno, acabó pasando los últimos meses de su vida viendo y reviendo aquellas películas que tanto amaba.

Cuando Dan llegó a casa vio que estaba viendo *Los cazafantasmas* y le preguntó sobre qué visionado era mientras se quitaba la chaqueta, se descalzaba los empapados zapatos y se acomodaba en el sofá que hacía compañía a Abel en sus largas horas en la cama, un sofá que ya tenía la forma de Dan de tantas horas que pasó en él esos últimos meses.

Abel, consultando una libreta que tenía al lado, con las hojas arrugadas y dobladas por el extenuante uso que hacía de ella, consultó ese extraño número de visionado que su hermano le preguntó. «Es la 35», contestó. Dan respiró aliviado y le dijo que menos mal, que sería muy cruel por su parte que esa fuese la película. No se veía empezando su funeral hablando de fantasmas.

El motivo de tan extraña conversación fue por una promesa que Abel le pidió a su hermano. Cuando Abel se enteró de la terrible enfermedad que padeció y, sobre todo, del pronóstico tan funesto que tenía, le hizo prometer a Dan solo una cosa. La película ganadora empezaría su funeral.

Abel se propuso ver todas sus películas favoritas una y otra vez y, según las fuese viendo, iría apuntando qué visionado era. La promesa que le pidió a su hermano fue que, en el momento de su muerte, Dan tendría que buscar esa libreta y averiguar qué película era la ganadora, es decir, cuál había visto más veces. La consigna también decía que, si había un empate, Dan tendría la potestad de escoger, de entre las finalistas, qué película sería la elegida. Y, una vez que tuviese identificada esa película, Dan tendría que hacer una tarea muy concreta: empezar su intervención en el velatorio con una referencia a esa película. Esa petición fue tan directa y sin posibilidad de réplica que Dan se lo prometió sin reserva alguna. Abel conocía a su hermano y sabía que, si se lo había prometido, lo cumpliría. El código de honor que tenían entre hermanos era intachable.

Por ese motivo, ante cada película que veían, la pregunta obligada era saber qué número ocupaba en ese atípico *ranking*. Y, ante ese marco perfecto para el humor más negro que compartieron los inseparables hermanos, surgieron las frases y momentos más hilarantes de los últimos meses. «Ni se te ocurra ver una vez más la de *El imperio contraataca,* no pienso empezar el velatorio diciendo *Yo, Abel, soy tu hermano,* o *que la fuerza te acompañe allá donde estés*». O aquel día que se asombró al ver a su hermano viendo una vez más *Mary Poppins,* y le dijo que ni se le pasase por la cabeza que se pusiese a cantar el *supercalifragilisticoespialidoso* en el velatorio en medio de

sus padres llorando y sus amigos riendo.

Esa extraña petición, en la mente de Abel, no tenía otro objetivo que cuidar de su hermano, incluso una vez que ya se hubiese marchado para siempre. El plan de Abel no era otro que mantener ocupado a Dan elaborando un absurdo discurso que le hiciese pasar de la mejor manera posible ese duro trago que sabía que sería el dejarlo solo, cuando muriera.

Mientras veían la película Abel le preguntó por qué no aprovechaba y se marchaba con Alba un sábado que tenía libre. La respuesta de Dan fue que ahora mismo no se le ocurría nadie mejor para pasar esa noche, señalando a Bill Murray en la pantalla, con esa mirada sarcástica y cómplice. Y, mientras desviaba el tema de Alba y su engaño, pensó que todo el mundo tendría que poner un moribundo en su vida, todas tus desgracias se reducen al mínimo. Y, si no es así, al menos no tienes las agallas suficientes de quejarte sobre tu vida porque has pillado a tu novia con otro, no al menos cuando ves que la vida de tu hermano se está deshaciendo grano a grano, literalmente, y él te sigue sonriendo día a día por el mero hecho de descubrir que hay un día más en el que poder sonreír.

Capítulo 34

Todo el mundo tendría que poner un moribundo en su vida

Le produjo una sensación incómoda cuando llegó donde le esperaba Alba. Ese lugar secreto, que llamaban el muro, era el íntimo refugio donde llegaron a conocerse como nadie los llegó a conocer nunca, desprovistos tanto de ropa como de secretos.

Conforme iba acercándose, aparcó al lado, coche con coche, muy próximos dado lo reducido de ese escondite formado por una alta pared en fase de desmoronamiento eterno, pero que no llegaba a consumarse, y la salvaje vegetación que crecía alrededor. En ese estrecho hueco se volvieron a encontrar tantos meses después.

Dan bajó con aire temeroso y se dirigió a la ventanilla del conductor donde se suponía que estaba Alba, aunque no pudo verla hasta que ella abrió la puerta debido al denso vaho que ocultaban todos los cristales. Dan pensó en la cantidad de sollozos necesarios para poder empañar de una forma tan densa todos los cristales.

La puerta se abrió y Dan, de forma automática, se puso de cuclillas para poder hablar con ella, teniendo que levantar la mirada al situar sus ojos por debajo de los de Alba. La cara de ella era la definición perfecta del miedo. Había dejado de llorar hacía tiempo, ya que los largos ríos de lágrimas hacía tiempo se habían secado en sus mejillas. Unas lágrimas que parecía que habían secado los ojos de lo rojos que los tenía; unos ojos huecos, muy abiertos y de mirada sostenida, como

si se les hubiese olvidado pestañear.

—Gracias por venir —fue lo único que dijo Alba con la mirada seria y la voz contenida.

No hubo desprendimiento de lágrimas. No hubo desplomo por el abatimiento. No hubo llanto desenfrenado. Alba era una mujer muy fuerte, como ya sabía Dan. Y ese comportamiento comedido, frío en cierto sentido, era propio de ella.

Dan le dijo que subiese a su coche, que ella no estaba para conducir, pidiéndole que dejase el suyo en ese lugar mientras le contaba qué había pasado, no con el tono de quien demanda una explicación, sino con el de un hombro en el que poder ahogar su angustia. Alba le contó lo que ya sabía Dan, profundizando en pequeños detalles, como que los dos tipos que la siguieron estaban esperándola a la salida del trabajo, cada uno a un lado de la puerta. También le dijo que a uno de ellos hubiese jurado que lo vio por la tarde dando vueltas por la tienda de ropa donde ella trabajaba. Que cuando acabó la jornada, de camino al coche, escuchó los pasos acompasados a dúo que la seguían. Giró la mirada y vio como entre ellos dos se comunicaban con sus ojos, como dos depredadores que están analizando la estrategia para dar caza a su presa. En ese momento, sin pensarlo, Alba echó a correr. Corrió como nunca antes había corrido, y eso que era muy veloz. En su adolescencia estuvo en el equipo de atletismo del pueblo y era de las mejores. Se sorprendió, explicándole a Dan, de que nunca se hubiese imaginado que esa extraña afición por el atletismo tantos años atrás resultase que iba a salvarle la vida esa noche.

Dan no la interrumpió en ningún momento, sabía que no podría decir nada que mitigase el dolor que ella sentía. Solo le hizo una pregunta.

—¿Qué crees que querían? —le dijo.

La mirada de odio de Alba, sintiéndose como un trozo de carne para saciar la sed de sexo de sus agresores, fue más clara que cualquier explicación. «¿Qué es lo que iban a querer —pensó— de una chica a la salida del trabajo, por la noche?». El mero hecho de pensarlo le produjo un chispazo eléctrico que irradió todo su cuerpo hasta el punto de llegar a contraer toda la columna, atenazada por la sensación de ser solo un objeto, nada más, donde su conciencia estuviese atrapada en esa cárcel de carne. Sintió como si su hermoso cuerpo fuese una trampa para ella misma y lo odió por ello.

La última parte de la explicación de Alba fue la justificación de por qué fue a ese sitio, al muro. Le explicó que solo quería huir y escapar. Cuando consiguió entrar en el coche y bloquear las cerraduras, tan solo dos o tres segundos antes que los dos tipos la alcanzasen, no supo qué hacer. Al verse dentro del coche y sentir cómo intentaban abrir

frenéticamente las puertas cada uno de ellos por cada una de las puertas, sintió tal bloqueo mental que solo tuvo la conciencia suficiente para arrancar el coche y salir de esa locura. Uno de ellos, en la puerta, empezó a golpear con un objeto contundente. Oía como la insultaban, unido a los gritos de ella y al sonido metálico de los manillares de las puertas, que, por fortuna, no se abrieron, formando la banda sonora más terrorífica que una mujer podría imaginarse.

Acabó explicando que, cuando se dio cuenta de dónde se había escondido, fue consciente de que la única persona que lo conocía era Dan. Y ante esa idea y la necesidad vital de tener que avisar a alguien, no tuvo más opción que llamarle. Y le confesó que, mientras le llamaba, tenía mucho miedo de que no descolgase. En ese momento no se atrevió a mirarlo a los ojos y Dan se disculpó por no haber contestado ninguna de sus llamadas en los últimos meses.

Alba le exigió que no se disculpase, alegando que no era el mejor momento. Le dijo que ella era quien le debía una disculpa, pero lo importante era que estuviese allí con ella.

Cuando la conversación se extinguió, se dirigieron a la comisaría de Policía. Estaba a escasa media hora de donde se encontraban. El silencio entre ellos dos durante ese viaje fue denso, pero no incómodo. El miedo del momento fue mitigándose, dando lugar a una sensación de agotamiento que los sumió en una inquieta tranquilidad.

Llegaron a la comisaría. Durante el trayecto no fueron conscientes de que fueron observados por un coche oscuro que no fue invitado a acompañarlos, pero que los siguió hacia ese destino. Al apearse Dan y Alba del coche y entrar en la comisaría, el misterioso coche aparcó a una prudencial distancia para no delatar su presencia. Nadie se bajó del coche. Nadie se movió dentro de él. Sus ocupantes pensaron que esa noche no estaba yendo como tendría que haber sucedido, tendrían que adaptarse a los nuevos acontecimientos.

Capítulo 35

Esa noche nada salió bien

Llegó el día siguiente y todo empezó a cambiar. Empezó con un mensaje de Gwen a Dan. Ya ese hecho era insólito, ya que Gwen nunca había contactado por móvil con Dan. Hacía meses que ambos tenían sus teléfonos, pero muy pocas veces contactaron a través de ellos. Siempre se veían en la residencia y, las veces que Dan la llamó o le envió algún mensaje, Gwen nunca contestaba. Alegaba que odiaba los teléfonos. Como si esa excusa fuese suficiente para no pensar en lo extraño de ese comportamiento.

Dan se sorprendió al recibir el mensaje. Hacía tiempo que dejó de sentir curiosidad por ver que el perfil de Gwen en el móvil siempre permaneciese oculto, sin ninguna fotografía o imagen que ella hubiese utilizado para personalizar su usuario. Ese halo de misterio que tanto le atraía se acrecentó al descubrir que, después de haber buscado su rostro y nombre en todas las redes sociales que se le ocurrieron, no existiese rastro de ella. Era como si fuese un fantasma en el mundo digital. De todas formas, no era algo que le preocupase en exceso, él mismo tampoco estaba activo en ninguna red social. Cuando dejó el mundo de la ludopatía tuvo que eliminar su pasado para evitar que este lo encontrase.

El mensaje era escueto y conciso: «Hola Dan. Te invito esta noche a cenar. Yo me encargo de prepararla. Ponte guapo. No vengas antes de

las siete».

Así fue como Dan hizo lo que hace cualquier chico de entre veinte y treinta años cuando recibe una invitación de una hermosa chica. Cumplir a rajatabla todas las consignas, sin cuestionarse ninguna de ellas y pasarse el resto del día pensando en esa maravillosa cita con el ansia irracional de un adolescente con más hormonas que neuronas.

Cuando salió de casa camino de la residencia, se mostraba mucho más animado de lo normal. Todo lo vivido en la comisaría el día anterior con Alba se iba esfumando a medida que conducía por las calles en dirección a la residencia. La idea de dirigirse a esa extraña cena se le antojaba una situación excitante y misteriosa al mismo tiempo. Estaba jugando con esos pensamientos mientras conducía a las últimas horas del atardecer de ese mes de abril, cuando sin darse cuenta, detrás suyo, un enorme estruendo metálico eclipsó su atención. Escuchó un fuerte sonido de la chapa retorciéndose entre dos coches que habían colisionado a pocos metros detrás de su coche. El olor del hierro recalentado debido al impacto fue lo primero que percibió cuando frenó y salió de su coche para observar lo sucedido, con la intención de ayudar en lo que fuese necesario, buscando alguna posible víctima entre el humo y el olor a gasolina.

La imagen que se le presentó era de un caos completo. Varios transeúntes se acercaron a los coches que, debido al golpe, parecían formar un único y deforme vehículo. Dan vio que en el coche embestido había dos personas, uno de ellos atrapado por la puerta que recibió el golpe y el otro intentando salir por la del copiloto, la que no estaba obstruida por el otro vehículo.

Al mismo tiempo, del coche que causó el accidente salió una mujer con una mano en el cuello por el latigazo del impacto y con la otra buscando algo en los bolsillos interiores de su chaqueta. Por la otra puerta, salió corriendo el copiloto en dirección al otro vehículo.

La sensación de alarma era máxima al ver como los ocupantes de los vehículos salían tan rápido como les permitían sus cuerpos contusionados y se dirigían a socorrer a los del coche contrario.

Dan hizo un amago de socorrer a las víctimas, junto con una pareja joven que paseaba por la calle, pero a los pocos segundos aparecieron tres coches de Policía y se situaron alrededor del altercado, uno de ellos frenando entre Dan y el accidente. Cuando bajó el policía y se dirigió a Dan obligándole a que se marchase, se extrañó de su insistencia, como si todo lo sucedido fuese culpa suya. De esa extraña forma, instigado por el policía, se subió en su coche y se dirigió a la residencia con el olor a goma quemada en la nariz y el temblor de lo grotesco de la situación en sus manos. En lo que duró el trayecto a su destino, intentó calmarse diciéndose que ya tenía una anécdota que contarle a Gwen si durante la cena se quedaban sin conversación.

Capítulo 36

Una anécdota que contarle a Gwen

Antes de dirigirse a la habitación de Gwen, hizo una breve visita para ver a su abuela, como siempre hacía cuando quedaba con Gwen. Era una forma de convencerse de que Erlinda seguía siendo más importante que Gwen. De esa manera se consolaba al pensar que no dejaba de lado a su familia.

Ya en el pasillo donde se encontraba la habitación de Gwen, sintió que algo había cambiado. Esa especie de cámara de seguridad que estaba enfrente de la puerta de Gwen había desaparecido. En su lugar vio una pequeña placa metálica del mismo color de la pared, pero con la tonalidad viva de haber sido pintada hacía poco tiempo. Se dio cuenta de ese detalle porque, cada vez que subía a la habitación de Gwen, se quedaba mirando entre curioso y extrañado esa cámara que parecía espiarle.

Al llamar a la puerta y darse cuenta de que eran las siete pasadas se sintió violento al venir tarde. En ese momento pensó en el accidente de coche y decidió que ya tenía excusa para el retraso, aunque cuando Gwen abrió la puerta no fue necesario ningún pretexto, ya que la sonrisa con la que lo recibió eclipsó cualquier imperfección del momento. Ya nada importaba, todo lo que era merecido tener en cuenta lo tenía frente a él.

Gwen se descubrió con un vestido color verde oscuro y brillante, de

una sola pieza y con unos gruesos tirantes que ocultaban el escote y la espalda. Esa generosidad también se mostraba en el largo del vestido, al revelar más parte de piernas que de falda, un detalle que no se le escapó a Dan. La sencillez del atuendo cumplía con el objetivo de mostrarse elegante y al mismo tiempo nada ostentoso. Y esa imagen se reforzaba con el recogido de la densa melena perfilando un estilizado cuello que Dan no había contemplado nunca en ese esplendor. Incluso el maquillaje, sencillo y de mínima expresión al marcar ojos y perfilar labios, acompañaba esa misma imagen de Gwen que veía todos los días, pero al mismo tiempo mostrando una apariencia tan distinta que se le antojó conocer a una nueva persona, o al menos a una nueva Gwen. Por mucho que Dan buscó en ese vestido y maquillaje aquello que veía distinto en ella, no consiguió dar con eso que la hacía diferente, perdido como estaba en la belleza que mostraba, sin percatarse de que lo extraño estaba en su mirada.

Dan entró en la habitación sin tan siquiera tocarse, como siempre hacían cuando se veían, aunque esta vez se le antojó más duro de lo normal. Mientras entraba, Dan se percató de que hasta el perfume era diferente. Acostumbrado como estaba a un ligero aroma dulce de esa agua de colonia que ella utilizaba a diario, el sentir ese halo de fragancia alrededor de Gwen se le antojó sensual y extraño. En ese momento empezó a sentir que la consigna de venir elegante a la cena era más cierta de lo que él creía y se arrepintió de no haber acudido a la cita algo más arreglado.

Todo se veía distinto. Aunque no supo en ese momento por qué, más adelante lo descubriría. La habitación era la misma, pero no la sentía igual. Era como en ese absurdo juego de buscar las ocho diferencias, donde al centrarse en la primera y más obvia de todas, eres incapaz de ver las siete restantes.

Una nerviosa Gwen empezó a describirle el menú que había preparado esa noche, un aperitivo a base de pan tostado con una olivada casera, un surtido de patés y ensalada de queso de cabra tibio; y de segundo, bacalao especiado al horno con bechamel y gambas. Con voz nerviosa empezó a describir con más detalle de lo necesario cómo fue preparando la cena y por qué eligió un plato tan complicado, alegando que se había propuesto como reto poder hacer una receta de pescado que no le saliese incomestible, como siempre le sucedía. Esa excesiva verborrea la utilizaba para evitar los silencios, como si en el vacío entre sus palabras se pudiese leer la tensión de sus pensamientos.

Cuando ya no quedaron más platos que describir, Gwen le preguntó por Alba y por el suceso del día anterior. A Dan le pareció tan lejano que tuvo que hacer un esfuerzo para rememorarlo. Ella se interesó en los dos indeseables que acosaron a esa amiga tan especial de Dan y en

si los habían detenido. Dan no recordó haberle explicado lo sucedido, pero a ese detalle no le dio más importancia en ese momento.

Acabaron de preparar lo que faltaba por emplatar y comenzaron la cena, aunque antes Dan se fue al lavabo. Cuando abrió la puerta de la habitación de Gwen, tuvo esa sensación de estar en un sitio extraño. Vio dispuesta en una esquina esa extraña maleta con un sucio unicornio sonriéndole en la parte frontal. Estaba apoyada de pie, en esa posición típica de los aeropuertos, donde están al lado de sus dueños esperando para embarcar en el avión. Le asaltó el miedo de descubrir que podría haber un destino para esa maleta, un destino que alcanzaría en un muy breve espacio de tiempo y que, irremediablemente, Gwen, su dueña, se iría también. Lo vio rápido y nítido, como se describe en estas líneas, de esa forma tan clara que Dan tiene de entender muchas de las señales que hay a su alrededor. No había duda, Gwen se marcharía esa noche.

Capítulo 37

Esa extraña maleta con un sucio unicornio sonriéndole

Cuando Dan volvió al comedor, tres minutos y mil temores después, se dio cuenta de todo aquello que le extrañó al llegar. Había pasado por la estancia como quien escucha sin oír, como quien mira sin ver y como quien toca sin sentir. Y ahora oía, veía y sentía la verdad. Lo que estaba diferente en toda la estancia era que todo estaba recogido. Aunque esa no fuese la palabra exacta, cuando se recoge una habitación se coloca todo en su lugar, pero lo que sucedía es que ahora la mayoría de las cosas ya no estaban. La libreta donde Gwen escribía ya no estaba en la esquina del escritorio. El pequeño altavoz que utilizaba para escuchar música había desaparecido. Los tres pares de zapatos aparcados tras la puerta tampoco los vio. Todo estaba diferente y huidizo, como si la propia habitación se estuviese despidiendo de él. Y esa realidad cayó firme como una puntiaguda losa cuando miró a Gwen a los ojos. Unos ojos que sin hablar se despedían. Unos ojos que contrastaban con la disimulada sonrisa de su rostro. Su cara ofrecía esa extraña imagen, como si la hubiesen creado superponiendo trozos de otras caras, dando como resultado atroces rostros rodeados de familiaridad, que en una rápida mirada parecían normales, pero que al observar con detalle te dabas cuenta de lo extraños que eran.

No había duda. El motivo de la cena era la despedida. Ahora solo

faltaba que Gwen le diese la noticia, con total seguridad durante la cena, y él tendría que buscar, entre sus escasas dotes de actor, recursos suficientes para emular que no estaba roto por dentro. Cómo había cambiado la perspectiva de la noche en tan solo tres minutos. En tan solo tres absurdos minutos.

Capítulo 38

El motivo de la cena era la despedida

El inicio de la cena fue tosco. Áspero. La primera frase de Gwen ya fue desafortunada, cuando le sirvió una copa de vino blanco, «uno de los mejores vinos para acompañar con un bacalao», le afirmó mientras el sonido del vino inundaba la habitación.

La seca respuesta de Dan hizo que ella parase de servir, afirmándole que no le gustaba el vino blanco. Cuando Gwen le comentó que también tenía un vino tinto, por si lo prefería, Dan matizó su respuesta aclarando que no le gustaba ningún tipo de vino, así como ningún tipo de bebida alcohólica. La expresión de extrañeza de Gwen era la misma que Dan había visto tantas veces en innumerables personas a las que revelaba su aversión al alcohol.

Al preguntarle por qué no le gustaba, Dan empezó a buscar alguna de las excusas que siempre se inventaba, como aquella vez que dijo padecer una alergia casi mortal que le paralizaba la garganta y podría llegar a ahogarle si bebía alcohol, o una noche que, con unos amigos que no conocía, tuvo el infortunio de alegar que, con tan solo beber una copa, se potenciaba en él su parte más homosexual y no hacía más que intentar besar y manosear a cualquier persona de su mismo sexo que estuviese junto a él, aunque en ese momento no se dio cuenta de que uno de los presentes era propicio de esas mismas tendencias, y se pasó toda la noche invitando con insistencia a que Dan probase una de

esas copas. Siempre le sorprendía que cualquier absurda mentira que contase era mejor recibida que la más simple realidad, que no le gustaba en absoluto el alcohol.

Aunque esa noche, sentado en la pequeña mesa vestida de gala, con Gwen levantada a medias, sirviendo ese vaso de vino, no se le ocurrió ninguna absurda excusa. No tenía ganas de inventarse nada. La realidad del momento no le daba margen para la imaginación. Así fue como contestó lo que ya hacía mucho tiempo que no contestaba: «No me gusta el alcohol, gracias». Gwen respondió retirando los dos vasos de vino y cambiándolos por unos nuevos, vacíos.

Dan, en ese silencio que parece decirte que las cosas no van lo bien que deberían, le preguntó si el motivo de la cena era porque se marchaba. Gwen le dijo que no, remarcando que el motivo de la cena era que le apetecía pasar una velada cenando un plato que ella había preparado. Nada más.

Dan no supo si el dolor que empezó a quemarle las entrañas fue que ella le estuviese mintiendo o por la indiferencia que Gwen mostraba sobre el tema de una hipotética despedida, como si el hecho de que ella se marchase no tuviese ninguna importancia.

Así fue como él sintió aquello que hacía tanto tiempo no recorría su cuerpo. Rabia. Ira. Furia. Cólera. Rencor. Y no era porque ella se marchase, sino porque iba a hacerlo sin darle la oportunidad de despedirse.

Y, ante esa funesta perspectiva, Dan fue montando en su excéntrica imaginación la despedida que nunca tendría mientras levantaba la copa, emulando un brindis que no podría completarse, ya que ambos vasos todavía estaban vacíos.

Capítulo 39

Un brindis vacío

—Cuando dos personas no saben qué decirse, mi hermano siempre comentaba que son de frontón. Y creo que hoy los dos estamos jugando a ese juego.

Con esa enigmática frase, Dan intentó redirigir la yerma conversación. Tuvo que pedir ayuda a su difunto hermano, al Abel que llevaba siempre consigo, y recordó aquella dicotomía que utilizaba para definir a las personas frente a sus problemas. Los de tenis y los de frontón.

—Los de frontón —comenzó explicando Dan— son aquellos que lanzan sus pensamientos a la pared de su cabeza y, tras devolvérselos, vuelven de nuevo a lanzarlos contra esa dura pared que tienen por mollera, que vuelve con más fuerza, para volver a lanzarlos una y otra vez. Y por mucho que los lancen, siempre acaban volviendo, pero con más velocidad, más fuerza y más rabia. Eso parecemos nosotros ahora, lidiando con nuestros pensamientos en un estúpido juego de frontón donde nadie sale ganando, porque acabamos jugando cada uno consigo mismo.

La mirada vacía de Gwen iba acompañada de la rendición de quien da su consentimiento. Y pensó que no había explicación más acertada: un partido de frontón a dobles, pero donde cada uno jugaba en su propia cancha.

—Por otro lado, están los de tenis —siguió explicando Dan—. Son los que comparten sus pensamientos con los demás hablando entre ellos. Yo, que tan bien me conozco, sé que soy de los de frontón. Pero esta noche voy a tomarme la libertad de cambiar de juego. Me voy a pasar al tenis. Y, aunque no me sienta cómodo con el cambio, voy a ver qué pasa. —Y con esa enigmática propuesta fue como Dan consiguió despedirse de Gwen—. Hace más de un mes que nos conocemos —empezó a explicar Dan a una extrañada Gwen, que no hacía más que mirarle a la espera de una conclusión que no entendía hacia dónde la llevaría—. En este tiempo, he tenido la suerte de conocerte y, entre litros y litros de «agua» que has usado para ocultar tu pasado, he podido ir descubriendo pequeñas cosas de ti. Por la cara que pones supongo que estás pensando que soy un ingenuo, que no sé nada de ti, al menos de tu pasado. Y tienes razón, no conozco nada de tu pasado, tú te has encargado de ahogar en tu océano de secretos cualquier intento de saber más de ti. Y no te reprocho nada, tú me dejaste bien claras las reglas del juego y yo no puedo hacer más que agradecerte haberme dejado jugar en él. Pero, pensándolo bien, no necesito conocer tu pasado para conocerte. Siempre he pensado que una persona no es más que aquello que su pasado ha hecho con él. De todas las cosas buenas obtiene su carácter y su parte más pública, pero de todas las cosas que ha sufrido es de donde obtiene su personalidad, su fortaleza y su forma de ver la vida. Yo desconozco cuál es tu pasado, aunque no tengo que ser muy listo para deducir que no ha sido ni fácil ni sencillo. Cada día que me levanto, me imagino qué te ha podido pasar para que una chica como tú se pase los meses recluida en una residencia sin más compañía que los ancianos del lugar y un estúpido estudiante de informática como yo, que dedica sus horas libres a ayudar a sus padres en el restaurante familiar. He imaginado casi todas las posibilidades, desde la más absurda hasta aquella que se acerque bastante a lo que te ha sucedido en realidad. Pero no te preocupes, no necesito saberlo, porque lo que veo en ti, ahora, estas semanas juntos, es el resultado de alguien que ha superado todas esas dificultades y ha dado lugar a la persona tan increíble y maravillosa que veo en ti.

»Con esto te quiero decir que, aunque hayas hecho un gran esfuerzo en que no te conozca, no te ha salido bien del todo. Para mí, conocerte ha supuesto descubrir quién eres ahora. Es por eso que, igual que te conozco, a mi manera, también sé que te marcharás en algún momento. Tú me lo has dejado claro desde el primer momento en el que nos empezamos a conocer. Por ese motivo, igual que me he imaginado mil pasados tuyos que expliquen tu presente, también he imaginado mil despedidas diferentes para cuando llegue el momento en que te vayas. Pero no te preocupes, como dices que hoy no es el día

en el que te marchas, no hará falta que me despida todavía.

En ese momento, Dan hizo una pausa más larga de lo normal, dando el apunte a Gwen para que confesase su marcha, como en el último ensayo de la obra de teatro más importante de la historia. Pero Gwen pareció olvidar su papel, porque no dijo nada.

Dan, al sufrir el mutismo de Gwen, se dio cuenta de que ella no se despediría. Fue así como decidió continuar con su relato. Si esto no iba a ser una conversación a dos, tiraría de monólogo, pero no desaparecería de su vida sin que ella supiese lo que él sentía por ella.

—Lo primero que te diría si hoy fuese el último día que nos viésemos, sería que estoy irremediablemente enamorado de ti. —Así fue como Dan continuó lo que con total seguridad sería el monólogo más duro de la historia—. Sí, irremediablemente enamorado. Y te lo diría así, sin tapujos, sin florituras, porque sé que no te sorprendo con esa revelación. Creo que no te desvelo ningún secreto. Me has descubierto tantas tímidas miradas buscando tu rostro mientras creía que no me veías que sería absurdo pensar que no te has dado cuenta. Me has enmudecido tantas veces con tan solo tu presencia que no hay otra explicación posible. Has sufrido mis continuas e insistentes visitas, donde no da lugar a otra conclusión que la de querer pasar todo el tiempo posible contigo. Se me han caído tantas veces cubiertos, platos e ingredientes cuando te acercabas a mí mientras cocinábamos juntos que esa torpeza no tendría otra explicación posible. Es por ese motivo que no tendría ningún reparo en decirte lo que siento, porque de alguna manera te lo he dicho tantas veces y de tantas formas diferentes que no haría más que confirmar con palabras todo lo que ya te he mostrado sin decirte ni una sola.

»Por eso, el decirte lo que siento por ti no es tan importante como podría parecer. Lo que sí es importante, si hoy fuese el último día que nos viésemos, sería intentar entenderte a ti. Yo he pasado este increíble tiempo contigo por todo lo que significas para mí, pero no entiendo cuál puede ser el motivo para que tú hayas querido pasarlo conmigo. Ya me quedó bien claro que yo no soy tu tipo, y no te culpo. Como yo me repito una y otra vez, tú estás en otra liga. Pero, aun así, es algo que me tiene… intrigado. Pero, dejando de lado este misterio, tengo que agradecerte tu esfuerzo.

Gwen entrecerró los ojos sin comprender a qué se refería. Pero todas las preguntas que se agolparon en su garganta acabaron mudas en terreno de nadie. Dan entendió que ella no hablaría, de esa manera continuó lo que parecía más un alegato que una declaración.

—¿A qué esfuerzo me refiero? —se preguntó a sí mismo, dejándose algo de tiempo para ordenar unas caóticas ideas que salían atropelladas de su corazón y llegaban calcinadas a su cabeza—. No sé muy bien cómo explicarme, pero creo que todo sucede por algún

motivo. —Con ese pensamiento, sus ojos se ensombrecieron al recordar la muerte de su hermano Abel y para ese suceso no encontró motivo que lo explicase—. Siento que algo ha hecho que cruce mi camino con el tuyo. Pensarás que suena algo arrogante o absurdo, y quizá tengas razón, pero es como si ahora necesitases a alguien. Y este alguien no tenía que ser un chico del que te enamorases, sino alguien en el que te apoyases. No sé bien cómo explicarme, pero, aunque parezca que puedo estar decepcionado por no ser alguien del que te pudieses haber enamorado, no me importa, al contrario. Creo que ha sido mejor así. Creo que ahora necesitas a alguien que te ayude a superar algo. Es por eso que no me preocupa que no te hayas enamorado de mí, me conformo con ser ese alguien que has necesitado. Y esto sí sería lo que querría decirte si hoy fuese el último día que nos viésemos. Pero no te preocupes, como hoy no es ese día, no hará falta que te lo diga.

Y esa última pausa ya fue por puro agotamiento.

El rostro impasible de Gwen era muy difícil de interpretar, al menos para Dan. Viéndola detrás de la pequeña mesa, que en ese momento le pareció que estaba a kilómetros de distancia, no lograba descifrar el jeroglífico de su mirada. Rompiendo el silencio, a Gwen solo se le ocurrió excusarse mientras se levantaba para sacar el pescado del horno, alegando que ya estaba caliente. Y esa frase suspendida en el aire, mientras se dirigía a la diminuta cocina que se encontraba tan solo a tres pasos de distancia, resultó que fue más cierta que lo que en un momento se podría haber intuido.

Capítulo 40

Me conformo con ser ese alguien que has necesitado

Dos platos rotos y un arañazo en la muñeca: esas fueron las víctimas tangibles de esa accidentada noche. Las bajas emocionales se contaron por cientos.

Ambos platos permanecieron quebrados alrededor de Gwen, quien permanecía agachada sujetándose un leve arañazo en la muñeca izquierda, lo suficiente para manchar de sangre una de sus eternas y roídas muñequeras.

Dan se acercó para socorrerla. Gwen lo miró y sus ojos se encontraron al mismo nivel que los suyos, viendo en Dan esa sonrisa pausada y de calma sincera. Siempre veía a Dan con esa plácida expresión en el rostro, pero hoy, en ese momento en el que él estaba despidiéndose sin poder despedirse, se le antojó extraña. Envidiaba la forma que tenía de mostrar el lado más amable ante cualquier situación, por muy difícil que pareciese.

—¿Puedo? —le preguntó Dan.

Gwen no había apartado la mirada de sus ojos, por lo que no entendió a qué se refería. Al ver la muñequera ensangrentada supo de su intención, y una leve sacudida de cuello fue el permiso necesario para que él retirase esa cinta elástica de tela que siempre tapaba sus muñecas.

Ese sencillo movimiento Dan lo hizo con temor. Esperaba

encontrarse algún tipo de profana herida escondida que hubiese tenido la intención de segar la misma vida de Gwen cortando carne y venas. Estaba convencido de esa imagen, por eso pidió permiso antes de descubrir lo que tendrían que esconder esas muñequeras. Su sorpresa le tranquilizó, en cierta manera. La marca que ocultaba esa prenda mostraba una quemadura que había arrasado con la piel interior de la muñeca, donde antes, con total seguridad, había dibujado un tatuaje.

Al quedarse los dos mirando esa quemadura, como si fuese un tesoro en un pequeño joyero que aguantaban en sus manos, Gwen le preguntó si esperaba algo diferente tras la muñequera. Los dos sabían a qué se refería.

Cuando le preguntó si ella había sido quien se había borrado con fuego ese nombre tatuado, la ausencia de respuesta afirmó esa suposición. No hubo más interrogatorio. No fue necesario.

Gwen se miró sus manos mientras se despojaba de la otra muñequera. Pensó que debería prohibirse tatuarse nombres en la piel, al menos hasta que inventasen unos tatuajes que cambiasen de la misma manera que cambian los dueños de esos nombres tatuados. Así, si una persona desaparecía de tu vida, esos mismos nombres tatuados también tendrían que desvanecerse. Se le antojaba de una crueldad infinita que, si el dueño de un tatuaje salía de tu vida, ese tatuaje te recordase a todas horas el abandono y el dolor que te ha supuesto, como si las heridas del corazón no fuesen suficientemente crueles.

Gwen, mientras le agradecía la ayuda con la herida, aprovechó para volver a afirmarle que no se marchaba y que no se preocupase por ella, que cuando ella se fuese le avisaría. La mirada fija de Gwen hizo que él dudase sobre si había acertado en sus sospechas. Y temió haberse equivocado. Pensó que pocas veces fallaba en esas suposiciones que de forma tan clara veía, pero también recordó que las veces que se equivocaba siempre era cuando había alguna chica de por medio, como si fuesen su criptonita. Le vino a la mente aquella partida de póker que perdió de la forma más torpe posible porque uno de los jugadores resultó ser una jugadora y siempre jugaba con una más que sugerente pareja de ases que sobresalía de su escote.

Gwen, con las manos enlazadas con las de Dan, habiendo revelado lo que él sentía por ella y, lo más importante, habiéndole confirmado que estaba seguro de que pensaba que ella no sentía lo mismo por él, empezó a elaborar las excusas necesarias para hacer aquello que hacía tanto tiempo deseaba hacer, pero que otras tantas veces se había prometido a sí misma no hacerlo jamás. Y esa noche, sin buscarlo, Dan le había regalado una excusa para romper su juramento. Quizá esa noche sí que tendría sentido el regalo que esa chica le había hecho por la mañana, consistente en el atractivo vestido que llevaba puesto y

aquella caja de preservativos. Los grises son odiosos, pero a esa chica, solo ella, se le podría considerar alguien de fiar, alguien en quien confiar.

Con manos temblorosas, cogió las de Dan y le dijo que ella era quien tenía que darle las gracias, remarcando lo egoísta que había sido al aprovecharse de él y que no había hecho nada para agradecérselo.

Gwen se levantó, todavía con las manos entrelazadas con las de Dan. Empezó a caminar, hacia su habitación, tirando de Dan como si fuese un cometa a merced de un viento que no entendía, hipnotizado por las curvas de ese vestido que tan nervioso lo estaba poniendo. Gwen se sentó en la cama y, cuando Dan encendió las luces, ella le pidió que las apagase con una torpe timidez, como una niña pequeña que no quiere que sus padres vean el destrozo de su travesura. La penumbra del dormitorio, con las luces apagadas, era tenue, tan solo rota por un leve haz luminoso que se filtraba por una ventana que daba a un patio interior. La figura de Gwen, ensombrecida por la falta de luz, se iba dibujando trazo a trazo, conforme los ojos de Dan se acostumbraban a la oscuridad.

—Solo te pido un favor —empezó diciendo Gwen—: no enciendas la luz.

Y en ese momento deslizó los anchos tirantes del vestido hasta la cintura. La escasa claridad que, poco a poco iba tornándose más clara, como lechosa, perfiló el sugerente busto que se escondía tras el sujetador.

Dan se mantuvo quieto bajo el marco de la puerta, contemplando la escena sin saber qué hacer. Se vio a sí mismo como en el cartel de la película *El graduado*, donde un joven Dustin Hoffman contempla la sensual escena de algo que le sobrepasa. Dio un tímido paso hacia ella justo en ese momento en que Gwen cerró los ojos y permaneció contenida ante la distancia que se acortaba entre ellos.

Con la intención de erradicar la pasión que ella sentía por él, se esforzó en vestir lo que estaba a punto de suceder con un frío velo de mercantilismo que diese a entender a Dan que lo que ella hacía no era más que saldar una deuda atrasada con divisa de carne y sexo. Fue por eso que se forzó en permanecer quieta, impasible y serena, ocultando el deseo que sentía porque él la tocase, la abrazase, la besase y la amase.

Lo primero que llegó de Dan fue su olor, acompañado por un intenso aroma a la olivada que irradiaba sus manos. Ese olor se le antojó sensual, lascivo. Sus temblorosas manos rozaron su cuello, bajando hacia la cima que representaban sus desnudos hombros. Ella, todavía con los ojos cerrados, no pudo evitar que sus labios se entreabrieran, dejando escapar un suspiro de placer contenido. Ambas manos siguieron bajando por sus brazos, un movimiento descendente

que se corrigió como rebobinándose a su posición inicial, devolviendo con delicadeza el tirante del sujetador a las cuencas de sus hombros, dando una marcha atrás que a Gwen la tomó por sorpresa.

Una vez que Dan volvió a vestirle los desnudos hombros, tapando lo poco que Gwen logró mostrar, se dio la vuelta, huyendo de la escena, pero con los pasos más lentos que una huida podría mostrar. El sonido de la puerta cerrándose tras la marcha de Dan fue el momento en que ella abrió los ojos confusos y muy abiertos, con las manos apoyadas en la cama y un sentimiento de abandono extraño e hiriente.

La fría sequedad de su garganta ante el rechazo mostrado chocaba con la cálida humedad que mostraba entre sus piernas. La rabia de sentirse rechazada duró menos de un segundo, justo el tiempo que la embargó la sensación de todo lo que sentía. El deseo de estar con él la embriagó de una manera feroz al sentir como se marchaba. Y supo que se iba por respeto a ella, y no por falta de deseo de él.

A esas alturas, la razón que le dictaba que no intimase más con Dan se había esfumado como cenizas ante un huracán. El frenético bombeo de su corazón obedecía tan solo a la parte inferior de su cuerpo, como inferior de moralidad se sentía al no pensar en otra cosa que no fuese abrazarlo, aun sabiendo lo peligroso que podría ser, como ya sucedió en el pasado, como seguro que sucedería en el futuro. Pero su razón ya no era escuchada, era como un rumor infantil al que se oye quejarse en una habitación lejana, pero al que no le presta atención.

Con ese fuego latente, Gwen se levantó de la cama, abrió la puerta y buscó a Dan para atraerlo hacia ella. Cuando lo vio agachado, recogiendo los trozos de la vajilla estrellada en el suelo, no se atrevió a decir nada, quizá porque no había nada que decir. Se abalanzó hacia Dan y, como si ese fuese el último beso que diese en su vida, acercó sus labios a los suyos, abrazando con ambas manos su cabeza y, como si de la más dulce de las frutas se tratase, hizo aquello que tantas veces ambos desearon, pero que de la misma forma tantas otras veces se negaron a cumplir.

Y, de nuevo, Gwen acompañó a Dan a su habitación, pero esta vez el cometa que él representaba se vio azotado por la brisa del deseo y los vientos de una excitación que borraron cualquier resistencia que podría haberlos frenado. Y cuando se cerró la puerta, tras el encendido huracán, esta vez no se abrió de nuevo hasta que el amanecer hizo su aparición a la mañana siguiente.

Capítulo 41

La puerta no se abrió

Me hubiese encantado deciros que fue el polvo del siglo, como en esa película donde Sharon Stone movía las piernas como las manecillas de un reloj. Pero mentiría. Hubiese sido de una lírica casi mágica explicaros que yacieron entre besos y abrazos, llegaron al clímax como una única alma y se fusionaron como la mejor y más perfecta de las parejas, pero faltaría a la verdad. Lo que sucedió fue que se acostaron juntos y tuvieron relaciones de una forma tosca, seca, torpe y confusa. Los nervios y la confusión de Dan le traicionaron de tal manera que acabó antes de que nada hubiese empezado.

Por otro lado, Gwen sintió miedo ante el error que estaba cometiendo y, sobre todo, por lo que podría sucederle a Dan. Había roto su promesa de no dejar que se acercase a ella y, mientras le besaba, fue consciente de que estaba sucediendo otra vez lo que acabó en tragedia meses atrás.

En resumen, acostarse juntos lo sintieron como un desastre. De la misma manera que supieron que fue una equivocación.

Con una capa de culpabilidad recorriéndole su desnudo cuerpo, Dan se levantó de la cama dispuesto a vestirse y huir, aunque desestimó esa opción porque Gwen le pidió que no se marchase. «Duerme conmigo», le dijo. Fue tan honda y rota la súplica que no hubo opción a réplica ni negativa. De esa manera fue como durmieron

abrazados esa noche, rendidos a la sombra de Morfeo.

Dan fue quien sucumbió primero al sueño, no sin antes sentirse arrepentido de lo que había sucedido. La última imagen que le acompañó cuando se durmió fue la de sentirse un monstruo violando a una indefensa Gwen, quien lloraba desconsoladamente al verse sometida por él mismo, ¿o era él quien lloraba sintiéndose la víctima? No supo discernirlo, ya que se durmió formulándose esa misma pregunta.

¿Dos horas son suficientes para redimir un error? Quizá no lo sean, pero fue así como el dios del sueño, acompañado por alguna otra deidad de la justicia, solventó el error que sufrieron los dos enamorados en esa cama. Creo que no será necesario explicar cómo fue o quién empezó. Será suficiente contaros que sucedió dos horas después de haberse dormido.

Fue así como en la dulce línea entre la vigilia y el mundo onírico, despojados de todo el peso de la razón en forma de miedo, temor o culpabilidad, se dejaron abrazar por todo aquello que sentían, ajenos a cualquier tipo de razón. Si nunca habéis hecho el amor en ese punto donde el sueño te ha arrebatado tu razón y no eres más que un vapor húmedo y cálido de pasión, desposeído de las cadenas de la conciencia, no habéis hecho el amor. En ese punto donde la razón no puede robar protagonismo porque no existe es cuando no eres tú el que hace el amor, sino que eres eso que ama. En ese universo donde Dan y Gwen no existían fue donde ellos dos por fin se encontraron. Y ahora sí, en ese momento donde el tiempo dejó de existir, Dan y Gwen hicieron el amor como muy pocos amantes han conseguido nunca amarse. Los besos que compartieron fueron los más dulces y sinceros que jamás hubiesen imaginado. El calor que sintieron entre sus piernas fue el más cálido néctar jamás acariciado. Y las lágrimas que vertieron al mirarse llevaban en su seno la sal más afortunada que una gota jamás podría crear.

De esa dulce forma enmendaron en cierto sentido lo que consideraron un gran error tan solo dos horas antes. Y en ese instante fueron felices.

Capítulo 42

En ese instante fueron felices

—Robert. No, Robert. ¡Para!

Esas palabras, retumbando dentro de la cabeza de Gwen, acompañaron su abrupto despertar. La pesadilla la había alcanzado abrazada por Dan. Todavía era de noche. No quería descubrir la hora en el reloj, no quería saber nada de la realidad. Quería quedarse en ese mundo que solo existía en la cama que compartía con él. Pero incluso eso le fue arrebatado, porque las pesadillas pertenecían a ese mundo y, como siempre pasaba, no podía apartarlas de ella.

El sueño, o, mejor dicho, pesadilla, que había tenido fue uno de tantos que se sucedían por las noches, modificando pequeñas partes del guion, como si lo reescribiese de memoria cada noche en base a lo poco que recordaba, pero que siempre tenía el mismo inicio, desarrollo y, como siempre sucedía, el mismo horrible final. Con ese chico, Robert, sangrando en sus brazos, asesinado por los grises.

Estando en la cama, abrazada a Dan, supo por qué había soñado con ese suceso. Porque ese inocente chico que estaba ahora abrazado a ella acabaría con el mismo funesto destino que ese Robert de sus sueños. Muerto. Y ella era la culpable. Y, de la misma manera que la muerte les dio caza en un pasado, sentía que volvería alcanzarlos en el futuro.

Así fue como empezó a rememorar, ahogada por la culpabilidad,

los sucesos que vivió con Robert. Y lo hizo sabiendo que era aquella condena autoimpuesta por ser la culpable de todo el dolor que Dan tendría que sufrir. Y todo eso por la debilidad que ella mostró al rendirse a su promesa y acostarse con él. Ella era la culpable, ella era el monstruo, ella había fallado a su promesa de protegerlo. Como siempre, fracasaba.

Así fue como empezó a rememorar su penitencia.

Capítulo 43

Empezó a rememorar su penitencia

Todo lo que sucedió la noche que murió lo supe mucho más tarde, una vez que los grises me escondieron en un nuevo lugar, lejos de los otros.

Una noche después de haberse saciado conmigo, Robert, de regreso a su casa, se encontró con una escena propia de una película de Tarantino. Dos encapuchados le estaban esperando en casa, encañonando a los tres familiares que vivían con él, a su madre, su padre y su hermana pequeña. Los tres estaban atados a las sillas del comedor, amordazados con unos gruesos pañuelos que les impedían hablar y los rostros desencajados por un miedo atroz, donde el sudor que recorría sus caras parecía llorar de la mismísima piel. La sangre que mostraba el padre daba pistas de que fue el peor parado. Seguro que fue quien sufrió la tortura necesaria para que su mujer e hija acatasen cualquier orden de la pareja de encapuchados.

Cuando Robert entró, uno de los asesinos le enseñó una fotografía mía preguntándole si me conocía. La negativa de Robert tuvo como resultado el certero disparo en la frente de su padre. Una nueva pregunta exigiendo que Robert confesase si me conocía tuvo por respuesta otro disparo seco, directo, coronando la cabeza, esta vez, de su madre. En tan solo cinco segundos pasó a ser huérfano. Una información que ni él ni su hermana, maniatada como estaba, habrían

podido asimilar todavía. Por último, de nuevo esa pregunta que exigía que él declarase que me conocía. En ese caso, no sé lo que contestó Robert, si confesó o no. Poco importaba. El resultado habría sido el mismo. Pero esta vez con más saña porque descubrieron el cuerpo de su hermana, una niña de no más de doce años, acribillada a tiros, formando una silueta que parecía ese pasatiempo de seguir los puntos para revelar la silueta, solo que todos los puntos eran rojos y las líneas que salían de ellos no se conectaban entre sí, sino que bajaban verticales al suelo, formando, a su vez, más y más huellas carmesíes en las blancas baldosas.

No sé cómo fue que Robert escapó de esa matanza, si fue mientras disparaban a su hermana o si, con total seguridad, ellos dejaron que se marchase para seguirlo más adelante y que los llevase hasta mí.

Los repetidos y acuciantes golpes a mi puerta esa noche me sobresaltaron. Cuando abrí la puerta y vi la silueta de Robert, lo que me pasó por la cabeza fue que esa noche le apetecía más de mí. Recuerdo que dibujé una pícara sonrisa y acompañé la puerta para que él entrase. No llegó a abrirse del todo cuando un violento golpe abrió lo poco que quedaba de la puerta y, dando un rápido paso adentrándose en mi habitación, vi todo el horror que estaba esculpido en el rostro de Robert. No llegué a finalizar la frase preguntándole qué había pasado cuando un fuerte puñetazo se estrelló en mi rostro. No fue un guantazo, sino que fue con el puño cerrado, dejándome claro que quería acabar conmigo. Todo eso lo leí al sentir sus nudillos en mi rostro y sus ojos como puñales sobre los míos.

No le pregunté nada. Lo intuí todo. Los otros nos habían localizado y solo sería cuestión de tiempo que nos encontrasen. Sangrando y apoyada con las manos en el suelo tras el puñetazo, tres nuevos golpes impactaron en mi rostro, así como las siguientes patadas que me rompieron tres costillas. Los insultos que empezó a escupirme entre golpe y golpe no recuerdo cuáles fueron. Ninguno de ellos me dejaba en buen lugar. Hecha un ovillo, mezclando mi saliva con mi propia sangre en el suelo, como si fuese una paleta de pintura intentando obtener un atroz color vino, escuché como se alejaba hacia mi habitación.

Me puse de pie abrazándome el pecho, como si mis costillas fuesen una especie de Jenga que formaban una torre de piezas a punto de desplomarse. Una vez erguida, miré alrededor, buscando al resto de asesinos, que estaba convencida de que aparecerían de un momento a otro. Cuando tras de mí, desde mi habitación, escuché el sonido de una cremallera, supe qué se proponía Robert. Me giré y lo vi acercándose todavía con ese horror deformando su mirada. Tenía el brazo estirado y en sus manos amartillaba una pesada pistola, el arma que llevaba siempre conmigo en esa maleta con un unicornio

dibujado, escondida en un falso fondo, lo justo para disimularla junto a varios cargadores.

Robert sabía de la existencia del arma. Una noche, desnudos en la cama, en un alarde para darme importancia y justificar lo peligroso que era estar conmigo, le confesé que siempre llevaba una pistola encima. Explicárselo me pareció más sensual que peligroso. Incluso abrí la maleta y le enseñé dónde la escondía, como quien enseña su álbum de fotos de la infancia o muestra una cicatriz en su cuerpo. Fue un acto íntimo, cómplice, pero carente de un riesgo y peligro que en realidad tendría que haber advertido antes de haberle dicho nada. Tarde para arrepentirme.

Lo que no le confesé, para no restarle impacto y dramatismo, fue que era una pistola de fogueo. Una sencilla réplica que, aunque muy fiel, lo único que podía matar era el sonido de la estancia al estallar la pólvora de sus balas falsas. No se lo dije y ese fue el error que lo mató.

Quieto como estaba, apuntándome con esa arma que yo sabía que era de fogueo, pero que él creía que tenía la capacidad de quitarme la vida, solo dijo una frase: «Has matado a mi familia».

Sus palabras salieron extrañas de su garganta. El dolor y la locura que ensombrecía sus ojos, medio ocultos por varios mechones de sudoroso cabello que se juntaba con sus pestañas, constreñían cada sílaba que emitía. El mensaje era clarísimo. Esa locura que estaba padeciendo por todo lo sucedido no tenía más objetivo que quitarme la vida. Así lo vi en esos ojos que parecían falsos, desprovistos de vida, como los de un muñeco mal dibujado.

En ese instante dos de los grises que siempre me vigilaban aparecieron en escena atravesando la puerta. Ordenaron que bajase el arma con la autoridad que les daba el ser policías.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Baje el arma!

Robert hizo caso omiso a la orden de la autoridad, porque disparó sin dilación la falsa pistola que temblaba en sus manos con la intención de reventarme el pecho, como si quisiese acabar el trabajo que antes había hecho con sus puños y patadas al romperme las costillas. El sonido de la pistola de fogueo fue el pistoletazo de salida para que los policías abatiesen a aquel que pensaban que era ese el asesino que venía a matarme. Sus disparos fueron dirigidos a las piernas para abatirlo sin matarlo, pero el azar tuvo otros planes. Aunque la primera bala del policía cercenó con destreza los tendones de la rodilla derecha de Robert, el acto reflejo al agacharse ante el dolor de la bala pulverizando su rótula, puso su cabeza y cuello al mismo nivel de las piernas. Como resultado, una segunda bala disparada por el segundo policía, que salió con unos segundos de retraso, alcanzó el indefenso cuello de Robert, provocándole una sangrienta y rápida muerte, casi tan rápida que no le dio tiempo a

alzar las manos para taparse las dos heridas del cuello, la del orificio de entrada y la de salida.

Yo corrí a socorrerle, como si la intención fuese suficiente para salvarle la vida. Lo abracé bajo la mirada de los dos policías, llorando, acunando su cabeza en la forzada mueca que da un cuello roto, como si fuese una gallina que acabasen de desnucar. Ambos policías se quedaron quietos, congelados ante la escena. El primero, asombrado al ver que yo estaba llorando por quien creían que era mi asesino. El segundo, al ser consciente de que había matado a la que sería la primera víctima de su carrera en el cuerpo de policía, una experiencia para la que no hay curso ni examen que te prepare con suficiente éxito como para no derrumbarte, y menos aún cuando descubres que has matado a alguien inocente.

Las próximas horas fueron un frenético huracán de preparativos para cambiar mi escondite. Los otros no hicieron aparición debido a la locura que se desató cuando abatieron a Robert. Si de alguna manera vieron la escena, seguro que fueron los más sorprendidos del comportamiento asesino de Robert. Como si les hubiese estado haciendo el trabajo sucio, incluso divertidos al descubrir que yo hubiese sido asesinada por mi amante. Seguro que pensaron que habría sido un excelente final para contar a aquel que hacía tantos años me perseguía.

Lástima que no acabase así, muerta. Aunque, pensándolo bien, a veces creo que hubiese sido lo mejor. Quién sabe qué más desgracias puedo llegar a cometer, por muy colaterales que sean.

Capítulo 44

Las desgracias colaterales

Esa noche, abrazada a Dan, Gwen volvió a rememorar esos horribles sucesos, reafirmándose su obligación de apartarse de Dan y, sobre todo, de hacer que él se olvidase de ella. Esa era la enseñanza que había detrás de tanto dolor, esa era la moraleja. Tenía que sacarlo de su vida.

Y así se rindió a un sueño tardío, más cercano al alba que al anochecer.

Y, mientras sus ojos se cerraban, lo último que vio fue su propio brazo, ahora desprovisto del ropaje en forma de muñequera que ocultaba la quemada cicatriz que borró un nombre.

Y, si pensáis que ese nombre era el de Robert, siento mucho deciros que os equivocáis. El nombre tatuado que permanecía borrado tras la cicatriz en sus muñecas era un nombre que le perpetró todavía mucho más dolor y sufrimiento. Aunque eso sucedió en otra vida, en otro país y cuando ella también tenía otro nombre, aquel que sus padres le otorgaron, no como los últimos con los que ella se autobautizaba, según la última canción que viajase por sus oídos.

Capítulo 45

La moraleja es sacarlo de su vida

En una bolsa de basura se precipitó el pescado que se cocinó la noche anterior. Intacto. Frío. Como una representación perfecta de lo que sucedió esa mañana, una vez superado el calor de la noche. Esa misma idea cruzó a Dan por su mente mientras salía de la habitación vestido, viendo como Gwen recogía de forma diligente lo poco que quedaba de todo lo que sucedió la noche anterior.

Un frío «buenos días» fue el recibimiento que le dejó bien claro a Dan que hoy era un día muy distinto al anterior. Mientras se sentó en la mesa, cuando Gwen le dijo que desayunasen rápido, que tenía que trabajar, Dan sintió como su cuerpo se quejaba por la tensión que había en el ambiente. Como si sus huesos protestasen por una dilatación y contracción extremas debido al súbito cambio de calor de la noche anterior y del frío de la mañana que ahora sentía.

Dan intentó montar alguna excusa por lo sucedido ayer para rebajar su nivel de culpabilidad, pero Gwen le frenó con un simple ladeo de cabeza. «No es necesario que te excuses por nada», le dijo.

Y con esa frase, emulando una sonrisa que no sentía y tras una rápida mirada al móvil para ver la hora, volvió a exigirle a Dan que tenía que marcharse.

Y esa imagen de Gwen desayunando, vestida con ambas muñequeras de nuevo puestas en su lugar y el denso pelo rizado

ocultando su cuello se le antojó tan diferente a la Gwen de la noche anterior que tuvo la extraña sensación de haber pasado la noche más increíble de su vida con otra persona.

La despedida fue tan fría como todo lo que sucedió esa mañana. Se habían tocado tanto la noche anterior que ya no tenía cabida ni siquiera un breve roce de despedida. Se dijeron un adiós sin continuidad, sin marcar en el calendario el próximo día en que se verían, como siempre hacían.

Dan se montó en su coche y se dirigió a su casa a arrepentirse, aunque fuera solo una vez más, de todas las estupideces que hizo esa noche. Durante el camino, continuó repasando las escenas de la velada. Se sorprendió cómo fue posible que se hubiese equivocado pensando que Gwen se marchaba. Y sobre todo después de haber pasado esa increíble noche juntos. Y, por último, lo que más le desconcertó fue la frialdad que Gwen mostró durante la mañana, como si quisiese echarlo de su habitación, pretendiendo borrarlo de su vida. Algo no encajaba. Un atisbo de un puzle mal dispuesto empezó a aparecer en la cabeza de Dan.

Y como una descarga eléctrica, rápida y paralizante, vio con total claridad lo que estaba pasando. No tenía todas las piezas, pero había encontrado una que daba sentido al misterio, como si todo ese tiempo hubiese estado montando un puzle, juntando piezas similares, pero sin conocer la imagen que estaba construyendo, y ahora, con esa nueva pieza, se visualizaba el rompecabezas en su totalidad. Y esa pieza que todo lo cambió estaba en manos de Alba.

Capítulo 46

La pieza era Alba

«Cuando estuvisteis en la comisaria, ¿os dijeron si ya habían detenido a esos dos tipos que acosaron a Alba?».

Esa frase lo cambió todo. Esa inocente pregunta que Gwen le hizo la noche anterior fue el desencadenante que descubrió el engaño. Dan no había comentado nada de lo que le sucedió a Alba, y menos aún que hubiera dos acosadores. Y, si ella estaba al tanto de todo, es que había alguna conexión entre esos dos desgraciados y Gwen.

Como si su mente fuese una montaña rusa que se estuviese construyendo en el mismo momento en que iba montado en el vagón, fue conectando los sucesos que en apariencia no tenían conexión. Así fue como Dan intuyó todo lo que estaba ocurriendo. «Gwen se esconde de alguien, eso es algo obvio —comenzó a pensar en su cabeza—. Gwen sabe de la agresión de Alba sin yo decírselo. Ese alguien de quien se esconde seguro que tiene algo que ver con la agresión frustrada a Alba. ¿Cómo habían conectado a Alba con Gwen? Por mi culpa. Yo soy el nexo de unión, seguro. Gwen, al verse expuesta, ha planificado su marcha, de ahí que hubiese montado la cena de despedida, por mucho que intentase ocultármelo. Luego, esta mañana, la forma de echarme de su habitación con tanta insistencia mientras consultaba el reloj a cada momento, de esa forma tan fría y distante, con tanta urgencia, se debía a que tenía que huir. Todas las señales

que intuí anoche y que me decían que se marchaba fueron ciertas, no fueron fruto de mi imaginación. Gwen se marchará».

Esa realidad recién descubierta, donde Gwen desaparecía de su vida, se implantó en su mente en el mismo momento que giraba violentamente el volante, dando la vuelta y volviendo a la residencia. No sabía qué iba a hacer, pero tenía que llegar antes de su partida.

Ese mismo brusco cambio de sentido fue el que hizo un oscuro coche que le seguía. El conductor, sobresaltado por el cambio de dirección del coche de Dan, empezó a maldecir en voz alta ante unos nuevos acontecimientos que no estaban contemplados. Mientras tanto, su acompañante llamó al teléfono explicando que Dan estaba volviendo a la residencia.

Estaba tan enfrascado en sus propios pensamientos que Dan no se dio cuenta de ese coche negro que le estaba adelantando por la izquierda. Cuando su perseguidor se situó frente a Dan y frenó de golpe, la sorpresa fue tal que poco faltó para que colisionasen. Cuando los dos vehículos se pararon a escasos centímetros de distancia, se bajaron los dos ocupantes del oscuro coche que bloqueó el de Dan. La orden que le dieron para que diese la vuelta y se marchase le sonó muy extraña, ya que le estaban tuteando con una familiaridad que daba la sospecha de que esos dos hombres trajeados le conocían, aunque por supuesto Dan no tuviese ni idea de quiénes eran. O quizá sí lo supiese. Eran esos de los que Gwen huía. Lo vio claro. No había otra explicación.

Dan no quería darse por vencido y se negó a hacerles caso. Todavía montado en el coche, dio marcha atrás e intentó esquivarlos con la intención de llegar a la residencia. Maniobra absurda, ya que los extraños hombres se situaron a ambos lados del coche, impidiendo cualquier maniobra posible.

—Da la vuelta, la carretera está cortada y no se puede pasar —fue la consigna que repitió el misterioso hombre mientras bajaba la cabeza hasta situarla al nivel de la ventanilla, mirándolo a los ojos.

Dan sintió un valor que desconocía tener en su sangre y respondió, con más miedo que entereza, que ese camino era el que había cogido hacía unos minutos y estaba despejado. Y, como si el exceso de cortesía fuese arma suficiente, les pidió que por favor le dejasen continuar. Mientras hablaba con ese alto hombre vestido de oscuro, sintió como el otro acompañante se dirigía a la otra ventana del coche. En ese momento se sintió rodeado y sin escapatoria. Hubiese jurado que vio como ese otro compañero buscaba algo dentro de su chaqueta. Dan, sintiendo los brazos agarrotados por el pánico, posó la palma de la mano en el cambio de marchas, dispuesto a iniciar cualquier movimiento evasivo que le salvase de algo que todavía no comprendía. La única idea que alumbraba su mente era huir.

Rompiendo la tensión de la situación, escuchó una sirena de policía. «El séptimo de caballería», pensó en una esperanzadora idea de posible salvación. Así fue como esperó que la afónica sirena acompañada por el característico halo azul que la rodeaba fuese suficientemente disuasoria para que esos dos extraños se marchasen. Aunque no sabía si en esa huida les daría tiempo a acabar con él con un disparo o un navajazo.

Se acercaba el sonido de la sirena, pero esos dos hombres no huyeron. Al contrario, parecía que los estuviesen esperando. Cuando el coche de Policía llegó, se situó al lado del coche oscuro, enfrente del de Dan. Vio como se bajaban dos agentes de policía y le sonaron familiares, como si los hubiese visto en otro sitio. Era un hombre joven, muy delgado, y una mujer no muy alta y que llevaba un collarín en el cuello, de esos que son el resultado de un accidente de tráfico. Le extrañó ver que estuviese de servicio con el collarín, aunque fue más extraña la mirada que le hizo a Dan, como si esa mujer policía le conociese. En realidad, esa sensación se podía asociar a todos los presentes, como si Dan fuese un enfermo de amnesia rodeado por todos esos desconocidos que parecían conocerlo, aunque él no recordase nada de ninguno de ellos.

El agente alto y delgado le ordenó a Dan que bajase del coche. En ese momento, los dos extraños del traje oscuro se apartaron, como si el policía hubiese tomado el mando de algo que Dan no lograba comprender y quedasen en un segundo plano. Cuando Dan claudicó y decidió salir del coche, se sintió como un animal acorralado, pero con un sentimiento de indefensión todavía más acuciante al no saber cuál sería el depredador que acabaría con él, los misteriosos hombres o los dos policías. O peor aún, que todos fuesen los depredadores y, entonces, sí que ya no habría escapatoria.

La siguiente frase fue una orden del policía, más seca y directa que la anterior, para que se marchase, alegando que la carretera estaba cortada.

La negativa de Dan, envalentonada al ver que no había agresión por parte de ninguno de los cuatro, tuvo como consecuencia que la mujer policía, la del cuello inmovilizado, hablase con alguien a través del *walkie-talkie*. De lo que estuvieron hablando, Dan solo pudo escuchar varias palabras sueltas: «negativa», «atrás», «arresto» y «parado». Y, al finalizar, como para dar acabada la conversación, un concluso «entendido, señor».

La mujer se dirigió a su compañero y, aunque Dan no escuchó qué se decía, fue algo que tomó por sorpresa al joven policía. La extraña mirada entre ambos no hizo más que aumentar el nerviosismo de Dan.

—Queda arrestado —fue lo que pronunció el policía con más duda que autoridad mientras se dirigía a Dan con la mano izquierda

buscando unas esposas que seguro tendría en la parte trasera del cinturón y el brazo derecho extendido y amenazante, buscando la muñeca de Dan para posar en ella el frío metal que tendría como fin inmovilizarlo.

Aunque en realidad no hubiese sido necesario. Dan se encontraba petrificado ante lo absurdo del arresto que estaba sufriendo.

No supo si le leyó sus derechos o si dijo la típica frase de «todo lo que diga o haga puede ser utilizado en su contra». Solo escuchó que se le acusaba de varias violaciones y de algo referente a la pedofilia, cargos tan absurdos que no supo ni qué decir ni cómo defenderse. Toda su realidad se estaba desmoronando y ese puzle que empezó a entender minutos atrás, montando cuidadosamente pieza a pieza, se quebró como si un fuerte puño golpease con fuerza la mesa, dispersando todas las piezas. Se sintió como si hubiese caído en la casilla de la muerte, tan cerca ya del final, volviendo de nuevo a la parrilla de salida, en ese absurdo juego de la oca que le habían invitado a jugar sin pretenderlo siquiera.

Capítulo 47

La despedida

Se abrió el ascensor. Tres pares de zapatos jugaron a ver quiénes tenían el caminar más deprimente. Ganaron las diminutas deportivas de Gwen, seguidas por esa absurda maleta con ruedas con el alegre unicornio dibujado, que parecía burlarse de todo y de todos.

Los sonidos de las pequeñas ruedas de la maleta ahogaban el crujido de los pasos con ese rítmico siseo que hacía cada vez que cruzaba una separación de las baldosas del suelo, como si se tratase de un tren, con el típico traqueteo de unas vías que se sentían viejas y roídas. Cuando llegaron frente a una puerta entreabierta pararon. Era la habitación 33.

El sonido de sus nudillos llamando a la puerta le dieron el valor suficiente para cruzarla sin tan siquiera esperar a la respuesta de la inquilina.

—Buenos días, señora Erlinda —fue el saludo de Gwen, el mismo saludo de siempre, pero con el tono decadente de la despedida.

Erlinda, a la que, como ya os he contado, no se le escapaba nada, le preguntó si hoy se marchaba de la residencia. El silencio de Gwen, intentando averiguar cómo podía saber Erlinda que se marchaba, le hizo sentir tan vulnerable como una hoja transparente. Intentó adivinar qué extraño poder tenía esa familia, abuela y nieto, como para descubrir siempre sus secretos, como para ir siempre un paso por

delante de ella. Erlinda la sacó de sus pensamientos, respondiendo en cierta manera a esa pregunta.

—Se escucha la maleta desde que saliste del ascensor —le aclaró Erlinda con ese tono prepotente tan propio de ella—. Lo que no sabía es que eras tú quien la llevaba.

Gwen tenía preparada una despedida llena de mentiras, en la que decía que se marchaba unos días y volvería pronto, pero, estando allí, frente a Erlinda, se le antojó imposible mentirle no porque la descubriese, ya que de eso estaba convencida nada más planificar esa conversación, sino por respeto a ella. Se vio incapaz de mentirle. El cupo de engaños ya lo había cubierto con su nieto, no era necesario ensañarse más. Fue por eso que, improvisando algo parecido a una despedida, le dijo la mayor de las verdades, que no sabía qué decir para despedirse. Había huido de tantos sitios sin despedirse de ninguno de ellos que se le hacía extraño pensar qué decirle a alguien antes de partir.

—No es necesario que digas nada, mi niña —empezó diciéndole Erlinda—. No es necesario porque yo no soy de las que creen en las palabras. Las personas no son las palabras que dicen, sino las acciones que hacen. Así que no te preocupes, no es necesario decir nada. A mi edad cada día que has estado conmigo fue una despedida. Alguien como yo, que ya ha sido desahuciada por la vida, cada momento que pasamos, en cierto modo, es una despedida. Nunca sabemos si este momento será el último que vivamos con esa persona, es por eso que, para mí, cada momento juntas ha sido un pequeño adiós. Cuando venías a limpiar la habitación te estabas despidiendo. Cuando me cerrabas la ventana para que no me molestase el frío, te estabas despidiendo también. Cuando te sentabas en la otra habitación escuchando a hurtadillas cómo mi nieto me leía, también era una pequeña despedida. Incluso cada vez que te insultaba y no te marchabas con la rabia entre los dientes te estabas despidiendo de mí. Llevas despidiéndote de mí tantos días y en tantos momentos que no es necesario que digas nada más. Ya está todo hecho, ya está todo dicho. Tu compañía ha sido de las sorpresas más agradables e inesperadas que he vivido estos últimos meses.

El mutismo de Gwen se volvió turbación cuando la anciana le preguntó por Dan y, sobre todo, por cómo se había tomado su marcha. Al no verse roto el silencio por una explicación por parte de Gwen, Erlinda dedujo que no le había dicho nada, que se iba a marchar sin despedirse de él.

—Si no vas a volver, será mejor que desaparezcas sin despedirte de él —le dijo Erlinda sacando su versión más hiriente y sincera—. Sé que tienes un horrible pasado que te persigue. Por ese motivo, lo mejor que puedes hacer es desaparecer y que mi nieto te odie por ello.

Lo peor que podrías hacer es darle falsas esperanzar para que sufra más de lo que sufrirá por tu partida.

Gwen asintió. Tenía toda la razón, como siempre. Y así se lo hizo saber, sin oponer réplica a tan contundente exposición de los hechos.

Los dos hombres que flanqueaban a Gwen le comentaron que se tenían que ir. Con esa urgencia tras de sí Gwen intentó acabar esa torpe despedida, la despedida más peculiar que podría imaginarse, diciéndole que se sentía orgullosa de haberla conocido, de haber podido compartir un pedazo de su vida con la persona más maravillosa con la que había tenido la suerte de haberse topado.

Erlinda, que no estaba acostumbrada a piropos ni halagos, le dijo lo equivocada que estaba.

—Lo siento, mi niña, pero tú no me conoces —le dijo con tono pretencioso—. Lo que tienes enfrente de ti no es más que una sombra sucia y rasgada de lo que fui.

Gwen dibujó una breve sonrisa, pensando en lo mucho que echaría de menos los absurdos insultos y desplantes de esa mujer tan especial. Esa mujer tan áspera como la roca, con el don de la última palabra.

Y, como última intervención, que, por supuesto, tenía que ser de Erlinda, le dijo a Gwen que se acercase, como si fuese la nieta que nunca tuvo y le dio dos besos. Unos besos con la fuerza de aquellos que sabían que no volverían a repetirse nunca más, porque ellas dos reconocieron que esa despedida sería la última de las dos. Y Gwen, con su cabeza agachada frente a los labios de Erlinda, escuchó como le dijo una frase que, sin saberlo todavía, cambiaría su vida para siempre.

—Si continúas huyendo de tus demonios, al final acabarán cogiéndote. No huyas, no huyas de nada. Y menos aún, no huyas de nadie.

Se subieron a un coche de Policía y salieron de la residencia. En el siguiente cruce, otro coche de Policía con la sirena aullando llevaba a un chico en el asiento de atrás esposado, con la mirada fija en un punto lejos de este mundo.

Así desapareció Gwen, huyendo de nuevo como otras tantas veces ya había hecho, escoltada por esos policías que ella llamaba los grises. Y, con la mirada baja, fue rememorando en su cabeza lo que Erlinda le dijo como si de un mantra de salvación se tratase. Esas palabras fueron las últimas que escuchó de Erlinda. Y resultaron ser las palabras más importantes de su vida. Las palabras que le salvaron la vida.

PARTE II

Capítulo 1

No quedaba ni la puerta

Solo pasaron cuarenta y ocho horas, y de ella no quedaba ni la puerta.

Como ese sueño que se desvanece durante las primeras horas del día y las imágenes vívidas del recuerdo se esfuman más rápido que lo que tarda la memoria en cazarlas. Esa misma sensación tuvo Dan cuando entró en aquella habitación donde cuarenta y ocho horas antes estuvo con Gwen.

Esos dos días los pasó en los calabozos de la Policía, encarcelado como un presunto pedófilo y violador infantil que hacía varios meses que estaba actuando por la zona. Cuando escuchó esos cargos mientras le tomaban declaración, recordó haber oído algo en las noticias. Su única alegación durante esa entrevista policial fue que él no era culpable, pero recordó que lo dijo sin estar convencido del todo no porque fuese culpable, que no lo era, sino por lo absurdo de la acusación.

Una vez que se solventó el malentendido y Dan fue puesto en libertad porque la policía confirmó que no era la persona que estaban buscando, salió de esa parte previa a la cárcel, que es el calabozo, y tras tranquilizar a su familia se dirigió a la residencia.

No encontró nada. Y no era una exageración, hasta la puerta había desaparecido. En su lugar se encontraba una diferente y envejecida, como las que estaban dispuestas en el resto de habitaciones. Estaba

apoyada en la pared, sin que estuviese acollada en las bisagras. Una idea se le pasó por la cabeza: «Mucha prisa se han dado para que desaparezca todo lo referente a Gwen, pero qué poco interés en volver a dejarlo todo como antes». Pensó que era más importante borrar a Gwen que volver dejarlo todo en su sitio. En ese momento se dio cuenta de que esa era la representación perfecta de su vida. Gwen había desaparecido, pero en su cabeza nadie se encargaría de dejarlo todo como antes, como esa puerta a medio poner.

Cuando entró en la habitación, sus sospechas fueron ciertas. No quedaba nada. Conforme fue registrando cajones y esquinas, sin encontrar ningún rastro de Gwen ni de sus cosas, se le pasó por la cabeza la estúpida idea de que todo lo había soñado, como esas películas de extraño giro de guion donde todo lo mostrado durante el metraje resulta que solo existe en la imaginación del protagonista, como un sueño, una fantasía o una enfermedad mental. Así de aséptica quedó la habitación. «Hicieron un buen trabajo de formateo», pensó utilizando ese lenguaje informático que le venía de formación.

Dejó la pequeña salita para entrar en el dormitorio, sintiendo una presión tan fuerte en el pecho y estómago que parecía que, en vez de entrañas, tenía un ser del espacio exterior que se esforzaba por salir, perforando carne y hueso a su paso. Todo rastro había desaparecido. No había ni sábanas en la cama. Estaba despojada de vida. No quiso dedicarle un segundo más a esa imagen vacía donde había pasado esa increíble pero extraña noche, tan solo dos días atrás.

Odiaba tener razón tantas veces, iba maldiciéndose a media voz mientras salía de la habitación, al descubrir, o, mejor dicho, confirmar, que Gwen había desaparecido. Aunque ella le avisó que desaparecería, fue extraño que, por mucho que se preparó para ese duro momento, no valía para nada porque no amortiguó el dolor. «Tanta preparación durante todo el curso y llegas como un simple novato al examen final», pensó.

Antes de marcharse, pasó por la habitación de su abuela no por intención, sino por la fuerza de la costumbre. Por supuesto, no le dijo que pasó dos días en el calabozo, esa información no era relevante para Erlinda y, pensándolo bien, Dan se dio cuenta de que para él tampoco era importante. La desaparición de Gwen empequeñecía cualquier otra desgracia paralela de su vida. En las cuatro palabras que compartieron, en ninguna de ellas apareció Gwen. Al marcharse, embotado como estaba de angustia, ni se dio cuenta de que su abuela tampoco estaba bien del todo. Esa costosa respiración hueca, que parecía buscar el aire a manotazos, se le pasó por alto.

Dentro del coche, camino a ninguna parte, quiso ordenar el desorden de su cabeza para que, en un atisbo de lucidez ante tanta locura, pudiese entrever qué es lo que tendría que hacer a partir de

ese momento. En esa ansia de encontrar a Gwen, su mente fue viajando por todas las posibilidades que se le ocurrían, como si fuesen infinitas ramificaciones de universos paralelos que creaba en su imaginación. No tardó ni dos minutos en averiguar que todas las líneas convergían en un mismo punto: la policía y ese absurdo arresto. Si quería respuestas, el único sitio donde las encontraría sería en la comisaría, aunque todavía no supiese qué preguntas serían las correctas.

Capítulo 2

Quería respuestas, pero no sabía las preguntas

Si el objetivo de colores, vestimenta y complementos del traje de policía era conseguir la homogeneidad absoluta, lo había logrado. Dan fue incapaz de reconocer a aquellos que lo arrestaron solo dos días antes. Aun así, se alegró de reconocer un complemento que sobresalía sobre todos los demás y le permitió distinguir a alguien concreto. El collarín en el cuello de una agente de policía.

Cuando la encontró detrás de una de las vitrinas acristaladas, supo que era ella, pero no por el collarín que llevaba, sino por los ojos de sorpresa y de alarma que se formó cuando vio a Dan. Ya tenía la persona a quien hacerle esas preguntas. Ahora solo faltaba averiguar qué preguntas hacerle.

Se acercó a la agente de policía y conforme avanzaba a su encuentro, ella se apartó impulsada en dirección contraria, desapareciendo tras una puerta lateral. La impresión que le dio a Dan de estar evitándolo la corroboró la hora que tardó en volver a aparecer por otro de los pasillos de la comisaría.

La vio y se acercó a ella, llamando su atención con timidez, como si él fuese un fan pidiendo un autógrafo a una estrella de cine. Cuando ella se giró, sus ojos dijeron «¿todavía estás aquí?», mientras que su boca preguntó «buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?».

El silencio de Dan fue el reflejo de lo poco preparado que estaba

para interrogar a la policía. Sin saber qué decir, y menos aún qué preguntar, lo único que se le ocurrió fue hablar sobre su arresto dos días atrás y si habían encontrado al auténtico culpable.

¿Por qué no preguntó por Gwen? ¿Por qué no denunció su desaparición? ¿Por qué no indagó en la relación entre su propio arresto y que Gwen desapareciese de la residencia ese mismo día? No lo hizo porque justo en ese momento se dio cuenta de que, si había alguna oscura conexión entre los policías y Gwen, lo último que tendría que hacer era preguntárselo a ellos. Conclusión: tendía que obtener la información por otras vías. Y de todo eso se dio cuenta cuando tenía a la agente de policía delante, esperando su pregunta.

La policía lo único que acertó a hacer fue a disculparse por el error en su arresto. Le aclaró que el agresor al que estaban buscando tenía un parecido asombroso con Dan. Llevaban meses cercándolo por la zona y, ante el comportamiento tan extraño que Dan tuvo esa mañana, les hizo pensar que era él. Pero, una vez arrestado y comprobado que no había pistas concisas que lo inculpasen, lo dejaron libre por falta de indicios.

Esa frase, «puesto en libertad por falta de indicios», extrañó a Dan. Si hubiesen dicho que lo dejaron libre porque se dieron cuenta de que era inocente, hubiese tranquilizado a Dan, pero no. El dejarlo libre no por ser inocente, sino por no tener suficientes pruebas como para declararlo culpable, era una diferencia tan sutil, y al mismo tiempo tan extrema, que no lo tranquilizó lo más mínimo.

Con esa nueva información, carente de pistas sobre el paradero de Gwen, salió de la comisaría, dándose cuenta de lo absurdo de su plan. Así fue como Dan se despidió de la agente de Policía, disculpándose por las molestias que había podido causarle y ofreciéndole su ayuda en todo lo que necesitase para poder atrapar al verdadero culpable. Esta última frase no la hizo con un alarde de sincera disposición de ayuda, sino más bien con el falso mensaje de alejar la idea en la que él era el culpable.

Y un nuevo día salía de la comisaría de policía. Tres veces contó en lo que llevaba de semana: la primera, tras la denuncia con Alba; la segunda, después de pasar cuarenta y ocho horas en el calabozo, y esta tercera, buscando pistas de Gwen, pero marchándose con más dudas todavía. Era el mismo sitio, pero lo sintió diferente en cada una de esas incursiones. «¿Cómo ha podido cambiar tanto mi vida en solo dos días?», pensó Dan mientras se alejaba.

Capítulo 3

¿Cómo ha podido cambiar tanto mi vida en solo dos días?

Había pasado una semana y no salió de esa habitación donde creció, y empezaba a sentirla extraña.

Alba, después de lo sucedido con esos agresores, permaneció al abrigo y protección en la casa de sus padres, en su cuarto de adolescente. Una habitación que hace varios meses abandonó, cuando partió del nido materno para una emancipación hacia un pequeño piso de alquiler a pocas manzanas de donde creció. Después de la ruptura con Dan, como para ser consciente de lo diferente que era su nueva vida, quiso cambiar tantas cosas en su vida que varió hasta la dirección a donde le venían sus cartas y facturas. Pero ahora, ante ese temor por la agresión no consumada días atrás, volvió a deshacer ese camino hacia ese punto inicial donde lo que antes era monotonía y agobio ahora era tranquilidad y protección.

Solo salió de la casa de sus padres para estar con Dan cuando cumplió esa extraña condena de dos días en la comisaría. A ella, igual que a Dan, se le hizo demasiado extraña la vuelta a la comisaría.

Ese día, una semana después, Dan visitó a Alba. El motivo de su visita era para saber cómo se encontraba después de todo lo ocurrido. Cuando se saludaron, una vez que dejaron de hablar de todas aquellas cosas que nada les importaban y que utilizaban de parapeto para no sacar aquellos temas que sí tenían en la cabeza, empezaron a hablar

de verdad, como en aquella batalla donde primero se usan balas de goma, guardando el armamento nuclear para después, ya que, de usarse, los daños ajenos y propios podrían llegar a ser devastadores.

En esa conversación por fin hablaron de ellos y de su ruptura, hacía ya más de un año. Se recriminaron, se comprendieron, se hicieron daño con palabras ciertas como cuchillos y se perdonaron cosas que en realidad no eran culpa de ninguno de los dos. Y, al final, cerraron una herida que, de tanto tiempo que llevaba abierta, se habían acostumbrado a tenerla sangrando.

Fue tan dura e intensa esa conversación que la forma como consiguió rebajar tal nivel de tensión fue hablando de un funeral. Ese día que fue la última vez que hablaron después de su ruptura. Cuando rememoraron ese extraño día, a los dos se les dibujó la sonrisa más triste que la tristeza podría dibujar. Ese día fue el entierro de Abel.

Capítulo 4

La sonrisa más triste que la tristeza podría dibujar

—La primera regla del club de Abel: no se habla de cosas tristes en el club de Abel. La segunda regla del club de Abel: no se habla de cosas tristes en el club de Abel. La tercera regla del club de Abel: si alguien llora, se desvanece o me hace una señal, este discurso se acaba. Cuarta regla: solo un Abel por discurso... Abel es irrepetible. —De esta absurda manera empezó Dan el discurso del peor día de su vida, a los pies del féretro donde su hermano Abel yacía consumido por ese agresivo cáncer que drenó su vida, pero no gota a gota, sino en cascada.

En contraste, reposaba una fotografía de hacía más de un año que compartía solo el nombre con el ocupante del ataúd, ya que la enfermedad no tuvo miramientos con su rostro y cuerpo.

—Ahora mismo la mitad de vosotros estará pensando que estoy completamente roto por la marcha de mi querido hermano, Abel, y se me ha ido la cabeza por completo. La otra mitad estará pensando lo mismo, que estoy roto por la marcha de Abel y, además, soy un extraño fan de *El club de la lucha*. Pues todos tenéis razón, estoy completamente roto por la marcha de alguien tan especial como Abel. Lo de *El club de la lucha* es circunstancial. Es cosa de Abel. No mía.

»Mi hermano, como todos los que lo conocíais, era un intenso cinéfilo y, además, alguien que siempre ha ayudado a todos los que

tenía alrededor. Incluso ahora, una vez que no puede darme su apoyo, sigue ayudándome en cada momento de mi vida. ¿Por qué digo esto? Pues para que no penséis que estoy loco y para justificar esta entrada del discurso que pretendía honrar de alguna manera a quien, para mí, ha sido y será la persona más importante de mi vida.

»Abel me hizo prometer que, cuando llegase este momento en el que hoy estamos, tendría que empezar el discurso en referencia a una película. Cómo decidimos qué película sería es una información que no procede ahora explicarla. La película ganadora ya podéis deducir cuál ha sido.

»Quizá penséis qué absurdas manías tenía Abel en sus últimos días. También pensaréis qué estúpido que he sido yo al hacerle caso a su última broma pesada. Pero nada de eso es cierto. Como siempre sucede con Abel, todo lo que dice al principio te descoloca sin entender nada, pero al final sientes que ha dado en la verdad más profunda y cierta. En Abel nada era gratuito, todo era excepcional. Y, gracias a él y a su absurda última voluntad, he estado rompiéndome la cabeza durante estos días, que han sido los peores días de mi vida. Y lo ha hecho para que los invirtiese pensando en él y en todo lo que me ha aportado, en vez de pensar en que ya no está y en todo lo que perderé por su marcha. Incluso sin estar conmigo, siento que me sigue ayudando.

»Y, al darme cuenta de esto, de su afán por ayudarme en todo momento, he comprendido que esa es la mejor manera que tengo de rendirle tributo. Plasmando su necesidad impulsiva de ayudar a los demás y hacerlo mediante su lenguaje, el cine. Expresando todo lo que me ha ayudado y compartiéndolo con todos vosotros. Muchos de estos consejos se los habréis escuchado de sus labios. En ese caso sentíos afortunados, habéis sido tocados por su sabiduría. Otros serán nuevos e incluso curiosos para muchos de vosotros y vosotras. En ese caso, recibirlos como su último regalo, como una última enseñanza, como la lección que siempre compartía, porque hasta los consejos los compartía, no los impartía. Hasta ese punto expresaba su increíble humildad, ya que no hay humildad más sincera que la de mi querido hermano, Abel.

»Es por eso que quiero compartir con vosotros las cosas que me ha enseñado y he tenido la suerte de vivir con él, todas ellas mediante sus ídolos del cine. Si Abel estuviese aquí, nos diría que viviésemos nuestras vidas como la mejor película que pudieseis imaginar. No pongáis límites a vuestros sueños, como él decía, si el cine no lo hace, ¿por qué no hacerlo nosotros? Recordad, cuando crezcáis, hacedlo como Tom Hanks en *Big,* siendo siempre niños. Cuando envejezcáis, hacedlo como Brad Pitt y su Benjamin Button, para atrás, volviendo y viviendo hacia al inicio. Si tenéis que amar, que sea como Christian

Slater, a quemarropa, llegando incluso a matar por tu amor. Si has de soñar, hazlo como Dorothy, a todo color en tu mundo de Oz. Si tienes que reír, hazlo como Julia Roberts en *Pretty Woman,* al mordisco de una caja que enseña un collar, pero, si vas a llorar, hazlo como Demi Moore en *Ghost,* llena de esperanza y felicidad. Si has de viajar, hazlo como Chihiro a un mundo mágico, pero, si has de estar quieto, hazlo como François Cluzet en *Intocable,* con humor y dejándote ayudar por el menos pensado. Si quieres volar, hazlo hasta el infinito como Buzz Lightyear. Si prefieres nadar, que sea como Nemo y sigue nadando sin parar. Si quieres perderte mientras corres, hazlo como Forrest Gump, incansablemente. Si te toca el papel de padre, fíjate en Roberto Benigni y dalo todo por tu hijo con una sonrisa, pero, si te toca el de hijo, mejor hazlo como Billy Elliot, siguiendo tu sueño. Si vas a volverte loco, hazlo como Amélie, alegrando a los demás con tu locura. Si vas a vivir aventuras, que sea con un látigo al más estilo Indiana Jones, pero, si la realidad es lo que buscas, hazlo con cualquier personaje de *Love actually.* Si es hora de bailar, sé las piernas de Kevin Bacon en *Footloose,* pero, si lo que te apetece es cantar, hazlo como Keira Knightley de *Begin again,* con humildad y sin artificios…

»Pero, sobre todo, si queréis ser alguien por el que valga la pena ser recordado, alguien que sea tan excepcional que con tan solo conocerlo te haga ser mejor persona, sed como Abel, mi hermano. Alguien que, a base de todas las mentiras del cine, ha llegado a ser el más auténtico de todas las personas que he conocido.

»Ahora, como me dijo mi hermano pocos días atrás, he llegado al final de una primera parte, al menos en mi vida. Y, como veo en muchas caras, también ha finalizado para muchos de vosotros y vosotras. Ahora empieza una segunda parte, aquella donde Abel ya no está para que pueda explicarnos su peculiar forma de ver el mundo. Ahora empieza esta segunda parte y, como se diría en el cine, segundas partes nunca fueron buenas. Y, en estos momentos, siento que no hay frase más desgarradora y cierta.

»Pero, siguiendo la última lección de mi hermano, intentaré sacar el Coppola que tengo dentro y, como me hizo prometer, intentaré dirigir esta segunda parte de mi vida donde él ya no está. Una segunda parte que fuese incluso mejor que la primera o, si no, al menos igual de buena. Y de esta manera, con esta misión, voy a encarar esta segunda parte de mi vida. Una segunda parte en nuestras vidas. Una vida donde Abel continúa estando con nosotros, porque sé que él nunca nos abandonará. Él ha sido alguien tan excepcional que, en mayor o menor medida, nos ha hecho ser un poco mejor de lo que somos. Como si fuese el mejor director de cine, sacando lo mejor de nosotros mismos como actores novatos que somos.

»Es por eso que solo os pido una cosa para devolverle el favor, si es

que se me permite pediros algo. En cualquier escena de vuestras vidas que merezca ser contada, cualquier momento que sintáis que es de Óscar, cualquier actuación por vuestra parte de la que os sintáis especialmente orgullosos, cualquier imagen que sea merecedora de plasmar en vuestra mirada…, tened un segundo de cortesía para pensar en Abel, explicársela, enseñársela, y vividla de la mejor forma posible. Él estará encantado de poder disfrutarla en la sala de cine donde seguro estará viendo la película de nuestras vidas.

El silencio, triste y amable a partes iguales, que duró todo el discurso, se fue sazonando con sonrisas de complicidad y suspiros de añoranza. La cabeza gacha de Dan, como si las lágrimas contenidas en sus ojos pesasen kilos de pena, se fue levantando poco a poco, viendo un público emocionado, tan extenso que rozaba la multitud. Se dio cuenta en ese momento de la cantidad de personas que habían venido a despedir a su hermano. Ese hecho suavizó la angustia de su pecho.

Todos los presentes le miraban con una afligida sonrisa en los ojos, agradeciéndole el emotivo discurso. «Un discurso digno de Abel», dijeron muchos de ellos. Recordó la imagen de sus padres. Su madre rota, sentada en la silla, en primera línea. Su padre con la mano en el hombro de ella, más apoyándose él que apoyándola. También vio a Sonia, esa chica que nunca supieron si llegó a ser novia de Abel y que le recordó a la imagen de un árbol fuerte y erguido, pero sin hojas, sin vida. Incluso asistió la rubia mujer de Nico, el mejor amigo de la infancia de Abel, que murió unos años antes en unas horribles circunstancias. Aunque esa extraña mujer nunca llegó a congeniar con él, acabó asistiendo a su funeral, aunque no se supo si por respeto a su difunto marido o por el difunto Abel.

Una mirada que no encontró y que se echaba tanto en falta que fue como un agujero negro que atraía la atención de todo el mundo fue la ausencia de Erlinda, la abuela de Abel. Ni Dan ni su padre apoyaron la extraña decisión de su madre de ocultarle la enfermedad, hecho que también dio lugar a la incomprensible decisión de ocultarle la misma defunción. Así fue como, a cada pregunta de «¿dónde está Erlinda?», Dan y su padre tenían que adelantarse para excusarla y alegar que por temas de salud no había podido ir.

Y, de entre todas las decenas de pares de tristes ojos que allí encontró, por fin dio con los de Alba. Le costó encontrarlos porque estaban en la última fila. No supo si solo vino en ese último momento o estuvo durante toda la mañana escondida, sin atreverse a hablar con él. No importaba, al final vino y pudieron compartir ese triste momento, aunque fue sin palabras y sin abrazos.

Ese fue el último día que Dan y Alba se vieron.

Volviendo de nuevo a ese presente, donde Dan estaba en la habitación de Alba explicándose todas las confidencias atrasadas,

sintieron que estaban tan agotados que Dan decidió que era mejor marcharse. Fue curioso que, para poder rebajar la intensidad de todo lo que estuvieron hablando esa tarde, tuvieron que echar mano del recuerdo de un entierro.

Capítulo 5

El recuerdo de un entierro

Otra llamada con un número oculto. No lo llevaba bien, nada bien, estos microsobresaltos. Cada vez que Dan recibía una llamada oculta o con la voz de una mujer que no reconocía, siempre pensaba lo mismo: «Quizá es ella». Pero nunca lo era.

Ese día tampoco fue diferente.

Pero antes de deciros quién llamó, voy a poneros en situación sobre lo que pasó esas últimas tres semanas. Dan se centró en una búsqueda exhaustiva de Gwen por todas las redes sociales, noticias de periódicos *online,* foros de personas desaparecidas, galerías de fotografías en la red y más absurdas ideas que se le iban ocurriendo para poder dar con ella. Había desaparecido, sí. Ella no se había despedido, lo sabía. Pero la noche que pasaron juntos significó para él más que las palabras de rechazo que recibió a la mañana siguiente. Que escondía algo era seguro. Que ella quería protegerlo de sí misma era algo probable. Que ella sintiera algo por él rozaba lo razonable. Que ella estuviese en peligro y lo necesitase, eso lo sentía con una seguridad alarmante y clara.

Todas esas suposiciones, sean más o menos probables, le llevaron a la misma conclusión. Tenía que encontrarla.

Esa absurda búsqueda contaminó todos los aspectos de la vida de Dan, hasta llegó a afectarle el último año de universidad y definió, en

cierto sentido, el proyecto de fin de carrera que empezó a diseñar. Hacía una semana que había presentado al tutor cuál sería el objetivo de su tesina. Quería desarrollar una aplicación que, mediante las aplicaciones de reconocimiento facial que ya existían en la red, realizase búsquedas autónomas y exhaustivas de personas por las innumerables cámaras *online* de acceso abierto que se encuentran disponibles en internet. De esa manera, todas las grabaciones accesibles, como pueden ser las de vigilancia meteorológicas, de carreteras, YouTube, de redes sociales públicas, imágenes de archivo, vídeos en *streaming* en tiempo real, etcétera, pasarían por esa teórica aplicación de reconocimiento facial, detectando aquellas que coincidieran con la persona que se buscaba. Una aplicación muy ambiciosa, que se alejaba de los objetivos lectivos de la tesina de fin de curso, o al menos así se lo hizo saber el tutor. La insistencia de Dan ante la presentación de esa aplicación fue suficiente para darle el visto bueno y, desde aquel día, fue el objetivo prioritario de Dan. Crear esa aplicación para buscar personas, aunque en realidad solo la utilizaría para buscar a una sola.

Ahora sí, retomando esa llamada, la voz de una mujer desconocida preguntando por Dan, nombre y apellido incluidos, le sobresaltó. La esperanza de que fuese Gwen se derrumbó cuando quien le llamó le confirmó que era un agente de Policía, un agente llamado Mac. En ese momento, al escuchar ese nombre que no era de mujer, se extrañó por su confusión. Su obsesión por encontrar a Gwen hacía que buscase su voz de mujer en cualquier llamada, aun siendo la de un hombre. Aunque para ser sinceros, el tono suave de ese agente también tuvo su parte de culpa en la equivocación.

Se había puesto en contacto con Dan para que se presentase en la comisaría en relación a la acusación de violación y pedofilia por el que estuvo encerrado días atrás. «Qué forma más retorcida de cambiar de tema», pensó Dan. Cuando colgó el teléfono se sentía como recién duchado por un cubo de agua fría que no te esperas y que te hiere como agujas heladas. La sensación de que algo malo se cernía sobre él le atenazaba mientras volvía otra vez a la comisaría de policía. Un camino que hizo a pie, no se veía con suficiente cordura como para conducir.

Cuando llegó y preguntó por el agente de policía Mac, le dejaron en la sala de espera, como quien espera audiencia, pero sin saber con quién ni para qué. Empezó a sentir la comisaría como un lugar familiar, pero no en el sentido hogareño de la palabra, sino por el de la fuerza de la costumbre. Quién iba a decirle que a partir de ese momento sería un escenario que visitaría tan a menudo, mucho más de lo que él hubiese imaginado nunca.

Se acercó a Dan una agente de Policía. La reconoció. Era la que vio

con el collarín y con la que habló la última vez. La ausencia de ese armazón blanco alrededor del cuello delataba su mejoría. A Dan no le gustó volver a verla, demasiadas cosas iguales a la última vez. Esa familiaridad le resultó asfixiante.

Antes que la agente de Policía dijese nada, Dan le informó que había venido porque un agente llamado Mac le había llamado. Lo dijo como intentando frenar a la policía y así alejarla de él. Qué equivocado estaba.

—Soy yo quien le ha llamado. Soy la agente Mac.

La sorpresa de Dan al descubrir que ella era quien requería su presencia le aclaró el motivo de su confusión telefónica. Y no le gustó ese cambio. Empezaba a sentirse de nuevo atrapado en algo más grande que no entendía del todo, pero que lo percibía tan amenazante como una jaula que se constreñía sobre él.

Cuando la acompañó a una pequeña sala anexa, la misma sala por la que pasó antes de dirigirse al calabozo, sintió sus piernas agarrotadas, preparándose para salir corriendo. Sentándose en la misma silla estrecha e incómoda, esa agente con extraño nombre le explicó el motivo de su llamada.

—El motivo de haberle llamado es algo peculiar —empezó a explicarse la agente de Policía llamándole de usted, como separando la tensión del momento, poniendo cortesía de por medio—. Como sabrá, por un error mío del que me siento muy arrepentida y por el que vuelvo a pedirle disculpas, fue confundido con un presunto delincuente sexual que actúa por esta zona. El parecido físico que guarda con él es increíble y, debido a este hecho, desde nuestro departamento de policía forense hemos tenido una idea para poder acotar la localización del presunto delincuente. Con su ayuda, quizá podríamos avanzar en la investigación y localizar a dicho individuo. Su papel, si, por supuesto, aceptase ofrecernos su ayuda, sería la de acompañarnos por diferentes barrios de la zona donde sospechamos que reside el presunto delincuente y, observando la reacción de los transeúntes con los que nos crucemos, poder obtener pistas sobre alguien que le reconozca. O incluso poder detectar la reacción de algún niño o adulto que haya podido sufrir algún tipo de acoso incipiente por el agresor y así acotar la zona de investigación.

La pausa que hizo la agente de Policía dejó el tiempo suficiente para que Dan asimilase la información, empezando a comprender que no entendía nada.

—Puede parecer una petición extraña —prosiguió la agente—. Y es verdad, no es habitual pedir la colaboración de civiles para estas tareas. Incluso podría parecer que está fuera de lugar y de toda jurisprudencia solicitarle esta ayuda. Es por eso que es una petición que nosotros le hacemos y que, por supuesto, puede aceptar o

rechazar. No implicaría para usted nada si desestimase esta petición. Y, si, por el contrario, aceptase, solo sería cuestión de hacerle perder una o dos horas por las tardes, donde iría usted con un agente de Policía vestido de paisano caminando por diferentes barrios, sobre todo cerca de colegios y guarderías, ya que el agresor se centraba en víctimas menores de edad..., muy menores.

Eso era todo. Así acababa la explicación de la agente. Dan, una vez que la escuchó, intuyó que fue una declaración llena de mentiras o, en el mejor de los casos, verdades a medias. Y no fue porque Dan tuviese ese sexto sentido para descubrir falsedades. No. Fue porque, si a esa misma declaración que habéis leído le añadís un ligero tartamudeo nervioso de su oradora, una mirada huidiza, un artificial trato de usted y, en ciertos momentos, un rubor en sus mejillas, cualquiera sería plenamente consciente de que, en mayor o menor medida, había algo turbio en el discurso.

A Dan le dio la sensación de que esa agente era un mero títere a quien habían encomendado la ilegítima misión de intentar engatusarle con esa absurda propuesta. Observando cómo se comportaba, nerviosa e insegura, sintió algo de pena por ella. De todo lo que le contó, no sabía qué pensar. No tenía claro cuál sería el objetivo final. ¿Tenerlo controlado? ¿Acercarse a él para obtener información sobre Gwen? No lo sabía. Pero lo que sí tenía claro era que tenía que alejarse de allí. Así fue como declinó la oferta, de la manera más neutral que su ansiedad creciente le permitió.

Ella intentó convencerlo sin éxito diciendo que podría agilizar la detención de un peligroso criminal, por lo que le instaba a aceptar la propuesta o, al menos, a pensarlo durante unos días. Le dijo esto último ofreciéndole una hoja de papel con su nombre y un número de teléfono, su número personal de teléfono, avisándole que le llamase solo a ella si decidía ofrecerles su ayuda. Remarcando que no hablase con ningún otro agente de esa propuesta. Otra sospecha más al saco de turbias conjeturas.

Cuando Dan salió por la puerta, la agente de Policía le dijo una frase con hedor a coacción.

—Le agradeceríamos que aceptase la propuesta de ayudarnos a localizar al presunto delincuente, de esa manera, con su ayuda, le descartaríamos como presunto culpable y nos centraríamos en otros sospechosos.

Dan no respondió, ladeó ligeramente la cabeza, dando a entender que la amenaza había sido recibida, y cerró la puerta. No salió corriendo, porque su sentido común se lo impedía, pero su mente ya estaba a kilómetros de distancia, alejándose de ese sitio que lo sentía como una lacerante amenaza. Aunque, en un rincón de su consciencia, pensó que quizá, solo quizá, fuese cierto lo de ese violador y, con su

cobarde comportamiento, no estuviese haciendo más que empeorar las cosas. No le hizo caso a esa opción. Ya estaba de camino a la residencia cuando se despertó y su corazón dejó de golpearle el pecho.

Capítulo 6

Descartado como presunto sospechoso

Dan iba todos los días a la residencia a ver a su abuela y a recordar a Gwen, y ese día, al salir de la comisaría de Policía, no fue diferente. Después volvía siempre a casa y, con renovada motivación por localizar a Gwen, retomaba el proyecto de esa aplicación informática para dar con ella en la basta telaraña de Internet, una absurda misión a la desesperada, disfrazada de proyecto de fin de carrera. Y, cuando esa motivación se tornaba en la más angustiosa de las depresiones, cerraba el portátil, salía de su habitación y se dirigía a trabajar al restaurante de sus padres. Así pasaba el devenir de sus días.

Ese día, trabajando en el bar, se encontró con ese amigo de la infancia que sabes que estará contigo el resto de tu vida.

—¡Qué hay, Albertho! —le saludó Dan.

—Pasa, Dan —le contestó su amigo.

Siempre el mismo saludo, con las mismas palabras, incluso con la misma entonación, ya estuviesen despiertos, cansados, tristes o exultantes de felicidad. Era como su eslogan de presentación.

Albertho era lo que se define como un buen amigo, el mejor amigo. Después de la autodestructiva época que tuvo Dan con la ludopatía, donde dejó de lado todo y a todos, cuando volvió de las tinieblas ayudado por Alba, Albertho fue el único amigo con el que retomó el contacto. Como bien pensaba Dan, un amigo de verdad es aquel que

todavía quiere estar contigo cuando nadie más quiere verte. Y ese fue Albertho, aquel amigo que, como hacen los buenos amigos, vuelven como si el tiempo no hubiese pasado. Como si los cuatro años hubiesen sido un fin de semana de lluvias y tormentas, pero al llegar el lunes se saludasen como si hiciese tan solo tres días que habían hablado la última vez. Ese era Albertho.

Sí. Albertho con 'h', no es un error tipográfico. En realidad, se llama Alberto, por supuesto, pero en su adolescencia le dio la vena artística y quiso ser cantautor. Un capricho que, visto que no podría sacarlo de pobre, dejó a los pocos años. De esa lírica época, solo mantuvo una vieja guitarra en casa de sus padres y esa absurda h que colocó en mitad de su nombre, como si de esa forma le diese exclusividad, innovación. Cuando se autobautizó con ese nombre, a todos sus amigos los obligó a que pronunciasen la h. Como si esa letra muda tuviese sonido. Esa manía de pronunciar su nombre como algo parecido a Albertcho, desapareció al sentir en su cara como todos sus amigos le escupían su nombre, soltando una incesante lluvia de saliva al intentar dar forma al absurdo *thce* de su más absurdo nombre. Así fue como al final su nombre se quedó como Albertho, pero sin pronunciar la h. Pero, para no soliviantar al mencionado personaje, seguiré escribiéndolo como seguro que querría verlo escrito, como Albertho. Y para acabar, no cambiemos la h de sitio, esa perversa manía ya la explotaron sus malvados amigos que, cada vez que escribían su nombre ponían la h en cualquier sitio menos donde tocaba, con la picardía absurda de ganarse unas risas a costa de su amigo Alhberto, o Ahlberto, o Halberto, o Albertoh, o cualquier otra combinación que imaginéis.

Volviendo a esa barra del bar, con Dan limpiando cucharillas y Albertho acompañándole con una cerveza, le explicó lo que había sucedido en la comisaría de Policía. Cuando concluyó su versión de los hechos diciendo que salió huyendo de allí, le extrañó la desproporcionada reacción de Albertho, tachándole de completo imbécil y cobarde. Cuando Dan le exigió que se explicase, su amigo le expuso los hechos tal y como él los veía. En ese momento Dan también lo vio claro y supuso en ese momento que quizá se había precipitado y había errado en su decisión.

—No entiendo qué estás haciendo —le comenzó a decir Albertho—. Llevas quejándote estas últimas semanas por no saber dónde está esa misteriosa chica que, aunque para mí no sea más que una quimera de tu imaginación, parece que es cierta. Luego me comentas una y otra vez que la policía forma parte de su desaparición. Y ahora llega esta oportunidad, donde puedes estar en contacto con ellos todos los días, y vas tú y sales corriendo. ¿No querías averiguar dónde está? Pues si ellos lo saben, deberías pegarte a ellos como una lapa. Y, si nos

equivocamos y resulta que no tienen nada que ver, al menos habrás ayudado a la policía a atrapar a un violador. Yo lo veo así, si ayudas a la policía, podrías averiguar el escondite de tu misteriosa chica, incluso, atrapar a un hijo de puta. Si no haces nada, te quedarás compadeciéndote en una búsqueda absurda y, en el peor de los casos, te enterarás de alguna víctima más que ese cabrón haya dejado por el camino, martirizándote por saber que podrías haber hecho algo por evitarlo. No sé tú, pero o haces algo y tomas el control, o haces como siempre, quedarte al margen esperando a que todo se arregle.

Albertho siempre tomaba las decisiones en una balanza imaginaria de pros y contras, comparando las dos opciones opuestas de todas las decisiones que se tienen que tomar y, según el resultado, actuar en consecuencia. Quizá, de todas las virtudes de Albertho, ese nivel de pragmatismo era el que más envidiaba Dan, ya que él solo se quedaba en el subjuntivo.

Viendo los hechos expuestos de esa manera, clara y cristalina como una baraja de cartas, pero ahora con todas vueltas hacia arriba, comprendió que su amigo tenía razón. Así fue como, de esa inocente manera, al abrigo de la barra de un bar y con el coherente, pero quizá temerario, consejo de un buen amigo, Dan se propuso ser una persona bien diferente. Alguien que haría todo lo posible por encontrar a Gwen. Alguien que, si tenía que mentir, fingir o manipular a los demás, lo haría sin miramientos. Si hasta ahora estaba estático en su miseria, pasaría a ser lo contrario, aunque no tuviese muy claro qué sería ni cómo hacerlo. Claro que si hubiese sabido en qué desembocaría esa nueva conducta, no habría cambiado de estrategia. Hubiese preferido continuar como el sospechoso violador que era, y no ser el sentenciado asesino en que se convirtió.

Capítulo 7

El sentenciado asesino

Llegó a la esquina acordada. Apartada de la multitud de la calle. A tan solo dos manzanas de su casa. En ese cotidiano escenario quedó con los policías que iban a acompañarlo a esa *ruta de la vergüenza*, como Dan lo bautizó, haciendo el papel de violador suplente.

No llevaba ni un minuto apoyado en la pared y ya detectó a alguien que le observaba, que le espiaba. Esa sensación de ser vigilado la llevaba sintiendo desde hacía semanas, aunque procuraba no darle mucho crédito, atribuyéndolo a una cordura en entredicho. Así fue como creyó descubrir a dos personas que siempre le observaban en el restaurante de sus padres, uno siempre el sábado y otro el domingo, como dos obreros que cubren el turno de veinticuatro horas de aquella fábrica que no puede parar. También le daba la sensación de ver a la misma gruesa mujer observándole por las mañanas, de camino al gimnasio, y que solo cambiaba el sitio donde descansar su enorme trasero como si fuese suficiente como para no darse cuenta de que le observaba. Pero, como decía, aunque Dan era consciente de ser observado, en el fondo, quizá para no volverse más loco de lo que estaba, seguía pensando que era fruto de su estresada imaginación.

Esa misma sensación tuvo con esa mujer que lo miraba apoyada, como él, en la calle de enfrente. Pero esta supuesta espía era distinta. Lo miraba fijamente y, cuando él cruzaba la vista con la suya, no

fingía mirar a otra parte, como sí hacían los otros vigilantes con los que se encontraba a todas horas. Era como si la carretera y los coches que pasaban a toda velocidad fuesen suficiente barrera como para que Dan no la viese. No le gustó ser observado de esa manera tan descarada. Le quitaba la posibilidad de pensar que fuese fruto de su imaginación.

Cuando la mujer inició un lento caminar hacia Dan, sin dejar de mirarlo, las comisuras de su cordura se deshilacharon y una sensación de alerta bombeó en su pecho cuando se situó frente a él y dijo su nombre.

—Dan.

Por muy absurdo que fuese, Dan pensó que era Gwen. Más que pensarlo, lo deseó con todas sus fuerzas. Pero el deseo no fue suficiente para traspasar la severa capa de la realidad. Se imaginó que había cambiado de cuerpo como una serpiente que muda la piel. Pero esa idea duró el latido de un deseo.

—Hola, Dan. ¿Estás preparado?… ¿Estás bien? —fue lo único que dijo esa misteriosa mujer.

La respuesta que él tenía era que no. Ni estaba preparado para no sabía qué ni, por supuesto, estaba bien en absoluto. Estaba todo lo contrario. Pero no dijo nada, continuó mirando a esa extraña mujer sin ver nada.

Cuando la bruma de la ansiedad se difuminó, se dio cuenta de que esa mujer que tenía frente a él no era otra que la policía con extraño nombre. Mac. «Qué diferente está una mujer policía sin su uniforme, como si pudiesen cambiarle hasta las mismísimas facciones de su rostro», pensó Dan.

En ese momento, justo en ese instante, podría decir que Dan empezó a conocer a Mac, o, mejor dicho, fue consciente de su existencia. Quien tenía enfrente era más una chica que la mujer que creyó ver. Era un generoso palmo más baja que Dan y no sería mayor que él. Se veía extremadamente sensual, una imagen reforzada por una estrecha falda de tubo a rayas que marcaba unas sugerentes caderas, estrecha cintura e insinuantes pechos, que se intuían escondidos tras una tosca chaqueta de cuero. Su cara estaba dominada por unos ojos oscuros, igual que su pelo, de un perfecto negro, dibujando una media melena que abrazaba un rostro de mentón firme. Unos labios gruesos repasados en exceso por rojo carmín reforzaban aún más su erotismo.

A Dan le hubiese resultado cautivadoramente bella si no fuese por lo que vio en sus ojos. A veces, Dan sentía como una maldición el poder leer los sentimientos tan solo mirando los ojos de alguien. No le permitían quedarse con la belleza de las bambalinas, tenía la mala costumbre de mirar siempre tras de ellas y romper la magia del

espectáculo al darse cuenta de todo lo gris que se esconde. En Mac, tras esas bambalinas de excitante figura, se veía el miedo y la inseguridad de alguien que no está donde quiere estar. Que no hace lo que quiere hacer. Que no piensa lo que dicen sus labios. Demasiadas contradicciones como para dar validez a nada que viniese de esa chica. Mac se llamaba. Aunque incluso pensó que ni ese sería su nombre. Así de falsa la sentía.

Incluso el exceso en libido de su vestimenta y maquillaje no hacía más que confirmar la montaña de mentiras que parecía ocultar. Se vio a sí mismo como a un absurdo James Bond, aunque despojado de clase, elegancia y temple, donde una sensual *femme fatale* aparecía en escena para engatusarle con el sexo prometido y anularle sus habilidades de espía al servicio secreto de su majestad. Aunque, si él no cumplía con el papel del Bond de turno, esa chica, Mac, sí que cumplía con el de sensual espía, aunque una versión novicia, como en prácticas, ya que el exceso de inseguridad que se desbordaba por su intermitente mirada no auguraba que fuese muy versada en ese papel.

Una vez que Dan reconoció quién era esa misteriosa chica, recogió con torpeza esa ansiedad que le desbordaba, como quien intenta plegar un paracaídas desplegado en el suelo, y esculpió en su rostro la sonrisa más amable que pudo emular, empezando así ese absurdo juego de agentes dobles, sintiéndose ese espía que espiaba a otro espía. Sabía que Mac era el enemigo. Empezó así su cruzada en busca de Gwen.

Y, una vez hechas las presentaciones, iniciaron la partida. Todo pronóstico fue pésimo desde el inicio, ya que, tras acompañar a Mac a su coche, lo primero que escuchó Dan fue aquella canción que Gwen disfrutaba una y otra vez cuando compartían las tardes en su habitación. «Esta es la mejor balada jamás cantada», decía Gwen nada más escuchar las primeras notas de *Torn*, aquella canción de la cantante australiana que tanto significaba para ella. «Demasiadas coincidencias en el minuto uno del partido», pensó Dan. Y en ese momento supo que todo aquello iba a ser un error sin saber todavía qué error iba a cometerse.

Capítulo 8

Todo aquello iba a ser un error

Hasta el cuarto día de la ruta de la vergüenza la tensión no se relajó lo suficiente como para que se comportasen como dos conocidos paseando por la ciudad. Los tres primeros días solo compartieron una tensión latente que los envolvía, llena de amables sonrisas huecas y educados monosílabos. Mac era quien lanzaba cortas y asépticas preguntas como para intentar entablar algo parecido a una conversación. Todas ellas no hacían más que sacar diferentes versiones del mismo silencio de Dan. Como si ella estuviese lanzando dardos a una diana, pero con los ojos cerrados, sin saber que no había ni diana ni pared que los recibiese, quedando todos los dardos tirados en el suelo, en terreno baldío.

Al llegar el cuarto día, el juego de espías se relajó y la fuerza por verse a diario dotó de familiaridad a lo extraño. Mac dejó atrás el exceso de su disfraz de los primeros días y pasó a un traje de espía de andar por casa, sin un maquillaje que no necesitaba y unos pantalones y una camisa que seguían mostrando la misma sinuosa figura, pero de forma más decorosa.

Dan también relajó su dureza, aplazando su evasivo comportamiento, como aquel padre que, aunque siga teniendo a su hijo castigado, se comporta de forma más amable con él, en ese punto intermedio entre el castigo y la absolución. Quizá cambió su forma de

comportarse con ella porque Mac optó por dejar de preguntarle y empezó a hablar de sí misma. Así fue como ella le dijo que hacía poco que era policía, que había estudiado informática, habló de su loca compañera con la que compartía piso y nada tenía en común, le explicó que su hermana se llamaba Estrella, se recreó en explicarle su afición por pintar acuarelas, lo mal que se le daba la cocina, pero que le encantaba la comida japonesa, que se relajaba leyendo, aunque tardaba siglos en acabarse un libro…, y mil absurdos pequeños detalles más.

A cada nuevo interés o curiosidad que ella le decía, Dan veía una excesiva coincidencia con sus mismos gustos e intereses. Esas casualidades no hacían más que confirmarle la teoría de ese juego de espías, sintiendo que todo era una burda mentira. Demasiadas coincidencias. Demasiadas mentiras. En más de una ocasión, Dan tuvo la tentación de empezar a preguntarle a esa espía de cartón sobre todo lo que decía, buscando la contradicción que arruinase su discurso y delatase su engaño, cambiando los papeles y él pasando a ser el policía que interrogaba a la sospechosa. Pero se quedó en una mera intención. Ya se había acostumbrado a esa coraza de silencio. Se sentía más cómodo así, sin tomar partido en nada. «Extraña forma de pasar a la acción», pensó.

Y, si no fuese por una de esas extrañas coincidencias que suceden en el día a día, esas sesiones paseando por la ciudad no habrían variado en nada. Ese suceso que lo cambió todo sucedió en la residencia cuando Dan visitó a su abuela Erlinda con un nuevo cuadro recién pintado bajo el brazo. Era una excelente representación de la fotografía de una bonita casa de paredes blancas. Las amplias ventanas de la planta superior contrastaban con la claridad de sus paredes. En uno de esos ventanales se veía el tenue reflejo de una chica peinándose. Las flores y enredaderas subían tímidamente desde el suelo hasta casi tocar el pequeño tejado que la coronaba. El resto del cuadro, repleto de verde y arbustos, definía esa perfecta casa de campo. Ese trofeo que, sin que Dan lo supiese, era lo único que le quedaba de Gwen.

Cuando le entregó el cuadro, su abuela no lo aceptó. Le dijo que la persona que se lo pidió ya no estaba en la residencia, dejándole entender que el motivo de esa marcha era el más común en ese lugar y la muerte se la llevó. Lo que sí le pidió Erlinda es que guardase el cuadro junto con la fotografía. Que no se deshiciese de ninguna de las dos. Y, como siempre sucedía, las peticiones de Erlinda, que no eran muchas, eran tratadas como ley por Dan. Así fue como ese cuadro y esa fotografía ocuparon la oscura esquina del armario de la habitación de Dan, pasando a ser ese tesoro que se deja en el desván olvidado, sin saber todo lo que oculta en su interior, como ese mapa de los Goonies

que quizá, solo quizá, algún día le lleve a un tesoro ahora perdido.

Todo esto venía a colación por una de esas extrañas coincidencias que merecen ser contadas, igual que el asunto del cuadro. No os preocupéis, no he perdido el hilo. Cuando Dan salió de la habitación 33, camino de su viejo y verde coche, cada vez más viejo y menos verde, escuchó una de esas conversaciones que entran en tus oídos sin intención de ser escuchadas. Era de un diligente hijo que le decía a su padre, ahora anciano y que vivía en la residencia, que no perdiese de nuevo el teléfono móvil. Que ese pequeño y extraño aparato, a ojos del anciano, permitía saber a su hijo dónde estaba en cada momento y si, por algún motivo, se volvía a desorientar por las calles de la ciudad, si tenía el móvil en el bolsillo, podría encontrarlo sin problemas. En esa explicación no se dijo nada de GPS, ni de geolocalización, ni aplicación de rastreo, ni nada por el estilo. Esos términos fueron los que se iluminaron en la cabeza de Dan, mostrándole el siguiente paso a seguir. Era hora de dejar la pasividad y pasar a la acción. Otra vez, pero ahora en serio.

Capítulo 9

Era hora de dejar la pasividad y pasar a la acción

Vivía en una tercera planta sin ascensor. Y era cierto, compartía piso con una extraña inquilina que nada tenía en común con Mac. Su nombre era Jessica y estaba llena de tatuajes y *piercings,* coronada por un color de pelo azul y verde.

Mientras daban esas absurdas vueltas por la ciudad, pasaron cerca de la casa de Mac y cuando ella le señaló el portal donde vivía, más como anécdota que como sugerencia, Dan pensó que esa era la señal para pasar a la acción. Si podían estar solos en su casa, podría llevar a cabo su plan.

Subieron y después de hablar el corto espacio de tiempo que da una breve conversación en la entrada de la puerta, Jessica los dejó solos, como aquella amiga que se marcha al ver que su mojigata compañera por fin ha conseguido ligue para esa noche. Una vez solos, se sentaron en un estrecho sillón que ocupaba más de la mitad del comedor, así de pequeño era el piso.

Dan consiguió convencer a Mac para subir a su casa alegando un inexistente cansancio y un oportuno dolor de espalda. Pero lo que más le sorprendió fue que, con esa estúpida excusa, consiguiese su objetivo, aunque quizá ayudó una breve lluvia que tímidamente hizo aparición en escena. Tenía en el tintero hasta cinco excusas más, convencido de que esa primera no tendría éxito. Pero se equivocó, y lo

que más le sorprendió fue ver la cara de fingida alegría que puso Mac al verse anfitriona de tan inesperado invitado.

El objetivo a cumplir cuando subiese a su casa no era otro que conseguir hacerse con el móvil de Mac para instalarle una aplicación residente, oculta, que le revelase su ubicación en todo momento. Así, de esa sencilla manera, poder saber dónde estaba y, si por una de esas casualidades se desplazaba hacia algún extraño destino, poder investigarlo y, si era cierta su suposición, llegar a encontrar a Gwen. Era un plan sencillo. Elegante. Le fascinó su simplicidad. Y, sacando el Ockham que llevaba dentro, si era así de simple, entonces tendría que funcionar. Ahora solo necesitaba estar a solas con el móvil de Mac, ya que la contraseña de desbloqueo ya la tenía memorizada. Se pasó las últimas tardes mirando cómo Mac trasteaba con su móvil, como el hijo pequeño que espía a sus padres, descubriendo esa combinación de números para abrir el preciado tesoro que promete un móvil ajeno.

Estando ya solos los dos, uno al lado del otro, demasiado cerca como para que Dan no se sintiese cohibido, buscó el móvil para cumplir su misión y empezó a cavilar un plan para llevarlo a cabo. Enseguida se dio cuenta de que Mac lo guardaba en el bolsillo trasero del estrecho pantalón tejano, tan estrecho que se revelaban hasta los botones laterales del móvil. El nerviosismo que bombeaba sus sienes le llevó a verse a sí mismo como el agresor sexual que la policía creyó que era cuando lo arrestaron, ya que se le pasó por su cabeza que tenía que conseguir ese móvil y abusar de él para instalarle la aplicación en contra de su voluntad. Violarlo en cierto sentido. Tal era su ansiedad que hasta temió por su cordura al pensar semejante locura.

Pasaron unos primeros minutos en que Mac le preguntó si se sentía mejor de su espalda. Dan no entendió la pregunta, abstraído por sus absurdos pensamientos, hasta que recordó que esa fue la mentira que utilizó como excusa para poder subir a su casa. Mientras le decía que estaba mucho mejor, Dan vio unos cuadros apoyados en el mueble que estaba justo enfrente de sus ojos, detrás de Mac. Eran unos cuadros de acuarelas, con un mínimo marco que remarcaba los paisajes dibujados. Recordó cuando ella le dijo que le gustaba pintar acuarela. Y justo un instante después también recordó que él no la creyó. En ese momento pensó que quizá, solo quizá, estuviese equivocado en todo lo que creía acerca de Mac y todas las mentiras que intuyó ver en ella no eran más que delirios suyos.

Pero no se dejó llevar, no quiso claudicar y, en contra de su voluntad, se forzó a continuar con un plan que llevaba demasiado tiempo preparando como para echar por la borda al ver unos cuadros de acuarela apoyados en la pared. Unos cuadros que lo más probable era que fuesen de la extravagante compañera de piso de Mac, o al

menos así lo pensó. Respiró hondo y decidió continuar con el plan, con esa energía renovada de agente doble, como ese Ethan Hunk dispuesto a cumplir la misión imposible que tenía entre manos, aunque necesitaría muchas manos para no dejar caer los litros de sudor que sentía deslizarse por sus sienes, cuello y espalda. Tenía que hacerse con el móvil que estaba incrustado en su ropa, así que tendría que deshacerse de ese pantalón, como en una absurda ecuación donde, al despejar la incógnita, se solventaba el problema, aunque en este caso la x tuviese forma de blusa y pantalón. Y con esa extraña idea pensó en seducir a Mac para llevar a cabo su plan, como un medio para conseguir un fin. Y ese medio sería despojándola de su ropa y, con ella, de su móvil, dibujando en su mente el más placentero escarceo sexual que jamás podría haberse imaginado.

Esas ideas las sintió extrañas porque nunca hubiese pensado que algo así se le pasase por la cabeza. Como si esa idea se la hubiese inoculado algo o alguien externo a él. Y quizá fue así como sucedió, y Mac, con esa penetrante mirada que tenía y que cada vez más le gustaba mirar, le hubiese inyectado un poderoso afrodisiaco escondido entre sus pestañas. Quiso dar más validez a esas obscenas ideas excusándose en ese extraño juego de dobles espías que él y Mac estaban llevando a cabo. Como si las reglas de ese juego llevasen implícita la seducción y el sexo. En ese momento, justo en ese momento, supo qué tendría que hacer y, sintiéndose como una versión masculina y pueblerina de Mata Hari, empezó a acercarse tosco y tímidamente a Mac para llegar a tocarla, tarea no muy difícil dada la estrechez del sofá.

La turbada mirada de Mac pareció entender esa intención y, ante una extraña sonrisa que Dan creyó ver dibujada en sus sensuales labios, ella se levantó de repente, invitándole a un vaso de agua con naranja, ya que era lo único que ella bebía en casa. Le explicó que ese refresco lo hacía ella con gajos de naranja, mucho hielo y agua del grifo, porque nunca compraba agua embotellada por un tema de principios, aclaró. «Extraña forma de cambiar de tema», pensó Dan. Y, con un rápido movimiento al levantarse, Mac se sacó el móvil del pantalón y lo dejó encima en la mesa. El plan había cambiado y solo era el minuto uno del partido.

Al ver como Mac se alejaba hacia la cocina, la excitación que empezaba a brotar de su cuerpo se fue calmando, sintiendo que la distancia que los separaba se iba apaciguando igual que el grosor de su entrepierna. Su garganta seca por el obsceno deseo volvió a humedecerse y, sin pensarlo dos veces, cogió el teléfono que Mac había dejado hacía solo unos segundos, preguntándole dónde estaba el servicio. Ella, tras la pared de la cocina, le indicó qué puerta era, y él se dirigió al cuarto de baño con el móvil robado entre sus manos y su

deseo frustrado entre sus piernas.

No duró el hurto ni tres minutos, cuando unos fuertes golpes en la puerta del cuarto de baño casi infartan a Dan mientras manipulaba el móvil de Mac. La intensidad de los golpes no dejaba lugar a dudas. Ella lo había descubierto. Qué estúpido se sintió Dan pensando que ella no iba a darse cuenta de que su móvil no estaba. Pero ya era tarde. La estupidez, la mayoría de las veces, se pagaba muy cara y sin posibilidad de enmendar el error cometido.

Mac volvió a golpear la puerta diciéndole que, si él no abría la puerta, lo haría ella, sabiendo como sabía, que en su casa no existían pestillos que la pudiesen frenar. Dan abrió la puerta, por supuesto. Pero, al abrirla, mantuvo escondido el móvil de Mac en su bolsillo trasero del pantalón, como si escondiendo a la víctima desapareciese el delito.

Ella lo miró tras el marco de la puerta. La dureza de su mirada la transformó en la policía que en realidad era, aunque no hizo falta ni uniforme ni gorra ni pistola para imponer su autoridad. Solo una frase, gritándola a media voz y espaciando las palabras para reforzar su dureza, fue necesaria para que quedase claro quién dominaba la situación:

—¡¿Qué coño haces con mi móvil?!

Así fue como el plan acabó y Dan, con la cabeza alzada y desafiante, le devolvió el móvil a su legítima dueña. Los papeles de cada uno habían sido revelados. Los engaños se habían disuelto. Pero no quería rendirse todavía, había llegado a ese punto y el chico que rehúye de los enfrentamientos, ese día, no iba a aparecer en escena. Quizá fue esa explosión de Mac al exigirle el móvil o quizá porque, estando ella en la salida del baño, no le quedaba más opción que enfrentarse a ella, Dan formuló la pregunta que tiraría por tierra ese absurdo juego de engaños al que llevaban jugando los últimos días. Una pregunta que tuvo la respuesta menos esperada, aquella que lo reveló todo, aunque sin aclarar nada.

—¿Dónde la tenéis escondida? ¿Dónde os la habéis llevado? ¿Dónde está Gwen? —Una pregunta en tres modalidades distintas, como para que Mac pudiese escoger la que quisiese y la contestase sin opción a negativa.

La respuesta no fue la que Dan esperaba. La respuesta fue que Mac no sabía nada de una tal Gwen. La semilla de la duda empezó a germinar en su fuero más interno, temiendo haberse equivocado. Con la ansiedad de haber errado en su hipótesis. Con el sudor frío de haber hecho el peor de los ridículos. Pero no, no quería rendirse. Y, como aquel equipo que va perdiendo y en el tiempo de descuento hace un ataque a la desesperada hasta donde el portero se lanza al ataque, Dan cargó con todo lo que encontró en su cada vez más mermada

confianza, exigiéndole a una confundida Mac que le revelase dónde estaba Gwen.

—Estoy cansado —comenzó diciendo Dan—, cansado de que me estéis engañando y manipulando. Cansado de girarme en cada esquina y ver como hay alguien espiándome, controlándome. Cansado de sentirme observado en la calle, en la universidad, en el trabajo, como si fuese ese violador que os habéis inventado que soy. Y sobre todo estoy cansado de que me mintáis a la cara con este absurdo juego de ir dando vueltas por las calles como un estúpido para que…, no sé…, para controlarme o manipularme o yo qué sé con qué absurda intención. Lo siento, pero no pretendas que me crea esta burda mentira de que me parezco a un agresor de menores y que os estoy ayudando a cazarlo, enseñándome como un trofeo por las calles de la ciudad. Lo siento, no soy tan imbécil. Sé que escondéis a Gwen y vas a decirme dónde está.

En ese momento, para sentir la confirmación de que lo que decía era cierto, que no era fruto de su febril imaginación, le exigió a Mac que se lo confesase. Que le dijese la verdad sobre el objetivo de ir caminando por las calles esas últimas tardes.

El silencio de Mac reorganizando sus ideas, montando quizá una nueva mentira que contarle, Dan lo interpretó como que quizá había acertado y había hallado la manera de desvelar el misterio y, de alguna manera, llegar hasta Gwen.

—Tienes razón, Dan —inició Mac su alegato—. Yo fui la primera sorprendida cuando aceptaste la absurda idea de ir paseando por la ciudad a la búsqueda de un violador. Dudaba que te lo hubieses creído y, por lo que veo, estaba en lo cierto, eres tan listo como pensaba. Es por eso que creo que tienes derecho a saber la verdad. Toda la verdad. Creo que es lo más correcto y lo más sensato. Aunque te aseguro que la verdad no va a gustarte nada, pero no puedo seguir mintiéndote. No soy así. Ni me siento cómoda mintiéndote a la cara ni te mereces que te siga ocultando la verdad. Pero, antes de confesarte lo que sucede, antes de decirte nada, creo que me debes una explicación y me confieses, de verdad, qué hacías con mi móvil. Si quieres que nos despojemos de la sarta de mentiras en donde estamos metidos, necesito que me lo digas.

Así fue como Dan le reveló que lo único que quería era localizar a Gwen, aquella chica que sabía que la policía tenía escondida, buscando algún teléfono de contacto, alguna dirección, alguna fotografía…, algo que le ayudase a saber dónde se encontraba, dónde la habían escondido. Todo esto lo dijo con más firmeza en sus palabras de la que sentía en su cabeza.

—Muy bien —fue lo único que pudo articular Mac como quien comprende el mensaje, pero no lo entiende en absoluto—. Si solo

querías mi móvil para eso, a mí me vale. Pero ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Has localizado a esa chica que buscabas en mi móvil?

La mirada severa y huidiza de Dan fue la respuesta que obtuvo, mostrando la negativa más rotunda que pudo expresar.

—Claro que no has encontrado nada —se autocontestó Mac ante la ausencia de respuesta verbal de ese chico que cada vez se veía más frágil y menos seguro—. Siento decirte que no conozco a ninguna, ¿cómo se llamaba?…

Tras la larga pausa de Mac, Dan pronunció su nombre. Gwen. Pero lo hizo a media voz, como quien revela a su madre el nombre del culpable de haber roto el jarrón del comedor. En ese momento supo que Mac no tenía nada que ver con Gwen al ver que ni siquiera recordaba su nombre.

—No sé por qué pensabas que yo podría tener información sobre ella —continuó diciendo Mac—. Pero da igual, no necesito que me aclares nada. Supongo que no es de mi incumbencia. Tú me has contestado, ahora me toca a mí decirte la verdad. Pero será mejor que te sientes, como te dije antes, creo que la verdad no te va a gustar.

Capítulo 10

La verdad no te va a gustar

Mac se dirigió al comedor. Dan tardó más segundos de lo normal en ir tras ella, confundido y derrotado, como un reo que va a la celda de castigo. Al llegar se sentó en el sofá, justo enfrente de Mac, quien se sentó en una estrecha silla que cogió de la mesa del comedor.

—Tienes razón, todo ha sido mentira —comenzó Mac la revelación que cambiaría todo lo que Dan creía—. Pero, de la misma manera, todo tiene una explicación. Y, aunque te cueste creértelo, todo esto lo he hecho por tu bien. Pero, antes de nada, será mejor que te lo explique todo y luego ya me juzgarás por lo que he hecho. Porque, por mucho que me duela, todo lo que está sucediendo ha sido culpa mía. Por supuesto, antes de decirte nada, tengo que confiar en que no vas a hablar con nadie de nada de lo que te diga. Necesito tu palabra de que nada va a salir de esta habitación.

La sumisa afirmación de Dan asintiendo fue suficiente para que Mac continuase. Aunque fue un consentimiento a ciegas, como cuando de niños un amigo te hacía prometer que le guardases el mayor secreto del mundo y tú asentías motivado por la camaradería que os unía, pero sin conocer cuál era el secreto que te sería encomendado.

—Bien, me vale —asintió Mac como respuesta, como si hubiesen firmado una cláusula de confidencialidad con gestos en vez de papeles —. Lo primero que he de confesarte es que llevamos algo más de dos

años detrás de un peligroso delincuente sexual. Yo, en concreto, llevo como responsable de este caso un año y medio, y he de confesarte que me está afectando mucho más de lo que nunca hubiese imaginado. Pero eso es problema mío, no tuyo. Como te iba diciendo, llevamos todo este tiempo detrás de él sin tener ningún sospechoso al que investigar, hasta que apareciste tú. Es por eso que hoy en día eres el único sospechoso que tenemos. Supongo que te preguntarás por qué. Todo comenzó ese jueves de abril por la mañana, aquel día que te arrestamos como sospechoso. Seguro que lo recuerdas. Ese día acabábamos de recibir una denuncia por desaparición de un menor justo en esa zona donde te arrestamos. ¿No te preguntaste por qué había tantos coches de Policía en la zona y aparecieron tan rápido? Supongo que en algún momento lo pensaste. Pues ese era el motivo. Muchos efectivos estábamos peinando la zona buscando al sospechoso y de repente apareció un coche a toda velocidad haciendo maniobras extrañas que, por supuesto, paramos al instante. Fuiste tú quien conducía ese coche a tal velocidad. Fuiste tú quien bajó del coche con la cara desencajada y con un rostro de culpabilidad esculpida en la cara, al menos así lo pensé en ese momento. Así fue como creí por fin haber encontrado a aquel cabrón que llevaba tanto tiempo buscando. Al estar tan segura de esa suposición, exigí a mi superior que te arrestase al momento, en contra del protocolo y del procedimiento normal. Por eso te retuvimos dos días en el calabozo. Pero en el momento en que acabamos de tomarte declaración, vi que no eras tú, sentí que no eras a quien buscábamos. Pero el error ya estaba hecho y, por mi anhelo por dar con el culpable, pasaste a ser el único sospechoso que teníamos, y eso te convierte en el único presunto culpable.

La pausa que hizo Mac para reordenar sus ideas y seguir con su relato, fue aquella que necesitó Dan para asumir todo lo que acababa de escuchar y hacer hueco a más información que intuyó que no iba a gustarle.

—En este punto, como puedes ver —continuó Mac su explicación —, yo creo estar segura de que no eres culpable, que no eres el presunto violador que llevo tanto tiempo buscando. Aunque eso no es lo que piensan ni mi superior ni gran parte del equipo que lleva la investigación. Es por eso que he de hacerte una pregunta… ¿Has abusado alguna vez de algún menor?

La pregunta pilló desprevenido a Dan. Le pareció tan absurda que tuvo miedo a cómo contestarla. Como si la respuesta no fuese lo importante, sino la forma de decirla. Y, en el estado en el que se encontraba, turbado por sentirse como si fuese ese sospechoso de unos cargos que jamás creyó asociar a sí mismo, no supo cómo salir de ese atolladero en el que se encontraba.

Lo único que acertó a contestar a Mac fue decirle que no tenía sentido que le hiciese esa pregunta. Sea o no cierto, la respuesta sería la misma, que él nunca había abusado de ningún menor. Pero Mac insistió en la pregunta diciéndole que no le interesaba qué le decía, sino cómo se lo decía.

Así fue como Dan contestó con un apagado «no». Sin saber bien cómo decirlo. Como aquel examen tipo test en el que, cuando no sabes ninguna de las preguntas, decides marcar la x en cualquiera, por puro azar. Así fue como contestó y parece ser que lo hizo bien, porque Mac sonrió y le dijo una frase con aroma a bálsamo:

—Te creo —Pero no acabó todo ahí, Mac continuó con lo que era la peor parte de su exposición—. Te creo, Dan. Realmente, te creo. Gracias por contestar. Pero, como te decía, el resto del cuerpo de policía que lleva este caso no piensa igual. Seguro que te estás preguntando por qué eres sospechoso. El motivo es que existen indicios, aunque no sean muy firmes, pero hoy por hoy son suficientes como para sospechar de ti. Tenemos tu errático comportamiento cuando te detuvimos, conduciendo a toda velocidad por la zona donde buscábamos al niño desaparecido. Después hay que añadir unas coartadas que nos diste, pero que no hemos podido confirmar, ya que en dos días que se cometieron abusos a dos menores, al preguntarte dónde estabas, alegaste que estabas con una chica de la que no supiste darnos ni su apellido ni su dirección ni ninguna forma de poder localizarla.

En ese momento Mac dejó su relato. En ese preciso instante cayó en la cuenta de que quizá esa chica que Dan estaba buscando en su móvil podía ser esa misteriosa chica que comentó durante el interrogatorio. Así se lo preguntó a Dan y así se lo confirmó. El comentario que hizo Mac, más para ella misma que para Dan, fue que ahora entendía que la policía no la localizase, ya que había desaparecido y ni tan siquiera Dan sabía dónde estaba.

Mac prosiguió su relato, apartando el misterioso tema de la chica desaparecida y enumerando los motivos por los que Dan era el principal culpable:

—También he de revelarte que en dos centros comerciales donde desaparecieron otros dos menores aparece tu imagen en las cámaras de seguridad que llevamos revisando incansablemente desde hace meses. Es verdad que el hecho de haber estado en un centro comercial algún día en concreto no te convierte en presunto culpable de nada, pero, sumando diferentes sospechas, por muy débiles que sean, a veces son suficientes como para añadirte la etiqueta de presunto.

Dan, al asumir en cierto sentido esa nueva revelación, donde se sentía culpable, sin serlo, de unos cargos tan graves como los que Mac le acababa de confesar, sintió que había algo que no encajaba. No

entendía qué pretendían al tenerle dando vueltas por la ciudad, ayudándolos a encontrar a un violador que pensaban que era él mismo. Así se lo preguntó a Mac y de esa manera ella continuó su relato. Le había confesado la verdad, pero no toda. Aún quedaba suciedad en el fondo del caldero.

—El motivo de tenerte dando vueltas por la ciudad es para poder subsanar el error que cometí al creerte culpable el día que te arrestamos —Mac inició esa parte de su explicación cabizbaja, como si ahora ella fuese la culpable—. ¿Sabes? A un policía, lo peor que le puede suceder es declarar culpable a alguien inocente. Es uno de los miedos más comunes que sufrimos en nuestra profesión. Y estoy segura de que eso es lo que ha sucedido contigo. Unas absurdas coincidencias han hecho que estés en el punto de mira de la investigación. Y te digo esto porque, días antes de llamarte para proponerte la absurda idea de dar vueltas por la ciudad, se estaba activando una orden de captura sobre ti como sospechoso de los cargos de abusos a menores. Y, aunque al final resultase que eres inocente, esa orden te hubiese podido mantener en prisión preventiva más tiempo de lo deseable. Hablamos quizá de meses. Es por eso que, al ver el camino que está tomando la investigación, intercedí en la petición de busca y captura, pidiendo a mi superior más tiempo para la investigación y, en un absurdo plan a la desesperada, se me ocurrió pasar las tardes contigo para poder obtener alguna coartada concluyente que confirmase tu inocencia. E incluso, si el abusador llegaba a realizar alguna nueva agresión y tú estabas conmigo, hacer yo misma la función de coartada. Lo necesario para intentar subsanar mi error. Un error que, te garantizo, me está martirizando tanto como el no haber atrapado todavía al verdadero agresor.

Así acabó la explicación de Mac, donde se cambiaron las tornas y pasó a ser ella la que llevaba la mochila de la culpabilidad. Las últimas palabras que le dijo a Dan dejaron clara la gravedad del asunto:

—Tú me has pedido la verdad, siento que sea tan horrible.

Capítulo 11

Tú me has pedido la verdad, siento que sea tan horrible

«Dando vueltas por la ciudad pueden evaporarse todos los problemas». Eso pensaba Dan cuando todavía era un niño, aunque ya pasó el tiempo suficiente como para darse cuenta de que las calles de la ciudad no tienen ese poder sanador.

Dan se sentía como un absurdo comecocos dando vueltas por esa ciudad que sentía como un laberinto. Recogiendo los pedazos de su cordura esparcida por las calles. Al acecho de unos fantasmas que le perseguían y, aunque fuesen de naturaleza inmaterial, los sentía amenazadores. Uno de ellos era la desaparición de Gwen y otro un probable arresto como presunto violador. Ponedle el color del fantasmita que queráis a cada uno de ellos, os lo dejo a vuestra elección.

Después de la revelación de Mac, se sintió derrumbado y avergonzado a partes iguales. Viendo cómo había cambiado él mismo y su comportamiento esas últimas semanas, temió acabar perdiendo el control, extraviado a la deriva. Estando en ese estado, decidió que tenía que retomar el dominio de su vida, aunque se conformaba con una inútil sensación de control. Eso sería suficiente. Con ese objetivo en mente, se centró en el evento que tendría lugar al día siguiente, por la tarde. Iba a ayudar a preparar la fiesta de cumpleaños del sobrino de Mac. A veces, el plan más absurdo y menos probable resulta ser el

más acertado. Así se le antojó ese plan, al que se aferró con la ilusión de hacer algo cuando ya no tienes ilusión por nada.

¿Qué sucesos le llevaron a esa extraña petición que le hizo Mac? Pues un conjunto de absurdas casualidades. Jessica, la extraña compañera de piso de Mac, fue quien lanzó esa idea. Cuando ella volvió a casa, lo hizo en ese momento en que Mac ya había explicado toda la verdad a Dan. Los dos se quedaron quietos, esquivándose la mirada mutuamente, esperando que alguien dijese algo. Jessica, al verlos con esa cara de funeral, les preguntó qué pasaba. La respuesta de ellos se hizo de rogar, hasta que Mac, para intentar suavizar la tensión del ambiente, le confesó que había descubierto a Dan trasteando con su móvil, diciéndolo con la pícara mirada de confidencias entre amigos. «Un hecho imperdonable», remarcó ella, cumpliendo su papel de ultrajada víctima. Así, de esa absurda manera, quiso deshacerse de su cotilla compañera de piso y que los dejase tranquilos. Y de un mismo plumazo quiso vengarse por lo que Dan había hecho. Un pecado que estaba ya en fase de perdón. Suficientes ofensas había ya perpetrado Mac en contra de él como para no perdonarlo. Así quedó esa absurda partida que llevaban jugando varios días, quedando en tablas, donde los dos acabaron perdiendo.

Y, una vez confesado el pecado, Jessica, como aquel cura que jamás podría llegar a ser, no por ser del género opuesto, sino por la ausencia de moral y pudor, fue quien les interpuso la penitencia. Para que Mac le perdonase, casi le exigió a Dan que viniese al día siguiente por la tarde a ayudarlas a montar la fiesta de cumpleaños de Óscar, el sobrino de Mac. Cuando le confesó cuál era el montaje necesario, a Dan le gustó la idea. La fiesta consistía en montar dos pantallas y consolas en una sala que habían alquilado para la ocasión, y así hacer una especie de torneo de videojuegos para su sobrino y cinco amigos más. Cuando Jessica le reveló que la idea fue de Mac, ya que ella había estudiado informática y era un as con la tecnología, Dan sintió que se desmoronaban el resto de reticencias que había montado en contra de Mac, ya que, de todas las mentiras que creyó escuchar de su boca en los últimos días, la que menor credibilidad tenía era que ella hubiese estudiado informática. Con esa rotunda revelación se dio cuenta de lo equivocado que estaba con ella.

Y, por último, comentar que el motivo de Jessica al proponerle a Dan que las ayudase fue por el egoísta motivo de solicitar dos manos más y quizá poder restar dos manos, las suyas, y evadirse de ese favor que Mac le pidió días atrás.

Con esos pensamientos Dan llegó a su casa mucho más animado que cuando inició esa absurda partida de PC-Man al salir de casa de Mac. Quizá estuviese equivocado y dar vueltas por la ciudad sí que pudiera evaporar los problemas.

Capítulo 12

Dar vueltas por la ciudad evapora los problemas

Acabaron en un pequeño restaurante japonés, separados por una muralla de ladrillos de *nigiris* y *sashimis,* donde el cemento tenía color verde y era picante al sabor. Bajo la extraña mirada de Mac, Dan estuvo comiendo con calma las piezas de *sushi* con las manos, como siempre, como su abuela le enseñó hacía tanto tiempo, como hizo delante de Gwen esa Nochebuena tan especial. Esa mirada de Mac, como quien lanza la pregunta sin decir ni una palabra, fue el motivo para que le explicase la pequeña historia de Erlinda y Japón. Aquella que también le explicó a Gwen en la residencia, pero que ahora, al contarla de nuevo, con un estado de ánimo tan diferente, hasta la misma historia le pareció que fuese otra distinta.

La fiesta de cumpleaños fue un éxito. Dan tuvo algo que ver, mucho más de lo que jamás reconocería. Se presentó a ayudar al montaje y estuvo tan animado por el evento que, cuando Mac le dijo que se quedase al cumpleaños y así le ayudaba con los «pequeños terroristas», como ella los llamaba, él aceptó.

Fue presentado a su familia como un amigo del trabajo. Curiosa forma de definirlo. Aunque en realidad era más cierto de lo que en un momento pensó. Fue su trabajo el que los unió, aunque no por ser su compañero de profesión, sino por ser su contrario, por ser el delincuente al que en un inicio dieron caza. Aunque eso no se

comentó. No creyeron que fuese muy acertado comentarles que, a la fiesta de cumpleaños de sus sobrinos, había invitado a un presunto violador de menores, y menos después de haber visto como Dan se pasaba más de media hora dibujando todo aquello que Anna, la sobrina de seis años de Mac, le iba solicitando como si fuese un inverso Pictionary, donde las reglas no era decir qué dibujaba, sino dibujar qué decía.

Dan, en ese papel de ilustrador de la efervescente imaginación de la pequeña, vio en varias ocasiones como Mac se le quedaba mirando con una extraña expresión triste que cambiaba a una exagerada sonrisa cuando se daba cuenta de que él la miraba. No supo cómo interpretarlo, pero se quedó en ese punto de ignorancia. Tanto había cambiado su opinión sobre Mac que ahora mismo sentía que no la conocía en absoluto. Esos pensamientos cambiaron cuando Anna, la hiperactiva niña de aguda risa, le dijo que pintaba casi tan bien como su tita. «¿Cómo quién?», preguntó Dan. Entonces, al señalar en dirección a Mac de esa manera tan descarada e insistente que tienen los niños de indicar con su dedo, Dan pensó que otra vez se equivocó con Mac y supo con certeza que los cuadros de acuarela que había en su comedor, por supuesto, los había pintado ella.

La fiesta de cumpleaños acabó y Dan se dispuso a ayudar en la recogida del material, agradecido hasta la saciedad por la familia de Mac. Estaban tan encantados por la inesperada ayuda de ese desconocido que le invitaron sin reparos al cumpleaños de su hija, Anna, el primer día de marzo, aunque todavía faltaban casi un año para el evento. Dan, conmovido por la invitación y por su insistente costumbre de contentar a los demás, aceptó encantado.

Cuando todo estuvo recogido, la invitación de Mac a cenar ni pudo ni quiso rechazarla Dan. Pensó que sería un buen broche a una tarde redonda. Cuando Mac le propuso ir a un japonés a cenar, a Dan no le sorprendió. Es más, era la propuesta que esperaba. O que deseaba. No sabía cómo, pero parecía que Mac, esa extraña chica que empezaba a conocer, iba siempre un paso por delante. Y en cierto sentido le gustaba esa idea, se sentía cómodo, comprendido, como hacía mucho tiempo no se encontraba.

En la mesa, contándose las curiosidades y sucesos de la fiesta, fue el momento que Mac usó para agradecerle toda su ayuda. Y fue sincera, doblemente sincera, ya que fue la primera vez que Dan sintió como veraces sus palabras. En sus ojos ya no encontró ni rastro de la enemiga que quiso ver en ella.

Y al ocaso de la cena, antes de empezar con los postres, Mac le propuso aquello que redefinió la relación que a partir de ese momento marcó todo lo que compartieron juntos. Fue en ese instante cuando Mac le dijo que le ayudaría a encontrarla.

Capítulo 13

Le ayudaría a encontrarla

Mac le preguntó por esa chica que había desparecido y le ofreció su ayuda para encontrarla, siendo policía como era. Dan, aunque intuyó que quizá no sería buena idea, no desestimó su propuesta. Así fue como empezó a hablarle de Gwen.

Las primeras preguntas que Mac le hizo le dejaron claro lo poco que él sabía de Gwen. Le preguntó que cuánto tiempo hacía que salían juntos cuando desapareció. La negativa de Dan, alegando que no fueron pareja, dio lugar a que Mac se disculpase, ya que dedujo erróneamente que esa era la relación que tenían. Fue entonces cuando le preguntó si eran familia, si era una pariente. La nueva negativa de Dan incrementó la confusión de Mac.

—Entonces, ¿quién es? —reformuló la pregunta.

Dan no supo qué contestar. Ni siquiera él sabía quién era.

Las siguientes preguntas que Mac fue formulando, con esa vena policial que tenía por profesión, fueron infructuosas. ¿De dónde era? ¿Qué edad tenía? ¿Tenía familia que él conociese? ¿A qué se dedicaba? ¿Dónde nació? ¿Amigos? ¿Le dijo dónde se iba?… A todas esas preguntas, se le antojaba a Dan la misma respuesta. Agua. Esa agua que llenaba todo lo desconocido en ella. Como un planeta Tierra consumido por el deshielo, donde hay tan poca tierra conocida entre tanto océano ignoto.

En ese estado de completa confusión, Dan explicó lo mejor que pudo todo lo que sabía de Gwen. Mac lo escuchaba con atención y, con el sentido más común que su mente le dictaba, le preguntó a Dan por qué quería buscarla si, por lo que parecía entender, ella había desaparecido sin ningún interés en ser encontrada.

Y esa verdad, como fría losa que corta carne al caerte encima, le recordó a Dan todo aquello que sabía, pero que no quería reconocer. La cruda realidad. Que ella, Gwen, le dejó claro que cuando desapareciese haría justamente eso, desaparecer. Remarcando en ese prefijo des-, no solo el sentido opuesto a aparecer, sino que le despojaba de toda existencia. *Desexistir* hubiese sido más correcto. Esa era la realidad, así se lo remarcó Gwen cada vez que le decía que, cuando se marchase, no volvería a saber de ella.

Pero Dan no le dijo nada de eso a Mac. Ni le reveló que Gwen no quería que él la encontrase, como también obvió la noche de extraña pasión que vivieron juntos cuando se acostaron. Esa noche se la guardó para él solo. Lo último que Dan alegó era que sabía que ella estaba en peligro.

—Ella se ha marchado sin decirme a dónde para protegerme—. Así finalizó su explicación, así lo sentía y, en cierto sentido, así era en realidad.

La explicación de los hechos de Dan fueron suficientes para Mac. En ese momento, ella le pidió alguna imagen o alguna fotografía de Gwen. Dan le contestó que no tenía ninguna.

—Busca una cuando puedas y me la das —le dijo.

En ese momento le explicó que una de las primeras peticiones de Gwen era que le prohibía sacarle ninguna foto o tener alguna imagen de ella. Una rendida expresión aterrizó en el rostro de Mac, ante lo difícil que sería iniciar una búsqueda con tan poca información, sin tan siquiera una imagen en la que basarse. Como buscar a un fantasma.

Capítulo 14

Cómo buscar a un fantasma

Ante el desconsuelo de una búsqueda que desde el inicio ya tenía indicios de rendición, Dan le preguntó si quería ver una imagen de Gwen. La duda de Mac, creyendo haber entendido mal la pregunta, se disipó cuando sacó de su cartera, plegada cuatro veces sobre sí misma, una hoja de papel con una imagen dibujada.

Era ella, Gwen. Dibujada a carboncillo. Con tantos detalles y tan exactos que parecía una fotografía, como si un espejo blanco la hubiese atrapado y le hubiese dado forma con trazos grises.

Tenía ese retrato porque había invertido horas en poder dibujar a Gwen con el mayor detalle y la máxima exactitud posibles con tal de utilizarla para esa aplicación de identificación facial que estaba programando. Era por eso que llevaba siempre una copia del dibujo, por si recordaba un nuevo detalle que merecía ser dibujado o un nuevo trazo donde encontrarla dentro de esa hoja. Le dolió desprenderse del dibujo, aunque tenía más copias en casa, como cuando te quitan un cromo que, aunque tengas repetido mil veces, te duele perder en ese momento y en ese instante simplemente porque es tuyo.

—¿Es así de guapa o es así como tú la recuerdas? —fue lo que preguntó Mac, no sin un cierto desliz de envidia.

Y, para acabar, como para dar por concluida la fase de confesión,

Mac expuso lo que pensó con tan solo ver esa imagen:

—Ahora entiendo por qué quieres encontrarla.

Y esa extraña velada, que marcó el inicio de la búsqueda de Gwen, acabó con un pequeño paseo en el que Dan acompañó a Mac a su casa. La negativa inicial de ser escoltada se contrarrestó con la absurda ocurrencia de Dan.

—Será mejor que te acompañe —empezó diciendo con una exagerada cortesía—, ya que es de noche y así te protejo de otros indeseables. Por si no lo sabías, entre violadores, hay un código de conducta cuando nos vemos por la calle, el de no robarnos las víctimas, es por eso que, estando yo cerca, ninguno te atacará.

Esa estúpida ocurrencia pilló a Mac desprevenida, sacándole una sincera sonrisa que parecía estar esperando salir de su garganta durante toda la noche.

—Hacía tiempo que no te escuchaba ningún chiste —le confesó Mac con la sonrisa ya implantada en su rostro.

A Dan le extrañó ese comentario. No recordaba haber dicho ninguno delante de ella.

Capítulo 15

No recordaba haber dicho ninguno

«La esperanza es una mierda», pensaba Dan todos los días.

Esa esperanza, que todo el mundo dice que ha de ser lo último por perder, es aquello que provocó que el tiempo se hiciese dolorosamente largo y lento para Dan. La esperanza de que quizá, de alguna manera, por algún golpe de suerte, Mac acabase encontrando una pista del paradero de Gwen.

No voy a ser tan cruel y os voy a ahorrar el sufrimiento que Dan pasó durante el siguiente mes. No averiguaron dónde estaba. Quizá era lo esperado, pero Dan no lo sintió así. Cada día comenzaba con la caricia de la posibilidad de que ese fuese aquel en el que tendría una llamada de Mac diciendo que la habían encontrado, pero cada noche era una nueva espina que se clavaba en su alma al no obtener esa pista.

Ese mes Dan lo pasó trabajando en el restaurante e intentando estudiar en la universidad, preparando unos exámenes a los que, en realidad, no les prestaba mucha atención. Cuando estaba en casa, procuraba estar siempre de buen ánimo. Era una forma de comportarse que le era demasiado familiar. Durante la larga enfermedad de su hermano, se implantó una cortina de falsa tranquilidad en su casa, donde esconder la tristeza y mostrar una falsa alegría era la ropa que siempre llevaban.

Las noches siempre eran las peores. El insomnio y las ansias de estar con Gwen le robaron las horas de sueño y tranquilidad. Incluso en una ocasión, con la lacerante idea de encontrarla, empezó a buscar en los lugares más insospechados, ampliando el abanico de acción. Así fue como inició la búsqueda de Gwen en diferentes tiendas *online,* donde, por supuesto, no la encontró. En su lugar, aparecieron cientos de versiones diferentes de la superheroína de Marvel, una versión femenina de Spiderman, que también se llamaba Gwen. Aun así, siguió bajando frenéticamente la pantalla, rotando la rueda del ratón con un movimiento enfermizo a ver si, escondida entre alguno de esos productos, se encontraba la Gwen que tanto anhelaba. A las dos horas dejó de buscar. No tengáis en cuenta este atisbo de locura, llevaba más de treinta horas sin dormir.

Al otro familiar que veía siempre que podía era a su abuela. Retomó sus visitas periódicas y continuó con sus horas de lectura, empezando una vez más *Cien años de soledad.* No recordaba si ese título lo eligió él como muestra de su estado anímico o se lo propuso su abuela. Sea como fuere, pensó que no había libro más propicio para el momento. También comenzó a pintar un nuevo cuadro, aunque su abuela no hizo comentario alguno sobre la calidad que tendría que imprimir en este nuevo lienzo. Se lo pidió con un cansancio que cada vez hacía más mella en un cuerpo castigado por los años. En todos esos días junto a su abuela, no dijeron ninguna palabra sobre Gwen. Dan evitaba hablar de ella y Erlinda no llegó a comentarle nada, como si nunca hubiese existido.

Pero, de todas las trivialidades que sucedieron ese mes, la que Dan vivía con más intensidad eran las llamadas de Mac. Pero no os hagáis ilusiones, no era por ella, sino por el mensaje que podría traer con su llamada. Era por la esperanza de la Gwen que podía traer consigo. Cuando Mac le llamaba, ella siempre le decía lo mismo: «¿Te apetece un café?».

Capítulo 16

¿Te apetece un café?

Ante ese código, esa invitación a un café que significaba que había alguna posible pista que investigar, Dan dejaba lo que estaba haciendo y se dirigía al lugar acordado. Siempre una cafetería distinta. Nunca el mismo destino. La esperanza de esa pista final que diese con Gwen se esfumaba antes de verter el azúcar en el café, ya que eran tan vagas e insustanciales que no aportaban nada. La esperanza, cuando te da la espalda, duele como el rechazo de una madre, con doble intensidad, ya que no te lo esperas. «La esperanza es una mierda», se volvía a decir una y otra vez.

Cuando Mac le revelaba aquello por lo que lo había llamado, Dan le agradecía su ayuda y pasaban el resto de la tarde hablando. Mejor dicho, Mac era quien hablaba; Dan solo escuchaba. Siempre era ella quien iniciaba alguna conversación, pero de una forma tosca, forzada, intuyendo que a Mac tampoco le gustaba mucho hablar, como le sucedía a él. Lo veía en la forma que tenía de explicarse, como el niño que enumera la tabla de multiplicar sin saberse los números, sino sumando en su cabeza. Notaba que ella no estaba habituada a hablar de sí misma, era más de escuchar y preguntar, como él. Y lo sabía porque le recordaba mucho a él. Como si el comportamiento pudiese reflejarse en un espejo.

Dan agradecía ese gesto, ese esfuerzo. Fue así como supo muchas

cosas de Mac, como su afición por la pintura y que la inició para molestar a su hermana, quien no soportaba el olor de las acuarelas. Siempre que salía ese tema ella le hablaba sobre la pasión que tenía por Van Gogh, a quien alababa como el pintor e impresionista más grande de la historia. También le explicó que el motivo de estudiar informática fue su novio del instituto. Ese chico tenía claro qué quería estudiar y ella, ante la duda de a qué dedicarse, hizo como la mayoría de los adolescentes, copiarse de aquel a quien admiras. Aunque esa copia no tuviese nada que ver consigo misma. Así fue como entraron en la misma universidad, pero ese chico se interesó más por las fiestas universitarias que por las clases, unas experiencias incompatibles con las ataduras de una relación estable. Así fue como a los tres meses lo dejaron y se encontró en una carrera que nada le interesaba. Ella no abandonó esos estudios por su tenacidad, ya que, cuando sus padres y, sobre todo, su hermana le aconsejaron que no escogiese una carrera universitaria solo porque la había elegido su novio, ella juró y perjuró que la informática le encantaba, que era una carrera con mucho futuro y que era una elección que había hecho por sí misma. Mentira, todo mentira. Por eso, para no dejar evidencia de su error ante su familia, se propuso acabar la carrera, cosa que hizo y con un resultado más que notable.

Dan escuchaba y absorbía todo aquello que Mac le explicaba. Podría decirse que sentía que ella disfrutaba de su compañía explicándole de esa manera tan caótica sus vivencias. No voy a engañaros, pero en más de una ocasión sintió que, si Gwen nunca hubiese existido, estar al lado de una chica como Mac habría sido la mejor de las ideas. Aunque lo sentía de esa manera aséptica, racional, solo porque tenían tanto en común que estar junto a ella tendría que ser cómodo y sencillo. Al pensar de esa forma tan fría, se dio cuenta de lo dañado que lo había dejado Gwen. Todo acababa y empezaba con ella. El resto de lo que le sucedía en su vida era insustancial. Y se odiaba a sí mismo por pensar así, como si no fuese suficiente echarla tanto de menos.

El punto final del mes lo puso Mac cuando ella se marchó por trabajo y lo dejó solo y sin más pistas de Gwen. Ella tenía que desplazarse a otra ciudad durante un periodo largo e indeterminado, como ya hizo meses atrás, según le comentó, por lo que tendría que dejar esa búsqueda que iniciaron y que, por desgracia, tan infructuosa resultó ser.

A Dan esa noticia le afectó más de lo que jamás llegaría a confesar. Pero, por duro y triste que suene, lo que más le dolió fue el cese de la búsqueda de Gwen, no la misma marcha de Mac. Sabía que no iba a echarla de menos, y eso, en cierto sentido, le molestó más de lo esperado, ya que se estaba convirtiendo en alguien que no le gustaba

ser. Peor aún, estaba volviendo a transformarse en el egoísta ludópata que fue en su adolescencia. En ese momento pensó en Abel y se avergonzó sabiendo que su hermano no estaría orgulloso de él. Pero la realidad a veces es así de dura y de injusta, y Mac salió de la vida de Dan como todo lo que estaba sucediendo en su vida, sin llegar a afectarle lo más mínimo. Y supo que la culpa de todo era Gwen. Dan lo sabía. Fue la primera vez que la odió.

Capítulo 17

La primera vez que odió a Gwen

La despedida de Mac consistió en quedar en un bar cerca de su casa, sus dos amigas más cercanas, la compañera de piso con un *amigo* y Dan.

Cuando Jessica llamó a Dan para invitarle a esa celebración, aceptó sin resistencia por el mero hecho de que a Mac no podría negarle nada después de todo lo que había hecho por él, pero sobre todo por la taquicardia que sufrió mientras hablaba con su amiga por teléfono, ya que siempre que descolgaba ante un teléfono desconocido se imaginaba a Gwen al otro lado de la línea. Siempre pensaba que los minutos que tardaba en calmarse eran la prueba irrefutable de los daños que Gwen le perpetró.

Al llegar al bar donde se celebraría esa fiesta de despedida, esperaba encontrarse con una gran cantidad de conocidos y amigos de Mac, y de esa manera pasar desapercibido. Pero fue todo lo contrario, esa multitud ocupaba solo una pequeña mesa del bar.

Pasadas varias horas, cuando en el bar se marcharon los que tomaban cafés y aparecieron los que querían cenar, las dos amigas de Mac, cuyos nombres Dan confundía continuamente, se marcharon alegando que al día siguiente tenían que trabajar. Así se quedaron Jessica con su amigo (porque la palabra novio no existía en su radical diccionario), Mac y Dan. Ante los efusivos magreos, besuqueos y

baboseos de la fogosa pareja formada por Jessica y su amigo, Mac propuso a Dan ocupar la esquina más alejada de la barra del bar, dejándolos solos.

—¿Sabes cómo los llamo yo? —le preguntó Mac una vez que ya estaban con los codos sobre la barra de madera, con esa sonrisa maliciosa que precede a una perversa revelación—. Olla de macarrones.

Dan le devolvió la sonrisa con el mismo nivel de picaresca, ya que escucharlos besarse causaba la misma impresión. Los dos rieron. «Una desagradable forma de romper el hielo», pensaron. Aunque funcionó.

Cuando la ocurrencia se disipó y dejó esa sensación placentera de sentirse bien acompañado, Mac fue la primera en decir algo, como siempre sucedía. Mirándolo a los ojos, se disculpó con Dan por no haber podido ayudarle a encontrar a esa misteriosa chica.

Dan le agradeció todo su esfuerzo y le confesó que tenía muy pocas esperanzas de encontrarla. Mac ocupó el papel de ofendida y le recriminó el desplante con la fingida indignación de verse una pésima policía. Era tal el nivel de complicidad entre ellos que las ironías y dobles sentidos pasaron a ser su moneda de cambio natural, como su códice propio de comunicación. Hasta en eso se parecían. «Demasiadas coincidencias», pensaba siempre Dan. Esa sensación que sentía cuando el más mínimo detalle de Mac encajaba a la perfección con su forma de ser hacía estallar en su intuición chispas incandescentes de aviso, de peligro. Pero, igual que esos destellos, desaparecían al instante sin dejar rastro. Eso hizo que el verdadero mensaje de peligro llegase tarde a su consciencia mucho tiempo después.

Tras el silencio de esos primeros momentos, ya con la bebida entre sus manos, Mac le hizo la pregunta más inesperada de todas las que se hubiese imaginado Dan:

—¿La echas de menos?

La respuesta se hizo de rogar. Y fue la más obvia de todas porque le respondió que sí la echaba de menos, pero también fue la más críptica al acompañarla con la forma en que lo dijo.

—Claro que la echo de menos —contestó Dan—. La echo de menos, pero nunca me imaginé que la echaría de menos de esta manera.

Cuando Mac le preguntó que a qué manera se refería, Dan movió la mano frente a su cara, como un *jedi* borracho intentando decir eso de «Tú no has visto nada, tú no buscas a nadie», intentando cambiar de tema. No quería hablar de ella. Pero esta vez Mac no se lo consintió. Llevaba tantos días hablando con él y viendo como evitaba contarle cualquier cosa de ella que, ese día que se marchaba, le exigió que le explicase algo, lo que fuese.

—Me lo debes —acabó exigiéndole Mac.

—¿Esto se puede considerar coacción policial? —bromeó Dan al verse acorralado de una forma tan insistente, y al mismo tiempo tan tierna, por esa conocida a la podría considerar como una amiga.

Mac afirmó con un suave movimiento de cabeza y abrió sus ojos dibujando una tierna sonrisa, esperando a que Dan le explicase.

En ese momento, Mac cogió su teléfono y, con un suave movimiento que Dan ni percibió ni intuyó, activó la grabadora que siempre tenía preparada y comenzó a grabar la conversación que mantuvieron ese día. Lo hizo de la misma manera que grabó todas las conversaciones anteriores que tuvieron los dos al abrigo de un café. Y, como siempre sucedía, Dan no se dio cuenta.

Capítulo 18

Dan no se dio cuenta

—No tenía muchas esperanzas de encontrarla —empezó Dan su explicación—. No pongo en duda tus dotes detectivescas —dijo sonriendo a Mac, remarcando el halago—, sino que cuando se marchó ella no quería que la encontrase. Si ella hubiese querido que yo diese con ella, hubiese dejado algún rastro, alguna pista, alguna migaja de pan, pero no encontré nada. Es por eso que en el fondo sabía que no la encontraría. Ya han pasado —hizo una pausa intentando recordar cuándo desapareció— más de dos meses y empiezo a asumir que no voy a encontrarla. Pero al menos tenía que intentarlo. Una vez en el punto en el que estoy, asumiendo que quizá nunca más volveré a verla, mi plan consiste en que el tiempo haga su parte y este dolor insoportable ceda a una molestia cada vez más llevadera. Y, como premio de consolación, siempre me quedaría el recuerdo de todo lo que viví con ella para poder recrearlo en mi memoria siempre que quisiese. Ese era mi plan. Como ves, no parece muy buen plan.

Dan cogió aire profundamente, no por todo lo que dijo, sino por todo lo que le faltaba por confesar, la parte más importante.

—Pero ese plan resultó ser un fracaso —continuó Dan—. Lo que ha sucedido es todo lo contrario. Conforme pasa el tiempo, el dolor se está volviendo más crudo, más intenso, más opresivo. Y, al contrario, el recuerdo de Gwen se está diluyendo cada vez más, está

desapareciendo. Siento que en mi memoria estoy perdiendo lo poco que me queda de Gwen y solo me queda el dolor de haberla conocido. Pero no me malinterpretes, no me refiero a un olvido semejante al alzhéimer. En cierto sentido, eso sería una bendición. Ojalá esta noche me acostase y mañana, al levantarme, ella hubiese desaparecido de mis neuronas y, si alguien me preguntase por ella, yo contestase ¿quién?, no conozco a ninguna Gwen. Y lo diría con la felicidad de la ignorancia. Pero ese tipo de olvido no es el que me queda. El olvido que me martiriza es la desaparición de todos los detalles de ella que la hacían tan especial. No sé cómo explicarme. Es, por ejemplo, como cuando miro su rostro en esos retratos que hice. No es por defecto de modestia, pero conseguí retratarla como era. Y siempre que veía su rostro me decía: «Dan, la has clavado». Pero ahora, al ver el retrato, sé que es ella, por supuesto, pero cada día que pasa la noto diferente, extraña, como si me costase rememorar su cara. —Dan continuó hablando con la respiración cada vez más acelerada y con un ligero temblor en sus manos—. Sus ojos, por ejemplo, los recuerdo, sé que son de color azul turquesa. Antes podía cerrar los ojos y ver ese azul sin dilación, podía reconocerla entre todas las tonalidades de azul que existen. En realidad, es el 2171 C de Pantone. Lo sé porque lo he buscado. Pero ahora intento recordar el azul de sus ojos y no lo encuentro. Como aquella mota oscura que ves en la periferia de tu visión y, cuando giras los ojos, se desplaza de la misma manera, siendo incapaz de centrar la vista en eso que tanto quieres ver. Es esa misma sensación, sé que está ahí, en mi memoria, pero cuando la busco nunca la encuentro porque deja de estar donde creía. Pero no desaparece, ahora está en otro lugar y, vuelvo a buscar, pero huye de nuevo. Y así sin parar, sin descanso… Es una sensación horrible no recordar algo que recuerdas.

Dan continuaba hablando sin parar. A ojos de Mac, era como si un dique se hubiese quebrado y no hiciese más que salir agua turbia, pero por el dolor, no por la suciedad.

—Siento que, a cada día que pasa, se va diluyendo todo aquello que hacía tan especial a Gwen, pero no desaparece lo suficiente como para que pueda olvidarla y, de alguna manera, poder pasar página… —Una ligera pausa fue el inicio del fin de su confesión—. He de reconocerlo, ha arrasado conmigo de tal manera que siento que, cuando ya no recuerde cómo era ella en realidad y solo quede un boceto de aquella chica que conocí, no quedará en mí nada que valga la pena. Me siento como un bosque completamente arrasado por su fuego y sin posibilidad de replantación. Tengo miedo. Miedo de olvidarla y que tras ella no quede nada.

Capítulo 19

Tengo miedo de olvidarla y que tras ella no quede nada

Dan se quedó mirando la botella de agua frente a sus manos. Una mirada cansada por rememorar todo lo dicho, pero enfrascada en un rostro pausado, en cierto modo aliviado por desprenderse de tanto dolor que sentía dentro y no había tenido oportunidad de extirpar. Aunque a veces sacas esa suciedad que tienes dentro para volver a pisarla con más fuerza, con más virulencia, como sucedió después, por la noche. Pero todavía no. No adelantemos acontecimientos.

Mac se recreó en sus ojos con esa intensidad de quien quiere absorber al otro con la mirada y sin posibilidad de apartarla. Pero en ese momento, al darse cuenta de todo lo que él había compartido con ella, sintió que tenía que apagar la grabadora de su móvil, no le pareció correcto hacerse en ese momento la espía.

—Estarás pensando «qué tío más pesado» —le dijo Dan recomponiéndose como una marioneta a la que su dueño estirase con brusquedad todas sus cuerdas—. No sé qué le han puesto a esta agua, pero parece que se me ha subido a la cabeza —dijo con voz amable, tan diferente a la anterior—. Dejemos de hablar de cosas tristes y vamos a celebrar tu despedida.

Mac respondió con falsa ofensa si su despedida era motivo de celebración, endulzando el momento con la más ácida de las ironías. Dan encajó la complicidad de su ocurrencia, y las sonrisas que

compartieron en lo poco que duró la velada fueron el contrapunto de todo lo que dijo Dan tan solo unos minutos antes. El único momento en que hablaron con el tono más sobrio de las confidencias fue cuando Dan le dijo que iba a echarla mucho de menos. Esta vez hablando de Mac. Por una vez, ella pasó a ser la protagonista.

—Eres la única persona que siento que me cree cuando hablo sobre esta extraña historia —le confesó Dan—. Siempre que hablo con alguien sobre Gwen siento que, en el fondo, creen que me lo invento todo. Y no los culpo. Si alguien me dijese que en una residencia de ancianos conoció a una chica preciosa, que pasaba todos los días con ella comiendo y cenando juntos, viendo películas y haciéndole compañía mientras estudiaba, también me extrañaría. Si, además, cuando le preguntase cosas sobre esa chica todas las respuestas fuesen una negativa porque no sabía casi nada de ella, ya sospecharía que a lo mejor exageraba un poco. Y, si encima de todo le pidiese que me enseñase al menos una fotografía y me dijese que no tenía ninguna, que ella le había dicho que le prohibía sacarle fotos, entonces ya no haría falta ninguna prueba más para pensar que todo es una burda mentira. Pero cuando hablo contigo eres la única que me cree.

—¿Cómo no voy a creerte? —fue lo que contestó Mac—. Si no te creyese, ¿a quién cojones iba a estar buscando todo este tiempo? Sería demasiado rebuscado que esa chica estuviese solo en tu cabeza.

Esta última frase la dijo como una inocente ocurrencia, pero Dan no la sintió de la misma manera. En ese momento, con esa frase entre cómica y real, pensando que Gwen fuese solo fruto de su imaginación, le produjo una sensación de irrealidad e incomodidad que le revolvió el estómago, como si el agua que estaba bebiendo fuese la cicuta de mayor gradación. Si existiese algún punto en que la locura hiciese aparición, hubiese escogido ese preciso instante. Pero Dan, como si sintiese que una hernia de su cordura sobresaliese de sus entrañas, la apretó fuertemente para dentro, metiéndola de nuevo en el lugar que creía que debería estar y dibujó una vacía sonrisa ante la ocurrencia de Mac.

«Tengo que retomar el control de mi mente», pensó y decidió que era el mejor momento para darle a Mac el regalo que le compró, pero que, al llegar al bar, decidió que no le daría. Pensaba que todo el mundo llevaría algún regalo de despedida y, por ese motivo, decidió comprarle un detalle, pero, al llegar al bar y ver que todo el mundo se reducía a cuatro personas y que nadie llevaba ninguna bolsa ni regalo en sus manos, decidió que estaría fuera de lugar que él apareciese con un paquete envuelto. Precisamente él, quien en realidad no sabía por qué lo habían invitado. Para Dan la relación que tenía con Mac se acercaba más a una relación profesional que a una amistad verdadera.

Pero, como los planes nunca salen como los planeas, Dan acabó

regalándole el libro. Mac lo abrió y resultó ser un libro de Matilde Asensi. *Sakura*. Mac dijo que no lo conocía y Dan, como excusándose por la elección de ese libro, le recordó que ella, una tarde tomando café, le reveló que le gustaba leer y tenía pasión por Van Gogh. Así fue como se le ocurrió ese libro.

—Trata sobre una intriga de un cuadro perdido, curiosamente de Van Gogh —le explicó.

Dan vio que Mac no mostraba ninguna reacción ante el regalo. Como última posibilidad de justificación, le dijo que, como se marchaba por trabajo, era posible que se aburriese. Por eso pensó en un libro, para ocupar aquel tiempo que le sobrase. Y su frase acabó de la manera que concluyen los regalos que se sienten que no han sido acertados:

—Si no te gusta, lo puedes cambiar.

Mac dio varias vueltas al libro, más como si fuese un ladrillo que un objeto de lectura. Le dio las gracias por el regalo de una forma algo tosca e impersonal, y se disculpó mientras marchaba al servicio. Dan se quedó pensando en el poco éxito que tuvo su regalo. Recordó aquellos días que, cuando hacía un regalo, siempre acertaba y sentía cómo se le iluminaba la cara al regalado, felicitando a ese Dan que siempre sabía escoger el obsequio perfecto. Como su hermano Abel siempre le decía: «Tú eres de los que les gusta regalar, Dadi», acordándose de ese curioso apodo con el que su hermano siempre le llamaba. Pero ahora parecía que esa versión de Dan ya no existía. En esos pequeños detalles se daba cuenta de cómo había cambiado, de los estragos que Gwen hizo con su marcha. Ahora era hasta incapaz de hacer un buen regalo.

La tarde llegó a la noche y salieron del bar. Jessica les dijo que su amigo se quedaba a cenar, como tantas otras noches. Una idea que rozaba lo desagradable para Mac. No le gustaba ese nuevo novio que tenía, como tampoco le gustó el otro novio que tuvo, como, en realidad, tampoco le gustaba su misma compañera. Ante tan horrible plan que se le presentaba como colofón de la fiesta, tiró de comodín e invitó a Dan a que fuese a casa y cenase con ellos. Se lo dijo abriendo sus desencajados ojos, haciéndole entender que tenía que aceptar la invitación, que no le dejase sola con esa rara pareja con la que compartía piso. Como si dentro de esos ojos negros tan abiertos pudiese leer sus mismos pensamientos.

Dan aceptó mucho más rápido de lo que él se imaginó que haría. La opción de volver a su propia casa, pensando como siempre pensaba en la Gwen que ya no estaba, no le apetecía en absoluto. Además, esa extraña sensación de irrealidad que rodeaba su mente, cuando bromearon sobre la idea de que Gwen no existiese en realidad, la sentía como una sombra escondida en algún punto de su cabeza.

Cenar en compañía le pareció la mejor opción. No confiaba en su soledad. Ese día no. Aunque, si hubiese sabido qué le esperaba en casa de Mac, nunca hubiese aceptado.

Capítulo 20

No confiaba en su soledad

Cuando llegaron decidieron que Dan cocinaría.

—Si cenamos en casa, cocino yo, que provengo de la hostelería —les dijo.

Le pareció una buena idea retomar la actividad de la cocina, una afición que, desde que Gwen desapareció, no había vuelto a practicar. Jessica decidió el plato. Pasta a la marinera. Esa fue la elección porque sabía que era el preferido de Mac. Dan no tenía ni idea de cómo cocinarlo, pero su valentía y su buen humor suplieron la falta de conocimientos.

Una vez ya en la cocina, Jessica le pasó un libro de recetas por si le podía ayudar a preparar ese plato que no sabía cómo elaborar. De forma inocente. Como quien pasa un caramelo o un cigarrillo. Pero no fue así. No fue ni inocente ni afortunado. Dan, al escuchar que le pasaba un libro de cocina, una esquirla incendiada perforó alguna neurona perdida de su cabeza. No quiso dejarse llevar y alejó al instante el dolor del recuerdo de otro libro de cocina que tanto compartió con Gwen. Pero ya era tarde. El libro que Jessica le enseñó era aquel mismo libro que tanto compartió con Gwen: *Cocina para una cocina chica*. Era una versión más vieja, con las hojas más usadas y abiertas por el uso, pero era ese mismo libro.

Dan se quedó mirándolo como si fuese al arca de la alianza o la

caja de Pandora, pensando que, si lo abría, no sabría qué podría salir de allí dentro, o, mejor dicho, qué podría romperse en su cabeza. Al ver la tapa del libro con esas letras rojas y sugerentes, dejó de escuchar todo lo que le rodeaba. Los sonidos se amortiguaron a su alrededor, como si estuviese dentro de una piscina, pero donde el agua era densa y pesada. No podía apartar la vista del libro. Se imaginó que, al abrirlo, encontraría las mismas anotaciones de Gwen a pie de página, comentando su valoración de los platos o añadiendo alguna de las aclaraciones que utilizaría en el próximo plato que preparase. Y así fue, abrió el libro y allí estaban. La letra de Gwen a pie de página, las esquinas de las páginas dobladas marcando los mejores platos, aquella mancha de tomate que un día cayó mientras releían la receta del atún en salsa. Todo estaba como lo recordaba.

En ese momento ya no escuchaba nada. No oía nada. Solo el latido de su corazón, pero como si estuviese dentro de su cabeza. Así de fuerte bombeaban sus sienes, con una percusión insistente que parecía la causa de ese sudor frío que recorría su rostro.

Si antes no quería mirar el libro, ahora, con sus ojos absortos, no tenía el valor suficiente de apartarlos de él. No sabía qué vería si mirase alrededor. No sabía ni siquiera dónde estaba. Cuando levantó la vista, ya no estaba en la casa de Mac. No. Estaba frente a esa pequeña cocina con dos estrechos fogones donde preparó tantos y tantos platos con Gwen. Encima de su cabeza se encontraba el mismo mueble, con ese color crema tan apagado que parecía hueso sucio y dentro los cuatro tristes platos de siempre. El mármol era el mismo donde le mostró a Gwen cómo cortar el tomate sin que se cortase media mano. Giró la cabeza y allí estaba el escritorio. El mismo escritorio, debajo de la ventaja que daba al aparcamiento, con su pequeño portátil abierto. Pensó que, si miraba hacia la pantalla, encontraría alguna de las hojas de apuntes de la universidad. Escuchó algo, unos pasos. Dan, al igual que su abuela, también sabía reconocer a la gente por el sonido de los pasos, y supo que era Gwen. Pero ella no estaba. Cuando se giró buscando el origen de ese familiar sonido se encontró con la puerta. La puerta de la habitación de Gwen. Se quedó mirándola, esperando a que se abriese. Temiendo que fuese ella quien apareciese. No estaba preparado para verla. No en ese momento donde su locura lo abrazaba tan fuerte que le cortaba la respiración. Instintivamente, giró más la cabeza, buscando la puerta de salida por si tuviese que utilizarla, pero no estaba. No había nada. Ni siquiera pared. Nada. Pensó que su inconsciente tenía un humor muy peculiar para decirle que no tenía escapatoria. Estaba atrapado y se sentía aterrorizado, muerto de miedo.

Escuchó la puerta abrirse. Volvió la cabeza a la única puerta que existía. La del dormitorio. Desapareció la puerta, como si la oscuridad

de marco oscuro fuese tan densa que la borrase. Los pasos sonaron más vívidos. Y allí estaba. Allí la vio. Era ella. Gwen, que salía de la habitación con la normalidad de alguien que ha ido a buscar algo olvidado hacía tan solo cinco segundos. Con esa sencillez y sus ojos azul turquesa, le miró con inocencia. Dan nunca pensó que una mirada tan humilde pudiese causarle tanto terror.

No supo qué hacer mientras sentía que la locura caminaba hacia él, como si tuviese que decidir qué hacer contra reloj. ¿Iba hacia ella y se dejaba seducir por esa locura hasta desvanecerse? ¿O huía de ese sueño, volviendo a la realidad que sentía que estaba lejos de los brazos de Gwen? No hizo ni una cosa ni la otra. En ese momento su vista acompañó a su oído y dejó de ver, al igual que dejó de escuchar. Se desmayó, como única salida ante tal locura. Y, en el último punto entre el delirio y la inconsciencia, agradeció que todo acabase.

Cuando recuperó la consciencia, estaba sentado en el suelo, apoyado en la puerta del horno de la cocina. Al ver quienes le acompañaban supo que había vuelto a la realidad. Mac y Jessica lo estaban socorriendo, arrodilladas frente a él, una con un vaso de agua y otra abanicándole con una revista. No supo quién hacía qué. Todo permanecía confuso.

Pasaron los minutos, se disculpó por haberse desmayado de una forma tan absurda y se marchó de allí. No quería permanecer ni un segundo más en esa cocina, alejándose de ese inocente libro de cocina que había provocado ese delirio, como si fuese un objeto maldito, contaminado de locura. Ni siquiera se despidió. Y tampoco le deseó buen viaje a Mac. Pero de eso se dio cuenta horas más tarde, cuando despertó en un autobús mientras el conductor le tocaba con el dedo de la misma manera que un niño golpea una bola de excremento con un palo, avisándole que era la última parada y tenía que bajar.

En ese momento, Dan inició un descenso a sus infiernos. Ese fue el inicio, una escalera que descendía hacia la locura más despiadada. Esa noche bajó el primero de tres escalones, todavía le faltaban dos más. Cuando llegó al fondo, ya nada fue como antes. Todo cambió.

Capítulo 21

Esa noche bajó el primer escalón. Todavía le faltaban dos más

El segundo escalón no se hizo esperar y vino en forma de llamada telefónica.

Pasaron dos semanas desde que Mac se marchase por trabajo y Dan tuvo que lidiar con una nueva versión de soledad, donde, aparte de Gwen, ahora sentía que lo había abandonado Mac.

Dan se comparaba a sí mismo con uno de esos edificios antiguos al que, por estar en fase de restauración, le ponían una enorme tela que cubría la fachada y mostraba una bonita casa nueva, con los cristales brillantes y llenos de vida, pero detrás de ese vinilo de pega no había más que una casa en ruinas, carcomida por algún desastre acaecido años atrás. De cara a sus padres, amigos y conocidos se mostraba de la forma más amable y risueña posible, pero por dentro sentía que la ruina más profunda estaba desmoronando todos y cada uno de sus cimientos. Solo era cuestión de tiempo que la viga mayor cediese y echase por tierra la estructura podrida, llevando consigo también la fachada de alegres mentiras.

Cuando llegó esa llamada que lo arrastró un paso más a su locura, Dan estaba en la residencia. Hacía varios días que su abuela empezó un nuevo cuadro de neumonía que le dificultaba la respiración, apagándola un poco más de lo que ya estaba. Eso hizo que comenzase una ronda de amplias visitas para no dejar sola a la matriarca de la

familia.

Era por la tarde. Con un libro en la mano, Dan se encontraba leyéndole a su abuela sobre lo acaecido por las calles de Macondo. Las cuidadoras siempre se empeñaban en que le haría bien escuchar su voz, aunque a Dan le daba la sensación de que en esos días no parecía que lo escuchase o quizá era Dan que no percibía ser escuchado. Cualquiera de las dos opciones serviría. En ese momento sonó el teléfono de Dan. En la pantalla se revelaba quién hacía la llamada. El señor Teléfono Oculto. Dan odiaba cuando le llamaba ese señor, suavizando su ansiedad con aires de humor negro.

Salió de la habitación para no molestar a su abuela, dejando el libro encima de la silla. Mientras descolgaba, una vez más pensó que Gwen le llamaba, para luego sufrir la decepción de no verse cumplido su anhelo. Pero ese día fue diferente y no llegó esa desilusión. Ese día acertó. Pero Dan no estaba preparado para que esa vez sí fuese ella.

—Hola, Dan. Soy yo, soy Gwen —fueron las palabras que Dan escuchó tras el teléfono, o al menos creyó escuchar.

A esas alturas no estaba seguro de nada. Su voz era apagada, como si susurrase, aunque no sabría decir si era porque hablaba a escondidas o porque su voz viniese del mismísimo más allá. Dan no contestó. No se sentía en absoluto preparado para cruzar esa frontera de locura que le llevaba a ella.

—Hola, Dan. ¿Cómo estás? —continuó diciendo esa Gwen que hablaba por el teléfono.

«Si hubiese diferentes grados de intensidad en tema de alucinaciones auditivas, esta sería de las de mayor gradación», pensó Dan haciendo un último esfuerzo por no dejarse engullir por el delirio.

—Siento no haberte llamado antes —insistió la voz tras el teléfono al ver que Dan no contestaba—. No puedo hablar mucho rato. Tengo cosas que hacer. Pero quería llamarte para saber cómo estás y pedirte disculpas por haberme marchado de esa manera ese día.

—No te preocupes, Gwen —fue la respuesta que por fin logró articular Dan, con los dedos de la mano blancos debido a la tremenda presión que ejercía sujetando el móvil, como si fuese una brasa ardiente que, aunque le quemaba, no podía dejar de apretar.

Con esa frase, de esa manera, Dan dinamitó su muralla defensiva que le alertaba de lo peligroso que sería seguirle el juego a esa llamada telefónica y se dejó engullir por la conversación que mantuvo con el señor Teléfono Oculto que tenía la voz de Gwen.

Capítulo 22

Bajó el segundo escalón

Esa conversación con melodía de falsa normalidad resquebrajó la cordura de Dan.

Al preguntarse cómo estaban mintieron al responder que todo les iba bien. A los pocos segundos de hablar y no saber qué decir, tiraron del tema que un día los unió, y Erlinda fue quien monopolizó gran parte de las preguntas y respuestas que saltaban del teléfono. Dan le dijo que su abuela estaba pasando una pequeña crisis, pero que era otro de los pequeños achaques que le daban.

—Es fuerte, ya la conoces. Todavía queda Erlinda para rato —dijo Dan.

—La echo mucho de menos —susurró esa voz de Gwen como si hablase de su misma abuela—. Dale recuerdos…, aunque mejor no, no la molestes, no le digas que he llamado. Me basta saber que está bien…, bueno, ya sabes, que no está peor.

—Le daré recuerdos. —Dan fue lo único que pudo contestar—. A ti también te echa mucho de menos. Se acuerda mucho de ti.

—¿Por qué? ¿Qué ha dicho de mí? —preguntó Gwen con una ilusión casi infantil.

—Nada, no ha dicho nada —respondió Dan, aunque luego le aclaró esa negativa—: Por eso sé que te aprecia. Cuando habla de alguien siempre es para despotricar, criticar o censurar. A las personas a las

que de verdad aprecia es de las que no suelta palabra, no vaya a ser que diga algo que remueva ese corazón que tanto insiste en negar que existe y se le vaya a escapar alguna lagrimilla de emoción. Ya la conoces. No ha dicho ninguna palabra sobre ti. Igual que no dice ninguna palabra sobre Abel, mi hermano. Y eso significa lo mucho que te quiere, o que te echa de menos, como prefieras.

Y con esa explicación dieron por finalizada esa parte de la conversación donde Erlinda era la protagonista.

—Y tú, ¿cómo estás? —fue la pregunta que lanzó esa voz de Gwen por el teléfono como si la estuviese evitando desde que inició la llamada porque sabía que la respuesta no sería agradable.

—No te voy a engañar. He tenido momentos mejores —fue como inició Dan su edulcorada forma de explicar cómo se sentía—. Para serte sincero, estos últimos meses han sido bastante extraños. Echo de menos esas tardes que pasábamos hablando de cosas. Bueno, yo explicándote cosas y tú escuchándolas. Pero poco a poco me siento mejor. —Acabó su frase con la más atroz de las mentiras—. Y tú, ¿cómo te encuentras? ¿Dónde estás?

—Estoy bien. Ya estoy en casa —respondió Gwen con un aroma rancio a mentira—. No tienes que preocuparte por mí. Quería llamarte también para decirte esto, que ya estoy donde debo estar, en mi vida de antes, y que estoy bien.

Las siguientes preguntas de Dan, intentando encontrar una forma de verla, de seguir en contacto con ella, fueron un completo fracaso.

—Lo siento, Dan, pero no podemos vernos —fue la respuesta que Gwen dijo y, en cierto modo, Dan ya esperaba—. Ya me has ayudado bastante, más de lo que te imaginas. Además, tengo contigo esas notas que me enviaste dentro de esa taza que llevo conmigo a todos lados. ¿La recuerdas? No sabes lo mucho que me han ayudado esas pequeñas frases. Creo que no llegué ni siquiera a agradecértelo. Soy un desastre. Perdona. Pero ya has hecho más de lo que deberías, más de lo que merezco.

Un incómodo silencio acorraló el tiempo y, mientras los segundos sangraban por el dolor, Dan le preguntó lo que no quiso saber.

—¿Para qué me has llamado? ¿Por qué ahora? Lo que me has dicho ahora por teléfono me lo podrías haber dicho cuando te marchaste, o a los días o semanas de irte… ¿Por qué ahora?

La larga pausa de Gwen confirmó que era mentira todo lo que se dijo por el pequeño altavoz del teléfono.

—Siento mucho todo lo que ha sucedido. Siento haberme ido sin despedirme. Cuando lo hice, cuando me marché, pensaba que lo mejor para ti era no decirte nada. Así te ahorraba el mal trago. Pero estaba equivocada. No te dije nada por mí, era yo la que no quería pasar por esa despedida. Lo siento. Siento mucho que hayas tenido que haberme

conocido. Tendría que haber sido más fuerte y sacarte de mi vida antes incluso de haberte llegado a conocer, pero, como siempre, hago las cosas de la peor manera posible. Si te llamo ahora es… para despedirme. Para confirmarte que no vas a verme nunca más. Tenía que decírtelo para que puedas olvidarme. En serio, tienes que olvidarte de mí. No vamos a vernos nunca más. Desapareceré de tu vida. Eso por eso que no has de tener miedo de olvidarme.

La frase «no has de tener miedo de olvidarme» cayó como frío acero entre los oídos de Dan, allá donde el cerebro descansa. Le sonó tan familiar que la bruma de irrealidad volvió a cubrirle.

Y así acabó la conversación más extraña que tuvo en mucho tiempo. Tan irreal que hasta dudó que fuese cierta. Y fue doblemente rara no solo por lo que se dijeron, sino por cómo acabó, ya que no hubo despedida, ni un «adiós», ni un «voy a colgar». Lo que Dan escuchó instantes antes de cortar la comunicación fue la voz de un hombre muy enfadado, por la forma que tenía de gritar, increpando a Gwen, diciéndole que cómo se le ocurría hacer una llamada telefónica, que qué cojones era lo que estaba haciendo. Y tras esas dos frases, con connotaciones de miedo en su voz, se escuchó el golpe de lo que parecía una silla al caerse, un sordo gemido de Gwen de dolor y el sonido impersonal de la interrupción de la llamada al haber colgado.

Tras cortarse la llamada, el mundo que había alrededor de Dan volvió a recomponerse poco a poco. Empezó a alejarse de esa sensación de estar en un sueño, de estar encerrado en un estrecho ascensor de miles de metros de ancho. Así de extraño se sentía. Las paredes del pasillo de la residencia comenzaron a dibujarse poco a poco. Los rítmicos sonidos de los pasos de las cuidadoras comenzaron a aparecer en sus oídos. Incluso el familiar olor de la vejez que impregnaba la residencia volvió a sentirlo. Bajó la mirada al móvil, buscó en llamadas entrantes para confirmar si de verdad había estado hablando hacía tan solo unos segundos con alguien. El texto «Teléfono oculto» se estaba riendo de él en la pantalla. Sí, hubo una llamada, pero sin posibilidad de corroborar su origen.

Cuando volvió a apuntalar los cimientos de su cada vez más endeble cordura, volvió a la habitación de su abuela. La habitación 33. Cogió el libro que dejó abierto boca abajo, encima de la silla, y retomó la lectura. En ese momento, volviendo a las desavenencias de la familia Buendía en la ciudad de Macondo de *Cien años de soledad*, se le antojó que todo lo que leía era más cierto y coherente que la llamada que acababa de tener.

Así fue como, a riesgo de caer escaleras abajo en su propia locura, decidió olvidar la llamada que acababa de tener y le hizo caso a aquella Gwen que un minuto antes le pidió que la olvidase.

Si haces caso a tu propia locura, aun siendo la opción más cuerda,

¿estás loco?

Capítulo 23

Si haces caso a tu propia locura, aun siendo la más cuerda, ¿estás loco?

Habían pasado varias semanas desde esa extraña llamada cuando Dan recibió una muy distinta, aquella que inició el fin de todo su mundo.

El silencio que inundaba ese momento era incómodo, como el lugar donde Dan se encontraba. Era un edificio que hacía casi un año que no había visitado. «Poco tiempo para ser reincidente», pensó. Había mucha gente. Conversaciones a media voz. Murmullos que hacían de olas del mar, ya que aparecían envolviendo el escenario con ese rumor apagado, para retirarse momentos después y al instante volver a aparecer.

Dan estaba sentado mirando el suelo cuando el teléfono sonó, o, mejor dicho, vibró. Lo hizo como tantas veces había notado su presencia aquel día. Pudo haberlo obviado, como llevaba haciendo toda la mañana, pero decidió apartar la negra americana que llevaba puesta, aun siendo un agosto caluroso, y coger el teléfono para contestar. Ni siquiera vio en la pantalla quién estaba al otro lado de la línea, por lo que no fue consciente de que era el señor Teléfono Oculto.

La voz que escuchó le resultó familiar, pero una familiaridad real. Agradeció ese detalle. Era Mac quien le saludaba por el altavoz, preguntándole cómo estaba, que se había acordado de él y le apetecía

hablar un rato. Su voz le sonó con excesiva naturalidad. «¿Es posible ser tan natural y que parezca artificial?», así lo pensó y así lo olvidó. Su mente, ese día, no estaba para retener nada.

Dan saludó con la voz tomada, ronca, como si hubiese estado la noche anterior de karaoke. Odiaba cantar, pero hubiese sido un plan mejor que el que tuvo en realidad. Le contestó que no estaba en su mejor momento y Mac, al notar esa angustia en su voz, intentó animarlo, sin creer que pudiese llegar a conseguirlo, y le dijo que le entendía, pretendiendo una complicidad al saber que el motivo de su estado era que echaba de menos a esa extraña chica que hacía unos meses comenzaron a buscar, sin mucho éxito.

—Siento llevarte la contraria, Mac —le respondió Dan—. No tiene nada que ver con ella. No es nada de eso. Es por mi abuela, Erlinda. Esta noche ha fallecido.

Capítulo 24

No tiene nada que ver con ella

Mac no supo qué contestar. Dan no supo qué más decir.

Él se levantó, dejando atrás a los pocos familiares que tenía y los muchos conocidos que vinieron a presentar sus condolencias. Se encerró en una pequeña habitación contigua, aquella donde estuvo hablando horas atrás con el personal de la funeraria, preparando el sepelio. Quería poder hablar alejándose del dolor que se irradiaba alrededor.

—Lo siento mucho, Dan —fue lo que ella contestó. Esa frase sí que sonó auténtica, verdadera y sincera, no como la frase con la que inició la conversación—. Perdona por haberte llamado. No sabía nada.

—No tienes que disculparte por nada —fue lo que Dan le contestó —. La verdad, lo que más me apetecería ahora sería hablar contigo. Lejos de este sitio. Lejos de este lugar… ¿Sabes? Me encantaría que me contases algo, que me explicases cualquier cosa, como cuando nos sentábamos en un bar tomando un café. Creo que me vendría bien.

En ese momento, Dan se sentó en una de esas sillas modernas y minimalistas que coronaban una pequeña mesa de cristal. Mantenía una mano con el teléfono apretándolo en su oído, como si, al presionarlo fuerte contra él, pudiese meterse dentro y aparecer en otro sitio, en otro lugar lejos de allí. Su otra mano hacía de viga apuntalándose en su cabeza, saliéndole mechones de oscuro cabello

entre los tensos dedos que la rodeaban. Se preparó para hundirse y dejarse llevar por aquellas palabras que Mac le dijese al teléfono. Lo vio como vía de escape. Lo sintió como una necesidad. Pero hasta eso le fue negado ese día, ya que Mac colgó una vez que le dijo que tenía que irse y que le llamaría en otro momento. Un momento que nunca llegó.

La voz que imprimió en la despedida fue tensa y nerviosa. Muy diferente a la voz con la que le saludó hacía tan solo unos segundos. Como si ella se hubiese levantado rápido. Como si estuviese empujando algo. Esa sensación fue la que sintió Dan cuando, tras esa breve despedida, ella colgó.

Sentado como estaba, se sintió completamente abatido. ¿Soledad? ¿Tristeza? ¿Angustia? ¿Rabia? ¿Desesperación?… En su cabeza no acertaba a poner nombre a su estado de ánimo. Solo le venía un titular a su mente: agotamiento. Estaba cansado de sentirse abandonado por todo y por todos. Se marchó Abel, despareció Gwen, esa noche falleció su abuela. Y, ahora, Mac le había colgado. Se sintió la colilla gastada y lanzada de un no fumador. El tercer zapato de un dueño cojo. El guante de un manco. El entrecot de un vegano. La lámpara de un ciego. El peine de un calvo. El reloj en la muñeca de un muerto. El paracaídas guardado de un suicida, o, mejor dicho, el suicida que se lanza de un rascacielos sin el paracaídas que compró. El agua salada de un muerto de sed… No sé si me explico con exactitud, pero Dan no estaba nada bien.

Así fue como se levantó de la silla con pesadez y empezó a recomponerse ante el duro trabajo que le quedaba por delante. Primero, respiró hondo para cambiar esa expresión de suicida frustrado que tenía en la cara. Luego, sus hombros los fue alzando mientras cogía aire, como hinchándolos tras una larga respiración que parecía no tener fin. Y, por último, secó las dos únicas lágrimas que brotaron en escena ese día, sintiendo como quemaban por sus mejillas y que no recordaba ni cuándo ni cómo tuvieron la osadía de escaparse de sus ojos.

Tenía un duro día de trabajo. Su madre estaba destrozada por la muerte de Erlinda. Su padre, por mucho que a Dan le costaba creer, se encontraba en la misma situación. Nunca pensó que el fallecimiento de quien era su suegra fuese a derrotarlo de esa manera. Osorio, su padre, era una persona sencilla, que incluso podría decirse que rozaba lo pusilánime. Siempre había pensado que se llevaba bien con su abuela porque lo que tenía Erlinda de dura lo tenía su padre de blando. Por eso, ella le respetaba, porque se amoldaba a todos las embestidas que le lanzaba. Pero quizá estuviese equivocado. Viéndolo así ese día, desgarrado por la muerte de Erlinda, quizá significase que su padre sentía por su suegra aquello que ni siquiera sintió cuando

falleció su propia madre, hacía ya bastantes años.

Ante ese escenario, con los únicos dos puntales de su familia, su madre y su padre, quebrados por la muerte de su abuela, a Dan le tocaba hacer el papel de maestro de ceremonias. No es un título muy adecuado para el funeral, pero, pensándolo bien, parecía ser el más acertado. De esa manera, a falta de su hermano, Abel, que sería quien debería haber ocupado ese lugar, Dan hizo del Abel de repuesto que se esperaba de él. Así fue como se preparó para recibir las condolencias; sonreír las ocurrencias que dirían sobre su abuela; posar su mano sobre los decaídos hombros de su padre; enjugar las lágrimas incesantes de su rota madre; aguantar las embestidas de abrazos tristes; apuntalar sus hombros ante esas manos dando los últimos pésames; hablar con el personal de la funeraria; recoger las llamadas de aquellos que por la distancia no podrían venir el día de mañana al entierro; acompañar a los exhaustos conocidos a la pequeña barra donde les esperaba agua y una pequeña cafetera con pastas; hacer de lazarillo a otras ancianas y ancianos de camino al ataúd donde se mostraba su abuela; hablar con el *catering* para preparar algo de comer que nadie comería... Y siempre con una ligera sonrisa en su rostro suficientemente expresiva como para que no se viese lo destrozado que se encontraba, pero no falsa ni exagerada en exceso como para revelar toda la tristeza que tras ella escondía.

Le esperaban un par de días agotadores. Ya tendría tiempo de llorar por su abuela, ahora tenía otras cosas que hacer.

¿Habéis visto alguna vez a un enfermo terminal, sin energía, colocándose un pesado traje de Mickey Mouse, solo, sin ayuda? Pues creo que no hay imagen más acertada que refleje cómo se sentía. Ese fue Dan saliendo de la habitación.

Capítulo 25

Ese falso Mickey saliendo de la habitación

Dan estaba sentado en su cama, mirando hacia su escritorio, observando las cajas con las últimas pertenencias que quedaban de su abuela.

Viendo esas pocas posesiones huérfanas de dueña, ahora que la vorágine del dolor y las tareas del entierro habían acabado, se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos. No hacía ni una semana de la última vez que la vio y ya sintió que se le agolpaban en su mente mil y una cosas que quería decirle o que tendría que haberle dicho. Como si la realidad de no volver a verla nunca más le mostrase la cara más amarga de la eternidad, aquella donde la palabra *nunca* se saturaba de toda la crudeza de lo que significaba. En ese momento fue cuando Dan sintió esa angustia que te hace el nudo corredero en la garganta cuando eres consciente de la muerte de un ser querido. Esa falta de aire acompañaba a Dan mientras cogía y volvía a dejar en la caja los últimos recuerdos tangibles que quedaban de su abuela. A partir de ese momento, todo lo referente a Erlinda formaría parte del recuerdo. El mundo físico le había dado la espalda.

Entre sus cosas, encontró un gran sobre lleno de postales de diferentes lugares. Pero no eran postales normales, sino que todas estaban formadas por relieves que dibujaban el paisaje que mostraban de forma que con el dedo podrías seguir los surcos que se marcaban

en el duro cartón. Esas postales eran el detalle que a Alba siempre le gustaba llevarle cuando la visitaban mucho tiempo atrás, en un pasado mucho más dulce y calmado en el que Dan y Alba compartían sueños y cama. Aunque Dan descubrió que había muchas más postales que él nunca había visto. Le pareció enternecedora la idea de saber que Alba había continuado visitando a su abuela una vez que dejaron de salir juntos. Su abuela siempre le había dicho que Alba era una gran mujer. A Dan le extrañaba que se refiriese a ella como mujer incluso cuando empezaron a salir, con los veinte años recién cumplidos. Una nueva tanda de dudas y preguntas que nunca tendrían respuesta volvieron a abalanzarse en su mente. «Triste destino el de las preguntas que nunca podrán ser contestadas», pensó.

Siguiendo la búsqueda en esa caja de recuerdos, también encontró una pequeña libreta llena de dibujos. Era una libreta de tamaño de bolsillo, con las tapas arrugadas, recordándole las mismas arrugas del rostro de su abuela. Cuando Dan descubrió los trazos dibujados en la libreta, recordó que era suya. Le vino a la mente cuándo la perdió y que estuvo buscándola semanas. Incluso le preguntó a su abuela si la había visto en algún sitio y, justo cuando dijo la frase, recordó como su abuela soltó una risa irónica disculpándose por no haberla «visto», ciega como estaba. Así descubrió que su abuela, su recta abuela, también tenía sus mentiras piadosas, ya que sabía dónde estaba esa libreta que ella tenía escondida entre sus pertenencias.

El resto de cosas que aparecieron en la caja eran tan variopintas como inútiles para el uso, y empezó a ordenarlas como si estuviese en la guardería, por tamaño y forma, aunque no tuviesen nada en común. Ni siquiera le extrañó que él fuese el que se encargase de la tarea de cumplir la última voluntad de las propiedades de su abuela. Su madre, rota como estaba por el dolor, no tenía la fortaleza suficiente de bucear en tantos recuerdos. De esa manera, Dan hizo las funciones de Caronte de las pertenencias de su abuela y así fue como un lápiz lo colocó donde había un termómetro roto, varios juegos de palillos chinos sin abrir y la patilla rota de unas gafas. Por otro lado, donde estaban las postales, dejó unas estampillas de santos que seguro que su abuela no habría ni siquiera tocado, varios paquetes de pañuelos abiertos donde solo quedaba el último, uno de esos buscas de SOS con un gran botón rojo en medio que debía pulsar en caso de emergencia y una caja de caramelos. Así llegó a ordenar todo aquello que quedaba de la vida de Erlinda, una serie de objetos que nada tenían que ver con ella, pero que eran lo único que de ella quedaba. Dan, ante ese repertorio de trastos inútiles, fue consciente de que su abuela solo quedaba en su recuerdo, no en la herencia material que dejó tras de sí.

Cuando ordenó lo *inordenable* pasó a la caja de libros. Esa sí era la herencia auténtica de su abuela. Todos los libros los conocía, habían

pasado por sus manos y se los había leído. De esa manera, fue cogiendo libro a libro, como si del más preciado y delicado tesoro se tratase, y fue recordando y reviviendo aquellas interminables horas que pasó leyendo esas páginas a su abuela. «Ojalá hubiesen sido interminables», pensó. Pero como todo, el final siempre llega. Cuando vives la muerte tan de cerca, las palabras *final, acabar* y *terminar* se cuelan en todos y cada uno de tus pensamientos.

El antiguo ejemplar de *20 000 leguas de viaje submarino* le recordó lo mucho que disfrutó leyéndole a su abuela las aventuras del capitán Nemo, así como la cara de disgusto que mostraba cuando Dan se emocionaba leyéndole los pasajes luchando contra los monstruos marinos y el tartamudeo se mostraba tan intenso que parecía rayar la misma comisura de cordura de su abuela. O al ver *Alguien voló sobre el nido del cuco*, recordando la complicidad que sentía su abuela cuando en cierta manera se veía tan identificada con el jefe indio, quien en realidad era el protagonista del libro, como ella siempre le comentaba. Así fue colocando libros en los estantes, junto con los recuerdos que iban aflorando en su memoria. Sintió que era una de las formas más bonitas de pasar un duelo, decidiendo en qué estante y entre qué libros colocaba el siguiente.

Pero ese momento tan íntimo se rompió al descubrir en la caja un libro que no había visto nunca. Le recordó a aquellos cuadernos de firmas de la comunión, con los bordes anacarados y unas florituras plateadas dibujando ondas que adornaban la tapa y el dorso. No recordaba qué era, hasta que lo cogió entre sus manos y vio la dura tapa. Era el libro de condolencias.

«Este libro no lo he leído», pensó, dibujando una leve sonrisa ante esa absurda idea. Se sentó en la cama y comenzó a ojearlo. Le sorprendió poder discriminar solo leyendo esas frases de despedida a aquellas personas que sí conocían a su abuela, diferenciándolas de aquellas que solo habían pasado como un accidente por su vida. Frases como «una mujer de bondad infinita» o «llenaba de alegría allí por donde pasaba» pensó que sería más probable que las hubiesen escrito personas que se hubieran equivocado de entierro que de alguien que realmente hubiese tratado con ella. Su abuela era todo lo contrario. En cambio, aquellas frases de honda tristeza que decían cosas como «una mujer que siempre te daba un consejo» o «era tan elegante y tenaz como bueno su corazón» sí que dejaban ver que llegaron a conocerla. Se sorprendió por la cantidad de gente que había escrito alguna frase en ese libro que reunía las últimas palabras que recibiría su abuela, aunque llegaron algo tarde, como suelen llegar las buenas intenciones. No recordaba que hubiese tanta gente en el funeral. Aunque para ser más exactos no recordaba mucho de esos días. Al rememorarlos, los sentía como una foto estática, donde él estaba en medio, quieto,

paralizado, y alrededor suyo una bruma espesa iba cambiando de forma, sin permanecer en ninguna en concreto, dibujando rostros, brazos y llantos de personas que era incapaz de recordar.

En ese pensamiento se recreaba mientras giraba una de las páginas que le llamó la atención. Unas frases reclamaron sus ojos y exigieron su interés como si estuviesen señaladas con luces de neón. Un sencillo parágrafo escrito con una letra apresurada, como nerviosa por no tener tiempo para dedicarle la grafía requerida para la ocasión, inundó los verdes ojos de Dan, abriéndolos tanto que se podría leer el mismo texto invertido y reflejado en unas negras pupilas que parecían querer tragarse el mismo libro.

> *Gracias, Erlinda, por todo lo que has significado en mi vida. Todo el tiempo que vivimos, todo el tiempo que me has regalado permanecerá conmigo siempre. Vivirás conmigo en mi memoria. Te guardaré como el más preciado de los tesoros porque para mí eres el mayor descubrimiento que he tenido en mi vida. Eres la abuela que nunca tuve, la madre que siempre quise y la amiga que todo el mundo necesitaría tener. La última frase que me regalaste, el último consejo que me diste, aquel con el que nos despedimos hace unos meses, lo guardo y lo tengo presente para que me guíe en esta bruma en la que me ha tocado vivir. Tú eres mi faro y, allá donde estés, siento que seguirás guiándome como siempre lo has hecho en los pocos meses que nos hemos conocido, como sé que harás hasta que mi memoria se reúna contigo.*
>
> *Te quiere y siempre te querrá.*
> *Tu niña*

Esas frases escritas con una grafía torpe, como rasgando el papel, como si el llanto se viese reflejado en el temblor de las letras, y sobre todo ese «tu niña» que firmaba al pie de condolencia, tiraron por tierra la endeble estructura que mantenía en pie su cordura.

Recordó esos días en que su abuela se refería siempre a ella como «mi niña». A nadie más le regaló esa frase tan íntima. Esas frases solo podían significar una cosa. Ella estuvo allí, a pocos metros de él.

Dan cerró el libro de condolencias, guardó las pocas pertenencias que quedaban de su abuela y decidió que el momento de duelo tendría que dejarlo aparcado. Su abuela así hubiese querido que fuese, la conocía demasiado bien. Era el momento de continuar hacia adelante.

Y, con aquel escrito todavía grabado en su mente, supo qué tenía que hacer en ese momento. No sabía cómo ni de qué manera, pero sentía que había encontrado el camino de baldosas amarillas que seguir. Ahora solo tenía que unir las piezas. En su mente las sentía desordenadas, pero intuía que por fin las tenía todas.

Ahora sí. Sabía cómo encontrar a Gwen.

Capítulo 26

Sabía cómo encontrar a Gwen

El hipnótico traqueteo del tren le hacía compañía mientras sujetaba un trozo de papel donde estaba escritas unas direcciones y unos nombres de estaciones de tren. El ir y venir de árboles y postes eléctricos que veía tras la ventana los sentía como el pasar de las hojas de una novela donde él era el protagonista, pero en la que no tenía ni el control ni la voluntad de los acontecimientos. La vieja gorra que tenía incrustada en su cabeza ocultando parte del rostro le recordaba lo peligroso que era todo lo que se proponía. Y la mochila que tenía a sus pies, llena de todo aquello que nunca había llevado antes a una excursión, le confirmaba que iba a ser un viaje largo del que no sabía ni cuándo ni cómo regresaría.

Las últimas veinticuatro horas fueron una auténtica locura. Las recordaba como si se hubiese montado en un vagón de una atracción de feria, en una de esas montañas rusas destartaladas de cualquier circo ambulante, y los sucesos fuesen desarrollándose sin su control, en manos de un feriante psicópata, donde el final de la atracción le llevaba a un monasterio perdido en el interior de la montaña, a dos trasbordos y tres horas de camino. Dan llevaba más de una hora en ese tren, asustado, temiendo que en cualquier momento se parase en seco y alguien le atrapase. Aun sin saber quién sería: la misma policía o algo mucho peor. Todavía le faltaba parte del puzle, pero tenía lo

suficiente como para saber dónde estaba Gwen y lo peligroso que era ir tras ella.

Mirando ese veloz paisaje tras la ventana, rememoró los acontecimientos que se sucedieron el día anterior y que tuvieron como consecuencia descubrir dónde se escondía Gwen.

El detonante fue la cita que Gwen escribió en el libro de condolencias. Había sido ella, de eso no había duda. Una vez con esa crucial pista en su poder, empezó a repasar frenéticamente los sucesos que se sucedieron en el tanatorio y en el entierro, buscando algún rostro, figura o movimiento entre la gente que le mostrase a la Gwen que estaba seguro que había estado a pocos metros de él, pero que fue incapaz de poder verla, oírla o sentirla. Al comprobar que por esa vía no iba a obtener ningún resultado, empezó a deducir la forma en que ella pudo averiguar el fallecimiento de su abuela. De todas las posibilidades que se le pasaron por la cabeza, aquella por la que apostó fue el nombre de alguien: Mac. Era solo una suposición, pero, de la misma manera que en una partida de póker sabía qué tipo de jugadas tenía cada uno de sus oponentes, en ese momento sentía que la carta de Mac era la ganadora. Mac sabía sobre el fallecimiento de su abuela. Fue con ella con la que habló por teléfono y le dio la noticia. Ella fue la única que podría tener algo que ver con Gwen. Sentía que era Mac quien se lo había dicho a Gwen, pero no sabía todavía cómo estaba tan seguro de esa conexión. Con los ojos cerrados, apretando el libro de condolencias entre sus manos, le asaltó un recuerdo, fugaz como una estrella, en el que recordó una frase que las conectaba a ambas. Una frase que en su momento, cuando la escuchó, le llamó la atención como para saber que era importante, pero no llegó a descubrir por qué lo era. Ahora sí se dio cuenta, como cuando cualquier famoso arqueólogo que se precie sopla sobre un trozo de piedra y, tras desaparecer la arena, descubre el mensaje secreto que tanto tiempo llevaba buscando, revelándole la x que marca el lugar del tesoro. Esa era la frase que encajó la pieza de Gwen con Mac, fue aquella con la que Gwen acabó esa extraña conversación telefónica la última vez que en realidad habló con ella: «No has de tener miedo de olvidarme».

Con esa frase acabó Gwen su intervención y colgó el teléfono. Esa conversación, que durante un tiempo pensó que había sido fruto de su imaginación, en realidad fue la que le llevó hasta Mac, ya que en ese momento, rememorando esa frase, recordó dónde la había escuchado antes.

Fue poco tiempo atrás. El día de la despedida de Mac. Y fue él quien dijo esa misma frase: «Siento miedo. Miedo de olvidarla y que, tras ella, no quede nada». Esa escena y ese momento lo recordó vívido, como si hubiese acabado de suceder.

Rememorando esa frase, la sintió tan extrañamente conectada con la que Gwen le dijo por teléfono que sintió que no era una mera casualidad utilizar esas mismas palabras en contextos tan alejados. De esa manera lo intuía, aunque sabía que no era suficiente como para conectar a Mac con Gwen, pero era un primer paso. En ese momento que creyó intuir la relación que había entre las dos, se esforzó en consolidar esa hipótesis y encontrar aquello que la confirmase de forma inequívoca o la refutase sin opción de réplica. No tardó en encontrar aquello que corroboraría su suposición, aunque, para confirmarlo, tendría que entrar en la casa de Mac.

Capítulo 27

En la casa de Mac

Esa misma tarde se presentó en su casa con un temblor febril en las manos, recordando lo que sucedió la última vez que salió de esa puerta, absorto en su propia locura. Cuando Jessica le abrió la puerta, Dan le pidió que le dejase entrar, que quería coger un libro que Mac le prestaba.

Entrar en casa de Mac fue sencillo. Su compañera de piso no opuso ninguna resistencia, al contrario, pareció incluso alegrarse de verle. Una vez en su habitación, su compañera se excusó y lo dejó solo. Dan cerró la puerta de la habitación y comenzó a buscar el libro. Tenía que dar con él, aunque tenía un seco temor a encontrarlo. En sus sienes sentía el golpeteo incesante del recuerdo de lo que sucedió la última vez que vio ese libro de cocina, que le provocó la alucinación más terrorífica de su vida. Ese pensamiento le bombeaba el corazón, pero la esperanza de encontrarlo y confirmar todas sus teorías le apaciguaba de igual manera. En ese estado de tensa calma, fue buscando entre cajones y estantes el libro de *Cocina para una cocina chica*. Y, cuando lo encontrase, sabría qué tenía que hacer.

Cuando abrió un ancho carpesano de cartón y vio lo que escondía en su interior, todos sus pensamientos sobre el libro que buscaba se esfumaron, como si nunca hubiesen existido. Todo lo que descubrió entre esas tapas de cartón sacudió su cordura y le heló la sangre. Esas

hojas e imágenes que vio le confirmaron que todo lo que estaba sucediendo se le escapaba de su control. Se sintió como si fuese un pequeño ratón en un laberinto abrumador por su enorme tamaño, en el que no hacía más que dar vueltas absurdas en busca de un queso que jamás encontraría, observado desde arriba por unos ojos que lo escrutaban y jugaban con él, como un niño juega con hormigas en el parque. En ese grueso carpesano encontró fotografías suyas saliendo del restaurante, trabajando tras la barra, dirigiéndose a la residencia a ver a su abuela, en una cafetería hablando con Alba, caminando con la mochila de deporte hacia el gimnasio o viniendo de él, conduciendo hacia algún sitio, por los pasillos de la residencia, hablando con sus padres, apoyado en la pared esperando algo o a alguien, en la parada de autobús... Encontró decenas de fotografías suyas de su día a día, tantas y tan diversas que se podría montar un cómic de los últimos meses de su vida. En esas fotos encontró primeros planos de él, donde su cara ocupaba la totalidad de la imagen. Otras estaban realizadas a lo lejos, y bien seguro con un gran *zoom,* como esas fotografías de los famosos que salen en las revistas del corazón. Y, entre tantas imágenes, vio una fotografía que le recordó qué era lo que estaba haciendo en esa habitación. Esa imagen estaba tomada desde el exterior de un gran edificio, que resultó ser la residencia de su abuela. Apuntaba hacia la ventana de una planta superior. Supo que era la cuarta planta, porque tras esa ventana se veía a dos personas. No tuvo que esforzar mucho la vista para saber quiénes eran. Un rostro estaba cabizbajo, mirando con total seguridad la pantalla de un portátil que estaba situado frente a la ventana. Ese rostro era el suyo. El otro rostro estaba coronado por una densa melena y se encontraba detrás, como en un segundo plano, «dirigiéndose seguramente hacia la pequeña cocina», pensó Dan. Por supuesto, ese otro rostro era ella. Era Gwen.

Esa fotografía se la quedó. Por supuesto. Él tenía mucho más derecho de poseerla que esa extraña chica, Mac, por la que empezó a sentir odio y miedo a partes iguales. Odio por todas las mentiras que le estuvo diciendo durante el tiempo que pasaron juntos. Miedo por todo el daño que sentía que podría hacerle a él y a su familia.

Mientras recogía las fotografías, vio varios documentos, hojas sueltas, unos CD, *pendrives* y escritos que seguro revelarían información de él y de su vida. No quiso leer más, tenía que salir de esa habitación. Se sintió como aquellos domadores de leones con la cabeza dentro del felino depredador, sintiendo que en cualquier momento se cerraría la mandíbula, atrapándolo dentro. Cuando volvió a dejar el carpesano en el cajón, descubrió el libro que estaba buscando. Allí lo encontró, tras hojas y varias libretas, como si el mismo libro hubiese permanecido oculto y se asomase tras su escondite para poder encontrarse con Dan, con su legítimo amo,

porque, cuando lo abrió y hojeó sus páginas, descubrió que ese era el mismo libro que tantas veces había consultado con Gwen mientras buscaban la receta que prepararían al día siguiente. Las manchas de tomate, aceite y amor estaban en las mismas páginas donde las dejaron. Las anotaciones a pie de página de Gwen corrigiendo cantidades o procedimientos estaban con su misma letra, como si pudiesen hablarle a Dan. Las marcas indicando las recetas que más les gustaron permanecían en su sitio, en esos pequeños triángulos que quedaban al doblar la esquina de la hoja, confiriendo a esos platos el estatus de ser los mejores. Por supuesto que era el mismo libro que Dan le regaló a Gwen y, claro está, el mismo libro que él vio en casa de Mac y su maltrecha mente disfrazó de alucinación, provocando que se volviese loco. Provocando aquel aterrador episodio que sufrió la última vez que estuvo allí, en casa de Mac. En casa de la mentirosa y peligrosa Mac.

Con el libro en la mano y la fotografía escondida entre sus páginas, se marchó de ese lugar tras una rápida despedida de esa compañera de piso, que, al ver su reacción despreocupada, intuyó que nada sabía de la doble vida de Mac, como espía, delincuente o mafiosa. No sabía qué papel ocupaba Mac en todo lo que estaba descubriendo, pero seguro que era mucho más oscuro que lo que podría llegarse a imaginar.

Capítulo 28

El papel de Mac

El tren hizo parada en una gran estación de montaña. El freno y la voz de megafonía anunciando el nombre de la estación sacaron a Dan de aquellos recuerdos.

Se bajó del tren mirando a su alrededor, buscando a alguien que lo estuviese buscando a él, en un frenético pulso de espías donde perdería el que antes fuese encontrado, aunque Dan jugaba con una enorme desventaja, desconocía quiénes le perseguían. Y, por el contrario, sus cazadores sabían quién era él. La ingente cantidad de fotografías suyas que vio en casa de Mac le confirmaba que él era la presa, pero no le daba pistas de quiénes ni cuántos eran los depredadores.

Subió a otro tren, haciendo un trasbordo que no era necesario, pero que decidió realizar para poder despistar a quienes pudiesen estar siguiéndole la pista. Cuando se sentó en la parte más oculta que encontró en el tren, continuó repasando lo sucedido unas horas antes, una vez que descubrió que Mac no era quien él pensaba. Tenía en sus manos el libro de cocina y la fotografía. En ese momento recordó que se dirigió a casa de Albertho a solicitarle el mayor favor que jamás había pedido a nadie.

Lo que le explicó a ese amigo que sabría que siempre estaría para ayudarlo fue lo justo y necesario para que no lo tomase por un

completo desquiciado, aunque esa definición no difería mucho de cómo se encontraba en realidad. Le dijo que tenía la pista de Gwen, esa chica que desapareció, y que necesitaba conectarse a su ordenador.

Aquella aplicación residente que quiso instalar en el móvil de Mac para poder seguirla por la geolocalización de su móvil, finalmente, sí que la instaló, pero ni siquiera la llegó a comprobar. Mientras accedía a la web que le mostraría un mapa y el puntero donde se encontrase el móvil de Mac, volvió a recordar todas las mentiras y engaños que esa extraña chica de pelo y ojos tan negros le había estado arrojando desde el primer día que la conoció. Su rabia iba en aumento conforme iba rememorando cómo lo fue engañando y cómo fue manipulándolo hasta anularlo por completo. Las frases que le confesó tantas tardes al abrigo de un bar, hablando de esa misteriosa chica llamada Gwen y sobre lo que él sentía sobre ella, le agujereaban su maltrecho sentido del pudor, avergonzándose por haber estado tan ciego, por haberse dejado manejar de esa forma tan maquiavélica. Estaba braceando en ese mar de resentimiento hacia Mac cuando el deseado puntero rojo intermitente comenzó a aparecer en la pantalla. Realmente no tenía muchas esperanzas de que la aplicación se hubiese instalado, ya que no hizo ninguna comprobación cuando Mac lo descubrió, pero al final resultó que sí funcionó. De esa sencilla manera, a través de ese plan que desechó tantas semanas atrás, supo dónde estaba Mac. Incluso averiguó dónde había estado en cada momento, ya que podía consultar el histórico de la localización indicando la fecha y hora para mostrarle los movimientos que hizo en el pasado. Y eso solo significaba una cosa. Sabría dónde estaba Gwen.

Revisando los movimientos del puntero sobre el mapa las últimas semanas, desde que Mac se marchó, comprobó como pasó muchos días en una zona montañosa del interior, en un lugar donde coincidía una de esas abadías o monasterios de carácter religioso donde personas sin un nivel retributivo mínimamente holgado, por decirlo de alguna forma elegante, pasaban grandes temporadas recluidas entre unas gruesas paredes de tranquilidad y calma, o al menos así lo describía en su página web cuando lo consultó. Aunque con esa definición no llegó a saber qué era ese lugar. Al final, acabaría descubriéndolo.

Otro aspecto más que remarcable fue cuando, haciendo la búsqueda de la localización, los días del tanatorio y entierro de su abuela, el puntero que señalaba dónde estaba Mac en cada momento se desplazó hacia el mismo tanatorio. Ese día, ahogado por el dolor de la muerte de Erlinda, Mac estuvo a pocos metros de él. Y ese hecho hizo confirmar esa relación entre Mac y Gwen, una conexión de la que ya no tenía duda.

Dan fue anotando en unas hojas las diferentes direcciones y

trayectos que la pantalla del portátil le susurraba, como ese secreto recién revelado. Mientras Dan estaba absorbido por esa febril tarea, Albertho le preguntó por qué no lo consultaba en su casa. Lo preguntó más por curiosidad que por reprocharle nada, entre amigos como ellos no existen los reproches. Dan le contestó que tenía su portátil y su móvil intervenidos, pinchados. La extraña mirada de su amigo necesitó más explicaciones, así fue como Dan le aclaró que le estaban siguiendo. No sabía quiénes, ni desde cuándo, ni qué áreas de su vida tenían controladas, es por eso que no podía utilizar ni su móvil ni su portátil. Después de haber visto el exhaustivo dosier de sí mismo en la habitación de Mac, supo que cualquier previsión sería poca. Fue por ese motivo que se dirigió a casa de Albertho para confirmar en su ordenador si la aplicación que instaló en el móvil de Mac todavía funcionaba. De la misma manera, fue a ese amigo a quien le pidió dinero suficiente para poder subsistir varias semanas, ya que no se atrevía a retirar dinero de su cuenta en ningún cajero. No sabía si esa información la podrían utilizar quienes le estaban siguiendo.

Y, para acabar, el último favor que le pidió fue que le prestase ropas para ocultarse, incluidas gorra, chaqueta y gafas de sol. Para acabar el disfraz de prófugo, se llevó la mochila que Albertho utilizaba para las salidas a la montaña que su deportista amigo hacía de forma periódica, como gran aficionado al alpinismo que era. La llenó de cualquier cosa que pudiese necesitar: comida, ropa aislante, un pequeño botiquín de primeros auxilios, una tienda de campaña y varios aparejos de montañismo que Dan jamás había utilizado, pero que no estaría de más llevar por si acaso. Solo sabía que iba a una zona montañosa, apartada, donde solo se erigía un antiguo monasterio. Ante esa escueta información, toda preparación era insuficiente.

Cuando se despidió de Albertho con uno de esos pocos abrazos que se dan entre amigos, pero que marcan y definen la relación que existe entre ambos, le pidió que no le dijese a nadie que se marchaba. Ni a sus padres, ni a Alba, aquella amiga que compartían y que era una de las únicas que conocían la historia de Gwen. Dan le confirmó que se desharía de su móvil, así que no podría ponerse en contacto con él, pero que, en el momento que pudiese, él le llamaría para informarle. También le confirmó que no iba a decirle nada a sus padres, así que, si no tenían noticias de él en una semana, le pidió que hablase con sus padres no por teléfono, sino en persona, y le explicase que se había escapado con Gwen y que los llamaría en cuanto pudiese. Pensó que una mentira a medias sería suficiente para tranquilizar a sus padres.

Y, con esa sensación de no tener el control de nada, su mente volvió a ese viejo tren que se dirigía montaña arriba. Una sensación de soledad y desasosiego iba superponiéndose a su nerviosismo, con más

fuerza a medida que las estaciones iban pasando y se acercaba a ese destino que tenía escrito en un trozo de papel, con esa irregular letra que tiene el miedo cuando escribe.

Apartó la vista de la hoja. El tren había llegado a su destino. Próxima estación, Gwen.

Capítulo 29

Próxima estación, Gwen

Un aroma a fresco verde envolvía el camino que subía hacia una gran edificación en forma de monasterio, oculta tras filas de árboles. El estrecho y vivaz riachuelo que Dan cruzó por un puente de madera le recordó la gran altitud en la que se encontraba. La pesada mochila que llevaba a cuestas empezó a agravarse y a entorpecer la marcha cuando llevaba más de una hora de camino, una travesía en donde solo se encontró con tres personas haciendo el camino contrario, hacia el pequeño pueblo de montaña donde le dejó el tren. Dan se apartó hacia el lateral del camino al escuchar los pasos de ese séquito, ocultando su rostro con el temor de encontrarse con alguno de los misteriosos perseguidores que lo estaban buscando. Cuando, de cada una de esas personas que se encontró, vio los ropajes rurales y la cantidad de años que llevaban encima, desechó esa idea.

Pasada una hora más, llegó a las puertas de ese extraño monasterio. «Monasterio Santa Catherine», mostraban las letras cinceladas en la gruesa piedra, encima de la puerta. Estaba abierta, era de libre entrada. «No voy a desechar tanta hospitalidad», pensó.

El fuerte aroma a cerrado y sudor le sobresaltó nada más cruzar la puerta. Encontró un grupo de ancianos que estaban jugando al dominó. Por la cara que pusieron, les extrañó su presencia y eso no le gustó a Dan. Tenía que sentirse invisible, no le convenía destacar en

nada. Siguió caminando y entró en una amplia sala, tan diferente a la anterior como si hubiese cambiado de decorado de teatro, ya que unas baldosas de un blanco apagado llenaban la estancia, ocultando las paredes de piedra que seguro permanecían ocultas tras esa imagen fría de comedor de hospital. Resultó ser una especie de recepción, donde una mujer, mayor para ser secretaria, pero joven para el lugar donde se encontraba, hacía las funciones de recepcionista. Dan le preguntó si se podía hospedar para pasar la noche, a lo que le respondió que esto no era un hotel. «Entonces, ¿qué es? ¿Un Parador?», le preguntó Dan. La respuesta no le aclaró mucho la naturaleza del lugar, lo único que sacó en claro era que estaba en un lugar de meditación y reposo para gente indigente que estaba subvencionado por una orden de religiosas, las hermanas Catherine. «Una especie de edificio de beneficencia religioso», etiquetó Dan en su mente. Ante esa explicación y el rechazo de esa mujer, supo que no podría pasar la noche en el lugar. Buscaría otra opción.

Comenzó a dar vueltas por las instalaciones, bajo la mirada de las pocas personas con las que se iba encontrando. La gran mayoría eran ancianos desolados y oprimidos por la tristeza, vestidos con gruesas y oscuras chaquetas de franela, y gorros de lana para resguardarse del frío. Se familiarizó con cada una de las grandes estancias que formaban un caótico laberinto de pasillos y puertas. A cada esquina que descubría, cada puerta que abría, cada escalera que bajaba, una dulce ansiedad agitaba su pulso ante la posibilidad de encontrarse con Gwen. Una sensación que se fue apaciguando a medida que las caras que veía en los cuerpos cabizbajos no correspondían a quien estaba buscando. Esa sensación febril iba cambiando a un tenso temor al sentir que quizá estaba equivocado y que en ese extraño lugar no la encontraría. Sin esperanza por volverla a ver, llegó a una amplia sala que hacía las funciones de comedor y, tras el mostrador metálico y de vacías bandejas, sucedió lo que tanto ansiaba y, al mismo tiempo, deseaba. Allí estaba ella. Por fin la encontró.

Capítulo 30

Allí estaba ella

Ella se encontraba limpiando aquellos recipientes que en pocas horas se llenarían de comida para la cena. Estaba lejos para ver todos los detalles de su rostro, como sus ojos azul turquesa o sus finos labios, pero no le hizo, falta. El movimiento de sus brazos, el ladeo hacia la izquierda de su cuello mientras se concentraba en una tarea, la cadencia firme de su caminar, toda el aura que rodeaba a esa chica que ahora tenía un cabello muy corto era sin lugar a dudas Gwen. La había encontrado, había llegado al final de un largo camino que empezó cuatro meses atrás, pero, por extraño que pareciese, no supo qué hacer en ese momento. Como aquel estudiante que ha acabado la carrera universitaria y ahora, con el tan ansiado título entre sus manos, no sabía cuál era el siguiente paso. Como aquel perro que lleva persiguiendo incansablemente al gato de la buhardilla y, cuando al final lo tiene acorralado y paralizado a su merced, no sabe qué hacer con él. Así se encontró, paralizado, confundiéndose con las sombras que vestían las paredes, mirando a quien tanto ansiaba encontrar y, al mismo tiempo, descubrir que no sabía qué hacer.

En ese momento se dio cuenta de que no tenía ninguna esperanza de encontrarla. Si en algún momento hubiese creído que iba a verla, hubiese pensado en algo que decirle, algo que hacer, algo que sentir. Pero no había nada, solo un barranco insalvable formado por unas

toscas mesas de comedor y un vacío en el pecho que no supo etiquetar.

Así fue como hizo lo único que podía hacer: retirarse con la satisfacción de haberla encontrado. Dejaría para después el momento de hablar con ella, aunque no supo si después sería suficiente tiempo.

Dan pasó la noche en un albergue que le indicó esa recepcionista de edad incierta. En el incómodo colchón donde intentó dormir, organizó la insufrible cantidad de ideas y emociones que viajaban por su cuerpo. Lo único que sacó en claro era que lo mejor que pudo hacer fue no hablar con ella, no encontrarse cara a cara con ella. Todo lo que la rodeaba tenía el apellido de peligroso. Y se sintió abandonado de plan y objetivo, como si jugase a un extraño juego de mesa, a mitad de la partida y no conociese las reglas.

A la mañana siguiente, antes de dirigirse de nuevo al monasterio, exploró la boscosa zona que había en los alrededores, una tarea que le llevó toda la mañana, aunque fue productiva, ya que encontró una construcción medio derruida, que hacía varios años seguro fue un refugio o cobertizo para resguardarse de las inclemencias del bosque. Bautizó ese emplazamiento como su base madre y escondió tras unas rocas la mochila y los pocos enseres de supervivencia que llevaba. Su intuición sobre lo que sucedería los próximos días no le falló y agradeció doblemente el haberse equipado tan bien para todo el tiempo que intuyó que iba a pasar allí.

El plan que llevaría a cabo cuando volviese al monasterio lo planificó por la noche y lo maduró durante la mañana, mientras exploraba el bosque. Ahora, una vez que había comido una sosa barrita energética y se había aseado, lavado los dientes y perfumado, comenzó la ejecución de su plan. El plan para volver a reencontrarse con Gwen.

Capítulo 31

El plan para volver a reencontrarse con Gwen

La gruesa cocinera del monasterio le dio un trozo de papel a Gwen. Ese fue el inicio del plan.

Gracias por asistir al funeral. Te espero en la bodega.

Dan no pudo ver la reacción de Gwen cuando leyó la nota. Su imaginación no quiso inventarse qué expresión habría podido reflejarse en su rostro, solo permaneció quieto, esperando oculto entre las columnas de la bodega que se encontraba en un nivel inferior, al otro lado de donde se encontraban las cocinas. Pensó que los quince minutos esperando su llegada se le antojaron largos como un parto, aunque no supo si esa expresión sería cierta, ya que nunca había asistido a ninguno, el suyo no contaba. La puerta que coronaba unas estrechas escaleras que subían hacia la planta principal se abrió, mostrando unas finas piernas que hacían bailar los anchos pantalones blancos que las vestían. Bajaron las escaleras escalón a escalón, como en una película de terror donde el niño baja al sótano a buscar cualquier cosa para que el monstruo de turno lo devore, aunque no había ni la tensa música ni el monstruo que acechaba, solo quedaba el frenético latido del corazón de Dan. Paso a paso, escalón a escalón, se fueron mostrando unas manos de mujer, unos caídos hombros y, al final, el rostro de Gwen. La tensión contenida en cada palpitación se liberó y Dan comenzó a salir de su escondite.

Vio a una Gwen muy distinta. Con ese pelo cortado en exceso, mostrándole la nuca, teñido de un fuerte color caoba que ocultaba el moreno cabello que conoció en la residencia. «Le sienta bien el cambio», pensó Dan, ya que el pelo cortado de esa forma tan agresiva, mostrando un tímido flequillo que despuntaba su frente, aumentaba el azul de sus ojos, sintiéndolos como si estuviesen ganando terreno a la frente y pómulos.

Unos gritos rompieron la escena. Detrás de la puerta, donde unos segundos antes Gwen apareció, dos hombres le gritaron que dónde iba. Uno de ellos la agarró del brazo y le exigió que le enseñase la nota, aquella que la cocinera le dio minutos antes. Gritaron e increparon a Gwen para que les confesase quién era el autor de esa frase. El otro hombre no hacía más que recriminarle que, si alguien sabía que estaba allí escondida, tendrían que huir de nuevo.

El caos a tres voces, dos de los hombres gritando y una de Gwen disculpándose, acabó cuando ella les confesó que no sabía quién era, alegando que quizá había sido uno de los conserjes o alguno de los repartidores que le llevaban la comida a las cocinas.

En ese momento Dan supo que no tendría que revelar su presencia, no todavía. Le faltaba conocer mucho metraje al guion que estaba representando como para entrar en escena. Mejor esperar y, con esa idea, entre cobarde y prudente, volvió a esconderse tras las columnas. Gwen volvió a subir las escaleras, buscando entre las sombras quién sería el autor de esas palabras que se estaban desdibujando en el pequeño papel arrugado entre el sudor frío de sus manos. Dan, al ver sus ojos coronados por el miedo, no pudo interpretar esa expresión. No supo leer en su rostro si ella había intuido que él era el autor de la carta o si, por el contrario, pensaba que era alguna especie de trampa para darle caza. Cuando ella lo averiguó, ya sería tarde.

Lo único que Dan pudo aclarar en ese plan que no hacía más que redefinir a medida que los nuevos acontecimientos le golpeaban fue que tendría que desaparecer, pero sin marcharse. Así fue como diseñó la que sería la parte final de su plan. Ese fue el comienzo de cómo todo acabó.

Capítulo 32

El comienzo de cómo todo acabó

Tardó cuatro días en volver al monasterio. En ese tiempo puso en marcha ese arriesgado plan que su cabeza fue diseñando.

Cuando volvió a ver a Gwen, ella estaba detrás de la vitrina del comedor. «Ha ascendido de auxiliar de limpieza en una residencia a auxiliar de cocina en un monasterio», pensó Dan, aunque no supo si eso podría llamarse ascenso. Siempre tiraba de ese extraño humor entre cínico e irónico para poder sobrellevar la tensión. Esos días que pasó espiándola los utilizó más que de costumbre. Eso sí, siempre consigo mismo. La soledad hace que te conviertas en tu mejor amigo.

Vio como dos hombres jóvenes, de unos treinta años, de forma sistemática se turnaban en las inmediaciones del comedor y de las salas comunes para controlarla, como si fuesen guardaespaldas camuflados. No era complicado detectarlos, ya que su presencia resaltaba entre el resto de los indigentes y ancianos que poblaban los pasillos y salas del monasterio. Dan no se preocupó en exceso de ellos, ya que supo que Gwen los conocía. Las miradas que se enviaban, como si se pasasen un reporte diario de la situación, delataba el conocimiento mutuo y la aceptación del uno sobre el otro.

Aún con la presencia de esos individuos que parecían estar allí para protegerla, el miedo que emanaba de las huidizas miradas de Gwen le confirmó a Dan que algo no iba bien. Tuvo que llegar una nueva

semana para que todo volviese a una tensa normalidad. O así lo pensó Dan al ver que esos guardaespaldas distanciaban sus visitas o Gwen hablaba de una forma más distendida con esa gruesa cocinera que la acompañaba.

Si os preguntáis cómo pudo Dan espiar de forma tan directa y fidedigna a Gwen sin que ella ni sus extraños guardaespaldas se diesen cuenta, la respuesta la encontraréis en que Dan se volvió invisible. No invisible de incorpóreo, por supuesto, sino que se puso un disfraz que produjo el mismo efecto. Ese disfraz estaba formado por una silla de ruedas que robó de una de las salas de la enfermería del monasterio y a la que se dedicó a envejecer y estropear a base de golpes para llegar a convertirla en una silla mugrienta con viejas ruedas. Se puso ropas y mantas viejas y sucias, suficientes para darle la imagen de un mórbido marginado. Cubrió su rostro con una poblaba barba que le creció en la última semana que hacía que no se afeitaba, y el resto de cabeza la ocultó debajo de un grueso gorro de lana, de esos con grandes alas caídas que tapaban las orejas y que, anudadas debajo de su mentón, le daban la imagen de un fantasmagórico piloto de la Segunda Guerra Mundial. Una de las piernas, la derecha, la mantenía doblada debajo de la ropa, enseñando solo la izquierda para dar la sensación de que, además de vagabundo, tenía una pierna amputada. Aunque se arrepintió al segundo día de esa idea debido al tremendo dolor que sufría cuando, tras la dura jornada de vagabundo espía, estiraba la pierna plegada, sufriendo el entumecido dolor por mantener tan forzada pose. Llegó a pensar que, si seguía así, acabaría de verdad con esa pierna cercenada.

Si esa imagen grotesca no tenía el efecto suficiente como para que el mundo lo ignorase por completo, la ausencia voluntaria de higiene y jabón hicieron el resto para ahuyentar a cualquier persona que se acercase a él. Y lo mejor de todo era que esa horrible imagen no desentonaba con el resto de los inquilinos del monasterio. Se convirtió en alguien invisible que se camuflaba con la triste estampa que fluía por los pasillos de ese extraño lugar.

Y, para finalizar con ese disfraz de espía, siempre llevaba consigo sus dos *herramientas de trabajo,* como él las denominó. Una barra de hierro oxidada y roída, que llevaba oculta como arma improvisada, y, en un bolsillo del chaquetón, un periódico para hacer que leía y ocultar su rostro en el momento que alguien se acercaba a él. Esos pequeños objetos le recordaban que no era un vagabundo, sino una especie de investigador secreto. Una idea que tenía que repetirse a sí mismo después de tanto tiempo que llegó a pasar rodeado de esa mugre y hedor.

Dan erosionó su cordura en las dos semanas que estuvo observando todo lo que sucedía alrededor de Gwen. Su rutina consistía en ir a

primera hora de la mañana desde ese refugio improvisado donde dormía al monasterio y volver a última hora de la noche, poco antes que las puertas que permanecían abiertas todo el día decidiesen que era momento de finalizar su caritativa hospitalidad.

En los primeros días escondido en esa silla de ruedas destartalada y bajo capas de ropa mugrienta, le extrañó que nadie reparara en su presencia. Solo durante el primer día le preguntaron quién era y si necesitaba alguna cosa. El mutismo fue su respuesta y fue suficiente para que olvidasen que estaba allí, adquiriendo más el estatus de mueble que de persona. Incluso, cuando se acercaba a la barra donde servían la comida y veía como ese rostro de ojos azul turquesa y cabello caoba le servía una bandeja de comida entre tibia y fría, se sorprendía de que Gwen no reparase en que era él quien estaba a un escaso metro de ella. Se sentía invisible, y quizá pasó a serlo. «La etiqueta de indigente tiene superpoderes», pensó Dan en esos pocos momentos de lucidez, que, según avanzaban los días, llegaron a desaparecer.

Cuando acababa el día y volvía a ese agujero propio de un demente donde descansaba, las paredes vieron como Dan iba abstrayéndose en sí mismo, hasta olvidarse de quién era. Le obsesionaba la idea de ayudar a Gwen, aunque no sabía cómo ni de qué manera. Al mismo tiempo que ansiaba ser su salvador, se convirtió en una condena para él mismo, ya que cada soplo de energía que invertía en Gwen se lo restaba de su propia humanidad. La idea de salvar a Gwen se convirtió en el mantra que le transformó en algo parecido a ese asesino que días después descubrió que resultó ser.

Fue en uno de los artículos de esos periódicos que tuvo entre sus manos donde una noticia de la página de sucesos le asestó tal nocaut en su cordura que un frío miedo golpeó en su vientre, debajo de kilos y kilos de suciedad, y casi le hizo vomitar los pocos alimentos que comía esos días.

Esa noticia, a media página, con una fotografía suya en el centro, a todo color, le recordó que estaba jugando a un juego muy peligroso. El titular de la noticia era el siguiente:

PELIGROSO PEDÓFILO ASESINO, QUE YA HA AGREDIDO SEXUALMENTE Y ASESINADO A VARIAS DECENAS DE NIÑAS Y NIÑOS MENORES DE EDAD, SE ENCUENTRA HUIDO DE LA POLICÍA EN PARADERO DESCONOCIDO.

En cuanto se aseguró más veces de las necesarias de que ese rostro era el suyo, continuó leyendo la noticia que alertaba que ese pedófilo y asesino estaba oculto. El artículo remarcó en tres ocasiones lo peligroso que era y que se pusiesen en contacto con las autoridades

ante la más mínima sospecha de haberlo visto. Pensó Dan que el relato que seguía sobre las violaciones y los asesinatos que se le atribuían, aparte de ser falsos, le resultaron demasiado gráficos y obscenos, siendo excesivos como para publicarlos en un periódico de tirada local.

Dan miró la fecha del periódico y vio que era del día anterior. Al leerlo, entendió por qué había más guardaespaldas por los pasillos.

Pero, de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, aquello que abrió en canal su ya de por sí mermada cordura fue ver en el rostro de Gwen una alegría extraña. Estaba contenta, risueña. Podría incluso afirmar que la vio feliz.

Dan no entendía nada. Tendría que seguir esperando bajo ese disfraz de felpa, mugre y lástima, alimentando su locura a cada día que pasaba.

Capítulo 33

El disfraz de felpa, mugre y lástima

Tan solo pasaron veinticuatro horas para que todo se rompiese de una forma que nunca podría haber previsto. Al día siguiente, mientras Dan seguía invisible en la misma esquina de siempre, debajo del disfraz de inválido y mórbido vagabundo, sintió como alguien se acercaba corriendo, con una agilidad y urgencia ajenas y extrañas a la naturaleza del monasterio.

El rostro de Dan se giró hacia esas zancadas que se acercaba desde el final del pasillo. A quien vio fue a aquella persona que había hecho posible que descubriese el paradero de Gwen. Aquella persona que una vez llegó a considerar algo parecido a una amiga y confidente, y por la que llegó a sentir algo más que amistad. Aquella chica que al final, una vez descubiertas las mentiras, llegó a engañarle tanto y de forma tan descarada que pasó a odiarla y repudiarla cada vez que pensaba en ella. Aquella chica que esperaba ver en ese monasterio, pero a la que todavía no había visto desde el día que llegó, hacía ya dos semanas. Esa chica era Mac.

La cara de urgencia y terror que tenía, los largos pasos desordenados que imprimía al correr, la ropa compuesta por pantalón y sudadera deportivos, grises y anchos, e incluso el rostro despeinado y falto de cualquier sombra de maquillaje, como si se acabase de levantar de la cama, delataban que algo estaba pasando o que algo

estaba a punto de suceder. Dan asió con fuerza esa barra metálica y oxidada que siempre guardaba bajo los kilos de ropa sucia que la escondían y respiró fuerte, tensando cada uno de sus músculos, alertando sus ojos ante la mínima señal de peligro, sin llegar a averiguar por dónde atacaría. Se sintió como cuando escuchas la tormenta, pero desconoces el origen de los rayos, de los que solo ves el centelleante reflejo.

Mac pasó a escasos centímetros de Dan. No reparó en él. Se dirigió a las cocinas. En su mano llevaba un *walkie-talkie* grueso, como el de los policías. «¿Es policía de verdad?», pensó Dan. No le importó la respuesta, lo primordial ahora era Gwen y su seguridad. Una seguridad que se encontraba en severo riesgo. Así lo intuyó, y esta vez no erró.

Dan dirigió su mole de suciedad hacia donde hacía un segundo desapareció Mac, en dirección al comedor, imprimiendo una urgencia en la silla de ruedas que llamó la atención de los ancianos andrajosos que pululaban por el pasillo. Su careta se estaba desvelando, empezaba a disiparse su invisibilidad. No le importó. Llevaba esperando semanas oculto en esa esquina para lo que estaba a punto de suceder, aunque todavía no sabía cuál era su papel.

Entrando en el comedor, una de las puertas que tenía detrás, aquella que venía del *hall* principal del monasterio, se abrió. Los pasos de tres personas caminando a la vez comenzaron a resonar con fuerza, con pausada agilidad, como fingiendo que paseaban mientras lo que en realidad hacían era correr a medio gas. Sonaban como los pasos de cientos de cucarachas en un suelo de duro mármol, retumbando el eco entre las altas paredes y lejanos techos. Pasaron al lado de Dan, esquivándolo, envolviéndolo, como un río que se bifurca al encontrar una roca y vuelve a unirse una vez que la deja atrás. En ese momento, cuando los tenía a su nivel, pensó que su impresión fue bastante acertada: eran como horribles insectos corriendo. No falló mucho en esa imagen. Vestían oscuros, dos de ellos con gabardinas negras y otro con una ancha chaqueta de cuero marrón e igualmente oscura, como la de sus compañeros. Parecían alimañas. La imagen de hienas fue la que se dibujó en la mente de Dan. Hienas buscando su presa. Uno de ellos, el de la chaqueta que parecía de un aviador, hizo ese movimiento que en un inicio pareció que se estaba remetiendo la camisa por la parte trasera del pantalón, como si la estuviese hilvanando en su mismo trasero, pero resultó algo distinto. Era el movimiento para coger el arma que llevaba escondida, desenfundándola con la teatralidad propia que había visto en las películas de cine negro. Esa señal fue la que Dan buscaba, la escena final había empezado.

Fue así como desenroscó su pierna derecha, aquella que fingía

tener amputada, y la estiró. Miles de agujas de dolor le recordaron a Dan esa antinatural postura. Se levantó y dejó caer las sábanas, cojines y mantas mugrientas al suelo. Tan solo uno de los ancianos se dio cuenta de la transformación de viejo a hombre, del milagro de la invalidez a la sanación. Poco le importó a Dan ser descubierto, ya todo daba igual, solo importaba salvar a Gwen.

La cojera que le impedía avanzar tan rápidamente como él hubiese querido fue desapareciendo tan pronto como el dolor dejó de irradiarle la pierna. Esa molestia dejó de sentirla no por ausencia del martirio, sino porque la mente de Dan estaba alejada de su propio cuerpo. Sintió como, a cada paso que daba, su alma y pensamiento avanzaban el doble que su apestoso cuerpo. Sus ojos enrojecieron de rabia, su mentón se tensó, aprisionando sus mismos dientes ante la rabia y el miedo. Los nudillos de su mano derecha se volvieron blancos como el hueso, apretando la barra metálica que asía como arma. Y su corazón empezó a enlentecer su marcha, justo lo contrario que su respiración y su odio. Le recordó a aquella versión de sí mismo cuando tenía diecisiete o dieciocho años, en medio de alguna de esas peleas que se sucedían tras una de esas partidas de póker clandestinas, donde Dan ganaba y todos perdían, y querían anivelar la balanza a base de golpes y patadas. Esa misma versión hizo aparición después de tantos años en ese monasterio, pero con más odio, con más rabia y con más fuerza. En ese momento, cojeando en ese extraño monasterio, Dan tenía algo por lo que luchar, cosa que no sucedió en las peleas tras las partidas de cartas en esos años en los que Dan no tenía nada que perder, porque era él quien estaba perdido. Pero ahora estaba en juego Gwen y su propia vida. No podía fallar. Esa vez tenía algo por lo que de verdad luchar, por lo que valdría la pena morir.

Enfrascado en ese recuerdo del Dan ludópata, vio como uno de los tres misteriosos individuos se quedaba solo en el comedor, como explorando la zona. Los otros dos entraron en la cocina. Lo intuyó así Dan no porque los viese entrar, sino por el batir de las puertas en leve movimiento y las voces de sorpresa de la gruesa cocinera. Dan, al ver que en el comedor solo quedaba uno de esos hombres armados, no lo pensó ni una sola vez, quizá porque dejó de pensar minutos antes, y dejó caer la barra de hierro con todas sus fuerzas en la cabeza del desprevenido asesino. El cuerpo de ese corpulento hombre se desplomó en el suelo, con una mano sujetándose la cabeza donde la barra de hierro había abierto una herida sangrante y la otra mano sujetando la gruesa pistola, que a Dan le pareció obscenamente negra y pesada. El asesino giró la cabeza buscando el origen del dolor, cuando un nuevo golpe volvió a bajar, esta vez en la frente, con el objetivo de poder llevarlo a una inconsciencia que le permitiese a Dan seguir a los otros dos asesinos.

No lo consiguió. Seguía retorciéndose en el suelo, pero ahora sin la pistola en la mano, ya que Dan se la había arrancado con una seca patada. Dan pensó en cómo lo hacían en las películas para con un solo golpe dejar inconsciente al malo genérico de turno. Pensó que quizá el cine no fuese muy fidedigno en esos temas mientras un tercer y definitivo golpe consiguió dejar dormitando en un doloroso sueño al primero de los tres asesinos.

Entró corriendo en la cocina, ya sin la cojera que le frenaba la marcha. Antes cogió la pistola de quien unos segundos atrás era un amenazante asesino y ahora parecía un saco de ropa sucia en el suelo, la metió en uno de los cajones de la cocina, como si ese fuese suficiente escondite, y comenzó la búsqueda de los otros dos.

Cuando Dan entró en la cocina y vio a la gruesa cocinera asustada, le extrañó la forma en que lo miró. Como si viese a un perro volando o un pájaro ladrando. Una imagen a fin de cuentas que no encajaba con la realidad.

Dan hizo caso omiso a la parálisis de la cocinera y le preguntó dónde habían ido los dos hombres que acababan de pasar por las cocinas. Le extrañó oír su propia voz. Le sonó ronca, extraña, ajena. Hacía dos semanas que no había hablado nada, ya que no hizo otra cosa que permanecer oculto y mudo. Su voz por el desuso le recordó a su misma pierna entumecida, enquistada por lo estático y quejándose en su despertar.

La cocinera no le respondió. El miedo afloró en el ligero temblor que hacía vibrar sus gruesos dedos. En ese momento Dan recordó la nefasta imagen que debería mostrar. Sucio, andrajoso y con barba de dos semanas, con un cuerpo quejándose por la ausencia de agua e higiene personal, con las ropas pegadas a la piel por el sudor y un hedor que, de lo denso, intuyó que podría verse, como el calor cuando emana de una carretera en pleno agosto. Si alguien viese esa escena, Dan con esa imagen de pesadilla y una barra de hierro sangrante en la mano, seguro que afirmaría que el malo de la película indudablemente era él.

De todas formas, no necesitó que la cocinera dijese nada. Una rápida mirada que la asustada mujer envió hacia la puerta le bastó a Dan para descubrir la vía de escape que habían tomado. Sin pensarlo salió corriendo por esa puerta, cruzando un pasillo que lo llevaba a la parte trasera del monasterio, aquella donde entregaban las mercancías para las cocinas. La imagen de árboles infinitos que llenaban el horizonte le sumió en una creciente ansiedad al no saber qué camino tomar, quizá por la inexistencia de un mismo camino, ya que todo era campo a través.

Comenzó a dar vueltas por la zona buscando en el suelo, en los árboles o en el horizonte pistas que le llevasen hasta ellos, pero sus

ojos no consiguieron esa información. Fueron sus oídos los que le ofrecieron una señal. Un seco sonido, como si un grueso martillo se dejase caer sobre un yunque de hierro. Ese disparo delató su origen, marcando el destino al que Dan tenía que dirigirse. Todavía permanecía el eco que emitió la pistola cuando Dan corrió en su busca ante el miedo de perder la pista que lo llevaría hasta ellos. Que salvaría a Gwen.

Dan no sintió los arañazos que las ramas de los árboles dibujaban en sus brazos, como si fuesen los días marcados por un reo en la pared de su celda. Dan tampoco reparaba en el dolor del brazo causado por golpear con tanta saña y fuerza a aquel tipo que ahora estaba tumbado en el comedor. Dan ya no era Dan. Era como una bola de fuego ausente de conciencia, rellena de odio y miedo a partes iguales, sin ningún otro objetivo que avanzar, sin saber hacia dónde. Dan dejó de ser Dan y pasó a ser algo diferente. Pasó a ser solo el instintivo deseo de salvar a Gwen.

Capítulo 34

El instintivo deseo de salvar a Gwen

Cuando Dan llegó donde se originó aquel disparo, la imagen que se reflejaba en sus ojos fue el detonante de lo que acaeció a continuación. Vio a aquel hombre con la chaqueta de cuero marrón de espaldas, arrodillado en el suelo, aunque la chaqueta no la llevaba puesta en ese momento, estaba tirada a su lado. Sus manos estaban ocultas a la vista de Dan, manipulando algo en su pecho o en sus pantalones. Sí, estaba desabrochándoselos. Lo supo por el débil tintineo que hizo la hebilla al desprenderse del cuero del cinturón. A ambos lados de él, del asesino de chaqueta de cuero, se veían dos piernas desnudas, de tez clara. Dos piernas de mujer. Una a cada lado de ese hombre, exhibiendo lo que seguro no quería ser mostrado. Y la imagen que más dolor imprimió a la inconsciencia de Dan no fue la de esas piernas desnudas como abrazando con asco y repulsión el cuerpo de ese hombre, que pasó de asesino a violador a ojos de Dan, sino la imagen de los pantalones arrugados, enrollados a la altura de uno de los tobillos de la víctima.

Esa imagen atroz, aquella que iba a acabar en la violación de Gwen, fue interrumpida antes de empezar. La barra de hierro que, de lo fuerte que la asía, parecía un apéndice del brazo de Dan bajó con un movimiento seco y decidido, sin arrepentimiento, golpeando la cabeza del agresor. Ese movimiento mecánico, con una cadencia

homogénea, como quien está clavando un testarudo clavo en el suelo, sucedió dos, tres, cuatro, cinco, seis veces. A cada nuevo golpe, los ojos de Dan permanecieron inamovibles. Dan estaba lejos de esos ojos, ninguna persona cuerda podría estar viendo impasible la imagen de esa barra de hierro golpeando una y otra vez el cráneo partido del agresor.

Ese sexto golpe fue el último. El cuerpo inerte, que estaba caído de costado, con las manos todavía en su pernera, mezclada con su propio cinturón, no opuso ninguna resistencia. Dejó de ser una amenaza al tercer golpe. Los tres que le siguieron fueron innecesarios. Ante esa imagen Dan volvió a la realidad, aunque no dejó caer esa barra de hierro. En su mente había tres amenazas, tres asesinos. Dos dejaron de serlo. Uno de ellos todavía estaba libre.

Su mente se olvidó de la masa inerte a la que acababa de golpear y se dirigió hacia Gwen, ahora tirada en el suelo, adormecida, pero consciente, ya que notó cómo sus brazos se movían, intentando incorporarse pesadamente, como alguien que intenta levantarse sumergida en una bañera de lodo. Dan se arrodilló junto a ella, sintiendo la recompensa de llegar al final de un largo camino, pero esa sensación de logro se truncó nada más ver el negro y largo cabello de Gwen. Le extrañó no encontrarse con el exceso de caoba que había imprimido en su pelo. Ese pelo oscuro, negro, ahora salpicado por el verde pardo de pequeñas hojas pegadas a su cabello era distinto, no era de Gwen. Cuando miró a esos ojos también negros la reconoció sin dudarlo. Era Mac y la había salvado de una violación a punto de verse consumada.

Dan la miraba confundido y desilusionado, y se sorprendió ante la mirada esculpida en terror que Mac le devolvió, con el miedo tatuado en la sombra de sus ojos y la rabia dibujada en sus perfectos dientes inferiores sobresaliendo de sus labios por el rictus del horror vivido.

Ella no sabía si ese extraño vagabundo que veía de pie, frente a ella, con la barra metálica goteando sangre iba a acabar aquello que empezó el otro agresor o si, por el contrario, existía algo parecido a una justicia divina y venía para salvarla.

Hasta que Dan no le preguntó por Gwen y ella le miró a esos ojos verdes, ahora verde oscuros por la rabia contenida, no reconoció que, detrás de esa barba, escondido tras el hedor y disfrazado de harapos sudados y mugrientos, estaba Dan.

—¿Dónde está Gwen? —volvió a preguntar Dan, ya que a la primera pregunta no logró obtener respuesta de esa marioneta sin vida que parecía Mac en el suelo.

En ese momento se dio cuenta de la existencia de más sangre que no había aparecido en escena, esta vez manando del brazo de Mac.

Dudó entre dejarla allí desangrándose o ayudarla. Por un lado,

pensó abandonarla a su suerte, ya que era lo que se merecía según la versión de Dan, que la odiaba por todos los engaños y mentiras acaecidas. Pero no, al final la ayudó, ganó la versión de Dan que recordó los buenos momentos que pasaron juntos al abrigo de un bar, con el aroma de un café entre sus manos. Su locura estaba tan enervada que hasta se planteó esa disyuntiva moral, como si tuviese sentido plantearse ambas opciones, sin darse cuenta de que la única válida era socorrerla.

Mientras la ayudaba a vestirse y recomponerse, Mac no hacía otra cosa que absorberlo con su mirada, con unos ojos abiertos en exceso, aunque no sabría decir si era por el miedo o para dejar pasar el incesante torrente de lágrimas que cayeron como cataratas mejillas abajo. Unas lágrimas mudas, sin llanto, sin sollozos.

No se dijeron nada. El desprecio de Dan hacia esa chica no había desaparecido, aunque ese sentimiento no era el que imperaba en su mente. En ese momento se encontraba maldiciéndose por haberse equivocado de persona a la que estaba salvando. Pensó que tendría que haber salvado a Gwen. Tendría que haber sido ella la que estuviese entre sus brazos a salvo, cerrando la historia. Pero no, no era ella a quien consolaba. La historia no quería concluir todavía.

—¿Dónde está Gwen? —volvió a preguntar Dan, ahora que Mac se podía considerar ya una persona y dejó de ser la sombra de una pesadilla.

No hizo falta que Mac contestase, un disparo fue el confesor, delatando el próximo y, esperó, último destino al que le llevase ese agonizante viaje. En ese momento, como si fuese un mosquito al que iluminan con una nueva luz cegadora, dejó a Mac en el suelo y salió corriendo con su perenne barra metálica entre las manos.

Mac continuó sentada en el suelo, a pocos metros del bulto inconsciente que formaba el hombre que unos momentos antes estaba encima de ella. Dan no escuchó los gritos de Mac pidiéndole que no fuese. Dan no escuchaba nada, solo el nuevo eco que dejó ese disparo que delataba dónde estaba Gwen.

Sentía que todo llegaba a su fin, aunque no supo de qué fin se trataba.

Capítulo 35

Todo llegaba a su fin

El origen de aquel disparo, ahora sordo tras el aura del eco que dejó a su paso, provenía de una esquina que se abocaba al precipicio, junto a una explanada en la que los árboles parecían retirarse del lugar como si temiesen la escena que estaban presenciando.

Allí estaba Gwen. Ahora sí que era ella. Su pelo rojizo caoba brillaba con excesiva intensidad bajo el sol que ahora penetraba en la escena, sin las sombras de los árboles que lo ahogasen. Estaba al filo del acantilado, a un traspiés de precipitarse al abismo. Y entre sus temblorosas manos apresaba una pistola metálica y brillante, que tiritaba a coro con sus manos, mostrando unos destellos intermitentes del sol reflejado en el metal a cada temblor que imprimía.

A pocos metros, frente a ella, se encontraba el tercero de los tres asesinos, con su oscura gabardina reforzando las funestas intenciones que mostraba. Él también venía acompañado por una pistola negra y voluminosa, pero ausente de temblor, ya que se mostraba firme e impasible, enseñando sus fauces a Gwen, dispuesto a lanzar el disparo de gracia que acabase con todo.

Los dos protagonistas de esa escena parecían sacados de un wéstern, de esas películas del Oeste que hacía tanto tiempo que ya no se veían por la televisión. Uno frente a otro, con un vacío de arena y viento separándolos a cada lado. Los dos con el arma preparada para

el duelo del que solo uno podría proclamarse vencedor. En un juego donde nunca había una segunda posición o medalla de plata, solo había un ganador y el otro, un difunto perdedor. Aunque ese duelo no se veía igualado, la inexperiencia de Gwen en esas lides quedaba clara en el temblor de sus manos. La experiencia de su contrincante se veía de una avasalladora superioridad, así lo mostraba una pose de tirador que delataba que no era la primera vez que segaba vidas.

—¡Dejadme en paz! ¡Dejadme ir! ¡Dejadme! —fueron las palabras, los gritos, la agonía que gruñía e imploraba Gwen.

Sus ojos desencajados por el miedo y sus labios finos, como los recordaba Dan, dejaron de existir en esa mueca excesiva mientras chillaba a su agresor, gritando con una voz rota por el miedo.

Dan se quedó congelado ante la escena. Llamó a Gwen, pero ella no le escuchó, todos sus sentidos estaban en ese extraño duelo que estaba disputando en esos momentos.

El asesino de oscura gabardina dio un paso hacia delante, en dirección a Gwen, y en ese momento todo sucedió. En ese instante nada volvería a ser como antes. Todo cambió. En ese segundo se escuchó un fuerte disparo.

Dan no supo si ese horrible sonido vino de su izquierda, de la Gwen que estaba apostada al filo del abismo, o de la derecha, del asesino vestido de negro. Fueron sus ojos los que vieron el fogonazo. Y ese resplandor se reflejó en su mejilla izquierda. Ese brillo acompañado por el rugido del arma iluminó su ojo izquierdo. Hacia esa dirección giró el cuello, hacia Gwen, viendo esa imagen que quedaría grabada en su mente, porque sería la última en la que la vería con vida.

Las manos de Gwen sujetaban la pistola, pero, en vez de encañonar a su agresor, estaba girada hacia su propio rostro, introducida en su boca, ahora abierta en una mueca muerta. Los ojos, antes de color azul turquesa, ya no estaban. Se mostraban blancos por la ausencia de vida. Y, tras su cabeza, como si una coleta de cabello rojo caoba hubiese aparecido de repente, un torrente de roja sangre dibujaba un fluido arco, un obsceno arcoíris monocolor carmesí. El cuerpo de Gwen, por la fuerza del disparo, se inclinó hacia atrás, primero la cabeza, que imprimió el movimiento en su inicio y luego arrastrando tras de sí el resto del cuerpo, cayendo de espaldas por el precipicio. Desapareciendo de la escena. Llevándose tras de sí la vida de Gwen y, de acompañante, la cordura de Dan.

El grito que él emitió, tras ver a Gwen desplomarse por el precipicio, se salió de la escala de decibelios de cualquier sonido humano. Surgió de sus mismas entrañas. En ese horrible aullido se juntaron la pena callada por la muerte de Abel, el pesar reciente por el fallecimiento de su abuela y dolor lacerante e insoportable de la imagen que acababa de ver, y que se negaba a asumir. Con ese dolor

se lanzó corriendo hacia el risco del precipicio, buscando a una Gwen que ansiaba encontrar sana y salva, pero que las últimas volutas de cordura le susurraban que no había otra opción que la muerte.

Pero no consiguió llegar a su destino, un nuevo disparo, el último que ese día oirían esas montañas, interrumpió la marcha y le hizo caer al suelo. No sintió dolor en su pierna, que ahora sangraba y mostraba dos orificios que la atravesaban. El malestar era mínimo en comparación con el pesar que arrastraba su corazón hacia la locura. Pensó que ojalá ese disparo que oyó, pero no sintió, hubiese llegado a su corazón. El dolor hubiese sido mucho menor.

Dan, en el suelo, se arrastraba ayudado por sus brazos, todavía con esa barra de metal en las manos, aunque ya no tenía utilidad alguna. Su cara fue volviéndose blanca, aunque no sabría decir si debido al sufrimiento por la pérdida de Gwen o por la misma pérdida de sangre que manaba de su pierna. Quizá una mezcla de las dos. Y, mientras intentaba llegar a Gwen, una niebla se posó en su mirada. Creyó escuchar nuevas voces, otros gritos, incluso juraría sentir lo que parecía un helicóptero sobrevolando en su cabeza. Nada le importaba ya. Sabía que, por muy rápido que se arrastrase, no conseguiría nunca llegar a Gwen. Ella había partido hacia un lugar donde él ya no podría encontrarla. Y sintió cómo su mismo corazón se partía en dos, o en dos mil pedazos. No importaba la cantidad de trozos, eso no cambia el hecho de que estuviese roto, completamente roto.

La niebla se volvió más densa. Dejó de oír su mundo alrededor. Un mundo que parecía no tenerlo ya en cuenta. Y, al darse cuenta de que ya nada importaba, claudicó de la consciencia, abrazó la inconsciencia y agradeció dejar de sentir.

PARTE III

Capítulo 1

Magia, mi nombre es Magia

Mi nombre es Magia. Supongo que ya es hora de que me presente como es debido. Mi nombre, mi verdadero nombre, es Magia y estoy irremediablemente enamorada, como una vez se lo escuché decir a un chico increíble.

Quizá pueda parecer pretencioso, absurdo, excesivo e incluso fuera de lugar presentarse de esta manera, con el adjetivo de enamorada, pero, si resulta que todo lo que he hecho este último año ha sido debido a ese sentimiento irremediable que se apoderó de mí, entonces, creo que es la forma más acertada de presentarme.

Todo lo relacionado conmigo y ese encaprichamiento crónico con ese chico en el que no dejo de pensar ha sido todo lo contrario a normal, incluso la forma que tuve de conocerlo. No sé qué significaría conocer a alguien de forma normal, pero, si os digo que lo primero que conocí de él fue su voz, estaréis de acuerdo conmigo en que esa no es la forma común de iniciar una relación, es la forma opuesta, a no ser que fuese ciega, que, por supuesto, no lo soy. Ese papel le correspondía a su abuela.

Si, además, os cuento que él estuvo muchísimo tiempo sin saber de mi existencia mientras yo le espiaba y escuchaba a escondidas, entonces os podéis hacer una idea de lo extraña que fue la forma de llegar a conocernos. Y esa situación no cambió hasta la Nochebuena

del año anterior. En ese día fue cuando por fin puse rostro a ese chico. Como veis, nada fue normal.

No sé en qué momento os podría afirmar que me enamoré de él. Sinceramente, lo desconozco. Pero lo que sí puedo aseguraros es que, desde los primeros días que le escuchaba a escondidas, supe que era alguien diferente, alguien a quien merecía la pena conocer. Quizá es debido a que, en los últimos años, todo lo que ha rodeado mi vida ha sido la cara más horrible, retorcida y cruel de las personas, viendo cosas que no debería haber visto o viviendo cosas que no debería haber vivido a mis veinticinco años. Es por eso que, embotada de la cara más oscura de la maldad, ver a alguien que es todo lo contrario lo vives como algo excepcional, como si desentonase con el paisaje, como ese extraño rayo de luz que alumbra la cueva oscura en la que llevas tanto tiempo perdida.

Y ese haz de luz lo conocí en una residencia, su nombre es Dan y él me salvó la vida.

Capítulo 2

Su nombre es Dan y me salvó la vida

La primera vez que tuve noticias de él fue en un dosier que me dieron al segundo día que entré en el programa de protección de testigos, con el resumen de su vida y sus familiares. Llevaba dos años en el cuerpo de Policía y me dijeron que mi formación en Ingeniería Informática era perfecta para formar parte de un equipo especial que tenía que velar por la seguridad de una joven que llevaba tres años en el programa. Aunque más tarde averigüé que el motivo de mi llamamiento para esa misión fue debido al poco tiempo que llevaba en el cuerpo de Policía y la baja probabilidad que tenía de ser alguna infiltrada o agente corrupta a sueldo de uno de los cárteles mafiosos más peligrosos que estaban en activo y perseguían a esa testigo.

Recuerdo ese dosier, porque a día de hoy lo guardo en mi habitación, junto con todas las fotografías, los CD de audio, las unidades USB y más información que he ido recopilando y escondiendo de él, como si de un álbum de recuerdos se tratase. Aunque ese álbum correspondería más a alguna psicópata acosadora que a una agente de Policía.

En ese dosier estaba la escueta vida de cuatro personas: Daniel, Erlinda (su abuela), Mara (su madre) y Osorio (su padre). El motivo por el que tenía que vigilarlos, o, mejor dicho, espiarlos, era porque la joven a la que estábamos protegiendo se había encaprichado de ese

chico, Daniel (en ese momento todavía no sabía que Dan era como le llamaban). El objetivo era doble: en primer lugar y más importante, asegurarnos de que no era ningún infiltrado de la familia de mafiosos que la estaba buscando; en segundo lugar, velar por su seguridad y la de su familia, ya que el *modus operandi* de aquellos que buscaban a esa joven consistía en dar caza a cualquier persona que tuviese algún lazo o conexión con su víctima, obtener toda la información que pudiesen mediante los métodos más horribles que os podáis imaginar y, por último, acabar destruyéndolo. Quizá suene como una película de serie B, pero, si hubieseis visto las fotografías de la última familia que fue víctima de esos mafiosos, no pensaríais igual. Todavía sigo soñando con las imágenes de la hermana pequeña de una de esas personas que llegó a intimar con la testigo, Robert creo recordar que se llamaba. Una niña pequeña que acabó cosida a tiros mientras estaba maniatada en una silla. Al ver esa fotografía fui consciente de lo peligrosa que era esa misión.

Los primeros meses los pasé recluida en una habitación de la cuarta planta de la residencia donde esa chica se escondía. Una pequeña sala que estaba atestada de monitores, equipos de radio y un fuerte olor a sudor agrio, bollería y comida especiada y precalentada. Cogí tanta manía a esos olores que hoy en día sería incapaz de comerme un pollo *tandoori*. Yo me encargaba de la vigilancia de esa joven por la residencia y, al mismo tiempo, de seguir las escuchas y movimientos de ese tal Daniel y su familia mediante sus conversaciones en los teléfonos intervenidos, consultas de ordenador y dispositivos móviles. Me pareció curioso que, además de todas las cámaras instaladas enfrente de la puerta de esa chica, dentro de su habitación y por los pasillos de la residencia, también tuviésemos escondidos micrófonos de escucha en dos habitaciones de la residencia, la 33 y la 35. En ese momento me explicaron la conexión que existía entre Gwen, la chica que vigilábamos, y ese tal Daniel al que tenía que investigar. En esas semanas, dediqué todo mi tiempo a espiar a ese chico y a sus familiares, llegando a conocerlo y sentir un amable aprecio por las pocas cosas que fui descubriendo de él. A esas alturas yo ya había descartado que fuese un infiltrado de los mafiosos, pero tenía que seguir indagando, por si acaso.

Así fue como llegó la Nochebuena. Ese fue el primer día que le puse cara a esa voz que tanto tiempo llevaba escuchando. Las pocas fotografías que me habían pasado de él eran lejanas y borrosas, así que no fue hasta ese día que puedo decir que lo conocí. Aún recuerdo las conversaciones que mantuvieron Gwen y Dan esa noche (en ese momento descubrí que le llamaban Dan, así que yo haré lo mismo a partir de ahora). Recuerdo que me llevé esas grabaciones a casa para repasarlas una y otra vez, y así poder detectar algún mensaje oculto o

algo que pudiese desenmascarar a ese Dan como un mafioso infiltrado. Sé que el escuchar una y otra vez esa conversación privada que mantuvieron ellos dos me sitúa al nivel del más horrible *voyeur,* pero en mi defensa tengo que decir que formaba parte de mi trabajo, restando vileza a mi pecado.

Por supuesto que ese día no puedo decir que me enamoré de él, pero he de confesaros que sentí cierta envidia al no poder disfrutar de una conversación tan entrañable como la que mantuvieron Dan y Gwen. En mi defensa, tendría que explicar la penosa situación en que me encontraba en esos días. Trabajando en plena festividad navideña, con unos gruesos cascos negros abrazando mi cabeza, mi pelo grasiento por la falta de higiene y, para empeorarlo aún más, escuchando y oliendo a partes iguales los eructos de mi compañero. Con esa estampa, tuve que salir de la habitación y lo hice cuando la pareja acabó la cena. Recuerdo que salí corriendo hacia el aparcamiento, alegando a mi horrible compañero que iba a sacar algunas fotografías del sospechoso (la verdad es que no sé por qué le puse la etiqueta de sospechoso). Así fue como, al abrigo de unos matorrales, le fotografié lo más cerca que pude y de esa burda manera le robé su cara para poder conocerlo, aunque fuese solo un poco más.

Durante todo ese tiempo, yo había tenido un contacto muy limitado con esa chica, Gwen. No me caía nada bien y, por supuesto, tampoco le caía bien a ella. Para ser más exactos, ni nos caía bien ni a ella le caía bien ningún miembro de la Policía, o los grises, como ella nos llamaba. Era uno odio recíproco, nosotros la teníamos encarcelada y ella nos ponía en serio peligro, como sucedió un año y medio atrás, cuando esos mafiosos asesinaron a dos policías en uno de sus muchos escondites donde estuvo recluida. Recuerdo que, igual que a los policías nos llamaba los grises, a los mafiosos los llamaba los otros. Estaba terminantemente prohibido que ella y nosotros pronunciásemos el nombre de nadie de la familia de mafiosos que la buscaba, como si pronunciar esos nombres y, sobre todo, ese apellido prohibido pudiese delatar su escondite. Fue por eso que, como me comentaron, ella se dirigía a quienes la buscaban como los otros. Y así comenzamos también a hacerlo nosotros.

La relación que teníamos con esa chica era muy limitada. Aparte de tenerla en continua observación, teníamos que hacer inspecciones aleatorias en su cuarto para comprobar que no había nada extraño. Yo, como la única mujer de los grises, era quien hablaba más tiempo con ella. «Entre chicas os entenderéis mejor», me decía mi horrible jefe. Así fue como fuimos conociéndonos algo más, aunque no os penséis que fuimos algo así como amigas. Ella me odiaba y yo no la soportaba. Esa era la verdad. En cierto sentido, mi desprecio por ella empezó el primer día que leí su dosier y todas las estupideces que

había hecho hasta llegar a esa residencia donde la teníamos recluida. En cada párrafo podías encontrar un desplante o una desobediencia hacia esos grises que ella tanto odiaba. Aunque, cuando la conocí, he de confesaros que la imagen que me dio distaba mucho de esa chica díscola y rebelde que se leía en su informe.

Pero, dejando de lado la tensa relación que mantuve con esa chica, quiero seguir contando todo lo que sucedió con Dan, ese chico que cambió mi vida. Y ese día llegó cuando Gwen enfermó. Llevábamos días observando que no salía de la cama, pero no nos sorprendió. Lo extraño era que tuviese fuerzas para levantarse con la horrible vida que llevaba sufriendo esos últimos años. Fue por ese motivo que no nos dimos cuenta de que estuvo a punto de morir, como nos dijo días después el doctor cuando la visitó. Cuando Dan la descubrió en ese estado y llamó al médico, alguno de nosotros tenía que ir a esa habitación para verificar que no nos estaba engañando o evitar en la medida de lo posible que el médico se la llevase a algún hospital. Y claro, como única mujer del grupo, decidimos que yo me vistiese de enfermera y le acompañase. Recuerdo que me estaba poniendo esa bata blanca mientras pensaba que iba a estar en la misma habitación que Dan, como si esa parte de la misión fuese la que requería mi presencia, y no la vigilancia de esa chica. También recuerdo que me extrañó esa leve sensación de intranquilidad que sentí al pensar en él, pero lo achaqué a que llevaba tanto tiempo escuchándolo y observándolo en la distancia que me resultaba extraño tenerlo tan cerca, en la misma habitación. En ese estado, acompañada por un ligero cosquilleo nervioso en el estómago, acompañé al doctor con extraño nombre a la habitación de la chica y me situé a su lado mientras él la exploraba, aunque estaba más pendiente de ese chico que estaba en la esquina nervioso y muerto de miedo que de la enferma.

Al verlo así, me recordó a un niño indefenso que ve cómo su agonizante madre se estaba muriendo en esa misma habitación, mientras el médico intentaba evitar lo inevitable. También recuerdo que, cuando lo miraba y él me descubría mirándole, yo tenía que apartar mis ojos ruborizada y avergonzada a partes iguales. Pero la imagen de ese chico cambió cuando el médico dijo que se la llevaba al hospital y yo, como despertando de una clase en la que me había quedado dormida, contesté que no podía ser. No recuerdo cuál fue el diagnóstico del doctor, solo sé que dije que no se podía ir, que en la residencia la cuidaríamos. En ese momento, Dan dijo que él se ocuparía de sus cuidados y ese chico asustadizo desapareció, dando lugar a ese Dan que tanto me llegó a sorprender los próximos meses. En sus ojos vi una determinación y una fortaleza tal que supe que sería capaz de cualquier cosa por esa Gwen que estaba encamada.

Sentí una cierta alarma porque, si ese chico tenía esa fijación por ella, podría ser alguien muy peligroso para la misión.

Los próximos días, viendo cómo Dan cuidaba de Gwen a través de las cámaras de videovigilancia, he de confesaros que nunca había sentido tal nivel de admiración y respeto por nadie. Recuerdo un momento, la primera noche en que Dan la estaba cuidando, cuando le dio de beber y un denso vómito manchó la cama, al igual que la camisa y pantalones del chico. Recuerdo esa imagen porque lo más normal hubiese sido que, ante esa desagradable escena, él se hubiese apartado de ella como un resorte, de forma irracional, involuntaria. Eso tendría que haber sido lo normal, pero no fue lo que sucedió. Él se mantuvo a su lado, con la cabeza de ella apoyada en sus manos, con el mismo cuidado que tendría una madre con su hijo para evitar que se atragantase. Y, por muy extraño que parezca, fue la escena más desagradable y, al mismo tiempo, más tierna que he visto en mi vida. Y, al pensar en esa escena, recordé aquel día que estornudé en la cara a mi novio del instituto, sin querer por supuesto, y del asco que le dio me empujó y me tiró al suelo. No se lo tuve en cuenta, fue un acto reflejo ante lo asqueroso de mi estornudo en su cara, lo sé, pero, al recordar esa escena y compararla con la que vi en la habitación de Gwen, me dio pistas de que ese chico no era corriente. Era alguien… especial.

Gwen se recuperó y entre ellos dos iniciaron algo parecido a una relación de pareja, aunque no vi ni un beso ni ningún roce. Me sorprendió mucho que no se borraran los labios a besos, estando todo el día juntos, y fue así como se lo pregunté un día a Gwen mientras hacíamos una de tantas revisiones aleatorias. Me contestó con la más lógica y madura de las respuestas: «Ese chico es tan especial que no puedo permitir que arruine su vida y la de sus familiares por mí. No dejaré que se acerque tanto a mí como para que sepa lo que siento por él. Estoy segura de que, si en algún momento sabe lo que siento, nunca dejaría de buscarme cuando desaparezca o, peor aún, cuando me vaya sería yo quien lo acabase buscando. De una manera o de otra, acabarían dando con él y lo matarían».

Ante tal afirmación, que era más que probable que sucediese, no pude decirle ni responderle nada. En ese momento la aversión que sentía por esa chica se relajó y, por qué no, llegué a sentir cierto aprecio por ella.

Capítulo 3

Sentí aprecio por ella

Pasaron dos meses y mi obsesión por Dan se acrecentó hasta límites patológicos. Me pasaba todo el día en esa habitación de la residencia, viendo a través de los grandes monitores la vida que llevaban Dan y Gwen. Embotándome de su día a día, de sus conversaciones, de sus silencios. De todo. Recuerdo que muchos días me quedaba adormilada viendo cómo Dan cocinaba consultando ese libro que le regaló a Gwen y me levantaba con la sensación de que era a mí a quien preparaba ese delicioso plato, por lo que me ponía en pie, medio adormilada, con un hambre atroz, y me dirigía a la mesa que teníamos detrás para coger los cubiertos y probar el suculento plato que estaba preparando. Tardaba varios minutos en situarme donde estaba y, por qué no, saber quién era. Otros días, cuando ellos se sentaban a ver una película, yo la buscaba en el móvil para verla en *streaming*, sin voz, al mismo tiempo que ellos la veían en el pequeño monitor del portátil de Dan. Era como si esa cita a dos que tenían pasase a ser una cita a tres, sin que yo estuviese invitada, por supuesto, sintiéndome aquella antagonista que no hacía más que fastidiar la relación de la pareja protagonista de la función. O, peor aún, cuando los días que yo libraba me dirigía al restaurante donde Dan trabajaba y continuaba espiándolo un poco más, como si no fuese suficiente verlo y escucharlo a todas horas. Tengo que confesaros que tanta saturación

de Dan acabó por afectarme más de lo que nunca admitiría.

Y, si pensáis que, como os comentaba antes, acabé enamorada de Dan porque acabé viéndolo y oyéndolo todos los días, os equivocáis. También veía y oía a mis compañeros todos los días..., y acabé odiándolos a todos.

A los dos meses todo acabó cuando tuvimos sospechas de que había un infiltrado en alguno de los equipos que formábamos la operación de vigilancia de Gwen en el programa de protección de testigos. Para no aburriros con la logística de la operación, tan solo deciros que formábamos tres equipos con cierta independencia, uno de ellos vigilaba a las cuidadoras y trabajadoras de la residencia, otro se encargaba de la vigilancia física de la residencia y sus inmediaciones y, por último, mi equipo, que se encargaba de vigilar a las pocas personas que tuviesen un contacto directo con la chica, que en este caso solo lo formaba Dan y sus allegados.

La forma que ideamos para descubrir si había algún infiltrado fue revelar información falsa que indicaba que, por falta de efectivos, dejaríamos de prestar vigilancia a ciertas personas del círculo de Gwen. De esa manera, a cierto miembro de un equipo filtramos que dejaríamos de vigilar a una cuidadora en concreto; a otra persona del mismo equipo, que dejaríamos de vigilar al doctor de la residencia; a otra persona, que dejábamos de vigilar a Mara (la madre de Dan). Y así fuimos dejando pistas falsas hasta llegar a otra persona, la que resultó ser la infiltrada y a la que le dijimos que dejaríamos de vigilar a Alba.

Así fue como esa inocente forma de poder detectar al infiltrado interno casi acaba en tragedia para Alba, esa pobre chica que no tenía culpa de nada, pero a quien pusimos en peligro. El plan era sencillo y no tendría que haber sucedido ningún contratiempo, pero todo pasó tan rápido que, si no fuese porque ella acabó huyendo de los agresores, podrían haberla atrapado y no sé qué horribles cosas podrían haber hecho. Todavía siento esa hiriente sensación de remordimientos al recordar esos días.

Pero, como os comentaba, ese día del intento de agresión a Alba desveló que el escondite no era seguro, así que iniciamos el proceso de recolocación de la testigo. Cuando Dan salió de la habitación de Gwen después de la llamada de Alba, entramos todo el equipo para preparar la marcha y Gwen, nada más vernos, supo que algo sucedía. Le explicamos que dos de los otros casi agreden a Alba, la amiga de Dan, aunque la tranquilizamos diciéndole que no sucedió nada. Por ese motivo, le indicamos que en las próximas horas nos marchábamos. En ese momento hizo algo que nunca olvidaré. Se levantó con la mirada fría, irradiando tranquilidad y se acercó a mí. Siempre que quería decir algo a alguno de nosotros, me lo acababa diciendo a mí. Como

os dije, para ella era la mejor de los odiosos grises. Me miró a los ojos, parecían de cristal, sin ningún temblor en su voz y me dijo: «Si hoy nos marchamos sin que me despida de Dan, mañana me encontraréis muerta».

Y, al escucharla con esa voz tan pausada y carente de emoción, como quien está recitando la tabla de multiplicar, no tuve ninguna duda de que decía la verdad. Así fue como exigí atrasar la marcha hasta la mañana del segundo día. No sé cómo llegué a convencer a mi horrible jefe, pero al final así lo hicimos.

Ese día previo a la cena de despedida de Gwen y Dan fue una auténtica locura. Todos los policías estábamos muy nerviosos, irascibles. Entendedlo, estaba nuestra vida en peligro porque una estúpida chica quería tener una última cena con ese chico del que se había encaprichado. Fue un día de gritos, voces, nervios y malas formas. Y, en medio de esa vorágine de policías haciendo los preparativos de la marcha, estaba Gwen nerviosa y calmada a partes iguales mientras preparaba una receta de pescado y un aperitivo que, para ser sincera, olía bastante bien.

Gwen solo se desmoronó cuando, al abrir su armario, vio que no tenía ropa que ponerse. Eso lo sé porque yo estaba en la habitación con ella desmontando uno de tantos dispositivos de audio ocultos. En ese hundimiento que sufrió, se sentó en la cama y, tapándose la cara con ambas manos, empezó a llorar sin emitir ningún sonido. Yo no sabía si lloraba o reía. Las lágrimas que gotearon entre sus dedos me dieron la pista. Me vio mirándola y me dijo que le había pedido a Dan que viniese elegante esa noche, y ahora se daba cuenta de que ella no tenía nada que ponerse. Es curioso como el más absurdo detalle puede derribar tu voluntad como si fuese la pequeña pieza que aguanta una endeble estructura y, al quitarla, se derrumba entera.

Y, ante esa situación, ¿qué hice? Pues algo que nunca hubiese imaginado que haría. Le dije que no se preocupase, que volvería en una hora con la solución. Así fue como marché a casa de mis padres a por un vestido verde que me puse en una boda hacía varios años y sabía que no me pondría nunca más. Cogí una caja de preservativos que tenía en mi mesita de noche (la caja estaba por estrenar, así que podéis suponer el desastre de vida amorosa que tengo), busqué algún pequeño bote de perfume y lo metí todo en una caja grande de zapatos. Cuando llegué a la residencia y se lo di a Gwen, me convertí en el hada madrina más absurda que un cuentacuentos jamás podría imaginar.

La cara de sorpresa que me regaló cuando le entregué la caja acabó en un fuerte abrazo que casi me desnuca el cuello. No me dio las gracias, solo apretó su mano en mi camisa, dejándola tan arrugada como si tuviese un mango por donde cogerla. No hizo falta que dijese

nada. Ese abrazo sincero lo dijo todo.

Si preguntáis por qué lo hice, he de confesaros que no fue por Gwen, ella me traía bastante sin cuidado (aunque, para ser del todo sincera, cada vez sentía más aprecio por ella, pero eso nunca lo reconocería). Todo eso lo hice por él, por Dan. Puede parecer absurdo, pero lo hice porque Dan se merecía tener un momento con ella, con Gwen, con su chica. Así fue como preparé el mejor envoltorio posible para que Gwen pudiese ser una especie de regalo para él. Dicho así, continúa pareciendo absurdo, lo sé, pero eso no resta que fuese la verdad.

Cuando Gwen se probó el vestido y me lo enseñó, como si fuese esa amiga que en realidad nunca fui, pensé que no fue tan buena idea. Estaba radiante. Gwen era un poco más alta que yo, así que ese vestido, que a mí me quedaba elegante, a ella le quedaba sensual. Unos celos que no pensaba que tenía, ni supe identificar en ese momento, rellenaron mis venas y, alegando que tenía mucho trabajo, salí de su habitación, dejándola preciosa para una de las peores noches de mi vida.

Capítulo 4

Una de las peores noches de mi vida

Todo lo que sucedió esa noche permaneció ajeno para Gwen y Dan. Yo la viví como una de las más estresantes de mi vida. Todo empezó a las cinco de la tarde, dos horas antes de esa última cena. El equipo de los grises que vigilaban las inmediaciones dijo que habían detectado un coche sospechoso y que tenían pruebas de que eran los otros. Imaginaos el ambiente que vivimos todos en esa pequeña habitación iluminada por los monitores y, como música de fondo, amartillando y comprobando nuestras pistolas reglamentarias con más nervios que valentía en nuestras manos. Al escuchar ese aviso, hice lo que no tenía que hacer: cogí la chaqueta y las llaves del coche de incógnito, y me largué en busca de esos sospechosos. A mi equipo le mentí diciendo que iba a por un compañero policía que me había pedido que fuese a buscarlo. A ese compañero que busqué le mentí diciéndole que los policías que estaban en la residencia me habían pedido que lo buscase para hacer la ronda de vigilancia alrededor de la residencia. A todos les mentí, solo importaba que a Dan no le sucediese nada. Y no me preguntéis por qué hice esa estupidez, porque en ese momento no lo sabía, solo sentía que tenía que protegerlo.

Mientras íbamos dando vueltas por las calles, localizamos el coche verde de Dan y a los pocos minutos vimos como un coche se dirigía veloz hacia él. Al descubrir que eran los otros, aceleré el coche

empotrando nuestro capó en su vehículo. La sorpresa de los dos ocupantes del coche fue tal que no pudieron reaccionar a tiempo. Bajamos del coche, mi compañero con la cara blanca del susto y yo con un dolor de cuello atroz, y redujimos a los sospechosos, esposándolos al vehículo, mientras veíamos como Dan se subía de nuevo a su coche, marchándose del lugar del accidente. No supimos qué intención tenían, pero fuese lo que fuese lo pudimos evitar.

Cuando volví a la residencia, mareada por la contusión en el cuello, me senté en una de esas incómodas sillas, viendo los monitores que mostraban a Dan y Gwen durante la cena. Recuerdo que no me encontraba muy bien y las imágenes del monitor las veía como fragmentadas en el tiempo. Nos sobresaltó el ruido de un plato que se le cayó a Gwen en el suelo. Luego la vimos cogida de la mano de Dan, llevándoselo a su habitación. En el monitor de al lado, el que enfocaba dentro del dormitorio, vi como ella se sentaba, se quitaba la ropa, y escuché como le pedía que apagase la luz. Cuando la imagen se quedó en penumbra, supe que no tenía fuerzas suficientes para ver ni oír lo siguiente. Así que hice caso al compañero que me recomendaba que fuese al médico y abandoné de nuevo mi puesto de trabajo para que en urgencias me exploraran el cuello, que acabó siendo diagnosticado como un latigazo cervical y tratado con uno de esos incómodos collarines.

Cuando salí del hospital a la mañana siguiente, me dirigí a la residencia con ese compañero que engañé para que me acompañara la noche anterior. Nos informaron que Dan ya había salido de la residencia, por lo que estaban ya preparándolo todo para la reubicación de la testigo.

En ese momento empezaron a sonar voces de alarma gritando que el estúpido niñato daba media vuelta y se dirigía a la residencia (sí, con esas palabras, «estúpido niñato», aunque quien lo llamó así solo tenía dos años más que Dan). Noté cierta envidia en sus palabras, seguro que por lo que pasó en esa habitación esa noche y ellos solo pudieron oír lo que sucedió, dejando para la imaginación el resto. Así que le dije a mi compañero, abusando en exceso de su amistad, que se dirigiera hacia donde pararon el coche de Dan. Cuando nosotros llegamos en el coche patrulla, otro coche de incógnito le había parado. En cuanto bajamos y consulté con el superior qué hacer, su respuesta me dejó helada. Teníamos que detenerlo. Yo, hasta arriba de tranquilizantes y con el collarín en el cuello, no entendí al principio sus palabras. Pero, cuando las repitió, no me quedó duda. Sus palabras textuales fueron estas: «Paradle los pies a ese hijo de puta y, si se resiste lo más mínimo, lo lleváis al calabozo. Inventaos el motivo, pero que se pase allí los dos próximos días… o hasta que se pudra».

A esas alturas, después de esos últimos meses, empecé a dudar si

estaba en el bando de los buenos. Siempre supuse que los policías velaban por los inocentes. Ese día me di cuenta de que no hay ni buenos ni malos, todos son mediocres humanos.

El resto, como la detención de Dan, llevarlo a comisaría, tomarle declaración y encerrarlo dos días en el calabozo, fueron unas horas muy confusas. No sabía si mi malestar era por el cuello medio roto o por mi alma rota entera. En ese momento no veía ni sentía nada claro. Solo recuerdo que esa noche dormí en mi cama. Hacía casi una semana que no lo hacía, siempre estaba en esa espantosa sala de la residencia y, bajo el edredón, escuchando la lluvia de un abril lluvioso, me hundí en una tristeza a la que en ese momento no supe ponerle ni nombre ni causa. Y, si preguntáis si en ese momento sabía que ya estaba enamorada de Dan, pues siento deciros que no. En ese momento no era consciente de nada de eso. Todo lo achacaba a los sucesos acaecidos durante esos dos días. Ese era mi diagnóstico. Como psicóloga soy un desastre. Como persona, parece ser que también.

Capítulo 5

Como psicóloga soy un desastre; como persona también

A los dos días Dan salió del calabozo con la sombra de acusación de ser un posible violador y pederasta. Un día yo estaba en la comisaría, estancada en una tristeza que no supe identificar, con ese collarín que empezaba a picarme horrores e intentando volver a mi vida normal de policía de a pie, ya que la actividad de vigilar a esa chica finalizó por fin. De repente, levanté la mirada desde el mostrador y me lo encontré allí, mirándome. Era Dan. Me estaba buscando y, al no saber qué hacer, salí huyendo. ¿Por qué? Quizá por el rubor de mi cara que no entendí, por una sudoración que me atacó sin esperarla o por una alegría por verlo que no comprendía. Quizá, y seguro que sea lo más cierto, era que quería tanto volver a verle que tenía miedo de necesitar verlo. Lo sé, explicando mis emociones soy un auténtico desastre. Pero no me sale de otra manera. Así que, como os contaba, hui al baño a esconderme, a esperar a que se marchase. Así de sencillo. Así de cobarde.

Tardé casi una hora en salir. Y lo hice porque mi compañera llevaba minutos aporreando la puerta para poder entrar. Cuando me lo encontré esperándome, yo ya estaba más calmada. Así fue como tuve la primera conversación real con Dan, ese chico que tanto me turbaba y que no me podía quitar de la cabeza. Ese día hablamos de nuestro error al haberlo confundido con un violador y además

pederasta. Dicho así, no es que fuese el mejor de los comienzos.

Las siguientes semanas visité a la psicóloga que ponen a disposición de los policías para darnos apoyo en nuestro día a día. Acabé yendo a esas consultas al hablar con una compañera de trabajo y decirle que, después de estar observando a la familia de ese chico, no podía quitármelos de la cabeza (sí, mentí, añadí en el paquete a la familia de ese chico para que no pensasen que solo me sucedía con él y pudiesen intuir aquello que tanto intentaba esconder, que estaba obsesionada con él). Lo que me quedó claro de esas sesiones es que no tenía ninguna obsesión patológica con ese chico. Una vez descartada la obsesión patológica, solo quedaba una opción, o al menos eso intuí yo, el amor patológico. Sea como fuere, patológico parecía ser.

Pero, en mi defensa, he de deciros que iba mejorando. Tres semanas sin tener noticias de él fueron suficientes para bajar el nivel de adicción, aunque sin llegar a curarse del todo. Aunque mi «querido» jefe (*querido* con la ironía más dañina que podáis imaginar) me llamó a su despacho para pedirme el dosier completo de ese tal Daniel. A esas alturas, escuchar llamarlo Daniel se me hizo raro y me extrañé de esas ideas, como si tuviese una relación cercana con ese chico. Me explicó que lo necesitaba porque iban a cursar una orden de detención contra él. Así de claro y así de absurdo. El motivo fue que ese chico estaba programando una aplicación de detección de rostros (eso lo sabían porque continuaban escuchando y monitorizando su móvil y portátil. Yo de eso no tenía ni idea, me enteré en ese preciso instante). Como veían que estaba obteniendo resultados en esa aplicación, antes de poder descubrir nada, optaron por meterlo en prisión, aprovechando que teníamos una declaración previa por violación, por lo que no sería difícil retenerlo en prisión preventiva. ¡Bravo! A eso se le llama matar una mosca a cañonazos.

No podía creer qué estaba escuchando. Tenía que hacer algo. No sabía el qué, así que empecé a inventarme algún esbozo de plan según se lo iba contando al jefe de Policía. Ese plan fue el de llamar a Dan para que nos ayudase a encontrar a ese violador y pederasta que «casualmente» se parecía tanto a él. En el momento en el que se lo conté a mi superior, me lo rechazó entre insultos y demás adjetivos despectivos. He de admitir que no era un buen plan, pero fue el que se me ocurrió. Al final de la discusión, aunque sería más acertado decir después de sus gritos y mis monosílabos, le dije que confiara en mí y que lo haría en el horario fuera del trabajo. En cuanto me dijo que lo que hiciese fuera del trabajo no le importaba lo más mínimo, conseguí cerrar una prórroga temporal en la detención de Dan. Tengo de confesaros que puedo llegar a ser bastante persuasiva. Algo bueno ha de tener mi carácter frío y seco.

Con ese borrador de plan en mente, contacté con Dan y

conseguimos quedar para dar vueltas por la ciudad, buscando alguien que no existía, todo para evitar que una injusticia más cayese sobre ese pobre chico.

Recuerdo la primera tarde que quedamos. Yo estaba en casa horas antes de la hora acordada. Nerviosa como hacía años que no me sentía. Buscando qué ropa ponerme para lo que sería mi primera cita con él, aunque lo que íbamos a tener era lo opuesto a una cita, pero a mí eso me daba igual. Y sí, ahora sí que podéis preguntarme si en ese momento sabía que estaba enamorada. Creo que fue ese día que lo supe. Mejor dicho, fue ese día que claudiqué y acepté lo que me sucedía, algo que intuía, pero no quería aceptar. No podía admitir que yo, siendo policía, iba a enamorarme de aquel chico que llevaba meses vigilando. Era tan… tan… ¿previsible? No sé si esa es la palabra. Da igual, pero al final ese día lo supe.

¿Y por qué ese día? ¿Qué pasó para darme cuenta? Pues muy sencillo. Allí estaba yo, con la puerta de mi armario abierta (es un armario tan pequeño que solo tiene una puerta y dos cajones), con un fuerte dolor de estómago, que achaqué a que ese día no había comido nada, y maldiciéndome por no tener la ropa perfecta para esa tarde. Estaba furiosa. Luego me sentía triste. Al segundo después ilusionada. Después me veía en el espejo con los tejanos de siempre y me encontraba otra vez irritada. Me pregunté que qué era lo que me estaba pasando y en ese momento lo vi claro. En ese momento recordé a alguien, me vi reflejada en otra chica que meses atrás estaba llorando en su cama porque no tenía qué vestido ponerse para la cena más importante de su vida. En ese momento lo supe. Gwen estaba así porque estaba enamorada de Dan. Por lo tanto, si yo estaba así, desdichada por no tener el vestido perfecto para la cita imperfecta de esa tarde, era porque también estaba enamorada de Dan. Así de simple. Así de sencillo. No me di cuenta por mí misma. Me di cuenta porque miré afuera, a esa chica que ya había desaparecido, y fue como si ella me dijese «te entiendo, chica, a mí me pasa lo mismo».

Capítulo 6

A mí me pasó lo mismo

¿Al final cómo fui vestida? Estaba tan nerviosa que no fui consciente cuando salí. Para ser breve y concisa, digamos que al final iba como una mujer que busca compañía remunerada. Hasta que no llegué a casa por la noche y me miré al espejo, no fui consciente del ridículo que tuve que hacer con esa falda tan corta y ese escote tan abierto.

Cuando lo vi llegar, estuvo quieto mirándome. Al final fui yo quien marchó en su busca. Lo saludé y, viendo sus ojos, entendí que todo lo que estaba haciendo era un tremendo error. Vi en su mirada la misma expresión que Gwen nos lanzaba a los grises con toda su intención para hacernos saber que no confiaba en ninguno de nosotros. Esa mirada estaba en esos ojos verdes. Y cuando nos montamos en el coche supe que fue un terrible error preparar la canción de *Torn*, la canción preferida de Gwen, para que sonase nada más arrancar. Fue un intento rastrero y sucio, lo sé, pero en un principio pensé que quizá podría ir convirtiéndome poco a poco en esa Gwen que había desaparecido de su vida y llegar algún día a que él sintiese algo parecido por mí. ¿Os he dicho antes que soy una estúpida emocional? Pues aquí tenéis un perfecto ejemplo de mi estupidez.

Por supuesto, esas tardes no valieron para nada, esa prórroga en la detención de Dan la sentía cada vez más corta y, por qué no decirlo, la paciencia de Dan sentía que ya no podía estirarla más. Pero todo eso

cambió un día que Dan quiso subir a mi casa. Pasábamos por mi barrio y le enseñé dónde vivía (os lo prometo, lo dije sin ninguna intención oculta). Mi sorpresa fue cuando él me pidió subir. Por supuesto, yo acepté. Y pensé que, con un poco de suerte, no estaría mi compañera de piso y poder tener un momento de cierta intimidad.

Cuando subimos y mi compañera nos dejó solos (no hubo suerte, estaba en casa), nos sentamos en el sofá y, no me lo invento, juraría que él estaba intentando seducirme. Todas mis alarmas se estaban volviendo locas. Así tenía mi corazón, que por desuso estaba lleno de grietas y telarañas, como una buhardilla mal cuidada. Empezó a acercarse a mí. Yo no sabía qué hacer, así que hice como siempre, salir huyendo, y fui a la cocina a por algo para beber (aunque en realidad fui a por algo de aire para respirar, ya que me estaba ahogando en mi propio rubor). Cuando volví al comedor, él se había ido al lavabo. ¿Y yo qué hice? Pues lo que haría cualquier chica con ganas de gustar a un chico: cogí el móvil para verme reflejada en la pantalla y asegurarme de que estaba estupenda. Solo había un problema, el móvil no estaba.

Cuando fui atando cabos de todo aquello que no encajaba esa tarde, llegué a la siguiente conclusión: me había quitado el teléfono para intentar descubrir qué era lo que yo escondía o quizá averiguar el paradero de Gwen. Para ser sincera, no me molestó que estuviese husmeando en mi móvil, no tenía nada que ocultar, no al menos dentro del móvil. Lo que noqueó mi razón y me hizo perder la cordura fue el sentirme deseada por él solo unos segundos antes y pasar a ser engañada unos segundos después. Ese cambio brusco de lo que creía significar para Dan no lo soporté. Con esa rabia impregnada en mi cara, empecé a aporrear la puerta del baño. Si no la hubiese abierto, seguro que la habría echado abajo. Bueno, quizá exagero, no soy muy alta ni corpulenta, pero he de confesaros que soy fuerte, bastante fuerte. Aunque al final no hizo falta, Dan abrió la puerta, con las manos en la espalda, escondiendo lo que sabíamos los dos que escondía, y le grité. No recuerdo qué le dije ni cómo, pero su reacción fue darme el móvil.

En ese momento, él me preguntó por Gwen y yo, cansada de tantas y tantas mentiras, opté por lo contrario y le dije la verdad. Al menos toda la verdad que podía decirle. Le conté que la policía quería cursar una orden de detención por violador y pederasta contra él (que era verdad), pero la culpa había sido mía al inculparle (eso era mentira), quería intentar demostrar su inocencia dando vueltas por la ciudad y encontrar al verdadero culpable (también eso era mentira) y así poder evitar que lo encerrasen bajo prisión preventiva (eso último sí que era verdad). Como veis, fue una historia con trazos de verdad y mentira a partes iguales, pero que, en definitiva, no distaba mucho de lo que en

realidad estaba sucediendo. Aunque tengo de confesar que la parte donde yo me hacía la víctima por haberle inculpado me la inventé para que sufriese un poco por haberme robado el móvil y haberme hecho sentir como ese ser tan despreciable, que, pensándolo bien, es verdad que lo soy.

Al final él se disculpó y yo me sentí aún peor por haberle engañado otra vez. En ese momento, Jessica, mi compañera, llegó y, sin saber cómo, acabó convenciéndole para ayudarnos a preparar el cumpleaños de mi sobrino.

Y con esa cabriola que yo nunca hubiese podido imaginar acabó Dan en medio de toda mi familia, celebrando el cumpleaños de mi sobrino y viéndole cómo jugaba con Anna, mi querida sobrina, una dulce princesa de seis años que es la persona que más quiero en este mundo. Es tan maravillosa y la quiero tanto que siempre le digo lo mismo a mi hermana cuando me pregunta cuándo voy a engañar a un hombre que me soporte y voy a darle algún sobrinito: «Nunca voy a tener hijos, sé que nunca serán como Anna, así que mejor ni intentarlo. Esta princesita ha puesto el listón demasiado alto».

Una vez acabada la fiesta, y todavía con esa tierna sensación de ver en Dan al padre perfecto con el que soñaría cualquier madre soltera, acabamos cenando los dos juntos en un restaurante. No recuerdo por qué se lo dije, pero acabé ofreciéndole mi ayuda para encontrar a aquella misteriosa chica, Gwen, de la que en teoría nada conocía, pero de la que en realidad sabía más que el propio Dan. Supongo que lo hice porque deseaba contentarlo con algo, aunque fuese a través de mentiras, ya que ni la busqué en realidad ni ninguna de las pistas que le dije las siguientes semanas fueron ciertas. Pero tengo que decir que no salió mal del todo, cuando a los pocos días el jefe de Policía que preguntó qué había pasado para que ese chico dejase de hacer esas estúpidas búsquedas por internet con esa aplicación que estaba programando. La jugada me salió bien y el temor de ver a Dan en prisión preventiva se fue esfumando a medida que pasábamos las tardes en una cafetería.

Y, para acabar, tengo de confesaros otro más de mis pequeños pecados. Aquellas tardes que, por el motivo que fuera, Dan estaba algo más conversador, yo siempre hacía lo mismo. Cogía mi móvil con la mayor naturalidad del mundo, como para consultar la hora o ver un mensaje que en realidad no tenía, y pulsaba el botón de grabación para robarle esas palabras que por las noches rememoraría como el más sucio usurero metería sus manos en aquellas monedas de oro robadas para su obsceno disfrute. No me siento muy orgullosa, pero llevaba tanto tiempo con la compañía nocturna de sus palabras robadas de las grabaciones en la residencia que llegó a ser una adicción de la que me costó desprenderme.

Y esas tardes acabaron, como no podía ser de otra manera, entrando en juego esa chica, Gwen. La que de alguna manera nos unió, pero que de forma irremediable nos volvió a separar. En ese momento me di cuenta de que su sombra nunca podría desaparecer, que yo siempre estaría por detrás de ella, por mucho que quisiese adelantarla. Me sentía como en una carrera de fondo donde muchos metros por delante siempre estaba ella y, por mucho que me esforzase por alcanzarla, en cuanto mirase al frente, vería que ella se había alejado más todavía. Si yo avanzaba un paso, ella había avanzado el doble. Era agotador, nunca la alcanzaría. Y lo peor de todo era tener la sensación de lo absurdo de esta competición, ya que al final me di cuenta de que ella ya había ganado la carrera y yo ni siquiera me había puesto las zapatillas para iniciarla. En ese momento tuve claro que el amor era como una carrera donde la medalla de plata siempre significaba perder.

Capítulo 7

La medalla de plata siempre significaba perder

El día anterior a mi partida quedamos unas amigas, Jessica con un amigo y Dan. Cuando Dan y yo nos quedamos solos, acabamos hablando de Gwen. Cuando me explicó lo que sentía por ella me quedó bien claro el papel que yo ocupaba en su vida: ninguno. Yo era la incógnita de esa ecuación que ellos formaban, que quedé tan despejada que me dejaron fuera de la hoja. Y esa conversación que, al ser la última que tendríamos en mucho tiempo, también grabé como premio de consolación. Aunque, en realidad, sí hubo un regalo por parte de Dan. Recuerdo que me sorprendió tanto que no supe cómo reaccionar. Ese libro que me regaló era el libro perfecto, uno que yo ya tenía guardado en mi pequeña librería, un libro que hacía un año me regaló Estrella, mi hermana. El título era *Sakura* y, cuando me lo leí, hacía ya un año, le dije a mi hermana que ese libro parecía que estaba escrito para mí. Me resultó abrumador que ese chico hubiese acertado de una forma tan increíble en su regalo. Eso solo podía significar una cosa: me había estado escuchando esas tardes que pasamos juntos al abrigo de un buen café. Y yo que pensaba él no hacía más que asentir y responder de forma automática a todo lo que le contaba sobre mí, pero que nada le importaba. Pues resulta que estaba equivocada, o al menos en parte, porque resultó que sí me escuchaba y recordó en algún momento el haberle explicado mi

pasión por Van Gogh. Eso significaba que existía para él, y eso para mí era mucho.

Con esos aleteos de vivos colores en el estómago esbocé un pequeño plan para poder estar con Dan todo el tiempo posible. Le invité a cenar en casa y poder quedarme con él a solas. Todo ese improvisado plan lo diseñé con el deseo de disfrutar de mi cena de despedida con Dan, con caricias, cama y besos incluidos, si pudiese ser, como aquella que disfrutaron Gwen y él varios meses atrás.

Aunque, al final, no pasó nada. Cuando Dan empezó a cocinar vio el libro *Cocina para una cocina chica,* que cogí de la habitación de Gwen una vez que la habíamos recolocado, y todo se derrumbó.

Ese libro lo cogí (aunque sería más correcto decir robé) como trofeo cuando recolocamos a Gwen. Estaba entre los pocos objetos que quedaron en la habitación y, recordando cómo ojeaban ese libro mientras cocinaban en esos pequeños fogones, pensé que no iba a consentir que ese libro se destruyese. Me recordaba a Dan y, de todas formas, ¿qué mal iba a hacer si me quedaba con el libro? Pero al final resultó que no fue tan buena idea, porque vio el libro y lo que pasó no sé muy bien cómo explicarlo.

Dan se quedó quieto, parado, con la cara blanca y expresión seca, tirante. No nos oía, porque no hacíamos más que preguntarle qué le pasaba y no contestaba. Era como si no estuviésemos allí. Luego empezó a mover los ojos alrededor de la habitación, como si estuviese siguiendo con la mirada una mosca que se encontraba volando detrás de nosotros. De pronto su expresión cambió, mostrando terror o enfado o miedo, no sabría decirlo, y al cabo de unos eternos segundos, como si se hubiese asustado, dio un rápido paso atrás, chocando con los armarios que tenía a sus espaldas y cayó al suelo, con la espalda apoyada, las piernas inertes y las manos temblando. Volvió en sí a los pocos minutos y se marchó, disculpándose, aunque no supe a qué se refería.

Esa noche me la pasé pensando en qué mentira contarle para explicar que yo tuviese en mi poder el mismo libro que él y Gwen estuvieron hojeando durante semanas en la pequeña habitación de la residencia. Aunque no hizo falta explicarle nada, él se marchó y no volví a verlo más.

Pero, antes de acabar, tengo que contaros qué pasó con Gwen en ese extraño monasterio para que tuviese que marcharme de esa manera. No puedo contaros mucho, solo lo necesario para entender por qué sucedió así.

Capítulo 8

Gwen en el monasterio

De camino a la residencia me explicaron que Carrie estaba trastornada (ese era el nuevo nombre que se inventó. Para no confundirnos, me referiré a ella como Gwen, aunque este tampoco sea su verdadero nombre). En el informe decía que no hacía más que preguntar por Dan y, como nadie sabía ni quién era, siempre pedía que le preguntasen a Mac, la policía de la residencia. La negativa a contestarle o hacerle el más mínimo caso se transformó en unas conductas agresivas hacia los grises que la cuidaban y hacia ella misma en forma de autolesiones, que cada vez ganaban en intensidad y riesgo. Así fue como un día la encontraron haciéndose pequeñas heridas en el brazo con un cuchillo de plástico, como si fuese un punzón. O hacía tan solo unos días, cuando la descubrieron cortándose mechones de pelo con un cuchillo, pero esta vez de metal.

El riesgo que existía por su propia vida fue el detonante para llamarme y que intentase aplacar, por todos los medios posibles, esa conducta autodestructiva.

Cuando llegué a ese monasterio, la versión de Gwen que vi no tenía nada que ver con aquella chica morena, serena y melancólica que conocí en la residencia. La encontré sentada en la cama, mucho más delgada, frotándose compulsivamente las eternas muñequeras que ocultaban esas quemaduras. Estaba mirando al suelo, con la cabeza

ladeada, como si las baldosas le estuviesen hablando y lo que le dijeran fuesen malas noticias. Y, por último, mostraba un pelo rojo caoba, extremadamente corto e irregular, mostrando claros del mismo cuero cabelludo donde se había arrancado mechones de pelo. Si no llegan a decirme que esa sombra de ser era Gwen, no la hubiese reconocido.

Ese mes que estuvimos juntas lo recuerdo como un lento camino donde pasé de un odio irracional a una extraña amistad que nos unió como jamás me hubiese imaginado. Ella me preguntaba por Dan y yo, como la experta en mentiras en la que me estaba convirtiendo, le decía que no sabía nada de él.

Una noche se encerró en el lavabo con unas tijeras con la intención de cortarse la misma vida, aunque yo sospeché que todo era una burda llamada de atención, ya que hizo excesivo ruido al cerrar la puerta, golpeando las tijeras por todas las paredes para que la oyésemos y fuésemos a socorrerla. Todavía me duele el hombro de las arremetidas que fueron necesarias para abrir la puerta del lavabo y rescatarla de un suicido ni consumado ni, en mi opinión, intencionado. A partir de ese día, la vigilancia debía ser extrema, por lo que uno de los grises tendría que dormir con ella en su habitación y no dejarla sola ni un momento. Y, por supuesto, esa misión correspondió a la única mujer del equipo, a mí. Así fue como, además de todos los días, pasamos también todas las noches juntas.

Pasaron los días y al final le dije que tenía alguna información de él, hasta que, movida por esas ansias que Gwen tenía de saber más de Dan, le confesé que hasta tenía audios con su voz. Esas grabaciones las compartimos por la noche, proporcionando a Gwen una cierta calma, como si el escucharlo le hiciese sentir que él estaba bien, aunque fuesen unas grabaciones en diferido. Todo empezó a calmarse, aunque una grabación en concreto fue el detonante de los horribles sucesos que se iniciaron a continuación.

Una noche escuchamos el último audio que tenía en mi móvil, el que tomé en el bar la tarde de mi despedida. Lo que Gwen escuchó en esa grabación tuvo como consecuencia lo que desveló nuestro escondite, cuando Gwen llamó a Dan. Nos cayó a todos una severa reprimenda cuando se enteraron de esa llamada, por lo que le pedí y le hice prometer que no volviese a hacerlo nunca más. Y, como compensación, le dije que en algún momento puntual yo llamaría a Dan y pondría el altavoz para que ella pudiese escucharle.

Y esa estupenda idea, la de llamar a Dan y que nosotras dos pudiésemos escucharle, la llevé a cabo el peor día que podría haber escogido, en concreto, el mismo día que Erlinda falleció. Cuando Gwen escuchó la triste noticia de boca de Dan, enloqueció de una forma atroz e imprevista, como un volcán dormido que hubiese

entrado en erupción sin previo aviso. Empezó a dar vueltas, agarrándose la cabeza con ambas manos, gritando de dolor, golpeando sillas y mesa. Tuve que colgarle el teléfono a Dan y tranquilizarla. En ese momento, pasé mucho miedo, porque por el rostro que se le dibujó en su cara supe que ella podría ser capaz de cualquier cosa. La abracé más para agarrarle los brazos, que parecían mangueras de agua descontroladas, que para consolarla en el llanto en el que se estaba ahogando. Una vez que pasó el vendaval y conseguí que se sentase en la silla, ahora con el cabezal roto por alguno de sus golpes, llegó el momento en que ella tomó el control de la situación. Sentada como estaba, me miró a los ojos y me dijo lo que yo estaba convencida de que me diría. Me pidió que la llevase al tanatorio. No me lo exigió ni me lo rogó. Ni tan siquiera me amenazó con su propia muerte si no la llevaba. Me miró a los ojos y me dijo: «Déjame despedirme de Erlinda». Y yo no me negué. Quizá estaba equivocada, pero sentía que, si no la llevaba a ese tanatorio para que le diese su último adiós, no tardaríamos en ir a otro entierro, al de Gwen.

De esa manera, con esa determinación tan inconsciente e irresponsable, engañamos al resto de los grises diciendo que íbamos a revisar uno de los dos puntos de reunión que teníamos definidos en situación de emergencia, cuando en realidad nos dirigimos al tanatorio.

El miedo que tenía ante esa temeraria expedición era que Gwen me estuviese engañando y utilizase la excusa de despedirse de Erlinda para poder ver y hablar con Dan. O incluso escaparse. Era un riesgo que existía y que asumí. Llegamos, y yo me quedé a una distancia prudencial de la gran multitud que estaba dando el pésame y sus respetos a la fallecida y familiares. Eso ayudó, ya que podíamos permanecer ocultas. Esperamos a que él se apartase con un grupo de amigos o familiares, y en ese momento Gwen se dirigió al ataúd de Erlinda, o, mejor dicho, lo que quedaba de ella. Cuando volvió, rota por una pena tan interior que solo se reflejaba en sus ojos, dijo que podíamos irnos.

Tengo que confesaros sorprendida que Gwen no hizo ninguna de las locuras de las que creí que sería capaz. Se limitó a presentar ese último adiós a Erlinda y dejar algún escrito de despedida en el libro de condolencias. Todo salió bien, sin que nadie nos descubriese. ¡Qué equivocada estaba!

Capítulo 9

Nadie nos descubrió

Dan nos había encontrado y yo no la creí.

Gwen me explicó que tenía las sospechas de que Dan había estado en el monasterio y le había dejado una nota para verse en las bodegas. Pensé que sería alguna de sus estratagemas para engañarme, por eso obvié esa información como si no la hubiese escuchado.

Pero todo cambió cuando, dos días después, nos llegó la denuncia de la desaparición de Dan emitida por sus padres. En ese momento tuve que admitir mi error y darle la razón a Gwen. No había otra explicación.

Cuando me informaron de su desaparición, llegó el momento de explicarle a Gwen la desaparición de Dan y, al mismo tiempo, mis disculpas por no haberla creído. Fue una situación muy tensa por el ataque de furia que Gwen sufrió en ese momento. Y no se lo eché en cara, ni siquiera intenté calmarla, quizá porque yo estaba igual que ella, pero con la desgracia de no poder desatar toda mi rabia por estar de servicio y tener que actuar de la manera más calmada posible para arreglar la situación. Y ese dolor que las dos sentimos fue porque creímos que Dan estaba muerto. Lo creímos de verdad. Así que dejé en ella el llanto, yo me encargaría de averiguar qué había pasado.

Fue una semana extraña y lenta, y no se desatascó hasta que vimos esa extraña noticia de Dan en el periódico. Leí la noticia, donde lo

buscaban como asesino y violador, habiéndose olvidado del prefijo presunto, con toda la intención del mundo para poder movilizar a los lectores y, como decía en la noticia, informar en los teléfonos de emergencia indicados cualquier pista sobre su paradero. Yo, esa noticia de prensa, la recibí como la mejor noticia del año, ¡qué digo del año!, de la década. Para mí, esa noticia significaba que los otros no sabían dónde estaba Dan y sospechaban, con mucho acierto, que allí donde él estuviese sería donde encontrarían a Gwen. Si los otros no sabían dónde estaba Dan, entonces no habrían podido matarlo.

Cuando le enseñé la noticia a Gwen no lo vio de la misma manera, no entendía nada. Al contrario, se entristeció más aún al ver en aquel chico que tanto amaba tanta suciedad y mentiras en forma de violación y asesinatos a niños inocentes. No fue hasta que le expliqué lo que significaba esa noticia que se calmó y, contra todo pronóstico, consiguió cambiar ese rostro sumido en la tristeza a una leve alegría por haber descubierto que Dan no estaba muerto. Y en cierto sentido yo también disfruté de una cierta calma. No sabíamos dónde estaba Dan, pero tampoco lo sabían los otros. Al final resultó que Dan tenía más recursos de los que suponíamos en un inicio.

Y esta parte de la historia llegó a su fin cuando los otros nos descubrieron. Casi me violan y me matan, si no llega a ser por Dan, que, todavía desconozco cómo y de qué manera, apareció de repente para salvarme la vida. Aunque no puedo decir lo mismo de Gwen, quien acabó sucumbiendo a todo el horror que llevaba sufriendo todos esos años y, al filo de un acantilado, se quitó la vida disparándose en la cabeza, sin ser consciente de que Dan estaba allí, a escasos metros de ella. No sé cómo tendría que haber acabado toda esta historia, pero estoy segura de que de esta manera no tendría que haber sido.

Y ahora estoy aquí, en el hospital, esperando al lado de Dan, quien permanece inconsciente en la cama. Mirando a este chico que me ha salvado la vida. De quien estoy tan enamorada y ha marcado el rumbo de mi vida desde la primera vez que lo escuché. Y, estando junto a él, sigo rompiéndome la cabeza intentando averiguar cómo le explico todo esto que os he contado. Y sobre todo cuando le confirme lo que sucedió con Gwen.

Siento deciros que todo esto no ha acabado todavía, pero no tengo ya ni fuerzas ni ánimos para explicaros más. Es desesperanzador descubrir que, después de todo lo que ha sufrido Dan, haya tenido la desgracia de sucederle esto tan horrible…

Perdonad, pero ahora tengo que dejaros, se mueve y creo que está abriendo los ojos.

Y, por cierto, se me olvidaba deciros una cosa, aunque no creo que a estas alturas sea necesaria. Todos los que me conocen me llaman Mac.

Capítulo 10

Todos los que me conocen me llaman Mac

El sonido de un hospital fue lo primero que Dan oyó. Había pasado tantos días al lado de su hermano Abel, viendo cómo la enfermedad lo consumía como una llama a un papel, que supo dónde se encontraba sin tan siquiera abrir los ojos.

Sentía la pesadez de unos párpados que hacía días no se abrían y la sequedad de una garganta que llevaba el mismo tiempo sin saciar su sed. Tardó varios pestañeos en reconocer quién estaba a su lado. Era Mac, aquella chica que le engañó, pero al final le llevó a Gwen. No sabía qué pensar de ella, solo supo que no era el momento de replantearse nada. Le extrañó no ver a nadie de su familia. Quiso preguntárselo, pero no quería hablar o quizá no podía. En realidad, a ella era a la última persona que quería tener a su lado. Así fue como permaneció quieto, callado, observando como ella le devolvía la mirada, pero sin poder descifrar qué significaban esos ojos tristes.

Mac no hizo más que buscar en su mente la frase que iniciase todo lo que tenía que contarle, como si estuviese jugando al Scrabble, ordenando ideas como si fuesen letras, para construir aquella frase que daría pie al resto. Pero no tuvo suerte, no encontró ninguna que le valiese.

Mac siguió mirándole, hasta que vio cómo el rostro de Dan se transformó en una mueca. Sintió cómo todos los músculos de su

cuerpo se tensaron al mismo tiempo que sus ojos se abrieron de una manera atroz, viéndose amenazadores y blancos, en contraste con la oscura y poblada barba que ocultaba la mitad de su rostro. Al instante supo el porqué de esa cara. Acababa de acordarse de lo sucedido. Acababa de ser consciente de lo que le sucedió a Gwen.

Cuando Dan le preguntó dónde estaba Gwen, Mac no supo qué contestarle. No pudo más que decir un «lo siento», como si esa disculpa significase algo o respondiese a su pregunta. Con esas dos palabras y una negativa con su cabeza fue suficiente para que Dan confirmase el mayor de sus temores, que aquella imagen que recordaba era cierta. Gwen, al filo de un precipicio, con esa pistola entre sus manos y esa coleta roja que de repente vio como salía de forma feroz detrás de su cabeza, dibujada en sangre.

Dan giró la cabeza, no quería ver a nadie, y menos a esa chica que no sabía si le estaba velando o le estaba vigilando. Y así se quedó, inmóvil, cerrando los ojos, deseando que todo fuese una pesadilla de la que se despertaría, aunque no supo si querría despertarse en un mundo donde Gwen no hubiese muerto o en otro en el que no la hubiese ni siquiera conocido. Y, entre esos pensamientos confusos y un dolor que le rasgaba desde la garganta hasta el estómago, sintió que quería ver a Abel, su hermano, sintiendo que todavía estaba vivo y vendría pronto para ayudarlo. Pero un instante después recordó que él tampoco estaba y le extrañó haber pensado en él como si estuviese vivo. Como si el dolor por la muerte de Gwen se hubiese confundido con la de Abel y no pudiese asimilar tanta pérdida en tan poco tiempo. Todo se le mezcló en su cabeza y esa vorágine que sacudió su cordura era todo lo contrario a lo que mostraba su cuerpo, quieto y paralizado.

Mac le observaba con miedo a tocarle, con esa agitada parálisis, como si fuese un enfermo de Parkinson, con un cubo lleno de agua entre sus manos, concentrado para permanecer quieto y evitar derramar una gota de agua. Quiso decirle algo para mitigar su dolor, pero era imposible que dijese nada que obtuviese ese efecto. Y, con esa necesidad de decir algo para romper esa tensión que hasta se podía oír, volvió a disculparse diciendo un nuevo «lo siento», al mismo tiempo que apoyó su temblorosa mano en el hombro de Dan.

Al sentir como ella le tocaba, gritó en cólera y le dijo, le exigió, que no le tocase. O eso quería decirle cuando descubrió que no podía levantar el brazo derecho. No entendía nada, solo sabía que su cerebro quería apartar a Mac de su lado, pero su brazo permanecía quieto en la camilla, sin responderle, junto con un ruido metálico que no entendió de dónde venía.

Quiso mirar abajo hacia ese brazo inmóvil, pero no se atrevió. Cuando al final tuvo el valor de mirar qué sucedía, lo que vio lo dejó confundido. No entendía por qué unas esposas le sujetaban el brazo a

la barandilla de la cama, como cualquier burdo presidiario en una cárcel de Guantánamo.

Miró a Mac con todo el odio que sus cansados ojos pudieron escupirle. Iba a preguntarle lo que sucedía cuando, en ese momento, se dio cuenta de otro detalle en el que no se había fijado. Mac iba vestida con el uniforme de policía y con el brazo vendado en cabestrillo. Vio la gorra de policía encima de la mesilla. Bajó la mirada y vio el cinturón, con todos sus utensilios de policía, pistola incluida. Le preguntó con la mirada. Le exigió con unas pestañas que, de podérselas haber lanzado y clavado, lo habría hecho sin dudarlo. Y le preguntó con la voz rota: «¿Qué está pasando?».

Mac se sentó. Estaba agotada y sentía que no podía más, pero sabía que tenía que estar con él, protegiéndole de todo lo que podría sucederle aún. Y, por supuesto, explicándole todo lo que había sucedido. No supo dónde encontró las fuerzas, pero al final tiró de frialdad y le explicó lo sucedido. No se lo reveló todo, solo le dijo por qué estaba esposado a la cama. El resto de la historia la dejaría para más adelante.

Así fue como le contó que aquel asesino, con la intención de violarla y después matarla, resultó que murió debido a los golpes que Dan le dio con la barra de metal. Mientras Mac le explicaba esa parte de la historia, ella no dejaba de sentirse culpable. Por su culpa, Dan la había salvado, pero, como si fuese un pago demasiado elevado, tendría que saldar en forma de cárcel la muerte de ese asesino. Ella no lo sintió justo. No entendía por qué él tenía que pagar por haberle salvado la vida.

Mientras Mac le explicó el motivo, a Dan le vino a la mente la misma idea: cuando el héroe de la película mata al malo, siempre acaba con el chico y la chica juntos, y una vida feliz en ciernes. Pero en la vida real parece ser que eso no sucedía así, ya que el héroe acababa en la cárcel culpable de asesinato.

Pero la historia no acababa ahí, todavía había más y peor. Porque ese asesino que acabó asesinado por Dan resultó que era un cazador que estaba por la zona en busca de liebres y perdices, y, mientras caminaba por el bosque, se topó con ese peligroso violador de menores buscado por la policía que, sin pensárselo dos veces, lo mató sin contemplaciones. O al menos esa era la versión que repetían en la prensa, televisión, internet y radio a todas horas.

Por supuesto que esa versión era mentira. Mac lo sabía y Dan, por supuesto, también. Pero parece ser que la verdad no es verdad hasta que se demuestre lo contrario, porque, a nivel mediático, todos afirmaban la inocencia de ese pobre cazador y la culpabilidad de ese peligroso violador, pederasta y ahora, además, asesino.

Mac le explicó que las pruebas que le inculpaban a Dan como el

asesino de ese hombre eran incuestionables, quizá porque era cierto, Dan lo había matado. Mac, para acabar, le explicó que esa campaña de desprestigio era obra de un clan mafioso, el mismo que quería matar a Gwen y que, gracias a todo el dinero e influencia que parecían tener, había conseguido tejer una red de mentiras para inculparle.

Y así acabó la historia de Mac. No le contó nada más. Ni se sentía con fuerzas para confesarle todo lo que tenía que decir. Dan tampoco estaba en situación de escuchar más revelaciones. Así fue como acabó sucumbiendo al dolor y, cerrando los ojos y girando la cabeza en dirección contraria a Mac, se pasó los siguientes dos días a la espera de algo que no podía pasar. A que todo acabase de una vez.

Capítulo 11

A esperar que todo acabe

Siempre estaba en sus pensamientos su abuela Erlinda. Se encontraba encamado, inmóvil, con los ojos abiertos, pero sin ver, mirando una pared que en realidad no veía, escuchando los pasos de los pasillos y de las personas que entraban en su habitación, donde ninguna de ellas era nadie de su familia, solo eran enfermeras y policías. Le hizo gracia descubrir que sabía quién entraba solo por el sonido de sus pasos, como hacía su abuela.

Fue uno de los policías quien le sacó de su mutismo y ceguera. Cuando entró, le dijo a Mac que podía hacerlos entrar. Mac le agradeció que hubiese conseguido venir después de dos días intentándolo y le dijo a Dan que podía traer a sus padres para que lo viesen. En ese momento fue cuando Dan giró la cabeza y vio a ese otro policía joven y muy delgado. Lo reconoció. Era aquel que acompañó a Mac el día que lo arrestaron de camino a la residencia.

Mac le explicó que era muy buen amigo suyo. Llevaba dos días intentando que le diesen el turno de vigilancia en el hospital para así poder permitir que sus padres lo visitasen. Dan, aun estando en el hospital, era como si ya estuviese preso sin posibilidad de ver a nadie, por eso sus padres no habían podido entrar todavía. Estaba como en un purgatorio camino hacia el infierno de barrotes y cerrojos, donde los arcángeles eran policías y la penitencia se vaticinaba en años.

Cuando Mac volvió con su familia, o, mejor dicho, lo poco que quedaba de ella, vio sorprendido como su padre y su madre no hacían más que agradecer, abrazar y besar a Mac por todo lo que estaba haciendo. «Gracias, hija mía. Gracias por todo», le decían. «Hija mía la llaman. Ahora va a resultar que Mac es mi hermana, aunque a estas alturas no me sorprendería de nada», pensó Dan con un humor agrio que le sorprendió hasta a él.

Esa visita fue corta y dolorosa. Sus padres no lo habían visto desde que desapareció de casa semanas atrás. Llevaban dos días en el hospital, sin moverse, en la sala de espera, esperando que esa extraña policía que los había llamado les permitiese verlo.

Se marcharon muy pronto porque no podían estar más de unos pocos minutos para evitar que el resto de policías descubriesen que sus padres habían entrado a verlo. La sensación que quedó en la habitación fue diferente, como más familiar, como menos extraña. Ese descenso de ansiedad en el ambiente fue el momento propicio para que Dan pudiese mirar a Mac a los ojos y dejar aparcado todo el odio que tenía para pasar a ofrecer una versión menos irascible y tener una conversación con ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Dan—. Porque Mac tiene que venir de un nombre. Es algún diminutivo de algo, supongo. ¿Maquiavélica es cómo te llamas? ¿De ahí viene tu extraño nombre? Mac.

Dan, poco a poco, tendría que ir desprendiéndose de toda la rabia y rencor que, como una sucia enfermedad, había invadido su alma.

—Mi nombre es Magia —fue lo que contestó Mac—. Sí, es extraño. A mis padres les van los temas esotéricos y naturalistas. Me pusieron Magia porque nací en su año, el año de la magia. Mi hermana tuvo más suerte, porque nació en el año de la estrella. Su nombre es más bonito que el mío. Es por eso que el diminutivo de mi nombre, en realidad, es Mag, con g. Pero me cansaba de corregir a la gente: «No me llamo Mac, me llamo Mag, con g». Una corrección absurda, porque en realidad suena igual Mag que Mac. Sí, lo sé, suenan igual, así que me rendí y pasé a llamarme Mac. Sé que es extraño, pero aun así es mejor que Magia.

Cuando Dan le preguntó si había algo de verdad en todo lo que acababa de decirle, Mac entendió la pregunta. No se fiaba de ella, y con toda la razón. Por ese motivo, Mac le prometió que a partir de ese momento le diría la verdad y toda la verdad. Iba a completar la frase añadiendo «como en los juicios», pero, al verlo esposado en la cama del hospital, supo rectificar a tiempo. Y, para dar más veracidad a su promesa, le aseguró que, aquello que no pudiese decirle, no le mentiría, sino que se callaría.

—Mejor omitir información que inventármela —finalizó su

manifiesto.

Cuando Dan le dijo que, en esa situación, podría decir agua con toda la intención para saber hasta cuánto podría saber esa chica de todo lo ocurrido, la triste sonrisa cómplice de Mac le reveló que ella sabía mucho más de lo que en un momento él pudo imaginarse. Y, aunque el dolor por haber pronunciado esa palabra tan suya y de Gwen fue desgarrador, supo que tendría que confiar en esa extraña chica que parecía intentar ayudarle. Y la creyó no porque sintiese veraces sus palabras, sino porque sentía que ya no podían hacerle más daño. Tenía que confiar en ella. Tenía que confiar en alguien para poder avanzar.

Y, de todas formas, si él le había salvado la vida, quizá ella de verdad le ayudaría.

Capítulo 12

Quizá ella le ayudaría

Ocho días tardó en recuperarse del disparo en la pierna. Su corazón no tuvo tanta suerte, ya que seguía herido de muerte cuando pudo empezar a caminar. Esos días Mac no lo abandonó ni un instante, solo pequeños momentos para traer a sus padres y que pudiesen verlo, o alguna hora suelta para poder ir a su casa, ducharse, sacar las pocas lágrimas que sabía que no podía compartir en el hospital, y volver con Dan.

En el trabajo, ella estaba, en teoría, de baja laboral por el disparo que recibió en el brazo, pero no hizo caso de las recomendaciones de reposo y, con su uniforme de trabajo, se plantó en el hospital para hacer la doble tarea de vigilante y protectora. Las pocas llamadas de la comisaría para saber dónde estaba y por qué no se presentaba las contestaba con la valentía de saber que, cuando todo esto acabase, dejaría el cuerpo de Policía. Aunque no tenía la más mínima idea de cuándo ni cómo iba a finalizar. Su objetivo como policía sería salvar a Dan, esa era su misión..., su última misión.

Mientras pasaban los días y Dan se recuperaba, Mac los invirtió en explicarle todo lo que Dan se merecía saber. Solo obvió todo lo tenía que ver con el pasado de Gwen, era secreto de sumario y no podía desvelar nada. Y, por supuesto, tampoco ni dijo ni dio sospechas de nada que hiciese referencia a lo que ella sentía por él. No le mintió,

así que pudo cumplir su promesa de ser sincera. Así fue como le contó todo, las escuchas en la residencia, la vigilancia tanto de él como de su familia, el día que hizo de enfermera, la causa del intento de agresión de Alba, el falso motivo del arresto al día siguiente, la verdadera causa por la que lo llamó y estuvieron dando vueltas por la ciudad, el libro de cocina, el motivo de su marcha cuando en realidad fue al monasterio.… Todo. Incluso también le contó alguno de tantos pequeños momentos en que ella y Gwen, en esas noches en el monasterio, hablaban de él y de lo mucho que Gwen le quería y le echaba de menos. Esas partes Mac intentaba reducirlas, ya que, cada vez que las explicaba, un mutismo de Dan de varias horas era lo que seguía a esa dolorosa confesión.

Pasaron ocho días y Mac sintió como Dan iba bajando las defensas, dejando poco a poco de ver en su mirada ese odio y esa furia que de tan intensa parecía desbordarse. Los días pasaron y comenzó a ver en él algún atisbo de confianza, muy cauta y leve, pero más relajada. Ya, para los últimos días en el hospital, comenzó a ver en Dan la misma expresión que mantuvieron esas tardes meses atrás, buceando entre las olas del aroma de un café, cuando se les podía ver como un par de amigos. Incluso en esos últimos días más de una inocente broma se les escapaba a los dos al comparar ese acuoso líquido marrón que emulaba ser algo parecido a café que tomaban en el hospital con el denso y dorado aroma del café auténtico que disfrutaron en esas lejanas tardes.

Mac todo eso que vivía lo sentía como familiar, como si de un *déjà vu* se tratase, en el que alguien permaneció días al cuidado de un enfermo. En ese momento, con esa imagen, recordó dónde había visto esa misma escena. Y seguro que vosotros también la tenéis en mente. Estaba viviendo en primera persona una versión diferente pero igual, cuando Dan se pasó día y noche cuidando de una Gwen encamada, y que dio lugar a esa extraña relación que vivieron en la residencia. A Mac le emocionaba pensar que estaba viviendo su propia versión ahora con Dan, aunque ensombrecido por el mal pronóstico que se intuía, ya que el próximo paso de ese juego sería una celda en prisión.

Cuando Dan pudo poner un pie en el suelo, ayudado a un lado por el médico y al otro lado por Mac, tuvo un atisbo de alegría al poder ganar la autonomía que te da el poder caminar. Eso sí, una alegría que se apagó cuando fue consciente de que, cuando pudiese caminar, lo haría directo a prisión. «Qué absurdo que es todo; ya tengo la libertad de caminar para poder caminar sin libertad cuando entre en la cárcel», pensó.

El día que prepararon la marcha a prisión, Mac consiguió que Dan viese a sus padres una última vez antes de tener que verlos a través de un cristal. La despedida fue comedida y tierna, ya que Dan, en esos

días, había recuperado ese temple y esa madurez que tanto le definían y que, por lo vivido en esos últimos días, había dejado aparcados. El abrazo de despedida lo suavizó Dan con un «hasta luego», ya que no hacía más que repetir a sus padres que todo saldría bien. Aunque esa seguridad que transmitió a sus padres se desmoronó por completo al salir cojeando del hospital y subir en el camión policial, ya que la calle estaba atestada de cerca de un centenar de personas increpándole y llamándole asesino, violador, pederasta y, por supuesto, todos los adjetivos que compartían esos calificativos. Eso no se lo esperaba; tan seguro estaba de su inocencia que no entendía cómo toda esa gente podía pensar lo contrario.

Mientras subía al camión policial, esposado y acompañado por Mac, recordó cuando ella le advirtió que en la calle había gente, con total seguridad, a sueldo por esos otros, que tenían como objetivo desprestigiarlo aún más de cara a la prensa y los medios de comunicación. Pero una cosa era explicárselo y otra muy distinta ver como cientos de ojos, bocas y dedos corazón alzados le insultaban a voz en grito. Incluso vio a una mujer gruesa, con unos ojos untados en excesivo negro rímel, que le manchaba la mitad inferior de su cara por unas lágrimas ya resecas, mientras le gritaba: «¡Asesino!, tú has matado a mi marido, tú has matado a mi familia». Y con el cansancio colgando de su alma, no supo discernir si esa mujer era otra actriz a sueldo o era en realidad su esposa, ahora viuda, por el crimen que cometió con sus manos.

Y, dentro del camión de policía, sentado en la parte trasera, esposado a un manillar al lado de la silla y escuchando como el mundo de allá afuera le recordaba el crimen que cometió, pensó que quizá lo más justo sería acabar en la cárcel. Había matado a un hombre y no había conseguido salvar a Gwen. No quedaba gran cosa por la que seguir luchando.

Capítulo 13

Lo más justo sería acabar en la cárcel

«Espere a ser atendido tras la línea». Esa fue la frontera en la que Mac vio a Dan por última vez en libertad, aquel chico que pasó de héroe por salvar una vida a culpable por segar otra. Y esa línea amarilla, medio borrada en el suelo le impedía acompañarlo un paso más, solo uno más. Se sintió una cobarde por no traspasarla, salir corriendo hacia él y decirle, con toda la poca certeza que sentía, que todo iba a salir bien. Quería ayudarle un poco más, aunque fuese una mentira a medias, ya que no sabía si al final todo iba a acabar bien o, como todo el mundo creía, iba a acabar tan mal como se pronosticaba. Dan había matado a una persona y, ante esa realidad, no existía mayor consecuencia que el consecuente castigo.

A partir de ese día, Mac no hizo más que mortificarse con la idea de ser ella la causante de ese destino que Dan estaba sufriendo. Ella se sentía como la malvada de la película, como aquella secundaria que había impedido el final feliz de la historia, como la villana involuntaria que todo el público acabaría odiando por haber tenido la fortuna de haberse salvado, mientras la verdadera protagonista, Gwen, había muerto de forma incomprensible, de forma tan injusta… Ella no se sentía la heroína de la película. El héroe era Dan y la injusticia que estaba viviendo era culpa suya.

Fue por eso que dedicó cada momento de su tiempo en reparar

todo el sufrimiento que Dan estaba padeciendo. De esa manera y con esa determinación, consiguió que Dan acabase en un pabellón diferente de la prisión donde uno de los mafiosos de los otros cumplía condena. En concreto, aquel que en el precipicio apuntó a Gwen con la intención de matarla, ya que ese día lo apresaron y condenaron a prisión.

Ese pequeño detalle no se lo dijo para no preocuparlo, pero ella no podría llegar a imaginarse qué podría haber pasado si hubiese acabado cumpliendo condena, celda con celda, con alguno de los otros. También, consiguió mover algunos contactos de un conocido de otro conocido que trabajaba dentro de la prisión para obtener algunos favores en forma de seguridad adicional o información de primera mano sobre Dan y cómo pasaba sus días recluido. De esa manera, no es que consiguiese gran cosa, pero al menos tenía la certeza de que, si algo sucedía, podría enterarse con suficiente antelación como para poder actuar.

Otra de las actividades que empezó a hacer de forma compulsiva fue el ir consultando en gabinetes de abogados diferentes jurisprudencias previas en las que poder apoyarse para conseguir la libertad de Dan o, al menos, una libertad provisional hasta la celebración del juicio. Incluso llegó a crear una página web, www.ayudadanielinocente.com, en la que relataba la inocencia de Dan y añadía la opción de hacer una donación para poder ayudarlo a costearse un buen abogado.

Todas esas acciones las llevó a cabo y seguro que me olvido de alguna más, pero todo eso fue después de haber pasado la primera noche de Mac de vuelta a su casa, en su cama, donde hacía ocho días que no dormía porque las pasó en el hospital al lado de Dan.

Y esa noche, esas horas nocturnas que cada uno de nosotros las vivimos como una noche más, para ella fue la peor noche que recordó haber vivido. Fue la peor porque ya no estaba con Dan. Fue la peor porque fue la primera que Dan pasó en prisión. Fue la peor porque sintió que ya no podía ayudarlo más. Fue la peor porque allá donde mirase en su habitación no hacía más que recordar algo de él, una pintura que hizo pensando en él, los cascos que utilizaba para escuchar sus grabaciones, el libro de cocina que ya sentía más suyo que de sus legítimos dueños. Y, también, fue la peor porque fue la primera noche que deseó estar muerta para que él pudiese estar en libertad.

Capítulo 14

Fue la primera noche que deseó estar muerta

Pasaron dos meses, era finales de octubre, y al otro lado del océano la familia Rivideggo entró en prisión. Ese hecho pasó desapercibido para Dan y todos los que le rodeaban. Para todos, excepto para Mac, quien sintió una enorme alegría y una mayor tranquilidad al enterarse de esa noticia. Aunque en los medios de comunicación de muchos países sí que tuvieron una cierta notoriedad, la repercusión a nivel mediático, en esta parte del mundo, fue mínima y quedó en una de aquellas noticias internacionales que utilizan más de relleno que por su relevancia.

¿Y por qué esa noticia era tan importante en esta historia? La respuesta es porque en ese momento se descubrió quién fue ese hombre que Dan mató. Ese falso inocente cazador, que fue asesinado a pocos metros de un monasterio de beneficencia, resultó ser uno de tantos mafiosos a sueldo de esa influyente familia del crimen. En cuanto se desveló esa noticia, en esta parte del mundo se empezó a clamar por la inocencia del joven que llevaba en prisión preventiva varios meses, sintiéndose que había sido condenado injustamente. La verdad comenzó a salir a flote y, cada vez más, se pedía en prensa, redes sociales y televisión la puesta en libertad de ese chico, quien pasó a vestir más aura de héroe que de asesino. Esa revolución mediática, Dan no la sintió de esa manera tan intensa, solo sabía

trazos de ella por las continuas visitas de sus padres, de Alba y, por supuesto, de Mac.

Ella lo visitaba cada vez que podía, utilizando en exceso su influencia como policía. Al principio, ver a Dan en un estado tan ruinoso sumía a Mac en una honda culpabilidad. Varios días que lo visitó se lo encontró ausente, sin hacerle caso, ni siquiera le contestaba a las preguntas o comentarios que ella le hacía. Dan estaba como ausente, mirando siempre a un lado, huyendo la mirada. Incluso en varias ocasiones le escuchó decirle que se callase, que dejase de hablar. Fueron momentos duros, desesperanzadores.

Otros días encontraba a Dan con unas terribles ojeras, con la barba a medio afeitar y con un discurso caótico y sin sentido. Otro día recordó Mac que le llevó una bolsa de plástico con comida que le había dado la madre de Dan. Con el objetivo de sacarle alguna sonrisa y disipar esa pena colgada de sus labios, le preguntó si adivinaba qué comida era. Dan, ante esas palabras, se mostró ausente, intentando oler el contenido de la bolsa, negando con la cabeza, aunque Mac no supo si porque no le había entendido o porque no sabía qué comida podría ser. Y ese hecho le extrañó a Mac porque el olor a pescado crudo no dejaba duda alguna de las raciones de *sushi* que contenía.

Por suerte, esa versión errática y confusa de Dan empezó a disiparse al pasar las semanas. El tiempo, como el mejor médico que es, empezó a curar heridas que parecían letales y trajo de vuelta a ese Dan que Mac tanto echaba de menos. Ese Dan risueño, vivaz, con un humor punzante e irónico y, por supuesto, siempre rebosante de optimismo.

Como consecuencia de esa inocencia de Dan que se clamaba a los cuatro vientos, la página web que creó Mac empezó a captar el dinero suficiente para permitirle poder costearse el mejor abogado posible. Cientos y miles de visitas hicieron grandes donativos para ayudar al que llamaron el Héroe del Monasterio. Fue así como consiguió los servicios de uno de los abogados criminalistas más notorios del panorama jurídico.

En el momento en el que Mac contrató los servicios de ese importante abogado extranjero que se apellidaba Ottovordemgen, les comentó a sus padres esa excelente noticia. Fue así como acabó Mac cenando en casa de Mara y Osorio. Cuando entró en su casa, sabiendo que también era la casa de Dan, tuvo cierto reparo por averiguar qué y cómo se iba a sentir. Nada más pasar la puerta, le sorprendió el fuerte abrazo de sus padres, agradecidos por todo lo que esa chica estaba haciendo por su querido hijo. Curiosamente, la misma chica que era la causante de esa misma desdicha; Mac siempre acababa sus pensamientos con esa punzada de culpabilidad.

Acompañados por una suculenta cena como signo de

agradecimiento, donde sobraron más de la mitad de los platos, Mac les explicó quién era ese abogado y por qué había contactado con él. La intención de esa cena era la de obtener también el consentimiento de sus padres para que se hiciese con el caso de Dan, su hijo. Cuando Mac les dijo que ese abogado era el mejor abogado criminalista que había podido encontrar, Mara le preguntó, cambiando el tono de voz pausado a uno más tirante y seco, si ese abogado también se había hecho cargo de casos de personas que en realidad eran inocentes y no habían matado a nadie, como su hijo. Mac no respondió al instante, ya que la respuesta era que no, ese abogado era famoso por haberse hecho cargo de casos de personas que sí habían matado a sus víctimas, como le sucedía a Dan, que, por mucho que se pidiese su libertad, eso no cambiaba el hecho de que había matado a una persona. Aunque todo eso no lo dijo porque seguro que no lo querría escuchar su madre. Pero no hizo falta, porque, ante el silencio de Mac, Mara se levantó de la silla gritando a media voz que su hijo era inocente, que no había matado a nadie, negando la realidad como solo una madre puede hacer por su devoto hijo. Cuando Mara se dio cuenta de lo exaltada que estaba, se disculpó mientras recogía algunos platos y se los llevó a la cocina, donde podría haberlos lavado con la cantidad de lágrimas que llegó a verter por el dolor de sus ojos cansados.

A los pocos minutos, Mara volvió acompañada por Osorio, pidiendo disculpas, suavizando esa esquirla de tristeza que amenazó con quemarlo todo. Para volver a encauzar la velada, Osorio le preguntó si iba a ir a visitar a Dan los próximos días, para llevarle algunos libros. Mac le confirmó que sí y Osorio le pidió que fuese a la habitación de Dan a coger algunos libros, que ellos dos, madre y padre, irían en unos minutos, lo necesario para que Mara lograse recomponerse, eso pensaron todos y ninguno dijo.

Cuando Mac entró en la habitación de Dan, le causó una enorme tristeza. Le dio la sensación de estar viendo una habitación de un catálogo de interiorismo, todo perfecto y ordenado, carente del desorden que supone vivir en él. A sus ojos, vio que era una habitación carente de vida, una habitación en la que hacía demasiado tiempo nadie dormía. No reconocía, en esas paredes, en esa cama y en ese escritorio desnudo, la habitación de Dan que se habría imaginado. La sacaron de ese pensamiento las palabras de Osorio, quien detrás de ella le dijo:

—Esta no es su habitación, es la de Abel.

Su padre iba a hablarle de él cuando Mac se giró y, con la mirada, le quiso decir que conocía de Abel, de lo increíble que fue y del trágico final que tuvo. Y así pareció entenderlo Osorio, porque no explicó nada más. No hizo falta. De camino a la habitación contigua, la que sí era de Dan, Mara se acercó a ellos, más tranquila y serena,

diciendo aquella frase que siempre usaba cuando salía a colación su hijo Abel:

—Mi hijo Abel era un chico estupendo, de haberlo conocido, te habría gustado, seguro. —Y esa frase siempre la usaba porque era cierta, a todo el mundo le gustó Abel.

Al entrar en la habitación de Dan, Mac supo al instante que era la suya. Tenía su personalidad en cada esquina del cuarto. Una gran librería era lo primero que vio al entrar, con un estrecho sofá al lado, en el que se podría seguir el dibujo de su espalda de lo usado y gastado que se encontraba. La cama, perfecta y sin una sola arruga, como la de su hermano Abel, se situaba en medio del cuarto hasta llegar a un amplio escritorio, con un portátil a medio cerrar encima, como si sus padres lo hubiesen dejado de esa forma para dar la sensación de que Dan volvería esta misma tarde a continuar con lo que estuviese haciendo. Y en la esquina, apartado, un caballete con un cuadro a medio pintar y una camisa en una esquina, que en su origen fue blanca y ahora estaba salpicada de miles de colores de pintura. Esa sí era la habitación de Dan. Cuando entró hacía frío, así lo mostró abrigándose los hombros con ambas manos. Mara le explicó que siempre dejaba la ventana abierta porque Dan tenía la manía de pintar en la habitación y así se aireaba el fuerte olor del óleo. A Mac le entristeció escuchar esa aclaración, ya que hacía meses que nadie pintaba en esa habitación y, por supuesto, nada quedaba del olor a la pintura. No hacía falta abrir la ventana, pero su madre, como negándose a la realidad de que Dan no volvería en mucho tiempo, dejaba abierta esa ventana, como si esa misma tarde continuase pintando ese huérfano lienzo.

Cuando se dirigió a la estantería repleta de libros, su atención fue a parar a la esquina, donde varios lienzos se apoyaban unos al lado de otros. El padre de Dan le preguntó si había visto alguno de los cuadros de Dan, a lo que Mac respondió negando con su cabeza, sin voz, quizá porque la emoción del momento no la dejaba hablar. Así fue como se acercaron a contemplar la pequeña obra pictórica de su hijo, con más orgullo que interés. Conforme hojeaban los cuadros, como si fuese un libro de gruesas hojas, Mara afirmaba lo obvio que allí se veía, que Dan era un pintor extraordinario.

—Dan es un genio pintando, como mi madre. Ella también pintaba cuadros —le decía Mara.

Entre los cuadros, vio uno pequeño, un poco más grande que un folio, en el que se veía una casa blanca, de dos plantas, pintada al mínimo detalle, donde en una de las ventanas de la planta superior se podían ver los trazos de lo que parecía una mujer. Sabía qué cuadro era, qué casa representaba y, por supuesto, quién era esa sombra de mujer que asomaba por la ventana. Una fuerte tristeza se apoderó de

ella al pensar que Dan había tenido en su poder todo ese tiempo un cuadro de la casa de Gwen y que incluso la había dibujado con sus propias manos, sin haber sido consciente de ello. Él estuvo buscándola todo ese tiempo sin saber que una parte de ella descansaba en su misma habitación, a un metro escaso de él.

No supo por qué lo dijo, quizá por ese deseo algo inconsciente de convertirse en una especie de Gwen para Dan, y le pidió quedarse con ese cuadro. Por supuesto, se lo regalaron; harían cualquier cosa por esa chica que tanto los estaba ayudando para poder sacar a Dan de la prisión.

Finalmente, esos excesivos honorarios del abogado Ottovordemgen consiguieron algo que Mac nunca jamás habría imaginado. En cuanto supo de esa increíble noticia, su único deseo fue poder decírselo en persona a Dan, aunque fuese una información confidencial que consiguió por parte de un conocido que trabajaba en prisiones. Aunque a esas alturas le dio igual la burocracia penitenciaria, ideó un plan para poder darle en privado a Dan aquella gran noticia. Solicitó un vis a vis con Dan para poder darle la buena nueva, añadiendo en el registro un nombre falso, señora Dama Cavaller, para evitar cualquier rastro que pudiese acabar inculpándola por haber revelado esa asombrosa información confidencial.

Capítulo 15

Un vis a vis

Mac, de camino a la prisión para darle la noticia a Dan, se sentía muy optimista. En las últimas visitas que le hizo, le daba la sensación de que él estaba mucho mejor, como si estuviese superando el duro bache que le había tocado sufrir. Y sobre todo sabía que cuando le diese esa noticia todo mejoraría. Le vino a la mente ese olor a limpio que emite la tierra mojada bajo el radiante sol después de una devastadora tormenta. Todo parecía mejorar.

Cuando entró en prisión y pasó a la habitación de seguridad de antes de cualquier vis a vis, sintió un agradable nerviosismo, en parte por la reacción que tendría Dan al enterarse de la noticia y, por supuesto, por encontrarse con él sin un cristal de por medio. Una vez chequeada y confirmado que todo estaba conforme, la acompañaron a la pequeña habitación aislada donde tendría una hora y media para poder hablar con Dan con total tranquilidad y explicarle que en cuestión de dos o tres semanas podría salir en libertad condicional hasta la fecha del juicio. Era una noticia tan increíble que tenía que repetírsela una y otra vez a sí misma para ser consciente de su veracidad.

Frente a la puerta, el policía que la acompañaba le indicó que podía entrar. Mac inspiró, repasó de nuevo cómo iba a empezar a explicarle tan increíble noticia y abrió la puerta. Esa alegría que tenía se borró al

instante al ver a la ruinosa versión de Dan que encontró en la habitación. Dan mostraba la mirada perdida, respirando agitadamente y apoyado sus manos entre la mesa y la cama que había en la pequeña sala. A Mac le recordó en exceso esa otra versión de Dan que vio hacía ya mucho tiempo en la cocina de su casa, cuando Dan perdió el contacto con la realidad y se desplomó en el suelo. Al verlo de la misma manera, tuvo miedo de que estuviese sucediendo lo mismo otra vez, justo en ese momento. Pero, por fortuna, esa imagen atroz que mostraba Dan duró tan solo unos segundos. Volvió en sí después de agitar la cabeza en dos rápidas sacudidas, como espantando unas moscas pegadas a su cara que no existían. Al volver a componer su cara habitual, con el verde claro de sus ojos y la suave sonrisa en su tez, se dejó caer al suelo, entre la cama y la mesa, respirando como si estuviese recuperando el aire tras una maratón.

Mac avanzó inquieta hasta donde él estaba y se agachó, situando sus ojos frente a los de Dan, preguntándole qué le había pasado. La respuesta de Dan fue la de una sincera disculpa por lo ocurrido y, cuando le explicó cuál fue el motivo, Mac se arrepintió de la estúpida gran idea que tuvo al solicitar ese vis a vis. La verdad es que no intuyó que esa inocente visita privada, que tenía como único propósito darle la buena noticia a Dan sin que los molestasen, hubiese podido ocasionarle tal agitación emocional y, al mismo tiempo, sexual.

Dan, una vez recuperado y más calmado, le contó a Mac qué le había pasado, mientras los dos permanecieron sentados en el suelo, a escasos palmos de distancia el uno del otro. Le explicó que, cuando el guarda de prisiones le informó el día anterior que una mujer apellidada Cavaller, cuyo nombre no conocía, había solicitado un vis a vis con él, le extrañó muchísimo esa petición. Se pasó todo el día pensando y dándole vueltas sobre quién podía ser y, sobre todo, con qué motivo. Habló con algunos compañeros de prisión con los que tenía más confianza, y le explicaron que esos encuentros los solicitaban las mujeres y novias de los presos para mantener relaciones sexuales. Dan le explicó que no tenía ni novia ni mujer, por lo que esa opción no era posible. Otro presidiario le contó que una vez, a otro preso, unos amigos le habían concertado un vis a vis con una prostituta como regalo de cumpleaños. A cada nueva información que le daban, se afianzó más en él la idea de que ese encuentro tenía como único objetivo acostarse con alguien, lo que no supo averiguar Dan era con quién sería.

En la primera persona que pensó fue en Alba, pero no le encajaba en ella esa forma de actuar. También pensó que Albertho podría haber tenido la misma idea que los amigos de aquel preso y le hubiese regalado una hora con alguna chica de compañía. Esa opción le encajaba algo más, pero en el fondo no la veía posible. Entre hipótesis

y suposiciones, buscando quién podría ser la misteriosa mujer que quería el vis a vis con él, se le pasó por la cabeza la imposible idea de que era Gwen, que, por una cabriola del destino, resultase que no había muerto y quería estar con él a solas para amarse la hora y media que da un cara a cara en prisión. Esa idea era absurda, por supuesto, pero Dan todavía tenía algo dañada su cordura como para pensar la mayor de las locuras posibles. De todas las opciones, en ninguna de ellas se le presentó la opción de que fuese Mac. A ella la tenía más como una hermana que como una amante, así que esa posibilidad ni llegó a planteársela.

Así fue como se lo contó a Mac. Y por eso, ante esa mezcla de excitación sexual por tener sexo de forma inminente y, al mismo tiempo, la locura de pensar en que Gwen estuviese viva, se formó un cóctel de difícil digestión que tuvo como consecuencia que, nada más abrir la puerta, viese en el rostro de Mac las mismas facciones de Gwen y, ante la impresión de creer que era ella, Gwen, no Mac, su cabeza no aguantó la presión. Suerte que su locura estaba ya cicatrizando y no sucumbió a ese principio de delirio, solo tuvo un atisbo de alucinación que se quedó en eso, un momento puntual de enajenación mental. Esto último se lo contó Dan con una ligera sonrisa y siendo consciente del ridículo que estaba haciendo.

Mac se disculpó por haber tenido tan mala idea, ante un Dan que se tomó con humor la confusión y le tendió la mano para ayudarle a levantarse y mantener una conversación más civilizada, sentados en la mesa, en vez de en el suelo. Dan negó su ayuda, diciéndole que no se podía levantar. La expresión de Mac al no entender qué le impedía levantarse fue contestada cuando Dan miró a su entrepierna, sonriendo al mismo tiempo que se sonrojaba, como a punto de ebullición. En ese momento, ella entendió que la física de esa parte inferior de su cuerpo le hacía de palanca suficiente como para evitar que pasase a posición erguida. Cuando ella fue consciente de la situación, una vergonzosa risa explotó en los dos, riendo como hacía semanas o meses que no reían, disfrutando de unas endorfinas que tanta falta les hacía y sus venas tanto echaban de menos.

Cuando el rumor de la risa dejó en su lugar la mirada cómplice que compartieron, Mac pensó la misma idea que mucho tiempo atrás una chica tuvo en un momento similar. Recordó cómo, en esa última cena de Gwen y Dan, ella camufló sus ganas de besarle y amarle en una especie de intercambio de favores para conseguir estar junto a él. Así fue como, en ese momento, Mac pensó que podría aprovechar y actuar de la misma manera. Y, con esa idea, se puso de pie y comenzó a quitarse el grueso jersey que llevaba. Con esa prenda todavía en la mano, mostrando una camiseta negra que seguía ocultando todo su cuerpo, Dan le preguntó qué estaba haciendo, mitad extrañado por la

sorpresa y mitad sonriendo por creer que era una broma.

Mac lo miró a los ojos, con la garganta seca por las ideas e imágenes que bailaban en su cabeza. Y con una voz fría e impersonal, llevada por unos nervios que empezaron a acosarla, le susurró aquello que nunca pensó que le diría, y menos en la habitación de una cárcel.

—Yo no tendría ningún problema en…, bueno…, en hacer lo que quisieses —le dijo Mac con unas palabras envueltas en forma de ofrenda—. Sabes que te debo mi propia vida, así que sería lo mínimo que podría hacer por ti.

Dan tiró de ironía para salir de ese atolladero en el que se encontraba, diciéndole que le agradecía mucho la oferta, pero que no podía pretender acostarse con todas las mujeres que va salvando por el mundo, afirmando que en lo que llevaba de semana ya había salvado a la mujer de la limpieza, a la cocinera y a la abuela de un recluso. Aunque ese humor a la desesperada no surtió efecto, porque Mac volvió a insistir, recordándole que, al salvarle la vida, no tendría reparos en hacerlo.

Dan, negando más veces de las que fueron necesarias, erradicó esa idea de la mente de Mac, quien en ese momento supo lo horrible y estúpida que había sido esa idea. Y en esa posición donde Mac estaba, de pie, con el jersey en la mano, y Dan, todavía sentado en el suelo, sintió que tenía que excusarse para explicar ese rechazo. Así fue como le contó lo que llevaba sufriendo esos últimos cinco meses en prisión y, en cierto sentido, le impedía hacer cualquier cosa, incluso poder disfrutar de una hora de pasión.

Capítulo 16

El sufrimiento de cinco meses en prisión

—¿Recuerdas cómo estaba las primeras semanas en prisión, cuando venías a visitarme?

Con esa frase Dan empezó a explicarle a Mac un pequeño esbozo de sus últimos cinco meses de injusta penitencia.

—Ese Dan demacrado, con cinco o diez quilos menos, triste, apenado, y no sé qué más adjetivos ruinosos poner, era solo fachada. Es decir, era una versión mucho más amable y sana de cómo me sentía en realidad. Decirte que lo pasé muy mal los primeros meses en prisión supongo que es obvio, así que no diría nada que no supieses. Lo que yo no me esperaba era que mi cuerpo y, sobre todo, mi cabeza llegaran a romperse de tal forma.

»Supongo que en muy poco tiempo he perdido demasiada gente importante para mí, y eso tiene que ser difícil de asimilar. Primero mi hermano Abel, luego mi abuela y, a los pocos días, Gwen. Su muerte ha sido una de las cosas más duras que me ha tocado superar. Todavía cierro los ojos y puedo ver el intenso rojo que apareció tras su cabeza cuando..., ya sabes…, cuando se disparó. Y no me malinterpretes, no significa que ella sea más importante que mi hermano o mi abuela. No es eso, en realidad ellos dos han sido más importantes en mi vida de lo que Gwen lo fue nunca, pero la muerte de los dos me dio tiempo a, no sé cómo explicarlo, a asimilarla. Con Abel tuve cuatro años de larga

enfermedad como para hacerme a la idea. Con mi abuela lo mismo, con sus casi noventa años, su fallecimiento no me venía de nuevas. Pero con Gwen, cómo murió, de la forma en la que lo hizo, y sobre todo siendo yo el culpable de su muerte. Tengo de confesarte que me ha costado mucho poder decir que está casi superado.

Cuando Dan le explicaba que se sentía culpable de la muerte de Gwen, Mac le interrumpió, diciéndole que eso no era cierto, que él no era culpable de nada de lo sucedido. Se lo explicó alterada, con la ofensa de quien escucha la mayor de las mentiras. Dan la frenó y le dijo que no hacía falta volver a comentar el tema. Sabía que él había sido el motivo por el que los mafiosos la acabaron encontrando, por lo que no dejaba lugar a interpretación posible.

—Yo la he matado, por muy indirectamente que quieras suavizar la culpa —acabó afirmando.

Y, en el fondo, Mac también sabía que fue así, por mucho que le doliese aceptarlo.

—Dejemos de lado quién fue el causante de todo esto —retomó Dan su explicación—. Nada más ver morir a Gwen, me encuentro de camino a prisión y, no me malinterpretes, lo que hice, el salvarte la vida, el acabar con ese asesino, lo volvería a hacer sin dudarlo. El haberte salvado la vida ha sido una de las pocas cosas de las que me siento orgulloso. Quizá no comenzamos con buen pie al conocernos y sé que he llegado a pensar cosas de ti de las que ahora mismo me avergüenzo, pero, ahora que te conozco, sé que eres alguien por quien valdría la pena pasarse meses y años en prisión.

»Pero, como te decía, supongo que las últimas cosas que me ha tocado vivir han sido de difícil digestión para mi débil cuerpo, porque a los pocos días empecé a sucumbir a los efectos de todo este drama que te estoy contando. Pensarás que estoy loco, pero lo primero que me pasó y me dio pistas de que algo no iba bien fue una temporada en que perdí el olfato, al poco de entrar en prisión. Sí, has escuchado bien, no olía nada de nada. Ahora me hace gracia pensar en lo absurdo de esos días, pero en su momento llegué a asustarme bastante. No entendía nada. Recuerdo un día que trajiste una bolsa con comida de mis padres y me preguntaste si sabía qué era, pero no lo adiviné. No conseguí averiguar qué era porque no olía nada. Ahora me río, pero esas semanas, cuando me levantaba por las mañanas en la celda, aspiraba con fuerza, me concentraba y buscaba dentro de mí la fortaleza suficiente para relajarme y poder sacar el más sonoro y fétido pedo mañanero posible. En ese momento levantaba rápido las sábanas y aspiraba tan fuerte que me dolía hasta la parte trasera de la cabeza, averiguando si aquel era el día en el que volvería a oler de nuevo, aunque fuese la cena de ayer. Pero nada, mañana tras mañana, el mismo ritual, y ningún olor. Pero el día que sí cambió, aquel que sí

funcionó, por desgracia fue aquel en que la noche anterior cené unas lentejas demasiado marrones, no sé si te haces una idea de la pinta que podían tener. Esa mañana llené mis receptores olfativos, ya operativos, del olor más fétido que mi cuerpo pudo emitir.

Cuando Dan había acabado de explicar esa anécdota, Mac ya había cambiado su triste rostro por uno bien distinto, más alegre y relajado, ya que las risas del momento borraron de sus ojos cualquier sombra de vergüenza o culpabilidad por lo que había sucedido hacía tan solo unos minutos. Mac volvió a ponerse el jersey y se sentó en el suelo, frente a él, y, viendo a Dan explicando a carcajadas sus vivencias entre sábanas y ventosidades, sintió una vez más lo especial que era ese increíble chico, aquel capaz de superar cualquier adversidad que le sucediese, con aquella personalidad tan peculiar, positiva y genuina que día a día volvía a descubrir.

—Una vez superado mi problema olfativo, que en su momento me inquietó bastante, lo que vino después sí que fue motivo para asustarse de verdad —siguió Dan su explicación, ensombreciendo su rostro ante los recuerdos que revivió—. Todo empezó escuchando pequeños sonidos por la noche mientras intentaba dormir sin conseguirlo. Eran como esos sonidos que, aun sabiendo que son una puerta o el viento o el crujido del suelo, en un instante tienes la sensación de que es alguien que te está llamando. Pues esos sonidos pasaron a ser continuos y a escucharlos muy a menudo, por la noche y por el día. Poco a poco empecé a percibir pequeñas palabras: «Dan, ven. Oye, mira». No hacía más que escuchar esas voces, como si las paredes buscasen mi atención. Me recordaron cuando trabajaba de camarero y siempre había algún desagradable cliente que, para llamarte o para que le llevases la cuenta, te silbaba o chiscaba los labios, como si yo fuese más un perro que una persona. Odiaba a esa gente. Pues esa misma sensación era la que tenía, estando rodeado de paredes «chiscadoras».

»Pero eso no quedó ahí, sino que esas pequeñas palabras empezaron a formar palabras más complejas y luego pasaron a formar frases que me hablaban a todas horas. Era como si estuviese asistiendo a las clases pedagógicas donde aprendía a hablar un fantasma, desde sonidos hasta discursos. Y esa voz era de mujer. Sí, era la voz de Gwen. En un principio me negaba a creerlo, asegurándome que solo era fruto de mi imaginación, pero, por irreal que supiese que era, así era como lo vivía. Y esa voz empezó a hablarme en tímidas frases: «Hola, Dan. ¿Cómo estás?»; «Mira qué tengo»; «¿Cómo está tu abuela?»; «Siéntate conmigo». Y por la noche era peor, ya que algunos días cuando amanecía no llegué a dormir ni un solo minuto escuchando esas voces que me hablaban. Era aterrador. Pensaba que me estaba volviendo loco, y quizá fuese cierto que llegué a estarlo,

completamente loco.

En ese silencio que Dan usó para calmarse ante esos recuerdos y coger aire para continuar, Mac le preguntó si ese día que fue a visitarlo y él le dijo tantas veces que se callase era a esas voces a las que se dirigía. Y sí, así se lo confirmó Dan. Esas semanas fueron cuando la locura transitoria fue más salvaje.

—Y, si el escuchar cómo alguien que ha muerto te habla a todas horas no fuese motivo para volverse loco, empecé no solo a oírla, sino también a verla —así prosiguió Dan su explicación—. El primer día que la vi fue cuando entré una noche en la celda para dormir. Ella estaba sentada en la cama. No…, me equivoco, estaba tumbada, con la espalda apoyada en la pared, con una libreta en la mano, escribiendo. Estaba igual que aquellos días en la residencia, cuando yo estaba estudiando y ella en el sofá escribiendo frases e ideas sueltas en la libreta que le regalé. Y era como si yo no existiese. Es curioso, cuando lo que en realidad sucedía era que la que no existía era ella. Me quedé mirándola mucho rato, no sé cuánto, pero recuerdo que cuando volví a moverme tenía las piernas rígidas, entumecidas de permanecer tanto tiempo de pie. Y en todo ese momento, ella, o, mejor dicho, esa visión, no se movió de la cama. Hacía pequeños movimientos como tocarse el pelo, pasar las hojas de la libreta, mirar al techo como si estuviese pensando…, pero en ningún momento me miró ni me dijo nada. ¿Y cómo desapareció? Pues no recuerdo cómo fue, solo que en lo que supuse que fue un largo parpadeo dejé de verla tumbada en la cama. Y esa noche he de confesar que dormí apoyado en los barrotes de la celda, en la esquina más alejada de aquella cama. No me atreví ni siquiera a tocar la sábana, no fuera que estuviese caliente o dibujando la forma de su cuerpo, y entonces sabría que la locura habría conseguido por fin apoderarse de mí.

»La otra vez que la vi fue dos o tres días después, también en la misma cama, también en el mismo momento en el que entré en la celda para dormir. Pero esta vez fue diferente, porque estaba sentada y me estaba mirando, esperándome. Si ese día me hubieses preguntado si creía en fantasmas, es posible que te hubiese contestado que sí. Claro que ahora estoy convencido de que fue una alucinación o un fallo de mi celebro, como quieras llamarlo. Y estoy tan seguro de ello por un absurdo detalle en el que caí tiempo después, rememorando esa extraña noche que me pasé hablando con ella. Fue su pelo. Cuando la vi en la cama tenía el pelo largo y moreno, igual que en la residencia cuando pasamos tantos días juntos. No tenía ese pelo corto color caoba cuando…, ya sabes, cuando murió. A mí los temas de psicología y los entresijos de la mente no me van mucho (eso se lo dejo a Alba, que estudió Psicología), pero estoy convencido de que mi mente montó todo ese espectáculo para poder, de alguna

manera, decirle a Gwen todo lo que le hubiese dicho o, en cierto sentido, escuchar de ella todo lo que necesitaba escuchar, porque a partir de ese día desapareció otra vez. No sé si esto es así o lo digo para convencerme de que estoy mejorando, pero la verdad es que a partir de esa noche empecé, de alguna manera, a recuperarme. Es como cuando te rompes un brazo, vas al médico y sufres unos dolores horribles mientras intenta colocarte bien el hueso para que empiece a curar. Pues supongo que en mi cabeza pasó algo parecido; tuve que sufrir de una terrible locura antes de empezar con la cordura.

—¿Y de qué estuvisteis hablando? —fue la pregunta que Mac le formuló absorta por las revelaciones que Dan estaba compartiendo con ella.

—Fue como una despedida —contestó Dan—, una despedida que en realidad no pudimos tener. Yo le dije que la echaba de menos, ella que me echaba de menos a mí; yo que lo sentía por haber hecho que la descubrieran y la hubieran matado, ella diciéndome una y otra vez que no era mi culpa; yo que la quería y que nunca la olvidaría, ella que también me quería y que siempre estaría a mi lado. Esas cosas. También hablamos de mi abuela, recordando cosas de ella. Hablamos mucho tiempo de los momentos que pasamos, pero sobre todo de todos los momentos que no pasamos y hubiésemos podido vivir juntos. Describimos un futuro juntos que ya es imposible, los cuadros que yo le pintaría, los cuentos que ella me escribiría, las vacaciones que nunca haríamos, los hijos que nunca tendríamos, que nuestra primera hija se llamaría Linda (en honor a mi abuela Erlinda), todos los besos que no nos daríamos, el calor de todos los abrazos que no disfrutaríamos y todas las risas que no compartiríamos.

»Fue una noche intensa. Muy dolorosa. Pero, en cierto sentido, liberadora. Quizá era lo que estaba buscando todo este tiempo cuando trataba de encontrar a Gwen a toda costa, una despedida. Y, en cierta manera, por muy absurdo que suene, encerrado en esa celda, me sentí libre.

Y esa historia llegó a su fin, pero no penséis que Dan la contó con dolor o sufrimiento, al contrario, ya que su tono amable, cercano y, en cierto sentido, esperanzador fue el que predominó durante todo el discurso. Es cierto que, en los momentos en los que habló del futuro que se imaginó con Gwen, la congoja atenazó un poco su garganta, pero... ¿a quién no se le rasgaría el alma ante tal declaración?

Y con esa sonrisa en los labios, le dijo a Mac que ahora sí podía levantarse.

—No hay nada como una buena tanda de sufrimientos para que todo se te baje —se jactaba mientras señalaba su entrepierna.

Cuando se levantó y se sentaron en la mesa, Mac le dijo algo que ya había escuchado en otro momento en boca de Gwen.

—Eres alguien increíble —empezó diciendo Mac—. Todavía me sorprende cómo es posible que puedas estar con esa actitud tan..., no sé cómo decirlo..., tan feliz después de todo lo que me has contado.

Y Dan le contestó de la misma manera que lo hizo muchos meses atrás en otra pequeña sala situada en una residencia mientras hablaba con Gwen.

—¿Por qué no voy a ser feliz? —fue su respuesta, y cerró su alegato con una de esas frases tan propias de Dan—: Cuando peor te van las cosas es cuando más contento te has de sentir. Si no, ¿para qué cojones sirve la felicidad?

Capítulo 17

Cuando peor te van las cosas es cuando más contento te has de sentir

—En dos o tres semanas serás libre —fue la frase que Mac le dijo en el vis a vis una vez repuestos del fallido malentendido sexual.

Dan le preguntó cuál era el motivo de decírselo con ese secretismo y ella le contestó que esa información se la había proporcionado un conocido que trabajaba en prisiones y que nadie podría saberla. Fue por eso que lo que la única manera de poder decírsela sería en la privacidad de un vis a vis. También le hizo jurar que no revelase a nadie esa noticia; podría acarrearle serios problemas.

Dan, para intentar agradecer todo lo que Mac había conseguido, le dijo que podría pedirle lo que quisiese.

—Pídeme lo que quieras —le repitió una y otra vez.

Y Mac, con la sonrisa en los labios, le dijo que sí había una cosa que quería pedirle. La pícara mirada de Mac, Dan la interpretó de nuevo erróneamente, intuyendo que otra vez quería volver al inicio de ese escarceo sexual de preescolar de amantes. Mac, viendo en sus ojos esa expresión lasciva, le quitó esa idea de la cabeza.

—No es eso —le dijo—, no es nada que implique quitarte los pantalones. Lo que me gustaría pedirte es que me confesases cómo nos encontraste, cómo supiste que estábamos en el monasterio. Es algo que todo este tiempo he tenido en mente, pero, por una razón u otra,

nunca he tenido la oportunidad de preguntarte.

Dan se relajó, su entrepierna también, y fue así como le explicó cómo averiguó su paradero. Le explicó todo: la aplicación que le instaló en el móvil, cómo averiguó la conexión entre ellas dos al ver el libro de condolencias de su abuela y luego la confirmación definitiva al encontrar el libro de cocina de su habitación.

Mientras Dan le pidió el móvil para desinstalar la aplicación, se escuchó el golpe continuo del policía tras la puerta informando que había pasado la hora y media. Con ese sonido, como la alarma del fin de la clase, se levantaron los dos, se dieron un fuerte abrazo y se despidieron hasta el próximo día que, con suerte, sería fuera de esos barrotes.

Y en al arco de la puerta, mientras Mac se marchaba, ella le contó algo parecido a un chiste. Como si esa hora y media que había estado con Dan fuese suficiente como para llevarse de él ese optimismo contagioso que tanto envidiaba. Fue así como, sonriendo con esos enormes ojos negros y esa sonrisa de gruesos labios y dentadura perfecta, le dijo algo que a Dan le dejó noqueado, provocándole una de las mejores sonrisas que vio en él esa tarde:

—Espero que esta noche no te arrepientas mucho en tu cama por haber rechazado mi oferta.

Y, tras esa frase y una carcajada cómplice, se cerró la puerta de una de aquellas tardes que los dos no olvidarían jamás. Y a Dan no le hizo falta esperar a la noche, porque a la media hora ya estaba arrepintiéndose a solas en el lavado de su celda.

Capítulo 18

A la media hora ya estaba arrepintiéndose

El vestido era de un color ocre, con aguas doradas y suaves tonos verdes según el reflejo que le diese la luz. Le gustó mucho nada más verlo en el escaparate, aunque no sabría decirse a sí misma el porqué. Fue así como, sin pensárselo, entró en la tienda para comprarlo. Mientras se lo veía en el reflejo del espejo del vestidor, intentó recordar cuándo fue la última vez que se compró una prenda de ropa para que se la viese un chico. No la recordaba. Y le entristeció la idea, dejando a flote la terrible realidad que suponía el pensar tanto en los demás como para olvidarse de una misma. Siempre recibía los mismos halagos de aquellos que la conocían cuando le decían que siempre podían contar con ella, que siempre estaba dispuesta a ayudar. Aunque esa faceta altruista tenía la contraprestación de olvidarse por completo de ella misma. «Todo lo que das a los demás te lo has de quitar de ti misma», pensó en ese estrecho vestidor. Pero esa tarde era distinta porque se la estaba dedicando a ella y a la preparación del que sería uno de los días más importantes para Mac, el día que Dan saldría de la cárcel.

Cuando llegó a casa, a su nueva casa, colgó el vestido, eligió los zapatos menos ordinarios y volvió a hacer la llamada a ese compañero que trabajaba en prisiones para confirmar que no había ninguna nueva noticia que llevase al traste la liberación de Dan. Su respuesta

fue igual que las otras treinta veces que le llamó durante los últimos días: «Todo sigue igual, mañana por la mañana saldrá de prisión».

Entró en la cocina para preparase algo para cenar, una cocina demasiado grande para lo pequeño que era ese piso de alquiler en el que vivía desde hacía una semana. Mac no pudo soportar ya más a su compañera de piso y decidió que o cambiaba de casa o la mataba. Aunque se jactó con la idea de que matarla no sería tan mal plan, ya que así iría a la cárcel para estar con Dan. Pero con la suerte que tenía seguro que cuando ella entrase en prisión sería cuando él saliese, dejando de lado la más grande de las obviedades, que hombres y mujeres ni comparten cárcel ni mucho menos celdas. Otro de los motivos por el que decidió independizarse de su compañera de piso fue el elevado nivel de tensión que vivieron las últimas semanas, sobre todo motivado por Mac, quien, al sentir tan cerca la liberación de Dan, mostraba esa frialdad de la que hacía gala, junto con unos nervios acuciantes que podrían sacar de sus casillas al mismísimo dalái lama. Una mala combinación para compartirla con su estrambótica compañera.

Así fue como encontró ese pequeño piso a las afueras de la ciudad, donde había una cocina muy grande, para lo minúsculo del resto de la estancia. Pero, nada más verla, se quedó abstraída pensado en Dan y ella en esa cocina, preparando algún plato para después disfrutarlo juntos. Se centró tanto en esas buenas ensoñaciones que, cuando quiso darse cuenta de los innumerables inconvenientes del piso, ya estaba pagando los tres primeros meses de alquiler. Y cuando sus padres le comentaron que estaba demasiado lejos de la comisaría de policía, ella ya sabía que ese no era un problema, ya que la decisión de dejar el cuerpo de policía estaba más que tomada.

A la mañana siguiente, mientras se estaba maquillando, preparándose para estar lo más radiante posible cuando Dan saliese de la cárcel, recibió esa llamada que cambiaría los planes, como tantas veces sucedía con el destino, pero que hoy podría haber sido más benevolente y permitir que los planes saliesen todo lo bien que se deseaba. Pero el mundo no funciona así, ya que la llamada fue del conocido que trabajaba en prisiones diciendo que se retrasaba la salida de Dan a primera hora de la tarde. El motivo era tan obvio que no le extrañó, ya que la repercusión mediática que se estaba creando con la liberación de Dan, al que llamaron el Héroe del Monasterio, hizo que una gran cantidad de periodistas y curiosos se empezasen a agolpar en la salida de la prisión. Por ese motivo, alegando problemas de seguridad, decidieron que por la mañana salieran el resto de presos que no tenían ese estatus de héroe del que gozaba Dan y aplazaran hasta la tarde su salida.

Nada más escuchar la situación supo qué tenía que hacer; dejar de

lado todos sus intereses y velar por los intereses de los demás. Era lo que se esperaba de ella y, en cierto sentido, era lo que sabía que tenía que hacer. Fue así como volvió a encerrar el vestido en su armario, sintiendo que lo estaba enterrando más que guardando y se atavió con ese uniforme de policía que tanto odiaba para ir a buscar a los padres de Dan y poder escoltarlos dentro de la prisión, alejándolos de la turba de periodistas y curiosos que se encontrarían en la entrada.

El transcurso de ese día fue extraño, ya que el tiempo que invirtió en salir de su casa, hablar con los padres de Dan para explicarles los cambios, llegar a la prisión, esquivar a cientos de personas que empezaban a aparecer por las inmediaciones de la prisión, solicitar todos los favores posibles para que la dejasen entrar acompañada por los padres de Dan y llegar, por fin, a una pequeña sala donde esperarían la salida de Dan lo sintió rápido, como si se hubiese tratado de unos pocos minutos, unos minutos que se habían tragado cinco horas de ese día. Y, por el contrario, las escasa horas que estuvieron esperando en la sala, se les hicieron tan eternas como si esos minutos estuviesen vomitando las horas que habían devorado al principio.

Cuando Dan apareció por la puerta, la sensación fue como si el cartero hubiese traído un paquete en forma de persona con una mochila en la mano. Y fue así porque el policía que lo acompañaba abrió la puerta, firmó un papel y dejó a Dan en el umbral de la entrada, o sería más correcto decir de la salida. Y allí estaba Dan, recién afeitado y peinado, intentando emular con acicalamientos superfluos todos los estragos que había sufrido y se veían en su mirada hueca, en unos pómulos muy marcados y en una ropa tan ancha que no podía ocultar la falta de cuerpo que se había dejado entre aquellas celdas. No era el Dan que le hubiese gustado ver, pero era Dan a fin y al cabo, y eso a Mac le fue suficiente.

Quiso ir corriendo a saludarlo, pero ese papel le correspondía a sus padres. Allí Mac solo era la taxista, sus padres eran quienes tenían la potestad de sus abrazos y besos. Así fue como asumió su papel y se quedó en el eterno segundo lugar que siempre parecía empeñarse en ocupar, detrás de todas las personas importantes para Dan, relegándola a ella en todo lo opuesto, la no importante, la prescindible.

Cuando Dan dejó de limpiar las lágrimas de su madre, quien fue la que se ocupó de verterlas por todos los demás, se aceró a Mac para darle un fuerte abrazo. El intenso olor a jabón que Mac sintió cuando acercó su cara a la suya llenó sus sentidos, sabiendo que ese momento tardaría en borrarlo de su mente, aunque no fuese una imagen, sino un aroma. Y, cuando Dan se separó y la miró a los ojos, la frase que le dijo también se la guardó para ella, porque era una de esas frases tan genuinas de Dan, aquella frase que no tiene nada que ver con lo que

sucede, pero que lo significa todo una vez que la escuchas: «Felicita a tus padres por haber elegido tan bien tu nombre. Has hecho lo imposible, algo que solo alguien mágico como tú podría lograr. Lo has conseguido, Magia. Gracias».

Y con ese agradecimiento, todavía sintiéndolo dulce en el aire, vio como Dan se dirigía a la salida acompañado por sus padres. Cuando abrieron la puerta, el fuerte rumor de la gente aplaudiendo llenó toda la estancia. Un ruido ensordecedor que desapareció junto con Dan cuando de nuevo cerraron la puerta, dejando a Mac sola en esa sala de espera intermedia entre la libertad y la prisión. Y se quedó pensando en la cantidad de años que hacía que nadie le llamaba Magia, su verdadero nombre, porque siempre había odiado ese absurdo nombre con el que sus padres tuvieron la genial idea de bautizarla. Aunque, ese día de finales de enero y con veinticinco años a sus espaldas, de boca de Dan sintió que su nombre tenía auténtico sentido, apreciándolo de una forma que nunca antes lo había hecho. Y le gustó su nombre. Entendió su significado.

Cuando salió de ese instante suspendido entre sus pensamientos y emociones, recordó que tenía que acompañar a Dan y a sus padres a casa, quienes ya se encontraban rodeados por esa multitud que se iba agolpando en las puertas de la prisión. Y ese camino hasta dejar a Dan en casa de sus padres lo vivió con la misma extrañeza que el camino inverso que hizo hacia la cárcel, sintiéndolo demasiado rápido, por lo que no pudo ni tan siquiera cruzar una frase con Dan. Al llegar a su casa se despidieron, ella dentro de su coche, vestida de policía, y él, tiritando por el frío de ese día de enero, ya que ninguno recordó haberle llevado alguna chaqueta para abrigarlo. Al verle alejarse hacia la portería, pensó en lo diferente que había imaginado este momento de reencuentro, pero se contentó al pensar que había muchos días por delante para poder verle y hablar con él sin un cristal de por medio ni, por supuesto, esa sala gris del vis a vis con una sucia cama en la esquina. Aunque en esa suposición Mac estaba completamente equivocada, porque no volvió a verlo hasta cinco días antes de volver a entrar en prisión.

Capítulo 19

No volvió a verlo

Al quinto día de no saber nada de él, fue Mac quien lo llamó.

Supuso que esos cinco días serían suficientes para que él se recuperase y pudiese ordenar ese trozo de vida en libertad con el que contaba antes de volver a prisión cuando comenzase el juicio que decidiría las próximas décadas de su vida y, en cierto sentido, el resto de ella.

Aunque durante esos días en que no tuvo noticias de él le apresaba el temor de algo funesto que podía haber sucedido en forma de alguno de los mafiosos tomándose la justicia por su mano y acabando con la vida de Dan, de la misma manera que él había acabado con la de aquel que intentó violarla y asesinarla casi seis meses atrás. Pero esa opción sabía que era muy remota, ya que, cuando la familia Rivideggo entró en prisión, se atajaron todas las redes que intrincadamente estaban anidadas en los diferentes estratos de aquellos países donde operaban, pudriendo como solo sabe hacerlo el dinero que está manchado de sangre. Y, por supuesto, si algo malo hubiese sucedido, algún contacto del cuerpo de policía que seguía vigilando de forma preventiva a Dan y su familia le hubiese informado. Pero ese miedo seguía latente mientras llamaba a Dan por teléfono y escuchaba el tono que precedía a su voz.

Ese día, el primero que hablaron estando ya libre, tuvieron una de

tantas conversaciones que mantuvieron durante los casi dos meses que tardó en volver a prisión. Todas las conversaciones eran por teléfono. En todas y cada una de ellas era Mac quien le llamaba, en ninguna de ellas Dan tuvo la intención de contactar con ella.

Eran unas llamadas largas, donde Mac sentía que la conversación la disfrutaban los dos, ya que algunas duraron incluso horas, comenzando a media tarde y colgando ya entrada la noche. En ellas, sobre todo hablaba Dan, explicándole todas las cosas que estaba haciendo con el poco tiempo que le quedaba en libertad, unas conversaciones que se parecían a las que disfrutaron hacía ya tanto tiempo en una cafetería acompañados por un buen café. Se podía decir que eran las mismas conversaciones, pero al revés, ya que antes era Mac quien siempre hablaba y Dan quien escuchaba, justo a la inversa de lo que sucedía. Y en esas conversaciones, donde Dan tanto llegó a hablar, le explicó todas las cosas que decidió hacer en esa libertad que ella le había conseguido. Así le contó que un día había ido a la playa y se había bañado, aunque fuese pleno febrero. Otro día le explicó que se pasó el día entero en un museo, sin importarle ser el último que salió a la hora de cerrar, aunque sería más acertado decir que lo echaron del lugar. También le explicó entre risas las llamadas que recibió los primeros días de periodistas y tertulianos para salir en televisión a explicar sus vivencias en la cárcel, etiquetándolo con los absurdos nombres de «justiciero encarcelado», «héroe convicto» o «salvador entre rejas». Unas llamadas que todas eran respondidas con la más absurda de las negativas que en ese momento se le ocurría. También le contó que había empezado a aprender a tocar la guitarra. Cuando Mac le preguntó extrañada el porqué, le explicó que recordó cuando Gwen le dijo lo mucho que se arrepentía de no haber aprendido a tocar ese instrumento que tanto le gustaba, siendo su mayor deseo frustrado. Así fue como pasó una mañana delante de una escuela de música que había cerca de su casa y que siempre le había llamado la atención por la decoración tan espectacular que tenía, y, viendo su reflejo en ese cristal, decidió que sería una buena forma de dedicar todo el tiempo libre que tenía, ya que una vez que pudo finalizar la carrera de Ingeniería Informática en la prisión, al presentar el proyecto final (un proyecto que nada tuvo que ver con esa aplicación de identificación de caras), no sabía a qué dedicar el poco tiempo libre del que disponía. Y justo en ese momento, sin pensarlo más, entró y pagó por adelantado las clases para los próximos dos meses, frente a la desconcertada mirada de la profesora de la academia.

Otra de las extrañas cosas que le explicó fue cuando le decía que los fines de semana continuaba trabajando en el restaurante de sus padres. A Mac le extrañó que gastase el poco tiempo que tenía de esa

manera, trabajando, pero la respuesta de Dan fue la más coherente de las posibles: «Lo que más deseo es pasar el mayor tiempo posible con mis padres y, si ese tiempo tiene que ser detrás de la barra de un bar y gritando pedidos de bebidas y comida, pues que así sea. Ya tendré tiempo de descansar entre rejas». Mac pensó en lo que te cambia la percepción de la vida cuando tu libertad tiene una fecha de caducidad tan cercana, consigues ver el valor real que tienen las cosas que te rodean.

Y así transcurrió un mes, entre puntuales llamadas y largos momentos sin saber de él. Cuando Mac, vencida por las ganas de volver a hablar con él, cogía el teléfono para volverlo a llamar, siempre se hacía prometer que no colgaría sin haber acordado un día y una hora para poder verse. Aunque ese deseo siempre se quedaba huérfano de realidad, porque cada vez que colgaban lo hacían con la intención de verse pronto, como si el adverbio *pronto* tuviese implícito un día, una hora y un lugar. Pero, como no era así, siempre se quedaba en un hipotético día en el que se verían, pero que en realidad nunca llegaría a suceder.

La última vez que Mac llamó a Dan fue aquel día en el que él empezó la conversación anunciando una buena noticia, una noticia que, para Mac, no tenía esa misma naturaleza. Ese día, cuando Mac le llamó, Dan le reveló que había empezado a salir con alguien. Y lo dijo con el orgullo de haber hecho un gran logro y querer compartirlo con un amigo o un hermano, en cierto sentido, como si se lo estuviese contando a Abel. Le explicó que ese alguien con el que comenzó a salir hacía unos días era la profesora de música, que se llamaba Evangeline y que era un par de años mayor que él. Poca cosa más pudo explicarle porque, ante tal noticia, Mac alegó que tenía que marcharse y se disculpó por tener que colgarle tan pronto. Y, como solían acabar sus conversaciones, se dijeron que a ver cuándo se veían y que en otro momento se llamarían, aunque Mac ya supo, antes incluso de colgar, que ese día, ahora sí, nunca llegaría, porque ella otra vez acababa de quedar fuera de la partida. Sentía que de nuevo la habían adelantado en esa absurda carrera que tenía como objetivo lograr alcanzar a Dan y resultaba que no se había dado cuenta de que, a falta de Gwen, una nueva participante se le había adelantado y había llegado a la meta, sin tan siquiera ser consciente de su mera existencia.

Si la segunda posición tras Gwen era ya una derrota catastrófica, sentirse en tercera posición suponía el abandono absoluto de la carrera y de la competición.

Capítulo 20

Acabó en tercera posición

«Hola, Mac. ¿Qué vamos a prepararle a tu sobrina por su cumpleaños?». Con esta extraña frase Dan inició la conversación de la única vez que él la llamó.

Pasaron dos semanas desde que Dan le revelase la «buena» noticia en la que le explicó que había empezado a salir con esa chica, Evangeline. Para su sorpresa, Dan le llamó ofreciéndole su ayuda para preparar la fiesta de cumpleaños de su sobrina si todavía estaba en pie la invitación que la familia de Mac le propuso, matizó Dan.

Entonces Mac recordó como hacía ya casi un año Dan los ayudó a preparar esa otra fiesta de cumpleaños, la de su sobrino, en la que sus padres y su hermana se quedaron tan encantados de lo bien que salió que, sin pensárselo dos veces, le invitaron a participar en la de Anna, su otra hija, quien cumpliría los siete años en marzo, es decir, el próximo fin de semana.

Dan se disculpó por no haberla llamado antes, pero le dijo que contase con él para preparar la fiesta de cumpleaños. Ante esa petición, Mac no hacía más que pensar que no tendría que invitarlo, que no tenía ningún sentido. Y, con esa idea en mente, con la negativa a punto de pronunciarla, su boca le traicionó de la manera más vil posible y le dijo todo lo contrario, que sería genial que la ayudase a preparar la fiesta de cumpleaños de Anna, su queridísima sobrina. Y,

con la sonrisa en los labios y el miedo en el corazón, le dio la dirección de su nueva casa y quedaron esa misma tarde para que la ayudara con los preparativos.

Mientras se preparaba en su casa para la llegada de Dan, recordó aquel vestido ocre dorado que se compró y que ni siquiera llegó a estrenar. Era el momento perfecto, él y ella solos en su casa, frente a frente. Y, con ese pensamiento, se vistió y empezó a maquillarse, cuando algo le hizo cambiar de opinión y, por supuesto, de vestido. Y esa idea que cambió de planes fue la posibilidad de que él viniese con esa tal Evangeline, de la que tan poco conocía, pero que tanto había llegado a odiar en sueños. Cuando cayó en esa realidad, a tan solo unos pocos minutos de la hora acordada, se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa por algo más acorde con su estado de ánimo. Cualquier prenda oscura y áspera valdría.

Cuando llamaron a la puerta Mac se estaba acabando de colocar un ancho jersey y se dirigió a invitar a pasar a su invitado estrella. Cuando llegó al recibidor, se dio una rápida mirada al espejo para ver que no estaba tan mal como se sentía y se dispuso a abrir la puerta. Aunque lo hizo con el terror de saber que se había puesto la ropa más inadecuada posible, ya que era el mismo jersey ancho que llevó la tarde del vis a vis, el mismo que se quitó insinuándose de aquella burda manera frente a un Dan sentado en el suelo. Pero ya era tarde para cambiar de vestuario, porque estaba abriendo la puerta mientras ese torrente de pensamientos se agolpó en su mente como una turba de compradores compulsivos aplastados en la puerta a punto de abrir el primer día de rebajas. Menos mal que cuando abrió la puerta todos esos nervios desaparecieron: Dan vino solo.

Quien tenía frente a ella era una versión de Dan que, de habérsela encontrado por la calle, le habría costado varias miradas llegar a reconocer. Estaban los mismos ojos verdes de Dan y esa honesta sonrisa ladeada, que irradiaba optimismo tan solo con la ligera curvatura en la comisura de sus labios. El resto de él se veía muy distinto. Le vino a la cabeza la imagen de ese gato de *Alicia en el País de las Maravillas,* al que solo se le ven los ojos y la sonrisa, y poco a poco aparece el resto del cuerpo. Pues así fue como lo visualizó, reconociendo esos ojos y esos labios, y descubriendo el resto de él poco a poco, como algo nuevo y distinto. Dan había recuperado todos los kilos que perdió o, mejor dicho, le arrancaron en la cárcel. Volvía a mostrar una complexión fuerte, de hombros firmes, donde incluso las manos se veían más seguras, no tan débiles y nerviosas como las recordaba en aquellas visitas que le hacía en la cárcel. Incluso el pelo se veía distinto, más vivo, más fuerte. Le pareció muy extraño que se viese ese atractivo en los detalles más insignificantes. Incluso la ropa era diferente, y no por ser prendas que no le había visto puestas

nunca, sino por la forma en que las vestía, mostrando una versión de Dan que hacía mucho tiempo no veía. Le recordó a aquel Dan que espiaba tras los monitores de la residencia, aquellos días en los que él y Gwen disfrutaban de esos días juntos, como aquella feliz pareja que nunca pudieron llegar a ser.

Y, viéndolo así, frente a ella, con esa sonrisa que eclipsaba su tristeza, le invitó a pasar. Antes de sentarse le hizo una breve presentación de su nueva casa, aunque solo para ganar tiempo y poder tranquilizar sus nervios. Cuando Dan vio la cocina tuvo la misma sensación que ella, alabando las virtudes de esa estancia en la que se podría cocinar de todo, de manera que las deficiencias del resto de la casa quedaron en segundo lugar. Recordó que, cada vez que enseñaba el piso, a nadie le pareció la mejor cocina del mundo, solo a ella y a Dan. Le gustó la idea de compartir algo con él, aunque fuese la absurda opinión de una simple cocina en un ridículo piso.

Cuando se sentaron, Mac le ofreció una naranjada que preparaba con agua, trozos de naranja y azúcar. Dan aceptó, recordando que fue lo mismo que le ofreció tiempo atrás, en lo que parecía otra vida, aquella tarde que se dirigió al baño con su móvil entre las manos. Aunque no comentó nada de ese recuerdo, tan solo aceptó el refresco y ese día sí que consiguió probarlo. Y le gustó; fuerte de sabor, pero refrescante y dulce a la vez. No sabía por qué, pero le recordó a Mac.

Antes de planificar el cumpleaños de su sobrina, Mac le preguntó por esa tal Evangeline con la que hacía poco tiempo salía. Se prometió a sí misma evitar ese tema a toda costa, pero el silencio que reinó lo que duran un par de sorbos de ese refresco casero fue suficiente para que ella lo rompiese con aquel pensamiento que le taladraba su cabeza. Y la respuesta fue una buena noticia, buena para Mac, por supuesto, porque Dan le dijo que lo dejaron hacía varios días. «Una relación muy corta», pensó Mac, y dudó si ese pensamiento lo había dicho en voz alta, porque Dan comenzó a explicar por qué cortaron.

El motivo fue esa realidad en la que Dan iría a la cárcel dentro de poco tiempo.

—La cárcel no da pie a mantener ninguna relación estable con nadie —le confesó.

Y, aunque esa explicación ya tenía suficiente lógica como para no ser necesaria ninguna aclaración más, a Mac no le fue suficiente y, sacando la policía que llevaba dentro, le dijo que eso ya lo sabían antes de empezar a salir, por lo que no tenía sentido que ese hubiese sido el motivo por el que dejarlo.

—¿O es que quizá engañaste a esa pobre chica y no sabía que en poco tiempo irías a prisión? —le soltó Mac como un resorte, con ese tono intimidatorio y punitivo a la vez.

Dan le contestó que no la había engañado, que se lo dejó bien claro

antes de empezar a salir juntos y que a ella no le importó.

—Entonces, ¿cuál es el motivo por el que lo dejasteis? —volvió a indagar Mac con la oculta intención de dañar un poco a Dan, como venganza por no haberla llamado en todo ese tiempo.

Después de muchas vueltas e intentos de desviar el tema, Dan acabó por confesarle que lo habían dejado la noche que habían decidido acostarse juntos, «la primera y única vez», puntualizó. En ese momento, ante esa revelación, Mac se arrepintió de haber instigado demasiado a Dan para que confesase, siendo consciente en ese momento de que no le debía ninguna explicación. Pero ya era tarde, y así fue como consiguió que Dan le confesase el verdadero motivo de su ruptura.

—Seguro que no te extrañarás si te confieso que la última vez que me acosté con alguien fue con Gwen hace casi un año —empezó diciendo Dan lo que parecía ser más un alegato que una explicación—. No voy a repetirte los destrozos físicos y mentales que la desaparición de Gwen me ha supuesto. Por ese motivo, a Evangeline le confesé el tiempo que llevaba sin hacerlo y lo difícil que se me hacía pensar en el tema.

En ese momento, Mac se ruborizó de tal manera que el color de su rostro se podía confundir con el de su jersey oscuro, aquel jersey que era el motivo de su malestar, ya que volvió a vivir la misma vergüenza de aquella tarde en el vis a vis, cuando se quitó esa gruesa prenda insinuándole tener una hora y media de sexo de esa forma burda y absurda.

—Pero fueron pasando los días —continuó diciendo Dan— y, en cierto sentido, me fui relajando y sintiéndome más a gusto con ella, por lo que decidimos pasar una noche romántica en un hotel de la montaña para…, bueno, ya sabes, para estar juntos. Hasta aquí todo bien. El problema llegó cuando empezamos con los preliminares y decidimos no utilizar más métodos que los que ella ya tomaba, ya sabes, pastillas anticonceptivas. Sí, ahora que lo cuento suena un poco irresponsable, pero, entiéndeme, en esos momentos, a pocas horas o minutos de tener relaciones después de casi un año, mi sentido común ya se había desnudado, incluso antes que yo, por lo que no me pareció tan mala idea. Así pasó y nos metimos en la cama, pero, al final, justo antes de empezar a…, ya sabes, a hacerlo, me dice que me aparte, que no puede hacerlo. ¿Que ella no podía hacerlo? No entendía nada. Empezó a llorar y, cuando se tranquilizó, me confesó que no tomaba ningún método anticonceptivo, que sabía que cuando yo entrase en prisión romperíamos (ya que esa fue la condición que acordamos cuando empezamos a salir), por lo que ella tuvo la genial idea de mentirme en que tomaba pastillas anticonceptivas para que, si tenía la suerte de quedarse embarazada de mí, no tuviéramos que cortar.

Como si el tener un hijo mío fuese una especie de salvoconducto para que estuviésemos juntos siempre, o algo así pensó. No te puedes imaginar el jarro de agua fría que supuso para mí. Imagínate, estaba yo desnudo, ella también, y es una chica preciosa, en serio, y me estaba confesando que había planeado acostarse y tener un hijo mío para que nunca nos separásemos. ¿Te imaginas la situación? Entrando en prisión y, a los meses, enterarme de que había dejado embarazada a una chica. Mi cabeza estaba a punto de estallar, igual que mis…, ya sabes. Todo yo estaba a punto de explotar. —Así acabó la explicación de Dan.

Mac se quedó asombrada, sin saber qué decir, sintiéndose culpable por haber sacado el tema y por haberle atosigado para que le explicase todo. Claro que nunca se hubiese imaginado esa historia. Menos mal que Dan contó las últimas frases con un ligero humor que sirvió para suavizar lo violento de la situación.

Y en ese momento, al acabar la historia, la reacción que tuvo Mac nadie se la esperó, ni ella misma. No sabría decirse si fue por los nervios, por la ansiedad o por la idea de imaginarse a Dan desnudo a punto de hacerlo, pero sin llegar a consumarlo, pero Mac empezó a sentir que se le escapaba una de esas risas que, mientras sientes que sube por la garganta, te das cuenta de lo horrible que sería expulsarla por la boca. Empezó a juntar mucho los labios, apretándolos para evitar que, por todos los dioses, no saliese esa carcajada que luchaba por inundar toda la habitación. Y, como siempre sucede, si la carcajada quiere salir, al final saldrá. Mac empezó a reírse al mismo tiempo que empezó a pedirle perdón por lo inoportuno de su comportamiento.

A cada risa ahogada de Mac, Dan la acompañaba con una sonrisa reflejada en su rostro, fingiendo una ofensa que en realidad no existía y acabaron los dos riendo como aquella pareja de amigos que, de tantas desgracias compartidas, acaban riéndose de todas ellas.

Y la forma que Dan usó para cerrar ese espinoso tema de sus penas sexuales fue decirle a Mac que no sabía cómo se lo hacía para que él acabase explicándole siempre sus desgracias. Y eso era cierto, porque ellos, de tanto que habían llegado a hablar los últimos meses, tenían la increíble facultad de poder contárselo todo, desde sus alegrías hasta sus más oscuras penas, y la gran mayoría de ellas acabarlas entre risas y miradas cómplices. Y Dan dijo todo eso siendo consciente de que esa chica, Mac, había pasado a ser alguien muy especial para él. Un sentimiento que, como sabéis, Mac ya compartía con un suplemento más de enamoramiento crónico.

Capítulo 21

Un suplemento de enamoramiento crónico

—¿Y cuáles son tus planes para los próximos días? —preguntó Mac, cambiando de tema a otro en el que quizá ella estaría presente.

—Ahora no tengo ningún plan en mente —empezó diciéndole Dan —, así que lo que haré será estar con mis padres todo el tiempo que pueda. Están pasándolo bastante mal no solo por mi situación y por el juicio, que cada vez se siente más cerca, sino porque el hueco de Abel y mi abuela es tan grande en mi familia que veo como les está costando bastante superarlo. Es lo que sucede con las familias pequeñas; nos llevamos muy bien porque somos pocos, pero, cuando alguien falta, los daños se sufren demasiado. ¿Sabes qué pensé cuando salí de prisión y vi a mis padres esperándome? Que, con veintiséis años que tengo, fui consciente de que ya faltaba la mitad de toda mi familia. Y, con mi edad, es muy amarga esa realidad. Así que, mi plan es ese, estar todo el tiempo que pueda con mis padres, hasta que acaben hartos de mí y que así, cuando me metan en prisión, se pongan tan contentos por perderme de vista que no tengan tiempo de soltar una lágrima más.

Y Mac, al confirmar que ella no estaba incluía en ese plan, le preguntó por qué con ella no hacía lo mismo. Dan no entendió la pregunta, y así fue como Mac acabó preguntándole por qué no la había llamado ningún día ni había hecho nada por verla desde que

salió de prisión. Dan escuchó la pregunta, intentó poner cara de no entenderla o, en cierto sentido, de sorprendido. Pero, al final, al sentir que Mac no cedería hasta aclarar ese punto, porque en temas de persuasión Mac podía llegar a ser implacable, Dan no tuvo más opción que explicarle el motivo. Y le respondió en forma de pregunta.

—Voy a hacerte una pregunta y te pido que seas sincera con tu respuesta. ¿Tú serías capaz de hacer cualquier cosa por mí?

Ante esa pregunta, Mac tardó tiempo en contestar no porque no supiese la respuesta, porque era clarísimo que sería una afirmación rotunda, sino que lo hizo intentando averiguar el motivo oculto de la misma. Viendo como Dan la miraba a los ojos, esperando la respuesta que ellos dos sabían que era la única cierta, Mac no tuvo más remedio que decirle la más cierta de las verdades.

—Por supuesto que sí. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Me salvaste la vida. Haría cualquier cosa que me pidieses.

—Suponía que esa sería la respuesta —le contestó Dan—. Por ese motivo no he querido ni llamarte ni verte. Es la única forma que se me ocurre de que te puedas librar de mí y del peso que represento para ti. Si te llamo para quedar y me dices que sí, nunca sabré si de verdad quieres verme o te sientes obligada a verme porque te lo pido. Si te pido algún favor, nunca sabré si te supondría algún problema hacerlo o lo harías sin que te supusiese ningún problema. Si te ríes de mis tonterías, nunca sabré si lo haces por cumplir o en realidad te ha conseguido sacar esa sonrisa. Si me pides cualquier cosa, nunca sabré si lo pides porque tú quieres o porque te sientes obligada a pedírmelo. Y es por eso que lo mejor para ti, y supongo que también para mí, es que tengamos el menor contacto posible, así no tienes que tener la obligación de hacer nada que no quieras hacer o decir o fingir.

Y en esas frases estaba tan implícito el recuerdo de esa tarde del vis a vis, que Mac supo que fue la causa de esa separación que Dan quería poner de por medio. «Si estaba dispuesta incluso a acostarme con él, ¿qué no podría hacer por él?», pensó Mac.

Cuando escuchó el motivo por el que él estaba tan distante con ella, no lo sintió como una ofensa ni tampoco como algo ilógico o absurdo. Al contrario, le entendió a la perfección porque, en el fondo, ella hubiese actuado igual que él. «Son los efectos secundarios de priorizar a los demás antes que a una misma», pensó. Una idea que se juntó con la certeza de sentir que compartía más cosas con Dan de las que en un momento podría haber imaginado.

Pero esa excusa de Dan tenía un pequeño fallo, un detalle que desmoronaba esa teoría. Y, ante ese resquicio de duda, Mac le hizo una pregunta que le dejó expuesto:

—Si lo mejor es que no tengamos ningún contacto, ¿por qué me llamaste para ayudarme en la fiesta de mi sobrina?

La respuesta de Dan fue una de aquellas en las que ves un rayo de esperanza suficiente como para saber y sentir que quizá no todo está perdido.

—No sé —dijo Dan—, pero supongo que el ayudarte a preparar la fiesta de cumpleaños fue la mejor excusa que se me ocurrió para poder verte. Confieso que te echaba de menos y quería estar contigo.

Y Mac, con una felicidad que se veía más en sus ojos que en sus labios, pensó que quizá no estaba todo perdido. Por una cabriola del destino, sintió que la competición todavía no había acabado.

Capítulo 22

La competición no había acabado

Mientras cenaron, hablaron de muchas más cosas, iban intercalando temas superfluos con otros más intensos, pero todos ellos enmarcados en una complicidad de saber que ellos dos eran los únicos que en realidad conocían todo lo que les había sucedido en ese último y extraño año.

Cuando salió el tema de Gwen, porque era un tema que tarde o temprano tendría que florecer, Mac le preguntó cómo lo llevaba, cómo se sentía. La respuesta de Dan fue de una madurez extraña, porque, aun mostrando todo lo que la echaba de menos y todo el dolor que le quemaba debajo de esa cicatriz, sintió que era una herida que se estaba curando, incluso mejor de lo que ninguno de los dos hubiese imaginado unos meses atrás.

Dan le confesó que había conseguido dar con el nicho donde habían enterrado los restos incinerados de Gwen, aunque el nombre de Carrie era el que se podía leer, ya que fue el último nombre que se inventó. Mientras le explicó ese episodio, le comentó lo extrañado que se sintió al haber tardado tan poco tiempo y esfuerzo en encontrar dónde la habían enterrado, dejando entrever la ironía de haber tardado menos tiempo que el invertido en encontrarla cuando estaba viva. Mac intentó poner cara de sorprendida cuando Dan le contó esa historia, aunque supuso que no le salió bien la cara de póker, porque Dan le

preguntó, con esa pregunta retórica en la que sabes que la respuesta es afirmativa, si ella ya sabía que él había ido a ese cementerio o fosa común que estaba en el mismo pueblo del monasterio donde todo sucedió. Por supuesto que lo sabía, y así se lo confesó a Dan, cumpliendo con la promesa que se hizo de ninguna mentira más.

Dejando de lado alguno temas más delicados, pasaron las dos tardes siguientes hablando y compartiendo sus vidas en forma de anécdotas, todo ello mientras recortaban coronas llenas purpurina, pintaban el decorado para un *photocall* con nubes rosas y cielos azules, y pegaban con cartón y telas los más estrafalarios vestidos de princesas que podrían imaginar. Todo ello para preparar la fiesta de cumpleaños de su sobrina, consistente en un pase de modelos de fantasía. Cuando acabaron, el resultado fue un decorado y una ambientación digna de cualquier película Disney, porque había sido pintada y decorada por dos excelentes artistas del dibujo. O quizá porque en esas tardes había aflorado lo mejor de ellos mismos y eso se veía reflejado en esa obra que ahora lucía deslumbrante. Sí, estaban orgullosos. Y, viendo todo lo que hicieron con sus manos, los dos tuvieron la misma sensación, que juntos podrían hacer grandes cosas. Y esa idea la dejaron aparcada en ese punto, no querían tirar más adelante en su imaginación, no fueran a estrellarse en sus sueños. Y esa tarde de jueves, con esa idea frenada en seco, Dan se marchó, con toda la preparación finalizada, quedando en verse el domingo, justo después de comer, para acabar de preparar la fiesta de cumpleaños.

Y todo habría salido perfecto si no fuese porque al día siguiente, viernes, Mac recibió la llamada de Ottovordemgen, el abogado, informándole que habían hecho efectiva la fecha del juicio y que el lunes a las ocho de la mañana Dan debía presentarse en la comisaría y entrar en prisión.

Mientras Mac escuchaba las palabras de ese abogado con fuerte acento, le hizo gracia ser consciente de lo absurdo de utilizar el verbo *celebrar* junto con la palabra *juicio*. Le sonó extraño y fuera de lugar tener que celebrar lo que suponía para ella volver a perder a Dan y, con total seguridad, no volver a verle en libertad en muchos años. Porque, por mucho que escuchase a todas horas que Dan era inocente y que lo que hizo fue para salvarle la vida, esa benévola intención no cambiaba la realidad de haber matado a una persona, y ese hecho, por muy buenas intenciones que lo acompañen, tenía que ser castigado.

Capítulo 23

Ese hecho tenía que ser castigado

El domingo llegó, la tarde hizo aparición y la fiesta de cumpleaños estaba siendo un auténtico éxito. El decorado lucía mágico en las paredes amarillentas de ese mismo local que hacía casi un año fue donde celebraron el cumpleaños del otro sobrino de Mac. La música de fondo animaba lo que era un pase de modelos de las pequeñas invitadas luciendo los trajes, confeccionados con telas y cartón, mientras caminaban con el paso torpe y exagerado por una pasarela improvisada. Dan les hizo fotografías que en ese momento estaba editando e imprimiendo para que todas las invitadas pudiesen llevárselas de recuerdo. Esa fiesta llegó a ser la comidilla de las madres del colegio en las siguientes semanas, alabando lo increíble y bonita que fue.

Pero Mac, aunque se esforzaba por mostrarse alegre y feliz durante la fiesta, solo lo consiguió a medias. En los momentos en los que estaba frente a Anna, su sobrina, ofrecía la más risueña de las sonrisas, ofreciendo la cara de la tía que Mac sabía que se merecía. Pero cuando miraba a los padres de Mac o su hermana, el rostro que mostraba no podía esconder la tristeza que tenía incrustada entre pecho y espalda, cortándole la respiración e impidiéndole poder disfrutar del éxito de la celebración. Ese rostro apagado y gris se debía a ese sentimiento infantil en el que quieres que todo el mundo sepa lo mal que te

encuentras por dentro. Quería que le preguntasen qué le pasaba para poder decir que estaba mal, muy mal, que estaba peor que mal. Quería decir a los cuatro vientos que mañana Dan, ese chico que estaba al otro lado de la sala riendo y disfrutando como cualquiera de los invitados, estaría encerrado en prisión. Y, lo peor de todo, quería decir de viva voz que había elegido pasar las últimas horas en libertad en una fiesta de cumpleaños de una niña que no conocía, con unas personas que nada tenían que ver con él, y con ella, con Mac, con la culpable de su internamiento en prisión. Todo eso era lo que quería decir con ese rostro oscuro y de sonrisa forzada cuando sus padres la miraban intentando adivinar el porqué de su apagada mirada. Y todo eso lo deseaba porque nadie sabía que mañana a esa hora Dan estaría en prisión.

Cuando Dan le llamó el día anterior para decirle que el lunes tenía que entrar en prisión, Mac ya lo sabía. Pensó que la llamaba para anular la celebración de la fiesta de cumpleaños, como sería lo más lógico. Pero no fue así, en realidad la llamó para lo contrario, para confirmarle que la fiesta seguía en pie. Así fue como Dan pasó el último día en libertad rodeado de niñas y comiendo palomitas.

Ese domingo, de camino a la fiesta de cumpleaños, Dan le explicó en qué consistió su fin de semana de despedida, como él lo llamaba. Prefirieron hablar del pasado de los días anteriores, no querían hablar del futuro que les esperaba a partir del lunes. Así fue como Dan le explicó que el sábado habían cerrado el restaurante y prepararon una comida con él y todo el personal, incluidos algunos exempleados que, aunque ya no trabajaban con ellos, mantenían una excelente relación con Dan y sus padres. Se juntaron más de una docena de personas. Vino aquel camarero tan atractivo que hacía dos Nochebuenas había impedido el paso a Gwen al restaurante y que ella confundió con Abel. También vino un cocinero que, siempre que le pedían un huevo frito, tenía la costumbre de acordarse de su madre para cagarse en ella. Vino también la camarera que era disléxica y que durante los primeros meses formaba unos líos increíbles al confundir pedidos, por lo que optó por confeccionar unas hojas con dibujos para apuntar las comandas, aquellas que desde aquel día son las que usaban todos los camareros. Vino, por supuesto, el friegaplatos que llevaba más de diez años con ellos y que todo el mundo pensaba que no era muy listo, aunque todos estaban equivocados, ya que en realidad lo que parecía una inteligencia mediocre resultó ser una ligera sordera mal diagnosticada y peor tratada. Todos vinieron invitados por Osorio a esa comida en honor a Dan, una comida en la que rieron y hablaron de todas aquellas historias en el restaurante que para ellos llegaron a la categoría de mitos y se repetían una y otra vez en cada reunión que disfrutaban. Y, curiosamente, los momentos más agridulces no fueron

por la próxima reclusión de Dan en prisión, porque ese tema era tan peliagudo que nadie lo sacó a colación, sino que fueron los que trataron de Abel y aquellas historias que todavía contaban con él como protagonista. Abel todavía tenía el testigo del indiscutible rey de todos los allí presentes y Dan agradeció relegar en su hermano fallecido todo ese protagonismo. No se veía con fuerzas como para tener que sufrir la compasión de nadie más.

Una vez finalizada esa comida, Dan tuvo la cena de despedida con todos sus amigos, capitaneada por Albertho y Alba, por supuesto, una pareja que, a base de acompañar a Dan en todos esos momentos, acabaron acompañándose entre ellos hasta llegar a afianzar una amistad que ninguno hubiese imaginado antes. En esa cena asistieron amigos de Dan de la universidad, del colegio y dos camareros del restaurante. Fue una cena distendida, donde se rieron de los mismos chistes de todos los años, de las mismas historias que de tanto que se contaban ya no se parecían en nada a lo que en realidad pasó y de las personas que conocieron hace años, y que se seguían mofando de ellas con la saña que da el no tenerlas delante para que se puedan defender como es debido.

El día siguiente, domingo por la mañana, fue más intenso, ya que acompañó a sus padres al cementerio a despedirse de su hermano y su abuela. Esa idea no era del agrado de Dan, pero su madre lo recomendó con tanta insistencia que no ofreció réplica posible. A Dan siempre le sorprendió el comportamiento tan religioso y devoto de su madre, todo lo contrario que el de su abuela, quien siempre había mostrado un carácter ateo, liberal y transgresor. Siempre se comentaba que Mara era de esa forma de ser para compensar el comportamiento excéntrico de Erlinda, quien era tan díscola que había tenido a Mara, sin saberse nunca quién fue su padre. Y ese secreto, al final, se lo llevó Erlinda a la tumba.

Así acabó su fin de semana, teniendo como colofón final la fiesta de cumpleaños de la sobrina de Mac. Y esa extraña forma de terminar sus días de libertad era una idea tan descabellada que solo podría ser obra de Dan, aquel que siempre hacía lo menos pensado, pero que al final resultaba ser lo más acertado.

Cuando la fiesta acabó y recogieron la sala, fue el momento en el que Mac no pudo ocultarlo más y, delante de sus padres y su hermana, una vez que todos los invitados se marcharon, les dijo que al día siguiente Dan iría a prisión porque empezaría el juicio. Los abrazos contenidos que sus padres le dieron a Dan, el héroe que había salvado a su hija de ser violada y asesinada, fueron de tal intensidad que sobraron las palabras. Incluso Dan pensó que también sobraban las lágrimas con las que toda la familia le hizo gala, como si él fuese un actor en un escenario y su público aplaudiese con lloros en vez de

palmas.

Y Mac, una vez que se quedó a solas con él, le dijo con palabras y le pidió con la mirada que cenase con ella esa noche, como si después de una fiesta infantil fuese tradición acabar la velada con una cena los dos juntos, como hicieron tantos meses atrás al acabar la fiesta de su sobrino. Dan no rechazó la oferta, esa noche cenaron juntos y todos los secretos, por fin, fueron revelados.

Capítulo 24

Todos los secretos fueron revelados

—Mi hermano Abel siempre decía que había dos tipos de personas, los *mondlikes* y los *mondhates*. —Dan, con esa enigmática frase, consiguió romper la dura corteza de tristeza que empezó a solidificarse en el sofá donde Mac y él se sentaron una vez que subieron al piso—. Yo, igual que mi hermano, siempre me he jactado de ser un *mondlikes*. Y ahora no voy a cambiar por un detalle tan nimio como entrar en la cárcel un lunes, mi día favorito de la semana. ¿Sabes que son los *mondlikes*? —le preguntó Dan—. Son los que aman los lunes. Somos los que cuando llega el domingo por la noche nos ponemos contentos porque al día siguiente llega nuestro esperadísimo lunes, el mejor día de la semana. Y de nosotros, los *mondlikes*, quedan ya bien pocos. Solo nos mantenemos los del gremio de la hostelería y los peluqueros. Ya podrás intuir por qué, el lunes es nuestro día de descanso. Los *mondhates* son el resto del mundo, los que odian los lunes. Mi hermano, al llegar el preciado lunes de descanso después del intenso trabajo en el restaurante todo el fin de semana, se dedicaba a llamar a amigos y conocidos para charlar y, sobre todo, burlarse de ellos. Así que, como buen *mondlike* que soy, y siendo hoy domingo por la noche, te he de confesar que estoy deseando que llegue mañana, lunes, mi mejor día de la semana.

Mac sintió esa absurda explicación de Dan como el bálsamo frío

que suaviza la quemadura. Y lo sintió doblemente agradable y reparador porque era la primera vez que Dan empezó una de esas frases donde hay dos tipos de personas, pero esta vez dirigida a ella, a Mac. Todas las veces que había oído una de esas encantadoras y paradójicas explicaciones siempre eran hacia Gwen, mientras ella los escuchaba en aquella sala de monitores de la residencia. Siempre había tenido un pellizco de celos al saber que Dan nunca le había regalado una de esas frases con el sello de Abel, donde se dividía a todo el mundo en esas dos clases de personas, las de un tipo y las de su contrario.

Y, con esa introducción de Dan, tan «contento» como estaba por llegar su esperadísimo lunes, empezaron a decirse todo lo bueno que sucedería al día siguiente. Así fue como Dan se alegró de tener que olvidarse de ir a hacer la compra, porque iba a entrar en ese hotel que algunos llamaban cárcel. También se alegró de no tener que empezar con la pesada idea de buscar trabajo, ya que, una vez que ya había acabado la carrera, era lo que le tocaba hacer. Se alegró también de poder ir todo el día con ropa deportiva ancha y supercómoda. Incluso comentó lo que le gustaría poder volver a encontrarse con un preso con el que había congeniado bastante bien que se llamaba Corman, que era una especie de viajero que había acabado en prisión por un turbio tema de acoso a una chica. Así pasaron más de una hora, diciéndose todas las mentiras de las que se alegraría una vez que entrase en prisión. Y, a cada nueva absurda ocurrencia, se restaba un centímetro entre Dan y Mac. Un centímetro que no era físico ni real. Un centímetro que pertenecía a esa distancia que les impedía llegar a verse entre ellos sin la presencia perenne de Gwen. Una distancia que era la representación de la misma Gwen que los separaba y, gracias al tiempo que compartieron y esas sonrisas que disfrutaron, iba estrechándose cada vez más.

Ese buen humor que se instauró entre ellos perduró el tiempo que estuvieron preparando la cena, que consistía en un sencillo plato de pasta con champiñones, queso y crema de leche, una *tagliatelle funghi porcini*. Dan le contaba que averiguaba que la pasta estaba lista según la forma que dibujaba al soltarla en la tapa de la olla. Mac le explicaba que el queso quedaba más denso si se dejaba a fuego mínimo un minuto antes de ponerle la crema. Mientras uno preparaba la salsa, el otro picaba los champiñones. Era un baile a dos, donde la música era el sonido del agua hirviendo, y los ingredientes, los únicos testigos de la gran atracción que ambos bailarines sentían. En la vida de una pareja hay pequeños momentos que dicen tantas cosas que sobran las palabras, y ese que vivieron los dos, en la cocina, con un intenso olor a crema de leche tibio en el ambiente, fue uno de ellos.

Cenaron y decidieron tomar un postre que no le apetecía a ninguno

de los dos, pero que utilizaron como simple excusa para alargar la velada. El café que tomaron después hizo la misma función, de puntos suspensivos antes del final inminente y, a falta de más complementos en la cena, Dan no tuvo más remedio que decir aquella frase que tanto temían y que daba por concluida la función:

—Gracias por una cena increíble, pero creo que tengo que marcharme.

Mientras Dan se levantaba, con esa frase le demostró a Mac solo una ínfima parte de todo lo que en realidad quería agradecerle y dijo una de esas irónicas ocurrencias, un poco forzada, como si saliese con la ayuda de un sacacorchos:

—Nos vemos mañana en el trabajo.

Mac hizo caso omiso a la sonrisa forzada y triste que debería haber acompañado a la absurda ocurrencia de Dan, y, a la desesperada y sin importarle el rechazo que podría obtener ante semejante proposición, le pidió sin más adorno que sus ojos negros mirándole a los suyos que se quedase con ella esa noche.

Dan escuchó la petición, en realidad era como si la estuviese esperando, pero temeroso, no emocionado por la propuesta de pasar la noche en su cama. Y temía que llegase porque, aunque deseaba poder disfrutar de Mac y los placeres de su cama esa última noche, sentía que no debía hacerlo. Se repetía una y mil veces que nunca sería tan ruin ni rastrero como para aprovecharse de ella y los placeres de sus labios por haberle salvado la vida.

A los dos le vino a la mente la absurda escena del vis a vis que vivieron meses atrás. Aunque a simple vista las dos situaciones eran parecidas, en el fondo no tenían nada que ver. Cuando Mac escuchó la negativa de Dan, estaba preparada para escucharla y, como un resorte, le preguntó por qué no quería pasar la noche con ella, sabiendo de antemano cuál sería su respuesta. Dan volvió a excusarse de la misma manera, recordándole que ella no le debía nada a él por el hecho de haberle salvado la vida, como si ese acto heroico pudiese ser la excusa perfecta para evitarlo todo y así no tener que hacer nada. Y, como Mac suponía que esa iba a ser la excusa que usaría, inició aquello que en su cabeza llevaba ideando desde hacía varias horas. Fue así como de dijo lo tonto que era. Y sí, así lo dijo, usando la palabra *tonto,* ya que, como todo el mundo sabe, es más fácil insultar que decir un «te quiero».

Capítulo 25

Es más fácil insultar que decir un «te quiero»

—Para mí eres alguien muy importante —empezó diciendo Mac— y, como muy bien supones, haría por ti cualquier cosa que me pidieses. Pero también tengo que decirte lo tonto que puedes llegar a ser.

Mac dijo esa frase mientras estaba sentada en la mesa, viendo como Dan se preparaba para marcharse. Y esa frase tuvo tanta fuerza y se sentía tan sincera que Dan no pudo hacer otra cosa más que frenar ese intento de salir que tenía aire de huida y escuchar la que fue una de las revelaciones más importantes que había vivido en toda su vida.

—Siento decirte así que eres tonto, pero no se me ocurre otro motivo que explique todo lo que no ves y todo lo que parece que no sabes. Quizá la culpa es mía, por mi estúpida insistencia en no hacerte daño o no incomodarte. O la culpa es la sombra de Gwen, que es tan grande que oculta toda la realidad que aún existe a tu alrededor y no ha muerto junto a ella. Quizá la culpa soy yo y, por mucho que lo intente, ni soy ni seré nadie tan importante para ti. No sé cuál es el motivo, pero parece ser que no eres consciente de lo que sucede en realidad… conmigo… hacia ti… ¿Puedo hacerte una pregunta, Dan?

La pausa de Dan, quien estaba intentando entender lo que estaba sucediendo dentro de la cabeza de Mac, sin conseguirlo, fue interpretada como el consentimiento que dio pie a que ella le hiciese la pregunta.

—¿Qué crees que significas para mí? ¿Qué es lo que crees que significas para mí? —Estas dos preguntas, que en realidad eran dos versiones de la misma duda, fueron las que ella puso encima de la mesa para que él se las aclarase.

Dan continuó mirándola a los ojos como un extraterrestre intentando deducir un lenguaje extraño, como un sordo novato aprendiendo a descifrar el lenguaje de signos. Y, sintiéndose que tenía la razón más absoluta, empezó a decirle que, para ella, él no era más que una leve molestia por el que sentía más lástima que pena, solo por el hecho de haberle salvado la vida.

—Pienso, y estoy convencido de ello, que no soy más que un molesto estorbo para ti, que, por el hecho de haberte salvado la vida, ahora te sientes en la condenada obligación de arrastrar conmigo. No me debes nada y, por eso, no has de sacrificarte más por mí. Y todo esto lo digo convencido, después de lo que pasó en ese extraño vis a vis. En ese momento supe que tendría que alejarte de mí, porque, si fuiste capaz de acercarte a mí en el estado tan lamentable en el que estaba, entonces, no habría nada que no hicieses por mí. Ese día del vis a vis, cuando saliste y vinieron a buscarme, lo primero que hice fue mirarme en el espejo. La ruina de persona que se reflejaba en el espejo, con esa piel gris ceniza, ojerosa y con hedor a tristeza, era tan desagradable que en ese momento decidí que, si algún día salía de prisión, tendría que cortar cualquier contacto contigo. Te preguntarás por qué. Pues muy fácil: porque, si algún día te llamaba, seguro que pensarías que estaría reclamando esa hora y media de cama que quedó pendiente, como si de un pago atrasado se tratase. Por ese mismo motivo no te he llamado durante todo este tiempo y, de la misma manera, me pensé tanto el llamarte para ayudarte a preparar la fiesta de cumpleaños de tu sobrina. Y, como supuse, fue una muy mala idea. No estaba equivocado. Entendiste que quería cobrarme esa factura pendiente. Pues siento decirte que estás confundida, no buscaba acostarme contigo, solo verte. Te echaba de menos. Y, una vez dicho todo esto, solo me queda darte las gracias por todo. Será mejor que me marche.

Mac se sorprendió al escuchar una versión tan falsa y alejada de la realidad. Ella estaba convencida de que Dan no era consciente de lo que ella sentía por él, pero tampoco creía que tendría una visión tan peyorativa. Esa percepción la dejó noqueada. No se la esperaba. Y, con esas mentiras que él le dijo, todavía impresionada al ver cómo fueron ensuciando su mente mientras las iba escuchando, inició aquella réplica que jamás pensaría que diría. Le explicó todo aquello que llevaba tanto tiempo guardado. Y, con la resignación tachada en el rostro de Dan, Mac le confesó todo lo que él significaba para ella.

Capítulo 26

Todo lo que significaba

Mac se lo explicó todo y desveló el misterio, sin dejarse ninguna de las mentiras por descubrir. Y, esta vez sí, Mac le expresó lo que sentía y lo enamorada que estaba de él, sabiendo que era la única explicación posible que diese sentido a todas las mentiras que cosieron sus vidas.

Los silencios de esa noche de marzo después de su confesión hicieron compañía al epílogo de Mac, donde se descubría el papel que había ocupado en esta historia. Ella bajó la mirada porque no sabía qué expresión podría acompañar a la intranquilidad y turbación de su cuerpo y supo que no podía acabar su revelación de esa manera, tendría que dar un paso más, el último paso, quizá el más importante. Levantó la mirada y descubrió que él la estaba mirando con los ojos entornados, como si entre ellos una densa bruma no le permitiese saber si era Mac quien estaba frente a él.

—Y ahora, sabiendo todo lo que te he contado, si no quieres pasar la noche conmigo, no te excuses pensando que me siento obligada. Si no quieres quedarte, dímelo, pero sé sincero y ponme cualquier excusa tuya, pero ninguna que me incluya a mí. Puedes decirme que no te parezco atractiva. Puedes decirme que valoras más nuestra amistad y no quieres romperla, como esas típicas películas americanas. O mejor dime que me ves como una hermana y cualquier otra idea sería inconcebible. En serio, dime cualquiera de estas excusas. O incluso

puedes decirme que estás enamorado de esa tal Evangeline y no quieres engañarla. O, si lo prefieres, puedes decirme que es por Gwen, que sigues enamorado de ella, aunque ella ya no exista. Dime lo que quieras. Ponme el pretexto que mejor te convenga. Dime la mentira que prefieras, pero la excusa que me des que te concierna a ti, no te excuses en mí, porque lo que yo más deseo es pasar contigo esta última noche.

No hubo más alegatos por parte de Mac. El movimiento que Dan hizo al agacharse y acercarse a ella fue suficiente para llamar al silencio. Él empezó a mirarla extrañado, intentando buscar un hilo conductor que seguir ante esa tormenta de contradicciones. Empezó a ver el rostro de Mac, el rostro de ella, pero como si fuese diferente, como si fuese la primera vez que la veía. Movía su mirada desde sus generosos labios hasta sus oscuros ojos, para volver a bajar a su boca, pasando por sus pómulos, nariz y mejillas. Buscaba en esa chica que estaba frente a él a aquella Mac que tanto conocía y de la que, desde ese momento, supo que no sabía nada. Tuvo la misma sensación al ver esos dibujos donde aparece una imagen y, al darles la vuelta, surge una figura distinta, que siempre había estado ahí, pero nunca la habías visto.

Intentó tocarla y la volvió a mirar a los ojos, ahora acuosos como una cueva inundada, como pidiendo permiso por tal afrenta que intentaba cometer. Quería tocarla con sus manos. Una, dos, tres veces intentó tocar su rostro, sin conseguirlo, como esperando una reprimenda que nunca llegaría. Los ojos de ella le dieron permiso para cruzar esa barrera invisible que tanto tiempo llevaba separándolos y, ante la sorpresa de él y el deseo de ella, Dan le acarició la mejilla y el principio de su cuello. A Mac, esa misma tierna caricia le recordó a aquellas veces cuando Dan tomaba la temperatura a Gwen estando ella encamada, recuperándose de aquella enfermedad que casi acaba con su vida. Y se maldijo. Se maldijo una y mil veces por tener que corromper ese momento que era suyo y de Dan con la imagen y el pensamiento de Gwen. Y, para borrar esos ojos azul turquesa que la alumbraron de terror y de culpa, Mac se acercó a Dan pidiéndole ese beso que tanto ansiaba, pero lo hizo con sus ojos, porque parecía que entre ellos las palabras que compartían con la mirada tenían más validez y menos mentiras que las que compartían con sus labios. Y en ese momento, en ese instante en el que ninguno de los dos supo quién besó a quién, sellaron la promesa que inició esa velada. Y Mac supo que sí, ahora sí, tendría la despedida que siempre había soñado.

Capítulo 27

La despedida soñada

—¿Te importaría si te llamo Magia? Tienes un nombre precioso. —Esta frase fue la primera que Dan le dijo mientras Mac le observaba, ya desnudos, bajo una ligera manta esa fría noche de marzo.

La calefacción todavía no estaba instalada en el nuevo piso, y esa fue la excusa que utilizó para permanecer abrazada a él durante toda la noche. En todo ese tiempo, Mac no cesó de mirarlo a los ojos, sin dejar de corroborar que era él quien estaba a tan solo medio palmo de su cara, sintiendo como el aliento de él podía calentar su cuello e incluso su corazón, tan acostumbrado al hielo por la frialdad de su carácter. Era extraño ver que, entre ellos dos, separados solo por un ligero suspiro de distancia, estaban tan alejados el uno de otro, cada uno en su mundo, cada uno dentro de sus pensamientos. Mientras Dan no hacía más que sorprenderse por todo lo que acababa de suceder, se extrañó al descubrir que en ningún momento se le pasó por la cabeza la imagen de Gwen mientras estaba besando y abrazando a Mac, ahora Magia, que era como a él le gustaba referirse a ella. Y se extrañó que Gwen no le hubiese boicoteado ese momento tan íntimo, ya que estaba convencido de que eso sería lo que sucedería la próxima vez que estuviese con otra mujer. Y se alegró por ello, como si la desintoxicación de Gwen fuese posible.

En cambio, Mac pensaba lo mismo, pero al revés. Todas las

imágenes y pensamientos de Gwen que Dan no tuvo fue ella quien los sufrió. El miedo de la inseguridad de la actriz secundaria le atenazó a cada jadeo que bebía de Dan, a cada caricia que sentía piel contra piel, a cada mirada en la que se perdía en el lago verde de sus ojos. Así fue como, incluso en ese momento, Gwen estuvo presente. Y Mac se maldijo por ello una vez más.

Unos instantes que tendrían que haber dado paso al amanecer fueron rotos en lo que duró un largo parpadeo de Mac mientras el sueño empezaba a vencerla. En ese momento sintió como el peso que tenía a su lado dejaba libre la cama, dejando tan solo el calor de su cuerpo. Cuando abrió los ojos y lo vio vestirse, él le explicó que se marchaba, que tenía que preparar muchas cosas para la mañana siguiente. Y, con un humor escueto y vencido por el cansancio, le dijo la última broma que escuchó de él antes de entrar en prisión:

—Mañana nos vemos en tu trabajo, Magia.

Y Mac, o Magia, como a ella estaba empezando a gustarle que la llamase, no pudo secundar el chiste. Ni siquiera esa esperable sonrisa cansada se dibujó en su rostro. Solo pudo decirle aquello que ocupaba toda su mente, deseando que fuese la guinda del pastel, dulce como el almíbar, y que coronase una de las noches más maravillosas que recordaba. Ella le miró a los ojos y, sin más adorno que su cuerpo desnudo, le dijo las dos palabras que pueden cambiar tu mundo:

—Te quiero.

Dan se acercó a ella, con la mirada baja, huidiza. Ella esperó su respuesta, como si fuese el resultado del examen más importante de su vida. Y, una vez que él posó un beso en sus labios con sabor a despedida, Dan le dijo la verdad que nunca quería haber escuchado.

—Magia, no sabes lo que daría por poder decirte lo mismo, por poder decirte que te quiero. Lo siento.

Y Magia, sintiendo todavía el calor a su lado de la cama, escuchando la puerta de la calle cerrándose, se dijo a sí misma que había hecho todo lo posible, pero supo que no fue suficiente. Gwen había ganado. Ella había perdido.

Capítulo 28

Gwen había ganado. Ella había perdido

Era la tercera vez que veía a esa mujer pelirroja a través de la puerta de la comisaría.

Magia fue al trabajo a las siete de la mañana. Una hora antes de la llegada de Dan para ingresar en el calabozo, previo inicio del juicio. Quería tenerlo todo preparado para evitar cualquier posible incidencia, aunque, pensándolo bien, si todo salía bien, la consecuencia sería que Dan entrase en prisión. Absurda ironía; hacer un buen trabajo para obtener el más cruel de los castigos.

Fue así cuando la volvió a ver, ante los nervios de buscar entre los coches cercanos a aquel que traería a Dan a la comisaría. Era ya la cuarta vez que aparecía esa pelirroja que miraba con cara nerviosa hacia la comisaría. Incluso hubiese jurado que en alguna ocasión dirigía su mirada hacia ella. No supo si fue por el cansancio de no haber dormido en toda la noche o por haber un peligro real en el extraño comportamiento de esa mujer.

Los minutos pasaron lentos y angustiosos y, de repente, abrió la puerta Albertho acompañado por Alba, esa pareja de amigos que cada vez más empezaron a frecuentar los mismos sitios a la misma hora, fase previa de un noviazgo en ciernes. A los pocos minutos, como era de esperar, aparecieron Dan y sus padres. Por suerte, que Dan entrase en prisión ya no tenía la repercusión mediática de meses atrás, por lo

que no tuvieron que sufrir el acoso de periodistas y curiosos en el momento en el que Dan volvía a entrar en la cárcel. Todos los allí presentes celebraron en silencio el poder realizar con cierta intimidad este duro trance.

Dan se estaba despidiendo de sus padres y amigos. De los cinco presentes, quien presentaba mejor humor era él, el más perjudicado. En un atisbo de orgullo, Magia pensó que esa alegría quizá era por la noche que pasaron juntos, hacía tan solo unas horas, aunque al instante supo que ese no era el motivo. Conocía a Dan, quien era el único que podía mostrar la mejor de las sonrisas ante el peor de los escenarios. Y tan bien lo conocía que no le extrañó ver esa felicidad pausada en cada beso y apretón de manos que regalaba en su despedida.

Cuando vio que se dirigía hacia ella, se miraron con cariño, como lo harían una pareja que varias décadas atrás habían tenido una tórrida historia de amor, pero ahora solo quedaba la complicidad del recuerdo compartido. Se saludaron y, con un ligero cabeceo de ambos en forma de saludo, se dirigieron hacia el interior de aquellas puertas que las visitas no podían cruzar. Mientras acompañó a Dan hacia el calabozo, junto con otros dos policías, Magia pensó que el mundo que le había tocado vivir no tenía sentido. No podía entender cómo a alguien como Dan lo estaban acompañando a la cárcel para juzgarlo y, con total seguridad, condenarlo a años o quizá décadas en prisión. Y en silencio, por los pasillos de comisaría, rememoró una frase que Gwen le dijo una vez cuando Magia le preguntó que por qué no le había confesado a Dan lo que sentía. Ante esa pregunta, Gwen le contestó: «Si le hubiese confesado todo, al final no podría haberme ido y haberlo dejarlo atrás, y eso habría acabado matándonos a los dos». Y en cierto sentido tuvo razón, Dan averiguó lo que ella sentía por él y eso provocó su muerte y, como consecuencia, su propia ruina. Y ahora, después de haber estado la noche anterior con Dan, se dio cuenta de que Gwen tenía toda la razón. Supo que ella misma estaba en la misma situación, como condenada por la misma maldición. Supo que, al habérselo confesado todo, la separación sería tan dura que se sentiría incapaz de soportar la idea de que todo acabase así, de esa manera.

Con esa idea en mente, sintiéndose maldita por no llegar nunca a ver cumplido su deseo de estar con Dan, supo que tendría que aceptar aquella propuesta que hacía varios meses le hicieron y, por supuesto, rechazó sin dudarlo. La desechó porque la sentía impensable, pero ahora, herida de muerte en su corazón por el rechazo de Dan de la noche anterior, sintió que quizá no era tan mala opción. Dan desaparecería de su vida y, a cambio, ella podría rehacer su vida, lejos de todo. Podría empezar de nuevo con las facilidades que te da una

desorbitada cantidad de dinero si llegaba a aceptar esa propuesta que le hicieron. Sí, esa era la única opción posible. Era lo que tenía que hacer, por mucho que le doliese.

Es curioso como por amor eres capaz de hacer cualquier cosa, pero por desamor eres capaz de hacer lo impensable.

PARTE FINAL

Capítulo 1

Últimas noticias sobre el juicio del Héroe del Monasterio

Tras una larga deliberación de más de cinco días por parte del jurado popular, el veredicto dictaminado por la abogacía ha sido la absolución de los delitos de asesinato, confirmándose, eso sí, la condena por homicidio involuntario por motivos de protección a víctimas de terrorismo.

Los delitos por homicidio involuntario están castigados con entre uno y cuatro años de prisión, un tiempo que, teniendo en cuenta los más de diez meses de prisión que lleva cumplidos el conocido como el Héroe del Monasterio, junto con los meses de privación de libertad durante el juicio, pueden augurar su puesta en libertad en los próximos días.

Finaliza así un juicio de más de dos meses de duración, en el que la condena de la familia mafiosa de los Rivideggo, al otro lado del océano, dio luz a la conexión que la víctima tuvo con ese clan familiar, ahora condenado a más de trescientos cincuenta años de prisión por diferentes delitos, entre los que se encuentra el de asesinato, extorsión, contrabando y terrorismo. Precisamente, este último delito ha sido crucial para que la defensa articule su alegato bajo el marco de la jurisprudencia de terrorismo internacional, con lo que se ha abierto la posibilidad de recoger el homicidio involuntario por motivos de protección a víctimas de terrorismo al ser

este el motivo de ese homicidio, socorrer a una agente de policía que estaba siendo agredida por la víctima.

Con este veredicto, se pone punto y final a uno de los juicios más controvertidos de los últimos años, en los que la acusación popular, que inició la denuncia solicitando treinta y cinco años de prisión por asesinato al acusado, fue desmontada a medida que las conexiones con la familia Rivideggo se fueron confirmando. Una vez que la defensa pudo sacar a la luz la campaña orquestada por el mismo clan familiar con tal de desprestigiar y manipular el veredicto del acusado, el clamor popular salió a la calle solicitando la liberación del acusado.

Seguiremos informándoles a medida que nuevos datos sean revelados a nuestros medios y a nuestra corresponsal, que permanece en la Audiencia…

Cuando apagó la televisión, el pequeño cuarto quedó a oscuras. El silencio inundó la sala y al abrir la puerta toda la ansiedad que estaba contenida en la habitación se vació como un dique que al abrirse drena toda el agua corrupta. La alegría de esa chica pelirroja, con una constelación de pecas organizando sus mejillas se desbordó mientras salía de esa habitación, ahora con la certeza de saber que Dan quedaba en libertad.

Fue pasando por las diferentes dependencias de ese local, en dirección a la calle, contemplando los instrumentos de viento y cuerda que se encontraban colgados en las paredes, con dibujos de notas musicales. Cuando salió de la academia de música y alzó la vista al cielo, viendo ese claro azul de finales de junio, pensó en él. Y, aunque Evangeline sabía que no era nadie importante en la vida de Dan, quiso regalarle una lágrima de esperanza y desearle toda la felicidad que ella no pudo darle en el escaso mes que compartieron sus vidas, al sonido de una guitarra y al calor de muchos abrazos.

Capítulo 2

Dan

El sonido de la cremallera de la maleta al abrirse no le trajo buenos recuerdos. Fue el mismo sonido que inició la entrada en la cárcel, abriéndola para guardar las pocas pertenencias que le dejaron llevarse a su celda. Hacía dos días que había acabado el juicio, declarándolo inocente y devolviéndolo a esa libertad que tanto ansiaba. Con esa idea en mente salió al pasillo de la cárcel, como si fuese el final del más largo y cruel túnel que jamás llegó a imaginarse.

Le vinieron a la mente momentos dispersos durante el juicio, donde en algunos de ellos Dan miraba ligeramente al techo, pensando en su hermano Abel, preguntándole qué le parecía esa película que estaba viviendo. Se imaginaba a un Abel observándole desde ese cielo en forma de cine y siempre se arrepentía de la pregunta, porque sabía que el género de juicios y abogados no era del gusto de Abel. Recordaba el momento en que se leyó el veredicto que decidiría su futuro, aunque el motivo de ese recuerdo fue porque su mente se evadió de abogados, juzgados, jueces y jurado, y se escapó hacia un lugar donde la libertad para Dan era extrema. Lo recordó de una forma tan vívida que creyó estar en la terraza de su casa, cuando tendría unos ocho o nueve años, mientras su abuela Erlinda, con unos ojos muy verdes, todavía vivos y sin sombra de la ceguera que los apagó, le mostraba un lienzo en blanco y le puso un pincel entre sus

rechonchos dedos para que pintase aquello que su imaginación quisiese. «Esa imagen representaba la libertad», al menos así lo pensó Dan mientras de fondo pudo oír esa frase que le hizo volver a ese presente donde ya no existía ese lienzo ni ese pincel ni, por mucho que duela admitirlo, su abuela Erlinda.

«Declaramos al acusado absuelto de los cargos de asesinato en primer grado». Qué extraño fue para Dan sentir en ese mismo momento cómo la alegría de ser absuelto inundaba su corazón. El mismo corazón que, hacía solo unos segundos, lloraba el recuerdo de la pérdida de su abuela.

Los siguientes días, cuando salió de la prisión, fueron una dulce locura. Abrazos, alegrías, llantos, gritos, brindis (los de Dan con agua, como siempre), comidas en familia, cenas con amigos… Cumplieron con el repertorio completo y previsible de cualquier celebración que se precie. Aunque Dan sabía que había una pequeña esquirla oscura que empañaba la alegría del momento, como ese pixel defectuoso en medio de la pantalla que siempre miras y te impide disfrutar de ella. Esa pieza que faltaba era Magia y faltaba porque no tuvo noticias de ella hasta que lo llamó ese mismo día por la mañana.

Dan solo supo de ella que había colgado para siempre el uniforme de policía y lo hizo el mismo día que supo el veredicto favorable. No logró averiguar nada más hasta esa mañana que le llamó para disculparse por no haber podido verle ni hablar con él. El motivo de la llamada era que le invitaba a pasar un fin de semana en una casa en el campo, al lado de un lago. Incluso le dijo que se podría llevar su caja de óleos y lienzos para poder pintar algún paisaje, y así ella también aprovecharía para volver a dibujar ese lago que conocía desde la infancia.

Le extrañó esa petición que por supuesto aceptó sin tan siquiera dudarlo, aunque aquello que le causó más inquietud fue el tono pausado y gris de Magia. La conversación fue corta, muy corta, sobre todo en comparación con las largas charlas telefónicas que siempre mantenían. Algo no encajaba, pero tenía tantas ganas de verla que hizo caso omiso a ese sexto sentido que heredó de su abuela. Así fue como esa misma tarde ella lo recogió en su coche para pasar juntos el fin de semana.

Mientras bajaba las escaleras con la mochila apoyada en un hombro y en el otro el peso de los nervios por volverla a ver, salió a la calle a esperar a que ella llegase, sin dejar de arrepentirse por no haber mentido lo suficiente como para haberle dicho que la quería esa noche antes de volver a prisión, mientras salía de su cama.

Dicen que a veces las mentiras son necesarias. Pues ese día fue el ejemplo perfecto, pero, por cobardía o por exceso de ética, no lo hizo. Él sabía que no quería a Magia, pero porque no estaba preparado para

querer a nadie. Eso lo supo cuando inició esa inoportuna relación con esa otra chica, Evangeline, con el deseo de poder demostrarse a sí mismo que sería capaz de querer a otra mujer que no fuese Gwen. Se equivocó. No estaba preparado, no todavía. Pero ahora era diferente, ahora empezaba una nueva vida, como si al dejar la cárcel hubiese dejado una versión anterior y caduca de sí mismo.

Y con esa esperanza de sentirse alguien nuevo, alguien mejor, vio como Magia aparecía en su coche, girando la esquina, para poder empezar juntos ese algo que quizá podría iniciarse en ese fin de semana en esa casa junto a un lago.

Capítulo 3

Magia

Le dolió verlo feliz y risueño, con esa mochila en el hombro y el otro brazo alzado, dibujando un ligero saludo.

Cuando Magia aparcó, ni siquiera se bajó a saludarlo. Le abrió la puerta, estando todavía sentada en el asiento del piloto, como si fuese un taxista de los barrios bajos, y le hizo señas para que entrase. Dan dejó la mochila en el maletero y, según pudo averiguar durante la mayor parte del trayecto, podría haberse quedado él también encerrado en él, ya que muy pocas frases fueron las que compartieron en las dos horas que duró el recorrido. Los conatos de conversación provenían todos de Dan, quien le hizo preguntas cada vez más impersonales y vagas al ver que Magia solo contestaba con austeros monosílabos y frases huecas. A ella le recordaron los mismos intentos fallidos que vivieron las primeras tardes que quedaron para dar vueltas por la ciudad, donde ella era quien hablaba sin cesar y él no hacía más que cortar la conversación con tajantes monosílabos. Los mismos que ella utilizaba, como si de una venganza se tratase.

Cuando la sombra de los altos edificios dejó paso a la sombra de los abetos, Dan ya había desistido de mantener una conversación con Magia. Dedujo que esa última frase donde le denegó ese «te quiero» había hecho más daño del que creyó haber cometido. Estaba cansado de comportarse como un homicida involuntario, jactándose de esa

etiqueta de «involuntario» que el jurado también le colgó al declararle inocente.

Magia no hacía más que convencerse a sí misma de que lo que estaba haciendo era lo correcto. Aunque, a medida que se acercaba, esa certeza disminuía como la luz al atardecer. Mientras apretaba el volante con sus manos, en vez de cogerlo con suavidad, como requerían las normas básicas de conducción, supo que jamás averiguaría si estaba haciendo lo correcto. Sabía que lo que iba a hacer implicaba que Dan desapareciese para siempre. No volvería a verlo. Ese era el objetivo, despejar la incógnita para solucionar el problema. Si no había Dan, no había problema. Así de sencillo.

No quería pensar en las implicaciones de la desaparición de Dan. Sabía que, para poder salvarse ella, él tendría que desaparecer. Y, si la motivación de sentirse a salvo por desprenderse de Dan no era suficiente, tan solo tenía que recordar la promesa de riquezas suficientes como para facilitar la prejubilación de sus padres, saldar la hipoteca de su hermana, allanar la educación de sus sobrinos y, sobre todo, poder cambiar de vida y empezar de cero en otra ciudad.

Sabía que su marcha era inevitable, sobre todo después de lo que iba a suceder en la casa del lago. Una vez que todo acabase, ella no podría continuar como si nada. Tendría que huir, de eso estaba convencida. Y, en cierto sentido, esa promesa de acabar con todo, liberarse de Dan y empezar de cero era lo único que la mantenía con cordura suficiente como para seguir conduciendo kilómetro a kilómetro hasta ese momento en que Dan se desvaneciera para siempre.

Tal embotamiento tenía Magia en su cabeza que no tuvo ni un momento de paz como para contestar ninguna de las tímidas preguntas de Dan durante el viaje. Ni siquiera supo si él la miraba o mantuvo la vista perdida mirando tras la ventana, ya que ella no tuvo el valor suficiente como para girar su rostro lo necesario para poder mirarlo a los ojos. Sabía que, si lo miraba, se perdería en esos verdes ojos que tanto llegó a amar y, entonces, no tendría la fuerza suficiente como para lleva a cabo lo que iba a hacer. Lo mejor sería seguir así, mirando al horizonte, dejando que los árboles le hiciesen compañía a Dan. Ella no se veía con valor suficiente como para cumplir ni siquiera ese sencillo cometido.

—Detrás de ese valle está la casa —fue una de las pocas frases que Magia dijo durante el viaje.

Y fue una afirmación extraña. Detrás del valle. Como si un valle tuviese delante o detrás. Ese absurdo pensamiento pasó por la mente de Magia mientras empezó a acelerar el coche, bajando esa ladera que llevaba hacia un lago situado al borde de un valle, resultado de la unión de dos grandes montañas.

Ante la imprevisible e innecesaria aceleración, Dan tuvo el instinto de agarrase al asiento mientras Magia mantuvo los brazos rígidos como el acero y el mentón cerrado y en tensión por la agitación de saber que habían llegado a su destino. Había llegado el momento.

Paró el coche justo enfrente de la puerta de esa pequeña casa del bosque. Era una casa con un único nivel, con paredes de piedra y tejado de tejas, tan grande como para tener cinco o seis estancias. Dan, todavía en el coche, se quedó mirando la casa. Le gustó. No le dio la sensación de una de esas casas que se alquilan por temporadas, sino que parecía una casa en la que ya vivía alguien desde hacía mucho tiempo. Lo vio en los pequeños detalles, como esa silla en el porche con una vieja manta que parecía quemada por un borde y dispuesta de manera descuidada, o en la existencia de algunas ventanas abiertas y otras cerradas, sin un orden lógico, como sucedería en una casa habitada.

Magia no miró la casa. Seguía mirando al frente, como si todavía estuviese conduciendo, aunque no había carretera que requiriese su atención. Aquello que miraba no estaba en ese bosque ni en ese lago, ni siquiera en ese mundo. Estaba muy lejos de allí. Estaba en el sentimiento de culpabilidad por lo que iba a suceder en los próximos minutos.

—Ya hemos llegado. Baja y entra en la casa, ahora voy yo —dijo Magia con un tono seco, sin vida.

Cuando Dan se bajó del coche, con Magia todavía sentada en el asiento, ella le dijo que se esperase. Cogió algo de detrás del asiento y se lo entregó a Dan. Era una caja de cartón, como una caja de zapatos, pero de grandes dimensiones. Como la caja de unas botas. No estaba embalada, solo estaba protegida por la bolsa de papel en la que estaba guardada.

—Llévala adentro con tu equipaje, ahora voy yo.

Cuando Dan escuchó por segunda vez que él se adelantase, que luego iría ella, aquella alarma que sintió cuando Magia le llamó por la mañana y a la que tan poco caso le hizo volvió a activarse con más fuerza todavía, sintiendo que algo fallaba en ese plan de fin de semana en el bosque.

Dan le interrogó con la mirada, buscando una explicación a tantas cosas que no entendía. Pero, como respuesta, solo vio el rostro de Mac levantando la barbilla como un resorte, con ese gesto tan común para indicar «sigue para adelante».

Dan entró en la casa, donde la puerta estaba abierta, como esperando desde hacía una eternidad a que alguien entrase. En el hombro derecho llevaba la mochila que con tanto cariño preparó esa mañana. Bajo el brazo izquierdo, llevaba esa misteriosa caja que Magia le había entregado en el coche. Y, cuando Dan desapareció tras

el marco de la puerta, como si la casa lo hubiese aspirado para dentro, Magia pudo sacar esa lágrima que tanto tiempo estuvo esperando en sus ojos para salir, pero que ella no podría permitir que hiciese acto de presencia mientras Dan estuviese presente. Ahora que ya había desaparecido para siempre, podría llorarlo durante el resto de la eternidad.

Y ese llanto no se hizo esperar, porque, nada más hubo entrado en la casa, Magia puso en marcha el coche y se marchó por el mismo camino, sin mirar atrás, llorando nada más subir por ese valle que escondía esa casa del lago. No sabría deciros si lloraba gritando o gritaba llorando porque ambas acciones se mezclaron, donde su rostro se desfiguraba a cada llanto, a cada alarido y a cada catarata de lágrimas. Si alguien, alguna vez, hubiese llorado ácido sulfúrico, la cara resultante no podría ser muy diferente al rictus de dolor que Magia reflejaba en el espejo retrovisor del coche. Y ese anonimato que te da el estar dentro de tu coche permitió a Magia llorar todo el dolor que llevaba dentro y que, en vez de desaparecer según se alejaba de Dan, pasaba lo contrario, que creciera apretando las costuras de su alma, intentando escapar de ella. O quizá intentando destruirla por sentirse culpable de lo que acababa de hacer. Solo alguna fugaz idea de consuelo intentó calmar su conciencia, pensando que era rica, asquerosamente rica, desgraciadamente rica. Pero rica, al fin y al cabo.

Y, cuando las sombras de los abetos dejaron de nuevo paso a las sombras de la ciudad, seguía pensando que quizá se había equivocado.

Capítulo 4

Dan

El ruido de las ruedas del coche desplazando la tierra mientras se alejaba de la casa del lago no le sorprendió a Dan en absoluto. Ni siquiera quiso salir de nuevo de la casa para confirmar lo que con total seguridad ya sabía, que Magia se había marchado y lo había dejado solo en esa casa. ¿Solo? No. Seguro que no estaba solo, aunque todavía no sabía quién la habitaba.

Tuvo de nuevo esa sensación que hacía tiempo no se le clavaba en el pecho cuando sentía que su vida la estaban dirigiendo otros distintos a él, como cuando Gwen y Magia decidían por él mediante engaños y mentiras. Y quizá ahora estaba sucediendo lo mismo, porque Magia había decidido dejarlo allí engañándolo, aunque sin saber todavía cuál era el motivo.

Cuando entró en el pequeño recibidor que dejaba entrever un amplio comedor, dejó la mochila que le llevaba acompañando desde que salió de su casa. La caja de cartón la continuó llevando en la mano, sentía que era importante, aunque no sabía por qué.

Dentro del comedor, sus ojos ya se habían habituado a la penumbra y empezó a ver todo lo que contenía esa amplia estancia, como si fuese una de esas fotografías analógicas que iban mostrando la imagen al sumergirla en la cuba de revelado. No había errado al intuir que en esa casa ya vivía gente. Si el exterior mostraba indicios de vida, el

interior ofrecía pruebas irrefutables. Lo primero que le llamó la atención fue un pequeño mueble bajo, aquel donde dejarías el correo nada más entrar en casa, pero que estaba cubierto de algunos periódicos abiertos y unos recortes de otros. Al mirar las portadas y los titulares que anunciaba, como si de unas marquesinas de Broadway se tratase, le llamó la atención lo que vio. Un periódico extranjero que no conocía, con un color salmón en sus hojas mostraba un titular: «Familia Rivideggo entre rejas». Otro recorte anunciaba: «Juicio a la familia mafiosa más importante del país». En la contraportada: «La familia Rivideggo y todo su clan mafioso en prisión incondicional a la espera del juicio». Otro periódico de hacía muchos meses, que sí era local, anunciaba el titular de «El Héroe del Monasterio en prisión incondicional». Un nuevo titular de esa familia de mafiosos lo vio en el siguiente recorte anunciando: «Casi 400 años de prisión para los Rivideggo». Acabó esa extraña revisión de prensa con un recorte de hacía pocos días que decía: «Absuelto el Héroe del Monasterio de los cargos de asesinato».

Dan no continuó mirando los que quedaban debajo. Estaba convencido de que mostrarían una perfecta línea temporal del juicio de los Rivideggo y del suyo propio, como si fuesen dos piezas de un puzle más grande que desconocía. Intuía la conexión, pero esa idea la dejó aparcada al levantar la vista y ver un escritorio estrecho pegado al lado de una ventana lateral del comedor. Se acercó al escritorio y, al lado de la ventana, vio un mural de corcho lleno de notas y hojas escritas, todas ellas apuntaladas con esas agujas con cabezas redondas de colores, como aquellas que se utilizaban en las películas de policías para conectar con hilos los sucesos del crimen que estuviesen investigando. Encima del escritorio, una marea de hojas y papeles inundaba la mesa con un desorden tan abundante que parecía que las hojas iban a derramarse por los lados. Entre las hojas, vio la esquina de una libreta de vivos colores, donde se intuía el dibujo de un animal. Un caballo parecía. Dan no quiso apartar la hoja que tapaba toda la portada de esa libreta, por si era un unicornio lo que aparecía dibujado en él, recordándole aquella libreta que, como en otra vida, le regaló a Gwen para que pudiese dar forma a sus historias y cuentos.

No quiso acercarse más a esa mesa, como si irradiase un peligroso fuego que podría quemarlo. Al girar la mirada, buscando otra pista que no jugase con su cordura, vio una estrecha librería justo al lado de la mesa. Era de color blanco, nueva, desentonando con los colores cálidos y de madera del resto de la estancia. Se veía como el único mueble adoptado de todos los allí presentes, que eran más propios del lugar. En esas estanterías, encontró dispuestos muchos CD de música y, en los estantes superiores, unos pocos libros colocados sin orden. Al dar un ligero vistazo, varios títulos saltaron dentro de sus pupilas y se

dirigieron directos a los nervios que ya estaban en ebullición en su estómago. *Frankenstein* fue el primero que le llamó la atención. El mismo título, y además de la misma editorial, que una vez le regaló a Gwen. El lateral del libro se mostraba arrugado y quebrado por el uso. Dan sabría distinguir con exactitud la longevidad de un libro al ver las líneas que se dibujan en su lomo, como si fuesen las líneas de la vida, pero que no muestran los años reales del libro, sino los lectores que lo han disfrutado. Mientras su mente viajaba por ideas que parecían más propias de su abuela Erlinda que de él mismo, vio el título del siguiente libro, *Matar a un ruiseñor*. Otro mar de recuerdos anegó su memoria. Horas y horas leyendo a su abuela, justo esos días en que Gwen apareció en su vida. El recuerdo de ese momento lo sintió como una incisión que separó en dos su vida, diferenciándolas tanto que parecía que fuesen dos vidas bien distintas. Otro libro que no le sorprendió ver fue un libro de cocina. El libro de cocina. *Cocina para una cocina chica*, un sencillo libro que contenía más historias para él que las recetas que describía.

Apartó la vista de la librería. No quería saber qué otros libros había en la estantería. Estaba convencido de que cada libro que descubriese podría conectarlo con algún punto de su memoria. En ese momento se dio cuenta de que seguía con la caja entre sus manos, descansando dentro de la bolsa que Magia le dio. Hizo un amago de abrirla, pero sentía que todavía no estaba preparado, aunque en absoluto sabría qué sería estar preparado para poder abrirla.

Levantó la vista como para coger aire y se dirigió al otro lado del comedor. Junto a una lámpara de pie, vio varias cuerdas decorativas atadas a clavos que salían de unas cajas de madera colgadas en la pared. En esas cuerdas, con pequeñas pinzas iguales a las que se utilizan para tender la ropa, pero de minúsculo tamaño, colgaban pequeñas tiras de papel con una frase escrita en cada una de ellas. Su memoria se acordó de aquellas notas que se descubrían dentro de las galletas de la suerte que tantas veces había visto en películas, pero que en realidad nunca había tenido entre sus manos. Al acercarse para ver mejor qué eran esas tiras de papel, no se sorprendió al descubrir qué mensajes estaban allí escritos:

Sé humilde, menos en la búsqueda de lo imposible, ya que es allí donde la arrogancia tiene sentido.
Si no tienes ganas de sonreír, sonríe hasta que tengas ganas de reír.
Que tu sonrisa tartamudee, así la oirás más veces.
¿Has tenido una semana mala? Tranquila, la próxima tendrás siete nuevas oportunidades para mejorar.
Que el pasado sea tu mejor maestro. Por muy severo que haya sido, siempre te enseñará algo.

Esas frases eran sus frases. Si contaba los papeles seguro que habría treinta y siete, como las que escribió y enrolló para introducirlas en esa taza que también le regalo a Gwen.

Sintió una fuerte opresión en el pecho al descubrir que en cada rincón de ese cálido comedor encontraba un detalle, un objeto o una reliquia de su vida pasada con Gwen. Le dio la impresión de ser una especie de colibrí que iba aleteando de pared en pared de la estancia, frenándose en cada detalle para sorber el néctar de los recuerdos. Ante esa imagen volvió a su mente la caja que llevaba en su mano. En ese momento sí supo que estaba preparado para poder abrirla, aunque no supo por qué. Sacó la caja de la bolsa de papel y, en el momento en el que tuvo el coraje de retirar la tapa, escuchó unos pasos detrás de él. Eran unos pasos desiguales, disparejos. Le recordó al andar de su padre, con esa cojera que siempre le acompañaba. Y, cuando se giró y escuchó que le llamaban por su nombre con un fuerte acento extranjero, supo que frente a él tenía todas las respuestas.

Capítulo 5

Rivideggo

Una sombra en el pasillo escuchó como ese chico entraba en el comedor. Estaba escondida. No quería ser descubierta, no todavía.

Al abrigo de la oscuridad de ese pasillo sin luces ni ventanas, vio como el chico con esa extraña bolsa de papel en las manos iba de un lado a otro del comedor, curioseando muebles y paredes como si buscase algo, como si buscase a alguien. Pasó por los periódicos que tan bien habían definido su propia historia los últimos meses. Contempló su mesa de trabajo, frente a esa ventana que tantas horas veía con la mirada perdida, buscando las palabras que imprimiese en sus escritos. Pasó sus dedos por aquella librería que compró hacía poco, ya que se quedó sin lugar para guardar tantos CD de música. Cuando se acercó a esos hilos con los recortes de papel, supo que no podía alargar más su clandestinidad. Tenía que hacer lo que llevaba tanto tiempo preparando. Visualizó en su imaginación cómo presentarse. Revisó qué le diría. Repasó aquellos objetos que necesitaba para llevar a cabo su objetivo. Tenía las pocas fotografías que había rescatado, los escritos que tenía que enseñarle y la pistola, sobre todo la pistola, eso era imprescindible.

Había llegado el momento. Esa sombra desveló su presencia, caminando con esos pasos lentos y descompasados por una cojera causada por una fuerte dislocación de cadera y fémur en la pierna

derecha. Mientras él se disponía a abrir esa extraña caja que tenía en las manos, esa sombra ahora descubierta lo llamó por su nombre.

—Hola, Dan. Supongo que te debo alguna explicación.

Dan se giró y sus ojos vieron lo que su corazón no entendió. Frente a él, vio a una chica de pelo liso y rubio, un rubio ceniza, con las puntas de un fuerte color caoba, como si el rubio original se estuviese tragando el color rojizo anterior. Un grueso jersey negro, que no encajaba con el caluroso día de junio, ocultaba más de medio cuerpo, dejando libres las piernas engalanadas con un gastado tejano corto y unas gruesas botas de montaña. Los antebrazos los llevaba al aire, solo protegidos por dos sencillas muñequeras de color blanco, tan finas que parecían vendas. Dan tardó tiempo en mirar a su cara. Sentía miedo por descubrir a la chica que vería en su rostro. Empezó recreándose en el dibujo tenso y contenido de su boca, de finos labios, aquellos que besó una sola noche tantas vidas atrás. Y, haciendo acopio de valor, llegó el momento de buscar sus ojos, descubriéndolos de un azul turquesa que creía haber olvidado. Unos ojos vidriosos, pero que, de tan grandes que eran, no tuvo duda de quienes eran. Pero no pronunció su nombre. No porque no quisiese, sino porque no sabía cuál sería en realidad. Intentó recuperar todo lo que creía saber de esa chica que conoció en una residencia, de la que se enamoró de una forma tan atroz que llegó a ser una maldición para él. Aquella que desapareció tras una noche de pasión. La misma que creyó que ni tan siquiera existía, que solo fue fruto de su imaginación. Esa chica rota que descubrió en un monasterio y que vio morir al pie del acantilado. En realidad, no sabía nada real de ella, solo le vino a la mente aquella palabra que describía todo lo que no se sabe, agua. Eso era lo que sabía de ella. Una gran cantidad ingente de agua que ahogaba cualquier terreno de tierra donde vive la verdad.

—Hola, Dan —volvió a decir esa sombra ahora descubierta—. Me alegra volver a verte. No sabes cuánto te he echado de menos. Antes que digas nada, creo que tendría que explicarte algunas cosas. Supongo que tienes muchas preguntas y, siento, lo siento mucho de verdad, no haber podido desvelarte ninguna de ellas durante el tiempo que hemos compartido juntos. Y siento aún más todas las mentiras que te he dicho, que te hemos dicho, porque Mac es también parte protagonista de toda esta historia. Creo que, antes de nada, tendría que presentarme. Mi nombre, mi verdadero nombre, es Zoe. Zoe Rivideggo.

Con ese nombre como presentación, empezó la historia de quién era esa misteriosa chica que en otro tiempo, y podría decirse que en otra vida, se llamaba Gwen y conoció a Dan en una residencia mientras él le leía a una difícil anciana llamada Erlinda. Esa revelación la hicieron en ese mismo comedor, en la pequeña mesa

cuadrada que presidía la estancia, sentados Dan frente a Zoe, quien antes había sido Rose, después Gwen y por último Carrie. Esos nombres, ella se los fue inventando a cada nuevo escondite, en base a alguna canción que le viniese a la mente: Rose venía de la canción *Kiss from a rose* de Seal; Gwen, por *Gwendolyn,* una de las canciones favoritas del ídolo de su madre, Julio Iglesias; y Carrie, por aquella canción del grupo Europe.

Cuando le invitó a sentarse en esa mesa, con la mirada desconfiada de Dan clavada en su rostro, empezó por explicarle quién era en realidad y por qué estaba en el programa de protección de testigos, aquello que era lo único que sabía Dan. Ella era sobrina del clan mafioso que hacía pocos meses atrás habían condenado a prisión por tantos y tantos delitos que habían cometido. Menos delitos de los que Zoe creía que habían perpetrado, según puntualizó. Ese hecho, la detención de todo el clan de los Rivideggo, fue la causa por la que ahora, en ese momento, ella podía explicarle a Dan todo lo sucedido.

—Por fin todo ha acabado —le dijo Zoe como excusa para poder revelarle, ahora sí, todos los secretos.

El motivo por el que ella estaba escondida era porque su padre, quien era el hermano del cerebro de los Rivideggo, había engañado a su hermano (el tío de Zoe), quedándose con una partida de dinero derivaba de las drogas y otras actividades delictivas. Ese dinero, para evitar que lo detectasen, lo puso a buen recaudo a nombre de su mujer y de su hija mayor, Zoe. Cuando su tío descubrió el engaño no se lo pensó dos veces, mandó asesinar a toda la familia de Zoe, sus padres, su hermana pequeña y a ella misma. Pero algo salió mal (o bien, según el punto de vista) y Zoe consiguió escapar la noche que los mataron a todos escondiéndose en un granero anexo a su casa mientras la quemaban toda, con su familia dentro. Cuando ella consiguió escapar, llegó a contactar con la policía, solicitando amparo a cambio de ayudarles a testificar contra su propio clan familiar, los Rivideggo. Eso sucedió hacía ya unos cuatro años, tiempo en el que estuvo recluida en el programa internacional de protección de testigos. Una empresa titánica que le robó a Zoe cuatro años de su vida.

Dan escuchó esa parte de la historia como si estuviese en una clase de la universidad, atento, concentrado, como si la información que estaba siendo revelada fuese importante para algo tan trivial como un examen, pero no tan importante como para ser consciente del riesgo que vivió al haber juntado su vida con la de esa chica.

Mientras iba descubriendo las mentiras que Zoe le revelaba, Dan no hacía más que sentir una extraña sensación de angustia que abrasaba sus sienes. Se extrañó de no sentir una alegría tal que se desbordase por su alma rota, quedándose solo con un sentimiento de

arrepentimiento por todo el dolor sufrido e innecesario al creerla muerta. Como si todo el sufrimiento que había vivido ese último año no hubiese valido la pena, no hubiese servido de nada. Aunque, pensándolo bien, ¿para qué podría valer el sufrimiento?

Cuando Zoe acabó de explicar hasta donde Dan sabía, cuando ella fingió su muerte en ese acantilado al abrigo de un monasterio, hizo una pausa. Sabía que la siguiente parte de la historia sería difícil de justificar y más dura de asumir. Por ese motivo, se levantó y le invitó a Dan a una taza de té. Se excusó al no tener café, ya que ella no tomaba y sabía lo que le gustaba a Dan. Él la aceptó y, al ver como ella se alejaba a lo que supuso que sería la cocina, sintió la decepción de Zoe por cómo se estaba desarrollando la tarde. Y no era por esa leve cojera que imprimía en cada paso, era por cómo su respiración contenía un llanto que Dan no supo interpretar, pero que Zoe sí que sabía a qué se debía, y es que llevaba más de una hora hablando con él y ni tan siquiera la había tocado.

Dan se levantó una vez que Zoe desapareció por el pasillo y la siguió a la cocina. Ese breve momento preparando el té lo sintieron calmado, como si se tratase del descanso a mitad del partido más decisivo de sus vidas. Dan observaba cómo ella preparaba dos tazas de té, la de ella en la misma taza que él le regaló y que en su día contuvo treinta y siete mensajes enrollados. Todo en esa cocina tenía un ambiente familiar. Fue un momento que suavizó las comisuras astilladas de sus almas por tanto dolor revivido, pero duró lo que tarda el agua en hervir, porque, cuando se sirvieron las dos tazas de té, volvieron a la mesa del comedor para llevar a cabo el siguiente asalto de secretos revelados.

Zoe prosiguió su historia, y lo hizo confesándole que lo sucedido en el monasterio fue debido a Erlinda, por una frase que le dijo la última vez que la vio, cuando se marchó de la residencia: «Si continúas huyendo de tus demonios, al final acabarán cogiéndote. No huyas. No huyas de nada. Y menos aún, no huyas de nadie». Eso fue lo que le dijo Erlinda. Y, como aquel mantra que sabes que te salvará de tu maldición, decidió que tenía que dejar de huir y enfrentarse a sus demonios, aunque estos fuesen su propia familia. Fue así como, una de tantas noches hablando con Mac, decidieron cómo poder dejar de huir. Al principio lo planearon más como una fantasía que como una opción real, pero poco a poco, a medida que la confianza y la amistad entre ellas se fue haciendo más sólida, llegaron a planificar todo aquello que su imaginación les dictaba. Fingiría su propia muerte y así dejarían de buscarla. Dicho así el plan parecía perfecto. Pero cómo hacerlo fue más complicado de llevar a cabo.

La forma de ejecutar ese falso suicidio sería con aquella pistola de fogueo que Zoe llevaba siempre consigo. En ese momento la sacó del

cajón de su habitación donde la tenía escondida y se la enseñó a Dan. La sangre, para dar realismo, se la proporcionó Mac. Era una pequeña bolsa que simulaba el rojo líquido y que se activaba con un pequeño dispositivo que Zoe llevaba siempre en el bolsillo. Al explicarle esa parte a Dan, le contó una anécdota donde, en la cocina del monasterio, a los pocos días de instalarse esa bolsa en la parte trasera de la cabeza y oculta por ese color caoba tan fuerte con el que se tiñó el pelo para que la bolsa no fuese visible, se activó el dispositivo por error. La mancha de sangre falsa que se dibujó en la pared detrás de Zoe, no fue nada en comparación con el grito de terror que la pobre cocinera expulsó de su boca al ver tan macabro espectáculo.

Una vez que tenían la pistola y los efectos especiales de la sangre, el siguiente paso fue planificar dónde ejecutarlo para que, si el clan de los Rivideggo la encontraba, pudiesen creer que Zoe se había quitado la vida. Estudiando las inmediaciones del monasterio, dispusieron tres sitios posibles para llevar a cabo ese plan: en una cueva, en la ventana superior de donde Zoe dormía y en ese precipicio, donde al final emuló su suicidio.

El plan era sencillo. Cuando los otros la descubriesen, ella debería dirigirse a uno de esos sitios para preparar la escenografía y simular su muerte. En concreto, en el acantilado habían dispuesto una cuerda oculta tras una roca y atada en el saliente. Zoe debería enrollarse la cuerda en el pie y, cuando simulase volarse la cabeza con la pistola de fogueo, dejarse caer por el acantilado, donde, en el fondo, un frondoso bosque ocultaría el cadáver que en realidad no habría. Esa cuerda la dejaría a nivel de una pequeña cueva de no más de dos metros cúbicos donde debería atar la soga para evitar que se viese si miraban por el precipicio, y tendría que esconderse veinticuatro horas a la espera del único policía que conocía ese plan para llevarla a una nueva ubicación segura, que no era otra que la casa donde Dan y Gwen estaban hablando.

Una vez que diseñaron el plan, esperaron el momento perfecto para ejecutarlo. Y ese momento llegó de la mano de Dan cuando salió en los periódicos con ese titular de búsqueda y captura de un asesino violador y pedófilo, con un teléfono de atención al usuario para ayudar a dar con su paradero. Cuando Mac leyó esa noticia supo que llegó el momento. Llamó a ese teléfono y dio la ubicación del monasterio. No tardaron ni doce horas en hacer acto de presencia, incluso antes de lo que ellas esperaban. Por ese motivo todo se precipitó de la manera que lo hizo. El resto más o menos lo conocía Dan. Los otros la encontraron, ellas salieron huyendo hacia el acantilado, con la mala fortuna de abatir a Mac a mitad de camino. Zoe, al verla tirada en el suelo con la sangre brotando de su hombro, quiso quedarse con ella a ayudarla, pero Mac la obligó a que saliese

corriendo, mintiendo al decirle que ella abatiría a quien apareciese con la pistola que, en realidad, no tenía. Zoe la creyó y prosiguió con el plan. Siguió corriendo, sintiendo el peso de la pistola en su mano y buscando el pulsador con la otra, preparándose para la función que iba a realizar en los próximos minutos al borde de un acantilado.

Al llegar al saliente donde estaba la cuerda, enrolló con más nervios que acierto su pie en la cuerda y esperó que alguno de esos asesinos apareciese para empezar el espectáculo. Cuando lo vio venir, el miedo rasgó sus entrañas al ver cómo le apuntaba con la pistola, amenazándola con matarla si no iba con él. Y, cuando ese hombre vestido de negro dio un paso hacia ella, supo que ella tenía que dar el suyo. Se encañonó la pistola en su boca abierta, rodeada por las lágrimas de terror que brotaban de sus ojos, y disparó el arma al mismo tiempo que presionó el dispositivo de la sangre. El mismo estallido ensordecedor de la pistola la lanzó hacia atrás, precipitándose hacia abajo, donde la cuerda la salvaría dejándola en la entrada de esa pequeña cueva donde se escondería un día entero. Aunque la planificación no tuvo en cuenta la lesión que provocó la cuerda al tensarse con fuerza en la caída, causándole que el hueso del fémur se le saliese limpiamente de la cadera. Y ese, le explicó Zoe, era el motivo de la extraña cojera que le acompañaba al caminar.

Al día siguiente, el delgado policía amigo de Mac fue a la cueva para acompañarla a la casa donde estaban. Cuando la encontró inconsciente debido al fuerte dolor de la pierna, consiguió rectificarle la fuerte contusión que tenía gracias a unos escuetos conocimientos de primeros auxilios, colocándole el hueso en su sitio, acompañado por los fuertes alaridos de dolor de una Zoe ahora despierta y más consciente de lo que hubiese deseado. Una vez que se recuperó lo suficiente como para poder caminar ayudada por el enjuto policía, la llevó al coche y la dejó en esa casa.

De camino le explicó lo sucedido a Zoe: que Dan estuvo todo el tiempo en el monasterio, que redujo a uno de los asesinos y mató a otro, al mismo tiempo que le salvaba la vida a Mac. También le dijo que la vio mientras ella simulaba su suicidio. Y, por último, que a él también le dispararon y, en ese momento, estaba en el hospital, fuera de peligro, eso sí, esposado en la cama por el asesinato de aquel asesino que, por lo que parecía decirse en los medios de comunicación, era un inocente cazador que paseaba por el bosque. Toda esa absurda historia tuvo que contársela varias veces a Zoe, aunque no supo si porque el dolor de la pierna le impedía entender lo que escuchaba o por lo asombroso e increíble de cómo se habían desarrollado los sucesos en las últimas veinticuatro horas.

Zoe acabó esa parte de la historia, sobre todo al ver la cara descompuesta que Dan tenía esculpida en su rostro, descubriendo

cómo lo habían utilizado para atraer a los otros hacia ella y seguir ese plan, sin ser conscientes de la culpabilidad que recaería en él, quien hasta ese momento no hubo un solo día en que no se despertase sin sentirse culpable por creer haber sido el falso causante de su muerte. Su cabeza, mostrando ese rictus de dolor, no pudo soportar tanta realidad y así se lo hizo saber a Zoe preguntándole, exigiéndole que le explicase por qué no le dijeron la verdad, por qué no le dijeron que ella continuaba viva, que no había muerto, y de esa manera liberarle de la agonía de sentirse cómplice y culpable de esa muerte que en realidad no se consumó.

La respuesta que Zoe le dio no fue suficiente. Le confirmó que lo mejor era que todo el mundo supiese que ella había muerto, incluido él mismo, sobre todo él.

—¿Por qué? —le preguntó Dan.

La respuesta era bien sencilla: los Rivideggo continuaron espiando a Dan y a su familia durante todo este tiempo, incluso después de creer que ella había muerto. Por seguridad, tenían que continuar con la mentira hasta el final, hasta que todo acabase.

—He visto tu tumba —le dijo Dan con rabia, no mostrando pena por lo doloroso de haber visitado un ataúd vacío, sino con el rencor de haberle hecho sufrir de esa manera.

Y la frase con la que acabó Dan, con la intención de hacerle entender a Zoe todo el mal que le había hecho con esa mentira, fue la de intentar hacerle ver lo horrible que fue sentirse culpable de su muerte.

—No sabes lo que es sentir a cada momento del día la culpabilidad de saber que habías muerto por mi culpa.

—Sé perfectamente lo que es —le contestó Zoe, mostrando una versión vengativa de sí misma que se había prometido no invitar en ese reencuentro—. Sé lo que es porque a cada momento me siento culpable de la muerte de cinco policías; Robert, un chico que tuvo la desgracia de conocerme más de lo que yo tendría que haber permitido; sus padres, y su hermana, de tan solo doce años. Nueve personas de las que te podría decir sus nombres y apellidos. Nueve personas que han muerto por mi culpa. Sé a qué te refieres, así que no me des lecciones de dolor.

Y, en el momento en que esa nula capacidad de Zoe para filtrar aquello que su rabia no pudo frenar salió por su boca, se arrepintió de sus palabras, sabiendo que eso no era un concurso de quién había sufrido más. «El sufrimiento no ha de medirse, porque no se tendría que utilizar para compararse», pensó, aunque se dio cuenta tarde. Y ese pensamiento hervía en su cuerpo mientras Dan se levantaba y se excusaba mientras salía a la calle a tomar aire. En ese paréntesis que se tomaron, que resultó ser más largo que la paciencia de Zoe, ella lo

utilizó para levantarse y empezar a preparar aquella cena que tenía pensada para esa noche, una noche que no estaba resultando como ella había soñado. Cogió una nueva versión del libro de cocina que Dan le regaló, más como amuleto que como consulta de una receta que ya se sabía de memoria, y se dirigió a la cocina, pensando que quizá nada había valido la pena. Quizá le había causado tanto dolor que había perdido a Dan para siempre.

Cuando Dan entró en la cocina, después de unos pocos minutos que se hicieron agónicos, se situó al lado de Zoe, ojeó esa receta que tan bien conocía porque la habían preparado innumerables veces juntos y empezó a cortar el calabacín y la berenjena que servirían de base para un plato de pescado al horno. No se dijeron nada, como si las palabras fuesen una sucia versión de lo que ellos en realidad sentían, y, al ritmo de un cuchillo cortando y la puerta de la nevera abriéndose y cerrándose, sellaron una breve tregua y volvieron a disfrutar la compañía mutua al abrigo del calor de la cocina.

La cena fue bien distinta. La utilizaron para contarse cosas que compartieron juntos, dejando de lado los secretos que solo eran reducto de uno de ellos. Así fue como recordaron la primera vez que comieron ese plato de salmón al horno con verduras y mostaza. Una cena que acabó con la película *Atrapado en el tiempo*. Fue una película antigua, una de las preferidas de Dan, pero que a Zoe no le gustó mucho. También recordaron las tardes que pasaron juntos; ella escribiendo en la libreta, él escribiendo en el portátil y, entre medias, pequeñas frases o comentarios que iban y venían del sofá al escritorio, y viceversa. Esos recuerdos compartidos lograron calmar el fuego del resentimiento que comenzó a arder entre los dos y, al mismo tiempo, lograron avivar la llama de una pasión que parecía extinta, pero de la que aún quedaba algún reducto por salvar. Mirándose a los ojos, comprendieron lo distintos que eran los fuegos que estaban abrasando sus cuerpos: las llamas del deseo de ella y las ascuas del dolor de él.

La siguiente tanda de revelaciones hicieron la función del postre. Llegó el momento de explicarle qué papel tenía Magia en esa historia que Zoe le estaba contando. Fue una petición expresa de Dan que cambió el guion que ella tenía planificado, pero que no pudo evitar. Así fue como comenzó explicándole que, en el monasterio, Magia acabó siendo su confidente y su mano derecha (a partir de ese momento pasaron los dos a llamarla por ese nombre, Magia, olvidando para siempre ese extraño diminutivo con el que comenzó esta historia). El plan de fingir su muerte solo lo conocían su jefe de la policía, su delgado compañero y ellas dos. Nadie más estaba al tanto de ese estrambótico plan. Y, aunque la germinación de la idea fue de Zoe, la ejecución y los detalles de la misma fueron obra de Magia. Y este hecho quedó demostrado cuando le explicó que la casa donde

estaban ahora, en realidad, era una casa de los padres de Magia, herencia de sus abuelos maternos. Una casa que en los últimos diez años solo habían visitado tres o cuatro veranos. El esconderla en esa casa y preparar ese nicho tan fácilmente localizable para que pudiesen comprobar la veracidad de esa falsa muerte fue ejecutado por Magia. Y, al mismo tiempo, todo financiado por Zoe, porque ella sabía dónde estaba y cómo disponer de esa indecente cantidad de dinero que sus padres habían robado a su tío. Y, por último, al final le desveló cómo utilizó su enorme riqueza para poder contar con los servicios de ese tal Ottovordemgen, el caro abogado que llevó el caso de Dan y que pertenecía al mismo bufete de abogados que había llevado el caso de la familia de los Rivideggo.

Y la última revelación fue aquella que había permitido que Dan y Zoe estuviesen en ese mismo momento juntos en esa casa. Una noche, hacía varios meses, Zoe le confesó que cuando todo acabase se tendría que marchar a otro país, uno donde nadie la buscase, para poder empezar una nueva vida. En ese momento, Magia le propuso que podría quedarse en la casa de sus padres, la misma donde estaba escondida y permanecer oculta el tiempo necesario hasta que todo acabase. Al principio Zoe no aceptó esa propuesta, pero, según pasaron los meses, fue germinando esa idea en la cabeza de esas dos extrañas amigas hasta llegar a cerrar ese acuerdo. Zoe le dijo que aceptaba la propuesta, que pusiese precio a esa casa que ahora vivía y, una vez que Magia dijo una cantidad, Zoe la multiplicó por diez y empezó a preparar una intrincada operación para que Magia pudiese retirar esa cantidad de dinero sin levantar sospechas.

Pero ese plan que pusieron en marcha se vio alterado por una noticia. La posibilidad de que Dan quedase en libertad a la espera de la celebración del juicio. ¿Y por qué esa noticia trastocó esos planes que tan bien habían tejido esas dos extrañas amigas? Porque, con Dan en libertad, había algo que las unía a las dos, pero que al mismo tiempo tenía el poder de separarlas. Las dos estaban enamoradas de Dan, pero, como hasta ahora Dan estaba en prisión, era como si esa variable no la hubiesen tenido en cuenta en ningún momento. Pero cuando obtuvo la libertad todo cambió. Magia pensó que, si Zoe no se marchaba a otro país y se quedaba en esa casa, en su casa, en cuanto Dan lo supiese, sabía que lo habría perdido para siempre. Fue por ese motivo que le confirmó a Zoe que no aceptaba ese acuerdo que de alguna manera habían cerrado, aunque no se lo contó así, sino que alegó que sentía miedo por unas represalias que esos otros podían cometer contra ella y su familia. El verdadero motivo era obligar a Zoe a marchase lejos y que así Dan no tuviese que elegir entre las dos, sabiendo que la ganadora sería Zoe.

Pero los acontecimientos no sucedieron como Magia planeó y,

después de esa última noche que Dan y Magia pasaron el día anterior a su encarcelación para la celebración del juicio, Dan le negó ese «te quiero» tan esperado y Magia supo que Dan nunca la querría a ella, que siempre estaría Zoe por delante, incluso muerta, como la creía. Cuando Magia fue consciente de esa realidad, volvió a hablar con Zoe para restituir ese acuerdo que quedó anulado. Le pidió una mayor cantidad de dinero, donde hablaban más los celos que la avaricia, y planificó ese encuentro que en ese momento estaban teniendo Zoe y Dan. Todo eso, Zoe no se lo explicó con esas palabras, sino que Dan lo intuyó a medida que ella se lo iba contando, ya que Zoe no era consciente de lo que Magia sentía por él.

Todo el misterio fue desvelado. Todos los secretos estaban compartidos. Esa agua que había inundado y ocultado sus vidas se estaba evaporando, quedando en el fondo la figura de esos dos enamorados heridos, erosionados y agujereados, como corales por la dureza de esa agua que los fue golpeando durante toda esta historia.

Ese agotamiento que prosigue al vaciar el alma de tantos secretos lo dejó apartado al dirigir la vista hacia esa caja guardada en una bolsa de papel que trajo Dan consigo. Zoe le preguntó por la caja, pensando que era un regalo para ella, aunque desechó la idea al recordar que Magia no le había contado lo que iba a pasar en esa casa. Dan abrió la caja con el temblor de una mano que sentía peligro ante cualquier nuevo misterio desvelado. Una vez que la tapa descubrió el interior, en el fondo asomaba la esquina de un pequeño lienzo protegido por grandes hojas de papel. Cuando Dan lo sacó de la caja y desveló la imagen que vestía el lienzo, se sorprendió al ver el dibujo en óleo de una casa. Era esa casa blanca, de dos pisos, con grandes ventanas y en una de ellas se intuía la imagen de una mujer peinándose. Fue el último cuadro que le pintó a su abuela, por eso tenía gran significado para él, pero no entendía qué hacía en esa caja, en esa casa, entre ellos dos. La respuesta vino acompañada de la emoción contenida en la mirada de Zoe, reclamando la paternidad de esa casa, revelándole que era la suya propia y que, tras esa ventana, era ella la que fue retratada, primero por foto y después por pincel, sin ser ella consciente de esa osadía.

Y Zoe, con ese cuadro entre sus manos, como quien recupera ese recuerdo de infancia que creía perdido para siempre, volvió a disculparse por todo el dolor que le había causado. Y los dos sentados en el sofá, ella con la mirada perdida en ese cuadro, como si hablase a esas ventanas que parecía que la estaban juzgando, le confesó a Dan la angustia que le suponía ver que ese reencuentro tan soñado no estaba sucediendo como había imaginado. Estaba convencida de que, cuando Dan la viese, saldría corriendo a abrazarla, a besarla y que vería la alegría en sus ojos al averiguar que estaba viva. Pero la realidad había

sido bien distinta.

Una vez que Zoe creyó estar vacía de secretos, le pidió a Dan que le preguntase lo que quisiese, dándole la batuta de la conversación. Ella estaba tan agotada y desilusionada que pensó que la forma de dar la vuelta a la situación sería que Dan cogiese las riendas. Por lo que parecía, a ella no le estaba saliendo muy bien. Y ese ofrecimiento para situar a Dan como protagonista secundario de esa obra, Zoe reclamó la ayuda de su hermano, de Abel. Así fue como Zoe le preguntó, con menos humor del que tenía intención de ofrecer, si Abel tenía alguna de esas extrañas tipologías de personas que describiesen ese encuentro que estaban teniendo, como un tipo en concreto o su contrario. Pero Dan le confesó que, en la enorme sabiduría que le había cedido su hermano, no contemplaba nada parecido a lo que estaba sucediendo.

Con tal de poder complacer en cierto sentido a Zoe, le preguntó por algunos de los misterios sin resolver que le vinieron a su mente. De esa manera, Zoe le confesó que los nombres que había tenido tatuados en sus muñecas, y que ahora no eran más que unas atroces quemaduras que siempre llevaba tapadas, eran los de su familia, Rivideggo. Le explicó que era costumbre en su familia, cuando entrabas a formar parte de ella o pasabas a cumplir dieciséis años, cumplir una especie de ritual que consistía en tatuarte el nombre de la familia y, como una especie de contraprestación o como forma de endulzar lo que no era más que una marca que te hacían en el cuerpo como si fueses simple ganado, te entregaban un estupendo regalo. A Zoe, cuando cumplió dieciséis años, le marcaron las muñecas y le regalaron un bonito coche descapotable, regalo absurdo y excesivo, teniendo en cuenta que ella ni tenía carné ni edad de conducir.

Pocas cosas más se dijeron, Zoe pensó que más palabras no ofrecerían nada nuevo. Era hora de pasar a la acción. Así fue como, en ese sofá donde estuvieron hablando la última hora, ella empezó a acercarse a Dan, y lo hizo como el mar osa tocar la playa según crece la marea, avanzando poco a poco, a cada nueva ola, y retrocediendo ante el temor de sentir cómo deshonra la propia arena. Si con su mano tocaba la de él, al instante la apartaba, como para coger impulso y avanzar hacia la muñeca. Con un movimiento lento, pausado, sin dejar de mirar los verdes ojos de Dan, aquellos en los que buscaba el permiso para poder continuar avanzando terreno o para tener que retirarse hasta alzar la bandera de rendición.

En esos verdes ojos que la miraban sentía como unas defensas que se sorprendió encontrar en Dan, iban claudicando ante el deseo de Zoe de abrazarlo o, mejor dicho, arroparlo con una última ola que se lo llevase a su terreno, como mar que engulle al solitario cangrejo, y pudiese besarlo como tantos días había deseado y tantas noches había soñado. Dan no opuso resistencia. Y, en ese momento, en ese lugar, en

esa casa al lado de un lago, en esa noche de finales de junio, Dan y Zoe se encontraron por fin, una vez que habían vivido y sufrido todo lo que aquí os he contado.

Pero una armadura que Zoe creyó ver cómo se deshacía en Dan, volvió a levantarse. Él apartó sus labios de ella y, con más razón que corazón, le confesó entre disculpas que sería mejor que se marchase. Zoe no entendió nada. Dan quizá tampoco entendía mucho más, pero sabía que debía salir de esa casa.

Mientras Dan se levantaba recogiendo las migajas de confusión que se le desprendían del alma, le explicó que tenía que irse y, a la pregunta de Zoe sobre el motivo de su fuga, con los ojos desorbitados por la confusión, le contestó que necesitaba un tiempo para pensar.

—Quizá llevas días, semanas, meses preparando este reencuentro —le dijo Dan como excusa de su rechazo—, pero yo no. Para mí, tan solo unas horas antes, estabas muerta, habías desaparecido de mi vida, y ahora descubro que estaba equivocado. Peor aún, que había sido engañado. Y entre mis manos descubro atónito que se encuentra aquella chica que creí muerta, que vi morir… Lo siento, pero necesito tiempo para pensar, o para dejar de hacerlo.

Cuando Zoe le pidió que se quedase, que lo que tuviese que pensar lo podría hacer junto a ella, creyó que conseguiría hacerle cambiar de opinión. No entendía cómo podía marcharse ahora que por fin estaban juntos. Fue cuando él, acosado por la insistencia de Zoe para que se quedase, tuvo que decirle la verdad. Y cuando lo dijo, entendió que ese era el verdadero motivo por el que necesitaba marcharse, al menos para poder pensar esa noche sobre todo lo que estaba pasando.

—Olvidarte ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida —comenzó a explicarle Dan—. Ha sido difícil y doloroso. Algo que pensé que sería imposible de conseguir. Una meta que veía incapaz de alcanzar y que casi consigue arrastrarme hacia la más horrible de las locuras. Pero lo he conseguido, he conseguido olvidarte. Y, ahora que me siento orgulloso de haberlo logrado, de haberte dejarte atrás, apareces de nuevo para situarme de nuevo en el punto de partida. Olvidarme de ti casi acaba conmigo. Si tuviese que volver a hacerlo, estoy seguro de que no lo podría superar. Es por eso que necesito marcharme. Necesito pensar en todo esto que me has explicado, en todos los secretos que me has desvelado. Solo te pido esta noche, solo una noche.

Cuando Zoe le pidió, le rogó, le suplicó una vez más que se quedase solo esa noche, Dan volvió a declinar esa oferta, afirmando que, si se quedaba esa noche, estaba convencido de que ya nunca más podría escapar de ella.

Y, mientras salía de la casa del lago con esa mochila que preparó esa misma mañana con tantas ilusiones fallidas, escuchó como Zoe le

susurraba a media voz que todo lo que había hecho, todo, el mentirle, el ocultarle quién era, el no decirle lo que sentía por él, el fingir su propia muerte, todo había sido para protegerlo, había sido porque le quería.

—Qué diferente se siente el amor a veces —le contestó Dan—. En mi caso, todo lo que he sufrido, todo lo que he perdido, todo el daño que he cometido y toda la locura que he padecido han sido también porque te quería.

Capítulo 6

Dan

La pequeña habitación del motel de carretera tenía lo necesario para el cometido de Dan. Ese motel a menos de una hora caminando desde la casa del lago lo vio mientras miraba por la ventana en el silencioso viaje con Magia de camino a ese fin de semana que en absoluto se estaba desarrollando como había imaginado.

Se sentó en la cama, justo enfrente de un pequeño sofá y una minúscula mesita de noche, con una de aquellas lamparitas antiguas adornadas con borlas y colores apagados. Cerró los ojos con la necesidad de ordenar su mente, aplacar su alma y negar la entrada a una locura que había invadido tantas veces su vida que no sabría si podría mantenerla apartada de él una noche más.

Se sentía en una nueva encrucijada, como otras veces había vivido y en las que casi siempre creía haber escogido la opción incorrecta. Es por eso que necesitaba calmarse para saber qué hacer, para saber cómo proseguir. Fue entonces cuando se dio cuenta de que él solo no podría lidiar con todas las dudas que le asaltaban y decidió llamar a la única persona que podría ayudarle.

Cogió el teléfono y llamó a ese número que hacía tanto tiempo que no marcaba. La voz de una mujer al otro lado del aparato le dijo de una forma cortés e impersonal que ese número no existía. «Claro que no existe», pensó Dan, al igual que su dueño, igual que su hermano

Abel. Mientras le llamaba, sabía que Abel estaba muerto, todavía no se había vuelto tan loco, pero esa pequeña acción, el llamarle a ese número de teléfono que se negaba a borrar de su agenda, era una acción que de vez en cuando hacía con el absurdo deseo de que algún día descolgase y pudiese hablar con él, aunque solo fuese unas pocas palabras. Por supuesto, eso nunca sucedió y sabía con total certeza que nunca sucedería, pero eso no tiene que ser incompatible con la dulce locura de querer hablar con él.

Colgó el teléfono, con la sonrisa de quien hace una locura sabiendo que no está loco, y tiró de imaginación para poder contar con la ayuda de su hermano. Miró al sofá que tenía justo enfrente y allí lo vio, o, mejor dicho, allí se lo imaginó, como si de verdad estuviese con él, como si pudiese pedirle consejo y ayudarle una vez más. Como alguna vez ya había hecho en el pasado y como seguro volvería a hacer en algún otro momento en el futuro.

Se lo imaginó sano, fuerte y galán, como lo recordaba antes de sucumbir a la enfermedad, lejos de ese esqueleto en el que se convirtió con los únicos veintiún gramos que dicen que pesa el alma, ya que de él no quedaron ni carne ni huesos. Le sonreía con esos ojos dulces de mirada pícara y le preguntó por qué le había llamado y le había traído a ese motel tan feo.

——¿Qué quieres ahora, Dadi? —se imaginó que su hermano le hablaba sentado en el sofá—. Ahora mismo estaba viendo la cuarta parte de *Regreso al futuro* y me has cortado el rollo. Sí, allí en el cielo ya la han estrenado y está bastante bien. ¿Sabes en qué parte me he quedado? Cuando Marty McFly le pide a Doc un nuevo DeLorean para volver al pasado y poder salvar a Jennifer, su novia, que había muerto al caerse por un barranco. ¿Y sabes qué? El papel de Jennifer, en esta entrega, también ha cambiado de actriz, ya no es ni Claudia Wells ni Elisabeth Shue. En esta película lo interpreta Zooey Deschanel. No es muy conocida, pero lo hace bastante bien.

A veces a Dan se le descontrolaba la versión cinéfila que imaginaba de Abel, quizá por lo mucho que la echaba de menos.

—Cuéntame —le volvió a insistir Abel en ese soñar despierto en el que los dos hermanos podían hablar—. No te quedes ahí callado. ¿Sabes qué escena me ha venido a la mente? —un nuevo brote cinéfilo entró en escena—. La de *El club de la lucha*, aquella en la que el protagonista habla con Tyler Durden en un motel como este, el prota, sentado en la cama como tú, hablando con Tyler, quien está sentado en el sofá, como yo —para no entrar en *spoilers*, los que hayan visto la película sabrán el porqué de esa escena.

Una vez que Dan hubo disfrutado de la compañía de su hermano, aunque solo fuese en su imaginación, empezaron a hablar, o, mejor dicho, empezó a hablarle a un sillón vacío, sobre todo lo que

necesitaba organizar en su mente, como si sus ideas fuesen el resultado de un escritorio con miles de papeles esparcidos tras el paso de un huracán.

—Está viva —comenzó a explicarle Dan a esa versión imaginaria de Abel—. Está viva y he estado hablando con ella. Quizá tú no seas la persona más adecuada para hablar de alguien que vuelve de la muerte, pero eres el único con el que ahora puedo hablar. Eres a quien necesito escuchar. Me encuentro perdido. Hace poco más de una hora que he estado con Gwen, digo Zoe, este cambio de nombre me va a costar. Estaba con ella, juntos, y no he podido ni tocarla. Ella me ha besado y he tenido que salir de allí. ¿Por qué? Si tan enamorado estoy de ella, ahora mismo tendría que estar entre sus brazos y no hablando con un sofá, por mucho que ahora te parezcas a Abel.

»¿Recuerdas cuando de jóvenes hablábamos de chicas? Todo era más fácil. Solo teníamos que esperar a enamorarnos de la chica correcta y, ahí está lo difícil, que ella se enamorase de nosotros. Y ya está. Esa era la única consigna. Dos personas que se quieran, y punto. Pues siendo decirte que estábamos equivocados. Tú y yo, los dos. Tú que volvías locas a tantas mujeres y al final no te quedaste con ninguna. Y yo, que tan solo cuento con cuatro chicas en mi breve historia a las he llegado a amar, pero a ninguna de la misma manera. ¿Dónde queda entonces la regla máxima de enamorarse, y listo? No teníamos en cuenta que existen infinitas formas de amar. No al menos cuando éramos jóvenes.

»Y ni se te ocurra hacer ahora ningún comentario estilo *Love actually* u otra película coral de historias de amor, a cada cual más diferente. No me salgas con esas —en ese momento Dan se imaginó a una versión pícara de Abel intentando sacarle de quicio—. Ahora me viene a la cabeza cuando me encontrabas llorando en la cama, cuando tenía ocho o nueve años, llorando por Alba y por la pena que sentía al saber con certeza que nunca llegaría a estar con ella. En esa época hubiese dado mi vida por cogerla de la mano y pasear, solo pasear, y al final resultó que acabamos juntos, enamorados, viviendo cuatro años maravillosos, pero resultó que no fue suficiente para aguantar un quinto año. Y la culpa fue mía, lo sé. La fantasía del primer amor es dura de lidiar. Tantos sueños cuesta encajarlos en el mundo real. Y también están todos los oscuros recuerdos que arrastraban los besos que le daba. Mi ludopatía. Tu enfermedad. Mi inseguridad. Demasiado dolor para un amor que quizá no fue lo suficientemente grande.

»Y, mientras me arropaba en leerle a la abuela o pintarle cuadros para así olvidarme un poco de Alba, apareció Gwen. Digo Zoe. Bueno, como se llame. Nunca he llegado a amar a nadie con tanta intensidad como a ella. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que creo que nunca más volveré a amar así. Y en cierto sentido es lo mejor. La he llegado a

desear tanto que dolía. ¿Te das cuenta de la ironía? Me quejo de Alba por no quererla tanto y al mismo tiempo de Zoe por quererla demasiado. Sí, sé lo que vas a decirme ahora, que el mundo está lleno de dos tipos, de los inconformistas y de otro tipo todavía por encontrar. Me lo has dicho cientos de veces…, y lo que daría porque me lo dijeses una vez más.

»Así que, para poder olvidar a Zoe, herido de muerte como estaba, me tropecé sin querer con Evangeline. Te hubiese encantado, Abel. Era maravillosa. Era lista, guapa, sus ojos tenían un toque anaranjado a juego con esas pecas que vestían de una forma increíble sus mejillas. Cuando cruzamos nuestras vidas, ella estaba herida, como yo. Fue así como acabamos juntos, como esas dos personas que solo tienen en común el corazón roto. ¿Sabes una cosa? Una relación así nunca puede funcionar. Por dos razones, la primera es que, si dos corazones rotos están juntos por ese motivo, cuando se les cure, dejarán de tener nada en común. Sería una relación condenada al fracaso. Y la segunda, si el corazón no se les cura, serán dos deficientes amantes sin poder hacer otra cosa que compadecerse por sus heridas abiertas. Sea como sea, no pueden acabar bien. Y en mi caso, con Evangeline, acabó peor que mal. Yo estaba demasiado herido como para poder estar con nadie. Y quizá quise salir con ella para poder convencerme, sin éxito, de que había pasado página. Pero, como podrás averiguar, estaba muy equivocado. Todavía me avergüenzo por cómo acabó nuestro último día juntos. Y también me desprecio por cómo le mentí a Magia cuando le expliqué lo que sucedió. En realidad, cuando quedamos ese fin de semana de hotel, yo lo hice con la condición de no acostarnos juntos. No estaba preparado y, como después corroboré, estaba en lo cierto. Pero ¿sabes un secreto que no conocía, Abel? Si a una mujer a la que le gustas le dices que no quieres acostarte con ella, sucede todo lo contrario, se avivan las ganas de estar contigo. O al menos así lo viví esa noche con Evangeline. Yo sabía que ella tomaba la píldora, pero, como no había previsión de acostarnos, yo no llevaba ningún preservativo. Entonces, ¿qué sucedió? Que vi en sus ojos el deseo de estar conmigo y cambié de opinión. Quise acostarme con ella. Y así, una cosa llevó a la otra y, ya desnudos y sin condón a mano, ella me dijo que las píldoras no se las tomaba con regularidad por despiste, que sería mejor que lo dejásemos. ¿Y qué hice yo? O, mejor dicho, ¿qué pensó mi capitán desprovisto ya de calzoncillos? (Desde ese día degradado a soldado raso). Pues le dije que necesitaba hacer el amor con ella. Sí, así se lo dije, con esa palabra, *necesitaba* hacerlo. Y ella, que en ese momento me di cuenta de que quizá estaba enamorada de mí, accedió. Y, cuando estábamos a punto de empezar, ese sentido común, que creía que había desaparecido detrás de mi lujuria, hizo aparición para frenar el error que iba a cometer. La forma en la que

lloré, sintiéndome culpable de aquello que casi estuve a punto de hacer, fue la señal inequívoca de que yo no estaba bien. No todavía. Y así fue como pasó. Así fue como lo dejamos.

»Y, por último, está Magia. Una chica increíble. Si a ti te hubiese gustado Evangeline, a la abuela le hubiese encantado Magia. Es tan fuerte, tan decidida, tan íntegra, tan valiente… Una chica que ha estado conmigo todo este tiempo y de la que no tenía ni idea de quién era en realidad. Estaba tan ciego con Gwen, perdón, Zoe, que no me di cuenta de ella. Es curioso, porque en más de una ocasión maldije haber conocido a Zoe, porque en cierto sentido creía que ella era el motivo por el que no me había enamorado de Magia. Tenía todo lo necesario para que fuésemos la pareja perfecta, incluso antes de saber lo que ella sentía por mí. Y aquella noche en la que ella me lo confesó todo no pude decirle que la quería. Y no lo dije porque no lo sentía. Pero, aun así, me arrepiento muchísimo de cómo me fui esa noche de su cama. Tendría que haberme quedado y decirle que la quería. Con el tiempo, estoy convencido de que hubiese acabado enamorándome de ella, aunque, pensándolo, suene algo triste. No sé…, estoy hecho un lío.

»Y ahora me encuentro aquí, explicándole las penas al tapete de un sofá de un motel de carretera y, por muchas experiencias que haya vivido en estos últimos años, sigo como aquel niño que encontrabas llorando en la cama, sin saber qué hacer, sin saber qué decir, sin saber qué pensar. Completamente perdido y sabiendo que el próximo paso que dé volveré a errar, como tantas veces he cometido.

—Dadi, creo que la respuesta ya la tienes —escuchó que Abel le decía ahora reclinado en el sofá, sonriendo como si hubiese resuelto el enigma más complicado del mundo—. La respuesta la tienes justo dentro de ti. Estás tan perdido porque siempre haces lo mismo: pensar, pensar y pensar. Y solo consigues errar, errar y errar. Deja de lanzar palas de razón a tus dudas. Ponle un poco de emoción. Cierra los ojos, dime qué ves y tendrás la respuesta.

Y así lo hizo Dan. Cerró sus ojos y vio los de ella. Y los vio en un momento concreto, en un día específico y con una expresión que significaba lo que tanto necesitaba, lo que tanto quería. Y, con los ojos todavía cerrados, supo qué tendría que hacer a la mañana siguiente.

Fue así como, al despertarse, Dan salió del motel y, al bajar las escaleras, se encontró con una carretera con dos caminos, como la próxima encrucijada a solventar. Quizá, la más importante de su vida. Y tuvo la certeza de saber cuál era el camino correcto, aunque quizá nunca sabría si había acertado, ya que solo se sabe si has escogido bien cuando te has equivocado y sientes la crudeza del error en tus huesos.

Capítulo final

Dan llamó a la puerta de madera con los nudillos. Pensó que utilizar el timbre le restaba dignidad a lo que estaba a punto de suceder. Al no obtener respuesta detrás de la puerta, pensó que ella habría desaparecido otra vez, como ya sucedió muchos meses atrás. Sintió miedo. La sensación de haber errado en su elección le golpeó las sienes, ¿o fue solo el eco de unos nervios que atenazaban su estómago? No supo ponerle etiqueta.

Escuchó unos pasos y la puerta empezó a abrirse. Frente a él, unos ojos aparecieron tras la puerta. Eran los mismos ojos que vio en el motel cuando cerró los suyos, tras el consejo de su hermano, buscando a la persona con quien quería pasar el resto de su vida. Recordó esa imagen que visualizó en su mente después de haber hecho el amor con ella mientras le miraba a él cara a cara, ocultando sus cuerpos debajo de una ligera sábana, sin más ropa que los brazos de los dos. Y esos ojos oscuros, negros, lo miraron sin saber qué pensar. Y, con esa duda clavada en la mente, ella le preguntó qué hacía allí. La respuesta fue sencilla, obvia. Y él se la susurró tranquilo porque la sentía tan cierta como la única posible.

—Ahora que todo ha acabado —comenzó diciendo Dan—, ahora que he dejado atrás todo lo que ha sucedido, siento que puedo empezar de nuevo. Y lo que me imagino en esta nueva etapa lo vivo contigo, a tu lado.

Y al ver que Dan se acercaba a ella para besarla, Magia dio un ligero paso atrás y sorprendida preguntó por Zoe. Dan acarició su pelo negro y le pidió vivir con él esta nueva vida que sabía que hoy empezaba. Y, coronados por la puerta de ese pequeño piso, con una gran cocina al fondo, sintieron que, por fin, pudieron dejar atrás tantas *mentiras*. Pudieron ser solo *Dan* y *Magia*.

EPÍLOGO

Enlace de Abel y Mitsuha

Hoy es el día más feliz de mi vida, o al menos es lo que se suele decir en estos casos. Estoy en uno de los salones de esos restaurantes grandes y elegantes donde se festejan todo tipo de ceremonias. La que se celebra hoy es la de mi boda.

Estamos mi hermana y yo ultimando los detalles para dirigirnos a esa especie de altar donde diré el «sí, quiero» a mi futura esposa, junto a un maestro de ceremonias amigo nuestro. Nuestros nombres son de esos que tienen historia, por eso me gusta tanto explicar de dónde vienen cuando nos presentamos. Mi nombre es Abel y me lo pusieron en honor a un tío por parte de padre que no llegué a conocer. De él solo sé que era el hijo que todo padre quería tener y, según me contó mi padre, el hermano perfecto. Y también que le encantaba el cine. Eso lo sé porque a mí el cine no me gusta mucho y desde siempre he escuchado la coletilla de «no como a tu tío, al que tanto le gustaba el cine». Por lo demás, me encanta que me comparen con él. No tuve la suerte de conocerle, pero estoy convencido de que fue alguien muy especial.

Mi hermana se llama Luna, y su nombre viene por tradición familiar. Mis abuelos maternos han llamado a sus hijas con nombres de la naturaleza: Estrella, mi tía; y Magia, mi madre. Magia, ¿a qué es un nombre precioso? Me encanta su nombre y lo remarco porque,

según me comentó ella, de pequeña lo odiaba. No fue hasta que conoció a mi padre que empezó a apreciar la belleza de su nombre. Así fue como a mi hermana le pusieron el nombre del astro lunar.

Como hermanos nos llevamos genial, aunque no nos parecemos en nada. De nosotros dicen que yo soy el positivo de los dos y ella la negativa. Y es cierto, ella tiene un fuerte carácter y una mirada que, cuando se enfada contigo, tienes que salir corriendo. Pero yo sé que es todo armadura. En el fondo es una mujer increíble. Y, cuando nos dicen lo de que yo soy el positivo y ella la negativa, siempre decimos lo mismo, que el positivo y el negativo son las dos partes de la misma imagen, nos compenetramos. Y eso es cierto, los dos somos uña y carne.

Se ha abierto la puerta y aparece nuestra otra hermana, Linda. Aunque para ser más exacto, tendría que decir que es nuestra medio hermana. Compartimos padre, pero no la misma madre. A mí, mi hermana Linda (porque odio decir medio hermana) me encanta. Es la menor de los tres, con la que me llevo trece años, y es un huracán de energía. Su nombre también tiene historia, porque se lo pusieron en honor a mi abuela paterna, Erlinda. Tampoco llegué a conocerla, pero dicen tan a menudo que Linda es tan parecida a ella que me la podría imaginar. Linda es una artista de la pintura, hace unos cuadros preciosos, como también nuestro padre. La vena artística se ha quedado en esa parte de la familia, porque ni yo ni Luna tenemos la más mínima aptitud para coger un pincel. Y eso que genes no nos faltan, porque nuestra madre es otra artista de las acuarelas. Como os contaba, mi hermana Linda, aparte de pintar, es un «espíritu libre», como ella dice, y siempre está viajando y poniendo al límite a nuestro padre y a su madre, una mujer a la que, por extraño que parezca, le guardo un gran cariño. Es cierto que rompió el matrimonio de mis padres, pero luego todo se arregló. No os preocupéis, si tengo tiempo os lo cuento.

Cuando Linda entra en la habitación donde Luna está terminando de colocarme el traje color burdeos, siento como la tensión se palpa. Todo lo bien que yo me llevo con Linda es lo mal que Luna se lleva con ella. Nunca he sabido si ese odio irracional que Luna tiene por esa medio hermana que compartimos es por ser la prueba viviente del abandono de nuestro padre o por celos de hermana mediana. Y es que Linda da motivos para ello, es un torbellino de vida que o te quedas prendado por su sonrisa y esos ojos azules verdosos o verdes azulados, según el momento del día en el que los mires, o la odias por lo agotador que es seguir su incesante ritmo de vida. Y nosotros dos cubrimos ese espectro al pie de la letra: Luna no la soporta, yo estoy prendado de ella.

Linda me pregunta por nuestro padre, Daniel. Aunque todo el

mundo le llama Dan. Todos, excepto nosotros tres, que le llamamos *daddy*. Dice que le encanta ese apodo medio inglés que no recuerdo ni cómo ni cuándo nos lo inventamos. Le recuerda a como su hermano le llamaba. Por como mi padre habla de él, se nota que estaban muy unidos.

—No sabemos dónde está. Habíamos quedado en esta habitación, así que no creo que tarde en venir.

La puerta se abre y es él. Dan, *daddy,* nuestro padre. Y aparece de la mano de nuestra madre, Magia. Yo siempre he dicho que hacen una pareja perfecta y es por eso que nunca llegué a entender cómo mi padre nos abandonó por la mejor amiga de nuestra madre, Zoe.

Recuerdo el día en que nos dijo que se iba. Era viernes, yo tenía diez años y tenía unas ganas tremendas de gritar porque había suspendido un absurdo examen de matemáticas. Cuando mi padre me llamó al comedor para decirme que se marchaba, lo del problema del suspenso desapareció de mi mente. Solo me lo dijo a mí que se marchaba. Luna, que tenía seis años, todavía era muy pequeña y decían que no entendería nada. Estaban equivocados, lo entendía todo, lo que pasaba es que hablaba muy poco porque hasta los doce años no dejó de tartamudear. Se sentó a mi lado, como si fuésemos dos adultos, y me dijo que tenía que marcharse, que iba a vivir con una nueva familia. Pero que no me preocupase porque nos vería todos los días que pudiese. Esa promesa, aunque la cumplió, no fue suficiente. Y lo peor no fue dejar de ver a mi padre todos los días, lo peor fue el ver todos los días a mi madre con esa melancolía que cuando eres pequeño no entiendes muy bien, pero que cuando te han roto el corazón unas cuantas veces sabes a qué se debe.

Mi madre, Magia, que ahora está tan agarrada a la mano de mi padre como para que no se le vuelva a escapar, siempre ha estado muy enamorada de él. Incluso cuando él nos dejó. Nunca nos habló mal de él, incluso lo excusaba en aquellas rabietas que mi hermana y yo teníamos con ella cuando le echábamos la culpa a mi madre por haber dejado que él se marchase. Siempre decía lo mismo: «Tu padre es un héroe, me salvó la vida y se ha ganado el derecho de ser feliz». «¿Y nuestra felicidad qué?», le preguntábamos. «¿Y tu felicidad, mamá?», pensábamos.

Pero, como en esas comedias románticas, donde al final los perfectos padres divorciados redescubren su amor y vuelven juntos, mi padre volvió a quedarse (supongo que ahora me parezco a ese tío que no conocí, hablando de cine). Fue un 25 de diciembre, en Navidad. Mi hermana y yo nos levantamos por la mañana, siendo ya adolescentes de pleno derecho, y descubrimos como mi padre y mi madre salían de la habitación juntos, abrazados. Ese día descubrí que existe la magia de la Navidad.

Muchos años después, dejando mi adolescencia para empezar una leve madurez, le pregunté a mi padre por qué había vuelto a casa con mamá. Y su respuesta, aunque no logré entenderla bien, a mí me bastó: «Tuve que equivocarme para saber que ya había acertado».

Y, cuando nuestra familia volvió a una cierta normalidad después de ese parón de ocho años en los que mi padre nos dejó, todo mejoró en cierto sentido. Mi padre estaba más atento que nunca con mi madre, y ella, más enamorada todavía de él, si es que eso era posible.

Mi madre se acerca, dándonos un sonoro beso a cada uno de sus tres hijos (sí, por extraño que parezca, sentía un gran cariño por Linda, a quien consideraba como una hija más). Le preguntó a Linda si al final vendría su madre, Zoe. Aquella que fue la mejor amiga de mi madre y, desafortunadamente, también fue la mejor amiga de mi padre. Yo, a Zoe, le guardo también un gran cariño. Siempre ha estado con nosotros, desde que éramos pequeños. La veíamos en nuestros cumpleaños, en celebraciones, en alguna cena en la que mis padres se reunían con todos los amigos. Para mí siempre fue esa especie de tía-amiga que traía los mejores regalos y jugaba con nosotros, ya que hijos no tenía. Fue por eso que, cuando mi padre se fue con ella, no la sentí una extraña. Y, para ser honesto, siempre se ha portado muy bien con nosotros, por mucho que le moleste admitirlo a mi hermana Luna, ya que ella llegó a odiarla creyendo ver en Zoe a la arpía que había roto nuestra familia.

Así fue como, después de pensarlo, al final la invité a mi boda. Era la madre de mi hermana Linda y, además, fue gracias a ella que conocí a Mitsuha, mi futura esposa. Para no aburriros, solo explicaros que, hace cuatro años, en uno de esos pocos enfados que tuve con mi padre, me dirigí a esa casa al lado de un lago donde vivía Zoe, en ese momento ya exmujer de mi padre. Quería que me aclarase algunas cosas que vivieron en su pasado, cuando ellos se conocieron, y que me parecieron demasiado fantásticas como para creerlas. Cuando llegué a esa casa, que para mí era la casa de los fines de semana alternos, cuando mi padre nos llevaba esos días de custodia compartida, hablé con Zoe. Todo lo que me confirmó fue increíble, no puedo contaros nada porque no acabaría nunca, pero con la vida de mis padres se podría escribir un libro, os lo aseguro.

Una vez que me confirmó esa increíble historia y tantos secretos que ellos tres vivieron, de vuelta a casa me despisté en una curva y me salí de la carretera, hasta chocar levemente con una caravana. Aquel día conocí a Mitsuha, quien estaba junto a un equipo de rodaje japonés buscando localizaciones para una película. Y sí, casualidades de la vida, acabé enamorándome de una técnica de localizaciones de cine. Al final va a ser cierto el poder que tienen los nombres que tenemos, porque he acabado dentro del mundo del cine. A mi tío le

hubiese encantado saberlo.

La puerta vuelve a abrirse y es ella, es Zoe. Está muy guapa, vestida de verde, y eso que tiene cincuenta y largos años. Tiene unos ojos increíbles. «Azul turquesa», decía mi padre. He visto fotos de ella de joven y he de confesaros que sería difícil no enamorarse de ella. Quizá por esa visión masculina he perdonado a mi padre su abandono por Zoe, cosa que Luna, mi hermana, creo que todavía no ha hecho. Entra y saluda a mi padre, sin tocarse, nunca se tocan si mi madre está delante. Cuestión de cortesía, supongo. Da dos besos a mi madre. Al principio no entendía como mi madre pudo perdonar a Zoe después del engaño, pero, cuando descubrí todo su pasado, en cierto modo lo comprendí.

Después de dar un abrazo a su hija, Linda, dio dos besos que no fueron correspondidos a mi hermana Luna. Si mi hermana siente celos por Linda, lo que siente por Zoe es mucho peor. Mi hermana odia a Zoe por habernos robado a mi padre, y, por ese motivo, Zoe guarda las distancias con Luna, sabiendo que es una causa perdida, aunque siempre hace un último intento por romper esa muralla. Por último, se acerca a mí y me da un fuerte abrazo y un aún más fuerte beso, deseándome mucha suerte. Y lo dice con la sombra de alguien que ha sufrido mucho en su vida, esa aura se puede hasta sentir.

Salimos los seis, mi familia. Una extraña familia formada por mi hermana Luna; mi hermana (no medio hermana) Linda; mi madre, Magia; mi padre, Dan; y mi exmadrastra, Zoe. No es una familia perfecta, pero no la cambiaría por nada en el mundo. Cuando llegamos a la sala de ceremonias está Mitsuha esperando. En Japón, es tradición que lleguen juntos la novia y el novio a esa especie de altar, pero al final nosotros hemos llegado un poco tarde. Espero que eso no sea mal presagio. Veo a Mitsuha y está preciosa.

¿Qué podría contaros de ella? Pues que estoy muy enamorado y lo que más me gusta de ella, por muy absurdo que parezca, es su despertar. Yo, por las mañanas, tardo tiempo en activarme, siempre digo que soy diésel. Ella es todo lo contrario, está alegre y contenta al mismo segundo de abrir sus rasgados ojos. Siempre digo que ella es eólica, energía fresca y libre. Y, como curiosidad, algo que me encanta contar de ella es que, en Japón, sus familiares son como unos magnates de una cadena de restaurantes o *izakayas,* como se llaman en su país, famosos por las ilustraciones de sus platos. Ella siempre dice que es el McDonald's oriental del *sushi.* Y lo más curioso es cómo empezó todo, es una historia que le encanta contar. Todo empezó cuando el *izakaya* que tenía su bisabuela en la ciudad de Kure, o Kube, o algo así, no recuerdo bien cómo era, empezó a poner una especie de cuadros de los platos que servían. Esas pinturas las hizo una artista famosa europea que se había quedado sin dinero y pagó la habitación

donde dormía pintando esos platos en tablas de madera. Esa absurda idea hizo que la gente visitase más el *izakaya* y así poder contemplar esas pequeñas obras de arte. De esa absurda manera, su familia levantó un enorme negocio donde los ilustradores y artistas más famosos de oriente acabaron pintando esas ilustraciones de comida en los cientos de locales que al final llegaron a franquiciar por todo el país. Esta fue una de las primeras conversaciones que tuvimos cuando nos conocimos, y supongo que, por eso, le guardo tanto cariño a esa historia.

Ahora tengo que dejaros, no quiero ser maleducado, pero es el día de mi boda, el día que empieza una nueva etapa de mi vida. Seguro que la más importante. Y, como diría mi padre, hoy es el momento en que se bifurca el camino de mi historia y empiezo a caminar por esa senda que he escogido. Solo deseo haber acertado y, si es posible, no tener que equivocarme para llegar a saberlo.

Agradecimientos

Cientos de libros que he disfrutado y los agradecimientos siempre los he leído más por curiosidad que por verdadero interés, como si fuesen una anécdota de la historia, y no algo tan relevante como para ocupar algunos párrafos en las páginas finales.

Qué equivocado estaba. Nunca sabes de nada hasta que lo experimentas. Y ahora me encuentro en este momento, con la emoción floreciendo en mi piel al finalizar esta historia llamada *Mentiras que dan magia* y me siento en realidad tan agradecido a todas y todos los que me han acompañado durante este viaje que sería impensable no mostrarles mi más sincero y humilde agradecimiento por animarme, guiarme y ayudarme en la maravillosa travesía que ha supuesto escribir este libro.

Me gustaría empezar por dar las gracias a Elisabeth Ruiz, mi compañera de vida, quien también lo ha sido en mi vertiente de escritor. Gracias por creer en mí y regalarme el piropo que lo inició todo: «Al leerlo, se me ha olvidado que lo has escrito tú». De la misma manera, quiero agradecer a Sarah y Alan, mis hijos, por las horas que les he robado aporreando el portátil para dar forma a esta historia, así como todos sus ánimos y abrazos ante cada nuevo capítulo concluido (siempre entre las siete y las ocho de la mañana, mientras desayunaban).

No querría dejar de agradecer a Dama su increíble ayuda para poder crear la historia que aquí os he contado. ¿Qué papel ha tomado mi perrita en todo esto? Fácil respuesta: toda la historia que germinó en mi mente lo hizo mientras ella me sacaba a pasear y nos perdíamos durante horas por los parques de mi ciudad escuchando la historia que Gwen, Dan, Erlinda y Mac me iban susurrando al oído.

Mil gracias a mis queridos lectores 0, que han revisado las primeras versiones de la novela y me han regalado tan increíbles e imprescindibles consejos: Anna Calderón, Cristina Cepeda, Eva Álmez, Eva Rosario, Eri Schoovaerts, Gisela Do Nascimiento López, José Rosario, Vanessa Martínez y Verónica Ruiz. Gracias por creer en la historia y emocionaros con ella, pero sobre todo gracias por todos y cada uno de vuestros comentarios para hacer la mejor versión posible de esta novela, que podéis considerar casi tan vuestra como mía.

Quiero agradecer a Martina Bird por sus inestimables consejos para poder avanzar en la publicación de la novela, su ayuda ha sido imprescindible para llegar a dotar de forma esta historia. También quiero expresar mi gratitud a todo el equipo de Círculo Rojo, en

especial a Desirée Sánchez, que me ha ayudado en todo el proceso de edición para que podáis disfrutar de este libro que tenéis en vuestras manos. Sin ellos todo se habría quedado en una simple idea apresada tras los cerrojos de mi mente.

La magia de este libro tampoco hubiese sido posible sin la colaboración con dos fantásticas artistas, Rebeca Maza (@pianoterapia) y Eva González (@e.bloomfeels), quienes dotaron de vida con su música y su voz al poema *Mi destino (im)probable*. No podría haber imaginado mejor tarjeta de presentación para esta novela. Os invito a descubrirla en mi cuenta de Instagram @javiergarrido.escritor.

También mi más sincero agradecimiento a Rocío Ballesteros, que con su corrección ha pulido mi tosca escritura y ha dotado a *Mentiras que dan magia* de un ritmo y una elegancia de la que me siento tan orgulloso. Sin su ayuda, no podríais haber disfrutado de la lectura de esta historia tanto como os merecéis.

Quiero agradecer igualmente a Santiago Vicedo y Nicolás Molinero esa sesión fotográfica que tuve el placer de realizar con ellos para poder decorar la solapa de este libro con una fotografía digna de la historia que quiero contaros.

También es un orgullo poder agradecer a Marisol Gaya el increíble dibujo de esa casa de paredes blancas que decora de forma tan mágica la contraportada de este libro. Ese peculiar concurso en el que ella fue la ganadora ha permitido que la magia de su pincel visite la magia de este libro.

Y, por último, y no por ello menos importante, sino porque es de los que me siento más orgulloso, quiero dar las gracias a mis padres y a mi hermana, Silvia, por haberme regalado la lectura de la novela, guiarme en el difícil camino de la vida y haberme enseñado que todo esfuerzo tiene su recompensa. Gracias por haberos esforzado conmigo, solo espero y deseo ser la recompensa que os merecéis.

Gracias a todas y a todos por ser tan increíble equipaje... Qué equivocado estaba al pensar que la autoría de una novela es tan solo de su autor. Gracias por ayudarme a pensar, imaginar, escribir, leer, releer, corregir, aprender, disfrutar, emocionarme, dibujar, sentir…
En definitiva, vivir la historia de *Mentiras que dan magia*.